

DRAMAS DEL TERROR

LA

MAZORCA

POR

EDUARDO GUTIERREZ



BUENOS AIRES

—
N. TOMMASI & C.^a — EDITORES

—
1888

LA MAZORCA

EL CONGRESO DE LA MUERTE.

Con el espíritu impregnado aún por el horror de esa época tremenda, vamos á exhibir ante nuestros lectores, el cuadro sombrío y sangriento que encierra la época maldecida comprendida entre los años 35 y 51.

El espíritu se conmueve, el corazón se estremece sollozante, y la inteligencia se resiste á creer en los horrores de aquellos tiempos inolvidables.

Es necesario recorrer una á una las páginas del proceso seguido al asesino Juan Manuel Rosas y sus instrumentos.

Es necesario escuchar de los labios estremecidos de algun anciano, escapado milagrosamente á la matanza, aquellos crímenes bestiales.

Es necesario, en fin, escuchar la indignación que brota aún del alma de alguno de aquellos patriotas azotados por la mazorca, para convencerse de todo aquel orror, de toda aquella tragedia de diez y siete años!

El espíritu aterrado, cree asistir á una alucinación fantástica, porque parece increíble que el espíritu humano pueda asimilarse de aquella manera con los instintos bestiales de la fiera.

Y sin embargo, todo lo que se conoce de aquella larga noche de diez y siete años, es pálido y frío al lado de la realidad.

Aquellas cabezas sangrientas adornadas de perejil y exhibidas en los mercados;

Aquellos labios violados y oprimidos, en que la muerte ha ahogado una maldición;

Aquellos ojos cristalizados por la muerte, acusando en una mirada suprema la agonía que precedió á la muerte;

Aquellos cuellos sangrientos, destrozados por el serrucho con que se degollaba á la gente decente;

Aquella mirada brillante que parece mirar aún la esposa azotada ó el hijo apuñaleado, son verdades pálidas y débiles, al

lado de otros horrores más ignorados, que exhibiremos de manera á no dejar la más remota duda.

El cuchillo desafilado reemplazando al puñal, y el serrucho sustituyendo á aquel, muestran el creciendo monstruoso de aquella turba de asesinos miserables, que se distinguían bajo el nombre de la mazorca.

Vamos á empezar este libro, con una descripción de aquella asociación infernal, para que el lector pueda comprender mejor la tragedia de que fué principal actora.

La mazorca, presidida en su primera época por el tremendo Salomon, se reunía en una casa situada frente al paredón de San Miguel, de propiedad de don Lucas Gonzalez.

Una de sus primeras hazañas había sido el degüello de este caballero, cuyos bienes fueron confiscados y entregada su casa para que sirviera de punto de reunión á sus asesinos.

Era don Lucas Gonzalez un rico hacendado del Sud, cuyo único delito consistía en ser persona decente y honrada, delito imperdonable en aquella época nefanda.

Don Lucas Gonzalez se había casado en la familia de Borbon, cuyos deudos viven aún á inmediaciones de la Recoleta, en la calle Larga.

Deseando la tranquilidad de espíritu tan difícil entonces, y el bienestar de su esposa é hijos, el señor Gonzalez había facilitado diversas veces sumas de dinero, á federales encumbrados.

Y creyendo que con ellas compraba su bienestar, compró su muerte terrible y dolorosa.

Creyendo que don Lucas Gonzalez les cobraría de un momento á otro, las personas á quienes les había facilitado el dinero, resolvieron deshacerse de él, para cancelar sus créditos de una manera definitiva.

Y la voz de que Gonzalez era un salvaje unitario, empezó á correr entre los altos círculos primero, descendiendo en seguida hasta Salomon y su gavilla.

No se necesitaba más sentencia de muerte.

Aquellas insinuaciones eran órdenes terribles, que la mazorca no tardaba mucho en ejecutar.

Sus miembros eran asesinos feroces que estaban en su elemento al cumplir aquellas órdenes.

Y además tenían el poderoso aliciente del saqueo de las casas á cuyos dueños degollaban.

Así, el calificativo de salvaje unitario, fué una sentencia de muerte que recayó en el desgraciado señor Gonzalez.

Serían las ocho de la noche, cuando este sintió golpear desafortadamente á la puerta.

Era la mazorca que con el cabo de sus puñales llamaba á la víctima anunciándole su próximo fin.

Sobrecojido de espanto el señor Gonzalez, mandó á la puerta un peon que tenía en su casa, para que sin abrirla, preguntara quién era.

Demasiado sabía él que solo la mazorca se anunciaba de aquella manera, pero no quería creer que fuera á él á quien buscaban.

— Abra usted á quien debe! respondieron al peon desde la calle, sinó echamos la puerta abajo y degollamos á todos los que hay adentro!

Y con los cabos de los puñales volvieron á golpear la puerta, produciendo un estrépito infernal.

El peon, sobrecojido de espanto fué á dar cuenta á Gonzalez de lo que sucedia, quien comprendió que era necesario tomar una resolucion estrema.

A las ocho de la noche, la ciudad presentaba entonces un aspecto imponente.

Todas las puertas estaban cerradas á *piedra y lodo* y por sus rendijas no se veia la menor claridad de luz, ni se escuchaba el más leve rumor.

Bien podia armar la mazorca en plena calle el escándalo más formidable, ninguna ventana se abria, ni se daba en las casas la menor señal de vida.

Es que al primer grito destemplado, las familias huian al fondo de las casas, para no oir los lamentos de la víctima y las imprecaciones de los asesinos.

Las calles silenciosas, no acusaban el rumor de paso alguno, á no ser el tropel de los asesinos que las cruzaban en todas direcciones, ó el paso tranquilo del caballo del sereno, cuyo sereno no era otra cosa que un ayudante ó espectador impasible de los crímenes que en plena calle perpetraba la mazorca.

Cada dos ó más cuadras se veia un resplandor y se apercibía un vocerío atronador.

Era alguna pulpería donde algun grupo de la mazorca se jactaba del último crimen, que narraba con todos sus repugnantes detalles, ó hacia el sangriento programa del que iba á cometer, detallando las prendas y dinero que pensaba obtener en el saqueo.

Aquel grupo se retiraba, pero era reemplazado en el acto por otro que iba á repetir la misma escena.

Y aquella concurrencia terrible se iba renovando á cada momento en las pulperías y almacenes, que permanecian abiertos hasta altas horas de la noche.

La mayor parte de estos grupos no pagaban la bebida consumida.

Pero cuál era el pulpero que se atrevia á exigir el pago?

El calificativo de salvaje unitario y un par de puñaladas habria sido la respuesta inmediata.

De todos modos, cuando el saqueo de alguna casa habia sido grande, casi todo el dinero quedaba en los mostradores de las pulperías y con esto cobraban con morrudos intereses todos los fiados del mes.

Así, pues, miéntras la mazorca llamaba de aquella manera desafortada á la puerta de Gonzalez, no solo no se abrió puerta alguna, sinó que la que por casualidad permanecia abierta se cerró de una manera precipitada.

De la pulpería más próxima acudió una pareja de mazorque-

ros, que se unió á los que golpeaban, entablando el diálogo siguiente:

— Qué, están de bolada?

— Sí, hemos venido á saludar al salvaje de don Lucas que anda por volar.

— Y no habrán palomas adentro?

— Creemos que sí porque estos inmundos salvajes estan siempre bien acompañados.

Yo no sé que estómago tienen estas mujeres!

— Pues entonces y por si acaso les echaremos una manita. Siempre serán dos facones más.

Y aquellos dos forajidos sacaron sus puñales y unieron sus golpes á los de los primeros.

Don Lucas Gonzalez era un hombre bravo en toda la estension de la palabra.

Era mendocino y habia hecho su fortuna en el comercio, guiando él mismo sus primeras árrias.

Los peligros personales no lo espantaban pero no podia conformarse ante la idea de que su familia pudiera ser victima de aquellos asesinos feroces.

Al momento se dió cuenta de su situacion, resolviéndose á abrir la puerta.

— Yo no tengo enemigos entre esa jente, dijo; por el contrario los federales mejor colocados me deben servicios y no debo tener nada que temer.

Pero, si me niego á abrir, me hago sospechoso, y poco es lo que adelanto, pues de todos modos concluirán por echar la puerta abajo.

Resuelto á todo, se echó un par de pistolas al bolsillo y mandó abrir la puerta.

Apénas se hubieron corrido los pasadores, la mazorca dió un empujon á la puerta y se lanzó dentro de la casa blandiendo los puñales y dando terribles gritos de viva la federacion! mueran los inmundos salvajes unitarios!

La primera víctima fué el péon que habia abierto la puerta.

Dos manos hercúleas lo tomaron de los cabellos, antes que el paisano intentara defenderse, echándole la cabeza hácia atrás.

Por un movimiento istintivo, se llevó ambas manos al cuello como única defensa, pues ya los asesinos le habian arrebatado el puñal de la cintura y se le habian prendido de las piernas.

Poca defensa fué aquella para las filosas cuchillas que se disputaron su garganta.

Los dedos cayeron primero, y momentos despues su cabeza destilando sangre, era levantada como un trofeo por el que le tenia agarrado de los caballos.

Una estrepitosa carcajada saludó aquella cabeza.

El cuerpo fué arrojado á un lado del zaguan, despues de sacarle el tirador de la cintura, y la turba siguiendo el que llevaba la cabeza, penetró en la casa.

El señor Gonzalez, estaba en el comedor, que cuadraba el

primer pátio, de pié delante de la mesa y completamente dominado por el terror.

Hacia pocos momentos que acababa de comer la familia, y aún estaban sobre la mesa los últimos platos.

El comedor estaba alumbrado por la luz de un quinqué, que bañaba de lleno la persona del dueño de casa.

Aunque solo él estaba en el comedor, por los asientos de la mesa se comprendía que allí habian comido más personas.

Era la desgraciada familia de Gonzalez que éste acababa de mandar esconderse en el interior de la casa.

Aunque no habia podido ver lo que pasó en el zaguan, por la oscuridad del pátio, don Lúcas, por el rumor de la lucha y el estertor del peon comprendió lo sucedido.

De modo que, mudo y aterrado, de pié en el comedor, y sin atinar á sacar las pistolas del bolsillo, contempló con mirada estraviada la invasion de aquellos asesinos.

Estos penetraron al comedor mostrando sus cuchillos empapados en la sangre del peon.

Uno de ellos tomó una copa de vino que se hallaba servida y se la echó al colete despues de dirigir á la cabeza del peon estas palabras:

— A tu salud, cara de maiz frito! frase que fué saludada con un trueno de risas y dicterios.

— Viva Rosas!

— Viva la federacion!

— Mueran los salvajes unitarios! gritó la turba, arrojando á la cara de Gonzalez la cabeza de su peon.

— Yo no soy un salvaje unitario, balbuceó Gonzalez.

Soy bastante conocido como buen federal y mañana entablaré la queja de este atropello.

— Mañana será tarde, repuso el que encabezaba la turba, porque ahora mismo te vamos á tocar el violin.

— Y cuál es la causa? preguntó Gonzalez, que ante la realidad del peligro empezaba á serenarse.

— De que sós un salvaje unitario!

— Mentira! soy federal, insistió Gonzalez.

— Ya te daremos federal! replicó el mismo bandido y se le fué encima dándole en la cabeza con el cabo de la daga.

Gonzalez vió que no habia más remedio que morir matando, y sacó sus pistolas.

Pero demasiado tarde ya.

Los asesinos se le fueron encima y lo desarmaron en medio de sangrientas burlas.

Y mientras unos vaciaban el vino que habia quedado en las botellas y otros empezaban por el saqueo de los cubiertos de plata que habia sobre la mesa, los demás sacaron á Gonzalez á empujones hasta el pátio.

Don Lúcas trataba de defenderse de todos modos pero mientras más desesperada era la defensa, más rícios eran los empujones y más terribles los insultos.

Aquellos miserables trataban de divertirse con la víctima,

haciéndole apurar todo género de humillaciones ántes de degollarlo.

— Primero con vos! le gritaban, primero con vos y despues con la asquerosa de tu mujer, que es muy buena moza, la muy puerca y muy salvajona.

Hemos de bailar un federal, rodeando tu cabeza.

— Por Dios gritó Gonzalez, sintiendo que su razon empezaba á turbarse.

Yo les daré toda mi fortuna, les entrego mi casa para que se lleven todo lo que hay en ella, les regalo cuanto poseo, pero no me maten!

— No señor, porque todo eso lo vamos á tener aunque no querás, y en ancas tu cabeza y la de tu mujer.

— Todo cuanto tengo, inclusive mi misma cabeza! gritó Gonzalez, vencido por el horror de aquella amenaza.

— Ni los gatos van á quedar aquí con vida!

Gonzalez, por ir en auxilio de su esposa, ya con la razon perdida, quiso abrirse paso por entre los asesinos y dió un bofetón al que tenia más cerca.

Esta fue la señal de muerte.

Los asesinos, miéntas unos concluian de arrojar, al pátio, con infernal estrépito, la loza y cristales que habia en el comedor, empezaron á empujar á Gonzalez en direccion á la calle, pinchandole con la punta de los puñales.

En el zaguan resbaló en la sangre de su peon que habia formado un chargo, y cayó sobre su cuerpo.

De allí fué levantado del pelo, á golpes y punta-piés y sacado á la calle.

— Socorro! socorro que me asesinan! gritó entonces Gonzalez aferrándose al cuello de uno de los asesinos.

Pero sus voces no tuvieron más contestacion que las risotadas de estos.

Un sereno ocurrió al laberinto que se habia armado, y el socorro que prestó á Gonzalez, fueron las siguientes palabras:

— Maten de una vez á ese chanco que con sus gritos no deja dormir á los buenos federales!

— Querés una mojada, tuerto? le preguntó uno.

— No porque hace mucho frio y tengo pereza de sacar las manos.

Los serenos, como las demás autoridades análogas, reclutados entre los bandidos más feroces, sabian que aquellos degüellos se hacian por orden del *patron*, y lejos de impedirlos, los aplaudian, cuando no tomaban parte en ellos.

Gonzalez fué puesto contra la pared, y aunque opuso toda la resistencia de que es capaz un hombre bravo en tan amargo trance, sintió en su cuello el filo de dos ó más puñales que se disputaban por dividirlo.

Un momento despues su cabeza pasaba de mano en mano, miéntas su cuerpo, dejando escapar un grueso chorro de sangre, por el cuello destrozado, daba algunos pasos aún y caía al medio de la calle,

— Ya cantó esa maula! gritaron entonces los asesinos, y volvieron á penetrar á la casa para entregarse al saqueo. Este fué tan completo como lo podia hacer la mazorca.

Los muebles fueron despedazados y vaciados de cuanto contenian.

Dinero, alhajas, ropas, todo lo que representaba un valor fácil de realizar, fué atado entre los ponchos y repartido entre los asesinos por propia adjudicacion.

Lo que no podian llevar consigo, por demasiado pesado, ó porque no sabian que hacer de ello, era despedazado ó quemado.

Los marcos de los espejos sirvieron para hacer una fogata, donde los asesinos calentaron agua y terminaron la jarana con un cimarron.

Concluido el saqueo, que los habia embargado por completo más de dos horas recordaron recien que aún les faltaba algo que hacer.

— Y qué se habrá hecho la compañera? preguntó el más harapiento de todos ellos.

— Es verdad, con todos los diablos! ahulló el que tenia atada á la cintura, por los cabellos, la cabeza de Gonzalez.

Ha de estar por ahí escondida.

Vamos á hacerla que le dé un beso á su marido.

Que lo bese!

— Y despues la castigamos!

— Viva Rosas! vociferaron los demás.

Y aquella turba feroz, enardecida por el olor de la sangre que habia derramado, se desparramó por la casa buscando á la señora de Gonzalez.

Miéntras efectuaban la pesquisa, cada uno de ellos proponia en medio de estruendosas carcajadas la iniquidad que con ella habian de cometer.

Pero felizmente no pudieron dar con ella.

La señora se habia salvado por los fondos de la casa y pasado á la vecindad, forzada por otros criados que habían obedecido la última orden de Gonzalez.

La pobre señora huía creyendo que su marido habia logrado hacer lo mismo por la puerta de calle.

Así se lo habian hecho creer los servidores que la acompañaban, para decidirla á abandonar la casa.

No hallando á la señora, el furor de los asesinos no reconoció limites y empezaron á despedazar lo poco que quedaba en pié.

En esta tarea estaban, cuando descubrieron dos barriles de vino que habia en una pieza.

Era vino de la tierra del señor Gonzalez que recibia con frecuencia para su uso.

Los asesinos rodearon los dos barriles y se pusieron á beber con comodidad.

Estaban en lo más grato de la ocupacion, cuando se apareció un nuevo tertuliano que venia á tomar parte en el beberaje.

— Hijos de mala madre! les gritó desde la puerta del cuarto ¿qué todavia no han concludido?

Venga un trago que tengo el guarguero entumido, de tanto tiempo que no tomo ni agua.

La presencia del sereno, que era el mismo que habia presenciado el degüello, renovó la algazara de los bandidos.

Quien le dió un empellon, como prueba del placer que experimentaba al verlo allí, quien le tiró una canchada, y quien por fin le hizo subir á caballo sobre uno de los barriles.

Las cabezas de Gonzalez y su peon fueron colgadas por los cabellos, de los pasadores para que presenciaran la fiesta miéntras los asesinos se prendian del vino con un entusiasmo febril.

De cuando en cuando se dirijian á las cabezas elogiando el licor y cruzádoles el rostro lívido con algun golpe de lomo de facon.

Aquello tocaba ya el limite del horror si es que para esa canalla el horror tenia algun límite.

De pronto el sereno bajó del barril y levantó las manos como pidiendo silencio.

— Voy á darles una noticia de lo fino! chilló, pero me van á dar mi parte.

— Concedido! concedido! ahulló la turba, pero si no es de lo fino, te echamos á la calle y no te damos más vino.

— Pero si es como digo me dan la parte que voy á pedir.

— Concedido! concedido!

— Que cante! que cante pronto!

El vino de Mendoza habia comenzado á hacer su efecto y la escena tomaba su aspecto más nauseabundo.

— Yo conozco una moza, gritó el sereno, pero una moza como no se ha visto otra.

— Vaya una noticia! si no tenés otra mejor, á la calle.

— Es que la moza que yo conozco, añadió el sereno, es nada ménos que la querida del aparcerero.

Y señaló con una guiñada la cabeza ensangrentada del señor Gonzalez, colgada del pasador como hemos dicho.

— Tiene la casa hecha un chiche, y debe haber allí un plat, como que el aparcerero la tenia á lo decente.

Y volvió á señalar la cabeza de Gonzalez.

— Y dónde vive?

Dónde vive? preguntaron los asesinos, cuya mayor parte estaban ya completamente borrachos.

— Alto ahí — replicó el sereno.

Yo digo donde vive, pero quiero mi parte.

— Y cuál es tu parte, condenado?

— Mi parte ha de ser una mulatilla muy donosita que hay y un poco de platita.

Si no, cierro la de beber vino y no hay señas.

— Se te concede la plata, tuerto trompudo!

— Se te dará la mulatilla, pero no la has de ahogar con la trompa.

Todos festejaron esta farsa hecha á la enorme boca y gruesísimos lábios del tuerto.

— Entonces en marcha que yo guío.

Las cabezas fueron descolgadas de los pasadores, y atadas á la cintura.

Y los que podían tenerse en pié, siguieron al tuerto, dando desaforados vivas á la federación y al ilustre Restaurador de las leyes.

Como á las cuatro ó cinco cuabras de San Miguel hacía el campo, el tuerto se detuvo ante una casa pequeña, pero cuyo aspecto exterior indicaba que se vivía allí, sinó con lujo, con gran comodidad.

Segun se decía entonces y lo que aseguró el tuerto, allí vivía una dama con quién el señor Gonzalez tenía estrecha relación.

Esta dama, bastante hermosa, y cuyo lujo había llamado alguna vez la atención del barrio, vivía allí desde hacía algunos meses, en compañía de una pardita, cuya hermosura había levantado furiosa algarabía entre los compadritos de todo el barrio.

— Aquí es, dijo el tuerto desmontando, pero ya saben mi comisión.

— No te apurés, dijo uno — bien dicen que no hay tuerto que no sea desconfiado.

Apénas el sereno había indicado la puerta, los bandidos sacaron las dagas y empezaron á golpear con la empuñadura.

Los que llevaban las cabezas no se tomaban tanto trabajo, y golpeaban con ellas, tomándolas de las orejas.

Al poco rato se sintieron carreras en el interior de la casa y un rumor como llanto de mujeres.

Convencidos de que no les abrirían, los bandidos forzaron la puerta, ayudados de sus facones y del sable del tuerto, que había dicho:

— Yo garanto que adentro no hay ningún hombre.

Forzada la puerta, los mazorqueros penetraron á la casa, forzando las de las habitaciones para penetrar á las piezas.

En el dormitorio de la señora, se hallaba esta, envuelta con las ropas de la cama, acurrucada contra una parca sonrosada y bella.

Las dos mujeres se hallaban dominadas por el más hondo y conmovedor espanto.

La vista de aquellos hombres visiblemente borrachos, blandiendo enormes cuchillos ensangrentados, ostentando como trofeos dos cabezas humanas, concluyó de aterrar á aquellas infelices.

— Buena noche salvajona, dijo el de la cabeza, aquí traemos á tu gaucho para que le des un beso.

Y acercó al bello semblante de la jóven dama aquella ensangrentada cabeza.

La señora lanzó un grito estridente, abrió los ojos de una manera vaga y se cubrió el semblante sin poder articular una palabra.

Los asesinos, con sus manos esangrentadas separaron las de

la jóven de su bello semblante y le acercaron la cabeza lívida de Gonzalez.

El espanto devolvió la palabra á aquella desventurada, que empezó á dar voces de socorro, miéntras la pardita se prendia de su cuello llorando amargamente.

El tuerto se aproximó á ella y tomándola de un brazo la arrancó del lado de su ama.

—Vamos prenda, le dijo, vamos que yo la voy á sacar para que no le suceda una desgracia.

La pardita empezó á dar terribles gritos, que se mezclaban á las voces de auxilio de la señora y á los juramentos y ternos de los bandidos.

—Si no caminás roñosa, te hago yo caminar pronto, vociferó el que parecia desde un principio que tenia más ascendiente sobre los otros.

Y dió un puñetazo terrible sobre la espalda de la mulatilla.

—Me van á degollar! gritó esta entonces — socorro!

El tuerto tiró de ella con fuerza, miéntras sus compañeros le descargaban una andanada de puñetazos y trompadas.

La negrilla al ser arrancada de su ama, llevó con ella las cobijas que la cubrian, dejándola en la situacion más desesperante que pueda hallarse una mujer.

El tuerto salió con su presa, que una vez en la puerta de calle volvió á prorrumpir en gritos desaforados.

—Te callás ó te deslomo, dijo el tuerto echando mano á su sable.

La mulatilla para no peorar su triste situacion guardó silencio.

El sereno entonces la acomodó sobre su caballo, saltó en seguida con sin igual limpieza y salió al galope en direccion al hueco de Lorea, hoy la plaza del mismo nombre.

Ignoramos cual fué la suerte de aquella desgraciada.

Volvamos á donde quedaba su ama en trance tan amargo.

Al ver sus carnes blancas, los bandidos prorrumpieron en su más insolente carcajada.

—Bese á su gaucho maula! gritó de nuevo el bandido que tenia la cabeza de Gonzalez, acercándosela al semblante.

Despues nos besará á nosotros y sabrá lo que vale una boca federal.

Y como la dama retrocedia aterrada, aquel bandido cobarde envolvió su hermoso cuerpo con la lonja de su rebenque.

La señora lanzó un ¡ay! prolongado y quiso correr para las otras piezas, pero los asesinos le cerraron el paso.

—Bese á su gaucho, salvajona unitaria! replicó el bandido, acercándole aún la cabeza ensangrentada.

Y el segundo rebencazo vino á formar una larga y cárdena lista sobre aquella espalda mórbida y bella.

Los otros no quisieron ser ménos y los que tenian rebenque imitaron la accion del primero, á las voces de *bese á su gaucho!*

Aquello era monstruoso y bestial,

La dama vencida por el dolor y el espanto, creyendo salvar la vida por este medio, besó aquella cabeza pálida y helada y aquella boca violada y entreabierta.

Pero con esto no hizo sinó escitar más la ferocidad de aquellos bárbaros.

Las lonjas de los rebenques empezaron á caer implacables sobre su cuerpo, al compás de las risotadas más infernales y de las palabrotas más nauseabundas.

Y siguieron castigando hasta que la jóven dama estenuada y moribunda cayó al suelo privada del sentido.

De todo su cuerpo, convertido en un tejido de costurones, brotaba la sangre negruzca y coagulada por la misma fuerza de los golpes.

Una patada tremenda fué el punto final de aquella escena salvaje.

Los asesinos se desparramaron en seguida por la casa, despedazando los muebles y rastreando todos los objetos y prendas de algun valor.

Aquella desventurada poseia en realidad, gran cantidad de alhajas ricas y bastante dinero, que el que lo hallaba trataba de ocultarlo apresuradamente, para no tener que partirlo entre los demás compañeros.

Como lo habian hecho en lo de Gonzalez, destrozaron todo aquello que por su peso y volúmen no pudieron llevar.

Los muebles y espejos fueron despedazados y la loza y cristales arrojados al pátio con un estrépito infernal.

Antes de retirarse de la casa, cargados del producto del robo, pasaron por delante de la jóven que permanecia aún en el suelo sin conocimiento.

Y para ver si finjia algun desmayo ó lo estaba realmente, todavia le pegaron algunos golpes de lonja, como yapa de la infamia.

Aquel cuerpo presentaba en toda su estension una gran mancha que variaba desde el violado hasta el verde y el negro.

Aquellos miserables, despues de apartarlo con el pié, se retiraron á los gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!

Viva la federacion!

De allí se dirijieron en pandilla al mercado, con los primeros resplandores del dia.

El mercado era el foco de los bandidos, sobre todo el gremio de los carniceros.

Allí habia un tal don Ramon, que más tarde, en 1848, sostenia que en muchas mañanas habia vendido trozos de carne humana, á los que le parecia que tenian caras de salvajes unitarios.

Cuántas veces en aquella época tremenda salió don Ramon de su puesto á dar una puñalada, delante de todos, y volver con el mismo cuchillo ensangrentado á cortar cinco pesos de puchero para el marchante que los habia pedido!

Y desgraciado del que se hubiera resistido á tomar la carne! hubiera sido calificado de salvaje unitario y tal vez muerto á puñaladas allí mismo.

Don Ramon era un tipo especial como bandido, que más tarde hemos de ver figurar en las escenas más terribles.

Fué al puesto de don Ramon donde se dirijieron los asesinos de Gonzalez.

Y allí, despues de relatar todo lo sucedido, colgaron al lado de las tiras de asado aquellas cabezas lívidas, adornándolas con perejil y toda clase de verdura.

Allí estuvieron todo el dia espuestas al escarnio federal, hasta la tarde, que fueron arrojadas al carro de los desperdicios.

La Policia recojió al dia siguiente los dos cuerpos de las víctimas, sin tomarse siquiera el trabajo de averigüar qué grupo de la mazorca los habia degollado.

La casa de don Lúcas Gonzalez fué declarada oficialmente el recinto donde la mazorca habia de celebrar sus sesiones.

La autoridad léjos de perseguir el crimen infame, trató de ocultarlo.

El cuerpo de Gonzalez fué llevado al cuartel de serenos, en la calle de las Piedras, donde se simuló fusilarlo por salvaje unitario.

El cuerpo de serenos era una asociacion tan terrible como la misma mazorca.

Más tarde nos ocuparemos de ella detalladamente.

El cuerpo de Gonzalez fué colocado, para hacer el simulacro de fusilamiento, al lado del doctor Saráchaga, á quien iban á fusilar realmente aquella noche.

Más adelante nos hemos de ocupar tambien de este asesinato, por los detalles terribles que lo precedieron.

El cadáver y Saráchaga fueron así fusilados bajo una misma descarga, en medio de las sátiras más miserables, pretendiendo hacer creer á la poblacion que Lúcas Gonzalez habia sido fusilado por delitos políticos incalificables.

Al dia siguiente el mercado era teatro de una nueva escena, tan imponente y conmovedora como las que acabamos de narrar.

Moreira, el terrible Moreira á quien el mismo Rosas hizo fusilar, para librarse de tan feroz asesino, era el héroe de este nuevo horror.

Yendo al mercado á hacer sus compras aquella madrugada, vió las dos cabezas que adornadas de verdura y cintas celestes, exhibia D. Ramon al lado de las tiras de carne.

El tremendo Moreira se acercó á las cabezas, y palmeando impiamente á la de Gonzalez, preguntó á D. Ramon quien habia hecho la hombraba y quienes eran los dos salvajes.

Cuando estuvo al cabo de todos los detalles del crimen, soltó una maldicion exclamando:

—Pues por Dios que yo no he ser ménos que nadie!

Con tu permiso, Ramon.

Y sacando su filosa cuchilla, arrancó, con inimitable maestria y formando una peluca, la cabellera de Gonzalez.

Moreira arrancó aquella cabeza y la arrojó á un rincon del puesto, como cosa inservible.

En seguida ató aquella peluca á la cola de su caballo, y salió á darse un corte por aquellos barrios, con el sangriento despojo.

Toda aquella mañana y parte de la tarde, el asesino Moreira paseó á la cola de su caballo, la cabellera de Gonzalez, adornada con profusion de cintas celestes.

Este género de hazañas eran las que habian dado una triste celebridad á aquel bandido tan terrible y cruel.

Este fué el fin dramático de Lucas Gonzalez, cuya casa habia de pasar á ser propiedad del asesino Salomon, y centro de las reuniones de la mazorca.

Sus bienes fueron confiscados y repartidos, en remate público, entre los buenos federales, como se hacia entonces.

En cuanto á su pobre amiga privada de todo socorro, pues nadie se atrevió á prestárselo, no volvió más de su desmayo.

Cuando fueron á confiscarse sus bienes como de Gonzalez, se la encontró cadáver en el mismo sitio que habia caído.

La muerte habia seguido al desmayo.

Esta tragedia terrible no concluyó aquí.

Veamos su sangrienta terminacion.

LA CASA MALDITA.

Desde el día siguiente á los degüellos de que hemos narrado, un grupo de la mazorca, bajo la presidencia del fatidico Salomon, declaró la casa de Gonzalez su alojamiento.

Allí, sin siquiera limpiar la sangre que se veia en charcos por todas partes, se recojió á dormir la siesta y la mona, como quien dice sobre sus laureles.

Aquella casa, tan tranquila habitualmente, fué ese dia el teatro de las más clásicas borracheras, con todo el aspecto original y repugnante de una crujia.

En la casa del Sr. D. Lucas Gonzalez vivia un dependiente del Sr. Borbon, suegro y sócio de aquel.

Este dependiente era un jóven Gamboa, persona de irreprochable conducta y de distinguida educacion.

Gamboa se habia hecho acreedor á toda la confianza de Gonzalez, como de Borbon por su noble espíritu y su honradez acrisolada.

Vivia en la casa y tenia á su cargo no solo la llave de la casa, sino la administracion de los valores más fuertes.

Se recibian continuamente crecidas remesas de las provincias, que se liquidaban prontamente, á lo que debia D. Lucas su cuantiosa fortuna.

Gamboa no se habia mezclado á ninguna de las fracciones politicas.

Los federales lo repugnaban de una manera invencible, y ser unitario en Buenos Aires, era lo mismo que decretarse la muerte.

Quería vivir tranquilo y aparentaba la mayor indiferencia por todo lo que no era el comercio á quien pertenecía.

Pero esto mismo era un delito de que no se había apercibido.

Rosas no quería indiferentes sinó federales, y federales entregados en cuerpo y alma á la adoracion de su persona y al aplauso de sus maldades.

El indiferente era para él lo mismo quel el unitario ó el lomo negro.

No pasaba mucho tiempo sin que lo señalara á la mazorca, con su dedo nervioso, y entonces su cabeza no quedaba más segura sobre sus hombros, que un billete de banco en la cruja de una cárcel.

Pero Gamboa no tenía ni siquiera el coraje de finjirse federal y aplaudir las maldades de aquellos facinerosos.

Sencillo y arreglado en sus costumbres, asistía diariamente al escritorio, donde trabajaba sin descanso hasta la caída de la tarde.

Comía en la casa de Gonzalez y á la noche salía á dar un poco de expansion á su espíritu.

Gamboa, á sus bellas condiciones morales reunía un físico fuertemente simpático.

Aunque no bello, su semblante vigorosamente varonil era gentil y bien modelado.

Todas su facciones estaban en perfecta armonía y á sus expresivos ojos negros, asomaban los destellos de un alma viril y bien templada.

Gamboa estaba en sus veinte y cinco años, á esa edad en que todo sonríe y en que no hay pena que alcance á durar un par de horas, á esa edad donde la desventura más grande es una calabaza recibida de la mujer que se ama.

Gamboa tenía sus amores, á los que dedicaba la mayor parte de sus noches.

La prenda por quien suspiraba, era una graciosa morena de la calle de Cuyo, que se sentía feliz ante el cariño tranquilo de Gamboa.

Cuando concluía de comer, se acicalaba de la mejor manera que le era posible, é iba de visita á casa de su novia, que vivía en compañía de la madre, hermosa y jóven señora todavía y una hermanita de corta edad.

Allí pasaba la noche de una manera grata é inocente,

Se tomaba mate y se charlaba en grande de todo ménos de política, porqué las paredes oían y delataban.

De rato en rato Gamboa y María, volcaban su corazón en una mirada, y se decían aquellas ternezas que se incrustan en la memoria para no borrar jamás.

Gamboa, como María, tocaban la guitarra, lo que contribuía á hacer más amena la reunion.

La guitarra era el pretexto, además, para que los amantes se dedicaran en supremas miradas, las frases más tiernas de la canción.

Entre diez y diez y media de la noche, Gamboa se retiraba á la casa de Gonzalez, llevando sobre sus lábios la flor que adornaban las trenzas de su María y sobre el corazon el recuerdo de su imájen purísima y risueña.

Una vez en su cuarto, depositaba la flor en la cajita que guardaba las otras, despues de besarla íntimamente, sonreía ante el porvenir feliz que le esperaba y despues de pensar en su buena madre, de cuyas caricias se hallaba privado desde hacia cuatro años, se entregaba al descanso hasta el día siguiente, á la hora de almorzar y asistir al escritorio.

Así pasaba Gamboa una existencia feliz y tranquila, sin que la más remota nube la hubiera jamás oscurecido.

Cuando se retiraba de noche, lo hacia siempre acompañado de un rico par de pistolas, regalo de Gonzalez, únicos amigos á quienes confiaba la defensa de su vida.

Con aquellas dos pistolas y su corazon viril y sereno, Gamboa se creía seguro de impedir cualquier asalto que sobre él hubieran intentado.

No tenia por otra parte enemigos personales, ni creía que jamás tendria la menor dificultad por causas políticas á las que como hemos dicho, no se mezclaba.

Muchas veces María le hacia retirar más temprano, cuando los asesinatos se aumentaban.

Pero él, golpeando los bolsillos donde guardaba sus pistolas, le respondía.

—No teman ustedes.

Nadie tiene por qué meterse conmigo, porqué yo no me mezclo en lo que hace el Gobierno.

De todos modos, si alguien tuviera la mala ventura de venirse al cuello, no le arriendo las ganancias.

—Es que yo tengo miedo, decía entonces la gentil María, con toda la dulzura de su melódico acento.

Tengo miedo por usted, Gamboa.

A esta hora no andan en la calle sinó grupos de bandidos y yo moriria si por nosotras sucediese á Vd. una desgracia.

—Si se trata de la tranquilidad de ustedes, no digo nada, replicaba entonces Gamboa, pero pierdan todo recelo que nada puede sucederme.

Efectivamente nunca le habia sucedido el menor contra-tiempo.

Muchas veces se habia encontrado con grupos de malhechores, que venian ó iban á cometer algun crimen.

Pero jamás le habian dicho nada.

O lo creían un buen federal, ó se engañaban ante la enorme divisa que usaba á pedido de su Ma^{ra}.

La noche que degollaron á Gonzalez y mataron á golpes á su amiga, Gamboa no estaba en la ciudad.

Habia pedido permiso por la mañana y se habia ido á pasar á San Fernando, en compañía de la familia de su novia.

Habia pasado un día y una noche deliciosa.

La Mazorca.

Cuando degollaban á don Lúcas, tal vez se hallaba entregado á su idilio más encantador.

Al día siguiente se pusieron en marcha de regreso, calculando estar en la ciudad al tocar oraciones.

Cuán ageno estaba Gamboa de lo que habia sucedido!

Entonces no habia en Buenos Aires sinó muy pocas volantas y estas eran de propiedad de las familias más pudientes y destinadas para pasear hasta Palermo, cuando más lejos.

Los viajes á Belgrano, Flores ó pueblos más lejanos se hacian en carreta.

Así es que un viaje á San Fernando era cuestion de un día.

Apénas llegó Gamboa á la ciudad, dejó en la calle de Cuyo á la familia de María y se dirigió á casa de Gonzalez.

Temia haber hecho gran falta y se proponia trabajar en grande al día siguiente, para resarcir los dos perdidos,

No habia hablado con nadie y por consiguiente ignoraba lo sucedido en la casa á que se dirijia.

La puerta estaba cerrada, sin embargo de no haber todavia tocado ánimas.

Esto llamó la atencion del jóven aunque no mucho, pues casi todas las casas estaban ya lo mismo.

Con lo sucedido la noche ántes, muchas familias no se atrevian á abrirla ni aún durante el día.

Pensando que tal vez Gonzalez no estuviera en casa, Gamboa llamó á la puerta con dos golpes rápidos y sonoros, segun su costumbre.

Apénas habia pasado un momento, cuando le pareció sentir adentro el rumor de muchas voces.

—Es extraño, pensó, que don Lúcas esté de reunion!

Ha de ser sin duda en la casa del lado, concluyó y volvió á llamar de la misma manera.

En los momentos que Gamboa llegaba á la casa, esta se hallaba ocupada por los mismos asesinos de la noche anterior, presididos por el terrible Salomon.

Habian llevado allí gran cantidad de bebidas y algunos comestibles, para pasar una noche de trueno.

Ricos, con los robos de la noche anterior, no reparaban en gastos y vivian en plena orgia, desde por la mañana.

Habian cerrado la puerta para evitar la presencia de algun otro grupo que pasase casualmente y se declarara convidado al festin.

Así que sonaron los primeros golpes de Gamboa, lo asesinos prestaron suma atencion, no sabiendo discurrir quien pudiera llamar á aquella puerta despues de lo sucedido.

—Talvez algun salvaje amigo del otro, dijo Salomon.

Curioso seria que fuéramos á tener fiesta hoy tambien.

Los asesinos, borrachos en su mayor parte, soltaron una carcajada bestial y sacaron á relucir sus facones.

—Un momento, dijo Salomon.

Dejemos llamar de nuevo á ver si podemos coleccionar quien sea.

Este fué el rumor de voces que creyó Gamboa haber sentido, y atribuyó á la casa vecina.

Cuando sus segundos golpes volvieron á sonar, los asesinos se pusieron de pié á la voz do Salomon que decia :

—No hay duda—ese es golpe de algun pariente, ó amigo que ignora lo sucedido.

Tal vez sea algun salvaje unitario que viene á ponerse de acuerdo para realizar algun plan inicuo.

Es preciso entonces que dos se coloquen de cada lado de la puerta, miéntras otro abre y le deja entrar.

Es preciso cazarlos antes que se aperciban que han caido en la trampa.

Asi dispuestos, se dirijieron al zaguan, daga en mano y paso cauteloso.

Gamboa sospechó que algo extraordinario sucedia en la casa.

No podian estar recojidos á esa hora y no podia esplicarse por qué no le abrian, cuando debian haber conocido su golpe.

Iba á llamar de nuevo, cuando sintió descorrer el pasador por alguien que habia cuidado de no hacer oir sus pasos al llegar

Parecia, pues, indudable que algo sucedia en lo de Gonzalez, ó habia sucedido ya.

Lo que más espantó al jóven fué el silencio de muerte de la casa, y de todo el barrio.

La puerta se abrió por fin, y apareció en su dintel un hombre de siniestra catadura.

Prevenido por todas las circunstancias espuestas, en vez de avanzar Gamboa, retrocedió hasta el poste del cordon de la vereda y sacó y amartilló su pistolas.

—Quién es usted? preguntó al que abria.

Pronto, ó le quemo los sesos.

—Y usted hermanito, quien és? preguntó á su vez el bandido con toda sorna.

Y se lanzó á la vereda seguido por los otros cuatro, que gritaron ¡mueran los salvajes unitarios!

—Aquí no hay unitarios, replicó Gamboa, siempre apuntando con sus pistolas.

—Dónde está don Lucas Gonzales?

—A donde vas á ir tú, en seguida, salvaje.

Está cenando con el diablo!

No quedó ya dñda á Gamboa que aquellos cinco hombres eran cinco degolladores que acababan de degollar á don Lucas y su esposa.

Creyendo que serian solamente aquellos cinco manteniéndolos siempre á distancia con las pistolas, empezó á maniobrar para ganar la puerta y entrar á la casa donde tal vez pudiera prestar algun socorro.

Ya hemos dicho que Gamboa era un jóven valiente y sereno.

Aquellos cinco hombres de tan siniestras cataduras y de facon en mano, no habian podido imponerlo.

Conociéndole la intencion, los bandidos se hicieron que temian y bajaron al medio de la calle.

Gamboa entónces, creyéndose triunfante saltó sobre el escalon de la puerta, dándoles siempre el frente.

Esta posicion que creia salvadora, fué la que vino á perderle, sin ningun género de defensa.

En cuanto dió la espalda al zaguan, los que habian quedado allí, silenciosos en acecho, cayeron sobre él y lo sujetaron de los brazos fuertemente.

En vano hizo esfuerzos violentísimos; no pudo soltarse de aquellas manos que, semejantes á esposas, le sujetaban de los antebrazos.

—Mire que facha para hacerse el guapo! rugió la voz de Salomon, á quien el jóven conoció así que se le puso delante.

Ya verás mocosito lo que te vale ser salvaje unitario.

—Pero qué es lo que ustedes quieren? preguntó sin perder aún su aplomo.

—Hacerte una caricia en el cogote, nada más.

Lo que es Gonzalez ya está en eschabeche, pero nos faltabas vos para cortarte las orejas y despues la cabeza.

Aquellas palabras y la presencia de Salomon convencieron á Gamboa de que nada tenia que esperar.

Se resolvió á morir aprovechando los dos tiros de sus pistolas, como le fuera posible.

Pero antes quiso tentar un último recurso.

—Pero yo qué les hago? les preguntó.

Ya desconocen hasta los federales!

—Yo te voy á dar federal, salvajon! quítenle las pistolas!

Dos de aquellos bandidos se acercaron á desarmar á Gamboa, á quien otros dos, como hemos dicho, lo habian agarrado de los antebrazos.

El pobre jóven levantó las manos cuanto le fué posible, é hizo fuego.

—Ah! sabandija maldida! gritó uno de ellos, que me has herido en un pié.

Y como pronto castigo le dió un tajo en la cara.

Con la indignacion y el dolor, Gamboa hizo un esfuerzo supremo, y pudo escapar de las manos que lo sujetaban.

Uno de los asesinos habia sido herido realmente en el empeine del pié.

Las punterias habian sido bajas por no poder levantar los brazos, y era ya un milagro el haber podido causar aquella herida.

Un hombre valiente se impone siempre, por más audaces que sean los que lo atacan, mucho más si estos son asesinos, á quienes el peligro personal es lo único que los contiene.

Al ver á Gamboa libre, y creyendo tal vez que tuviera algun otro par de pistolas, los bandidos retrocedieron visiblemente asustados.

El jóven aprovechó aquel primer momento de temor, comprendiendo que era este el único medio de salvarse.

• Golpeólos como pudo con las culatas de las pistolas y ganó nuevamente la puerta.

Un momento más de estupor entre los bandidos y tal vez se hubiera salvado.

El tajo de la cara, dado con un cuchillo súpicio de comida y sabe Dios de que más, le ardia horriblemente.

Pero no era una herida que tuviese otro carácter que el de dolorosa, ni pudiese entorpecer sus movimientos.

—Ah! hijos de mala madre! gritó Salomon, al ver que Gamboa huía.

No vén, cochinos, que está desarmado?

A ver si los agarro yo á golpes para que aprendan á dejar escapar un salvaje!

A la voz de Salomon, que ejercia sobre ellos un dominio absoluto, los asesinos se rehicieron y todos á una cayeron sobre Gamboa.

Desde aquel momento toda resistencia era inútil.

Qué podia un hombre desarmado, por fuerte y bravo que fuese contra ocho ó diez bandidos, armados de cuchillo decididos á degollarlo?

Sin embargo Gamboa se defendió como un héroe.

De un puñetazo en la cabeza puso fuera de combate á uno de los asesinos, miéntras con ambas manos se prendia al cuello del que más se le acercó.

Esto no hizo más que irritar doblemente á los restantes, que se le fueron encima y lo sujetaron fuertemente.

Una vez en el suelo y sobre el mismo charco de sangre de la noche anterior, uno lo tomó de los cabellos y le alzó la cabeza.

Otro, despues de acariciarle el cuello, iba á pasar por él el filoso cuchillo, cuando fué detenido por Salomon.

—Un momento! un momento! gritó este.

Yo le voy á enseñar á este salvaje lo que vale hacer armas á la federacion.

Y saliendo á la vereda, pasó sobre las piedras el filo de su propio puñal, para que éste cortara ménos y el suplicio fuera más largo.

—Con este cuchillo, gritó entrando—con este cuchillo me van á degollar á este maldito, para hacerlo gritar en regla.

Con qué querias escaparte, no? ya verás lo que es bueno.

Y alcanzó el puñal mallado al que aún permanecia acariciando el cuello de la víctima.

Gamboa escuchó todo el horror que le esperaba y se estremió poderosamente.

—Cobardes! gritó—ya rendirán de todo esto cuenta á Dios, tanto ustedes como el cobarde de su amo.

—Trata de cobarde al Restaurador, dijo uno de ellos.

Ah! indino! si tendrás madre viva!

Y de un solo tajo le separó la oreja derecha que levantó en su mano.

Otro no quiso ser ménos y acercándose á Gamboa le cortó la otra oreja,

El martirio comenzaba de una manera espantosa.

Gamboa se estremeció de nuevo, pero no se le oyó la más leve queja.

Esto irritaba de una manera terrible á los bandidos, cuyo mayor gozo era escuchar los lamentos y súplicas de sus víctimas.

—Vamos á ver que tal corta ese cuchillo.

Carpincho, que era el nombre de guerra de aquel bandido, pasó varias veces por el cuello de Gamboa el cuchillo que le habia dado Salomón sin que produjera la menor herida.

—Esto no corta ni manteca, dijo, va á ser preciso despa-
charle con otro.

—Con ese, con ese, animal! apretá fuerte y verás si corta.

Aquellos bandidos aplaudieron con un estrépito infernal la órden de Salomón.

Era un martirio nuevo con que se aumentaba su larga coleccion.

El Carpincho empezó á hacer fuerza y el puñal principió á penetrar lentamente destrozando el cuello.

Gamboa no se quejaba; un solo éco de dolor no habia escapado á sus lábios.

Pero su cuerpo se estremecía á pesar de las manos que le sujetaban, haciendo comprender lo terrible del dolor que experimentaba.

Todos aquellos hombres seguian en sus ojos, en sus lábios, en la palidez de su semblante, todas las graduaciones de aquel martirio inmenso.

Donde más se fijaban sus miradas feroces, era en el cuello de la víctima, como si esperaran el paso de alguna fortuna por aquella ancha y sangrienta herida.

Cuando el cuchillo habia andado la mitad del camino, los estremecimientos del jóven empezaron á ser más poderosos.

Carpincho tuvo entonces que pedir relevo, porque ya estaba tan fatigado, que el cuchillo se movia entre la herida sin adelantar camino.

Aquel debia ser un martirio superior á todo sufrimiento.

Se necesitaba un valor moral estupendo, para resistirlo sin lanzar una sola queja una sola maldicion siquiera.

—Quejate, pues, trompeta! gritó el Carpincho, ya que tanto me has hecho sudar.

Pero por los lábios del jóven cruzó algo como una sonrisa tan suave y sublime, que hubiera conmovido á cualquier corazon que no fuera el de un mazorquero.

Quando el cuchillo llegó al hueso, se cambió de táctica.

Como era mucho trabajo buscar la articulacion, el bandido empezó á servirse del mellado cuchillo como de una hacha.

Fué necesario dar más de diez fuertes golpes, para desprender del tronco aquella noble cabeza.

Concluida la tarea, los que sujetaban el cuerpo se separaron de él dejándole hacer libremente sus últimos movimientos y convulsiones.

—Ya nos ha dado trabajo el muy deslenguado, dijo uno.

Lástima que un mozo tan guapo no sea federal.

Y miraron con algun respeto aquella cabeza livida que la muerte habia puesto realmente hermosa.

—Y murió sin quejarse el trompeta!

Lástima que no tenga alguna gaucha como el otro, para irle á saludar!

—Como que no tiene! y una muy hermosa, exclamó una voz chillona.

Estos malditos no pueden vivir sin su pareja.

Dieron vuelta los mazorqueros y se hallaron frente á un mulato, dueño de la pulperia situada donde hoy está una mueblería, dos cuabras mas adelante.

El mulato habia acudido en compañía de dos ó tres, al rumor del degüello y á ver si le tocaba alguna mojada.

—Dónde vive? preguntó Salomon con la mirada brillante á la idea de nuevas victimas.

—Vive con la madre y la hermana aquí á la vuelta, en la calle de Cuyo.

—Pues vamos allá, gritó el Carpincho desafortadamente.

Vamos allá á darles un bromazo!

Y los asesinos salieron, llevándose la cabeza de Gamboa, al furioso clamoreo de ¡muera los salvajes unitarios!

Al doblar la calle de Cuyo guardaron silencio, para no poner sobre aviso á la familia que iban á sorprender.

Carpincho fué el primero que llegó á la puerta, acompañado del mulato, que parecia muy complacido de la escena que iba á presenciar.

—Es preciso golpear despacio para que no se alarmen, dijo el mulato.

La puerta parece muy fuerte y muy bien cerrada y no la vamos á poder forzar si no la abren.

—Bueno, contestó el Carpincho, llamá vos miétras yo voy á prevenir á los otros.

Y retrocedió silenciosamente al encuentro de los otros, que avanzaban tratando de producir el menor rumor que les fuese posible.

Miétras los otros asesinos se aproximaban guiados por el Carpincho, el mulato llamó á la puerta con cierta delicadeza para mejor representar el papel que se proponia.

Parecia que este bandido tuviera algun resentimiento con la familia que tan interesado se mostraba en su desgracia.

Al primer llamado nadie contestó.

Al segundo, que fué un poco más fuerte y precipitado, acudió nna sirvienta que preguntó quien llamaba.

—Soy Gamboa, dijo el pérfido mulato apagando la voz para no ser conocido.

Decíle á tu señora que me haga abrir por favor, que vengo huyendo de la mazorca.

El ruido precipitado de los talones, indicó que la sirvienta se apuraba á llevar la demanda.

En aquel momento llegaron todos á la puerta, sacudiendo de los cabellos la cabeza de Gamboa, cuyo nombre se invocaba para cometer un crimen.

Como á los dos minutos de espera, se volvieron á sentir los mismos pasos de un pié sin calzar.

—Voy á abrirle, niño, dijo—espérese un momento que ya se están levantando.

Los asesinos se miraron sonrientes.

Pronto iban á entrar en danza.

La sirvienta empezó á descorrer los pasadores y cerrojos, franqueando la puerta, quedándose ella detrás de la hoja, sin duda para ocultar la lijereza de su traje.

El mulato fué el primero que entró, seguido de cerca por el Carpincho y comparsa.

Fué la pobre morena la primera que pagó el terrible engaño.

Mientras uno de los asesinos le echaba las manos al cuello para impedir que gritara, el mulato le enterraba en el cuerpo toda la hoja de su daga.

La desgraciada cayó como herida por un rayo.

La puñalada, admirablemente dirigida, le habia partido el corazon.

Como si la impiedad fuese una pasion en aquellos bandidos, el Carpincho no pudo prescindir de hacer una caricia al cadáver.

En seguida se dirijieron á buscar la puerta por donde debia haber salido la sirvienta.

Esta no podia ser otra que la del comedor pues era la única que se veia entreabierta.

Por ella penetraron los bandidos, siempre con sigilo y cuidando de no producir ningun ruido que acusara su número.

Cansada la señora sin duda, de esperar la cotestacion de la sirvienta, y ya vestida apareció en el comedor en compañía de María, la bella novia de Gamboa.

Esta última traia en la mano una vela encendida, única luz que se veia en el resto de las habitaciones.

Al ver aquella cantidad de hombres, de tan siniestro aspecto, las mujeres se detuvieron aterradas.

—Quiénes son ustedes y cómo han entrado aqui? preguntó la señora sobreponiéndose á la situacion terrible y cubriendo con su cuerpo á su espantada hija.

—Hemos entrado porque se nos ha abierto la puerta, replicó descaradamente el mulato.

Si no nos hubiera abierto, es claro que no habriamos entrado.

—Y Tomasa!

Tomasa! Tomasa! gritó la señora llamando á la sirvienta.

Los asesinos soltaron una carcajada imposible de describir, y se miraron entre ellos.

—No chille tanto, patrona, dijo entonces el Carpincho, que nadie ha de acudir.

Su Tomasa está durmiendo una broma que le hemos dado y ha de tardar mucho en despertar.

La señora se sintió ahogada por el llanto que le inspiraba el terror.

Semejante gente, en aquella época terrible y á aquella hora no podía presajiar sinó la muerte.

—Y Gamboa? En dónde está Gamboa que no le veo? preguntó la señora, en quien el pavor habia hecho hacer una duda terrible.

—Gamboa esta charlando con Tomasita, replicó el Carpincho, siempre riendo.

Le estará haciendo el amor.

—Tú mientes, canalla, dijo la señora no pudiendo contenerse y olvidando el peligro que corria.

Se han valido de su nombre para hacerse abrir.

Está bueno, lleven todo lo que hay en la casa, pero váyanse de una vez.

—Gamboa está aquí, volvió á asegurar el impávido mulato: lo que hay es que no quiere mostrarse.

La misma duda volvió á asaltar, pero más fuertemente, el corazon de la señora.

Seria posible que un joven que parecia tan noble y bueno hubiera finjido una amistad tan intima y pura para entregarlas luego á la mazorca?

Esto no admitia réplica pues que no se atrevia á presentarse.

La jóven María, más pálida que un cadáver, si es posible, y venciendo su angustia suprema, salió trás de su madre, y dijo con voz temblorosa y sollozante:

—Si Gamboa está aquí, díganle que yo le llamo, que quiero convencerme que esto no es un sueño.

—Si la moza se empeña, no habra más que hacerle el gusto, gritó el Carpincho.

A ver, pues, á llamar al Gamboa.

El que llevaba la cabeza, levantó el poncho bajo el cual la ocultaba, y la arrojó sobre la mesa, de donde rodó hasta los piés de María.

Un grito tremendo, imposible de describir, desgarrador y sollozante, lanzó la pobre jóven y dobló la rodilla ante aquel despojo sangriento y querido.

La fuerza del dolor le embargó todo sentimiento á él extraño, y rompió á llorar con una desesperacion aterradora.

La señora, muda y estática, decaido todo su valor, tuvo que agarrarse del contra-marco de la puerta, para no rodar al lado de la cabeza.

María se levantó de pronto, terrible y amenazadora.

El llanto se habia secado de sus ojos y el dolor habia desaparecido de su semblante purísimo.

—Asesinos! gritó, asesinos miserables! por qué lo han muerto?

Y avanzó sobre ellos de tal manera, que el mulato que era el más audaz, retrocedió sin poderlo remediar.

—Miren qué monada! gritó el Carpincho—le hacen el favor de traerle á su gaucho para que se despida, y todavia se queja!

No digo yo! si no hay como contentar á estas salvajes!

—Bandido! tú has de haber sido el asesino!

—Y si nó?

Basta, pues, de milongas y á besarle la jeta porqué lo vamos á llevar al mercado.

Con la razón estraviada por el dolor, hasta el punto de desconocer todo peligro, la jóven avanzó hácia los asesinos, cada vez más amenazadora.

Gamboa era su único y primer amor, y sabido es que esta es la pasion más fuerte que puede dominar el corazon de una mujer.

La madre, llorando amargamente, vino á tomar á su hija que se mezclaba á los asesinos, para impedir cualquier violencia.

Pero tarde ya.

Apénas llegaba á su hija, esta retrocedia por un golpe violento.

Era el Carpincho, que le habia dado un puñetazo sobre el pecho.

La joven jimió y se apoyó en la mesa para no caer, en momentos que llegaba su hermanita á medio vestir, atraida por las voces y las risotadas.

—Mueran los salvajes unitarios! gritó el mulato con toda la fuerza de sus pulmones.

Mueran los salvajes unitarios! repitieron los otros, y un nuevo golpe fué á herir nuevamente el rostro de María.

—Huyamos! huyamos! gritó la madre aterrada tratando de huir con sus dos hijas.

Pero la mazorca les cerró el paso golpeando á las tres furiosamente.

En vano trataron de huir, en vano disparaban al rededor de la mesa.

Los asesinos las alcanzaban á cada momento y nuevos golpes iban á herir sus cuerpos.

Los vestidos habian sido arrancados á girones, al estremo de que los planazos de los facones iban á herir la carne desnuda.

Aquello era una repeticion exacta de lo sucedido en casa de la amiga de don Lúcas Gonzalez.

María, acosada por los golpes de daga y de rebenque, tropezó en la cabeza de Gamboa y cayó.

Y miéntras los otros azotaban sin compasion y furiosamente á la madre y la hermanita, el Carpincho se fué sobre ella y despues de cortarle las dos trenzas, que ató á su cintura como trofeos, la azotó hasta que la fatiga lo hubo inutilizado.

Las otras dos mujeres fueron azotadas hasta que cayeron tambien privadas de sentido. ♦

En seguida empezó el saqueo y la destruccion.

Mientras hubo que robar y que romper, los asesinos trabajaron con ardor.

Los muebles fueron hechos pedazos para sacar lo que contenían.

El aceite de las lámparas y otros residuos sucios fueron volcados sobre las camas, y las botellas con bebidas que hallaron en los armarios, se las bebieron á la salud de sus víctimas.

El mulato fué el que sacó mejor parte, pues mientras los demás se hallaban entregados á la diversion de azotar las señoras, él habia ganado los aposentos, donde se apoderó de las alhajas y de todo aquello que representara algun valor.

Este era el interés que aquel miserable habia tenido al delatar á la familia.

Cuando hubieron dado la última mano al cuadro de destruccion y saqueo, los asesinos se prepararon á retirarse.

Dieron su ultimo azote á aquellos delicados y exánimes cuerpos, volvieron á tomar la cabeza de Gamboa y salieron dando terribles gritos de ¡muera los salvajes unitarios!

Al llegar al zaguan el mulato tropezó con el cadáver de la criadita, cayendo sobre el charco de sangre.

Una gran perra! vociferó—estos malditos salvajes unitarios hasta despues de muertos y enterrados nos hacen daño!

Ahora vas á ver, maldita.

Y *pelando* el facon, cortó la cabeza á la criadita, entre la algaraza y risa de los compañeros.

En seguida salieron todos en direccion á la casa de don Lúcas Gonzalez.

Allí terminaron por aquella noche su obra de impiedad.

El cadáver de Gamboa, fué sentado en el cordon de la vereda, apoyado contra el poste, y le acomodaron la cabeza por medio de un gran pañuelo colorado, puesto como corbata.

Al otro dia, los grupos de mazorqueros que pasaban por la cuadra, se detenian delante del cadáver, dirigiéndole las más infames burlas.

Cada uno de aquellos miserables añadia una burla más, que arrancaba estrepitosos aplausos y vivas á la federacion.

Quien le ponía un pucho detrás de la oreja, quien un pito entre los labios, y quien en fin, le ataba algun trapo celeste en un ojal que abría con el cuchillo en la carne.

Aquella farsa impia duró hasta la tarde del dia siguiente, hora en que recién se sirvió la Policia mandar recojer el cadáver en un carro del servicio público para arrojarlo al carnero unitario donde iban á parar todas las víctimas de la mazorca.

Hé aquí el origen de cómo la mazorca se apoderó de la casa de don Lúcas Gonzales, declarándola local de sus terribles sesiones, de donde salió tanta sentencia de muerte.

Hagamos ahora un retrato fiel de aquella terrible asociacion, la más bestial y tenebrosa que se haya conocido en toda la historia del crimen.

Tomémosla desde que cambió su nombre de sociedad Popular Restauradora, por el célebre de Mazorca, con que ha pasado

á la historia, ilustrada por los crímenes más bárbaros y las iniquidades más brutales de que haya memoria.

LA MAZORCA.

Es imposible entrar en los detalles de esta asociación terrible, sin sentir frío en el corazón.

Todos hemos oído de boca de nuestros padres, con las carnes estremecidas, aquellas narraciones de los degüellos que llegaron al vértigo del mayor frenesí en los años 40 y 42.

Y ninguno se explica como la ciudad podía convertirse, en las horas de la noche, en un masacre terrible.

Solo las turbas desenfundadas de asesinos recorrían las calles, sedientas de sangre y de vino.

No se percibía otro rumor que los ayes de las víctimas, los gritos de muerte, y el estrépito de los cristales rotos á pedradas ó de los muebles arrojados á la calle.

De cuando en cuando una descarga de fusilería anunciaba á la población que no solo en las calles y á filo de daga se inmolaban unitarios.

También en la cárcel y en los cuarteles se les arrancaba la vida, con la diferencia que aquí se asesinaba al montón y sin elegir víctima.

La autoridad no existía desde las cinco de la tarde.

Rosas se iba á Palermo y las autoridades policiales se escondían creyendo que así evadían toda responsabilidad.

La población quedaba, pues, entregada á los caprichos de las bandas de asesinos que la recorrían en todas direcciones, escogiendo las víctimas que habían de inmolarse.

No había más escudo ni más salvación que salir á las puertas dando vivas á la Federación y al héroe del desierto.

Muchas familias unitarias, dominadas por el terror consiguiente, lo hacían, aprovechando muchas de ellas hasta las más horribles escenas de sangre.

Cuando tenía lugar un degüello en plena calle, cerca de una familia unitaria, no era cosa extraña ver esta asomarse á la puerta de calle gritando desafortadamente;

—Mueran los salvajes unitarios!

Era aquel el vértigo del terror, de que estaban poseídas las familias sospechadas.

Ninguna de ellas estaba segura, al levantarse de concluir con vida aquel día.

Cuitiño y Parra, Troncoso y Badía, Salomón y Pablo Alegre, eran los que disponían á su albedrío de la ciudad durante la noche.

Bastaba una seña, una simple guiñada de ojo de cualquiera de estos personajes, para que una familia entera fuese esterminada á filo de puñal ó de serrucho.

Estos eran los omnipotentes que podían detener el facon al

tronchar el cuello, ó lanzar las bandas de asesinos á tal ó cual casa.

El marido era degollado en los brazos de la mujer que trataba de disputar su vida á aquellos seres abyectos y miserables.

Y por este solo delito, era ella azotada á la vez con vergas curadas á propósito, despues de cortarle el cabello y cometer todo género de infamias.

La hija, con todo el encanto y desesperacion de una mujer embellecida por el dolor, era impotente á detener el cuchillo federal sobre el cuello del padre.

Y el mismo niño de pechos que descansaba en la cuna, con toda la sublime inocencia de aquella edad no escapaba al puñal de la mazorca.

Bastaba que á cualquiera de los asesinos se le ocurriera gritar: —Este muñeco tiene cara de salvaje unitario.

Mueran las inmundas crias!

A este grito terrible, el inocente era tambien degollado, y arrojada su cabeza á la madre como la última y más sangrienta injuria.

Y todo esto se llevaba á cabo entre las risotadas más innobles y los epitetos más denigrantes y obscenos.

Aquello era una fiesta federal, pero una fiesta ruidosa.

Se bailaba al rededor de los cadáveres, y se mojaban los dedos en los charcos de sangre, para persignarse por la señal de la santa federacion, y habia mazorquero que se mojaba con ella los lábios, para librarse de caer en malas tentaciones ó para ser buen restaurador.

Las cabezas cortadas á los salvajes unitarios, ó sus inmundas crias, servian para diferentes usos y diversiones.

Unos jugaban con ellas á las bochas, otros las metian en un carro y las ofrecian en venta como duraznos del monte.

Y otros en fin, como Moreira, el célebre Moreira, las ataban de los cabellos á la cola de su azulejo para salir á darse un corte por los barrios del Sud,

Es que la mazorca habia llegado al vértigo del crimen, al delirio del degüello.

Degollaban por darle gusto á la mano y últimamente, era tal el furor de matarse que llegaron hasta desconocerse al extremo de que el sereno Moreira fué fusilado por órden del mismo Rosas, porque un dia se le fué la mano y se limpió un federal de copete.

Ya nos ocuparemos á su debido tiempo y de una manera detallada, de este terrible y singular bandido, pues su vida es el proceso criminal más monstruoso que pueda escribirse.

Cada uno de estos tipos tendrá su biografia aparte, para la cual contamos con datos preciosísimos.

No cortemos, pues, el hilo de nuestra narracion.

Rosas necesitaba caminar por medio del terror, único medio de asegurar su tiranía y necesitaba tambien dar entretenimiento á la turba de bandidos que habia levantado á las primeras posiciones, y que á su vez se servian de otros asesinos más miserables y más encenagados en el crimen.

Y les entregaba la ciudad en las horas de la noche, para que eligieran sus víctimas y las esterminaran sin responsabilidad de ninguna especie.

Cuando Rosas quería librarse de algún hombre, porque estaba en posesión de algún secreto grave, jamás ordenaba su muerte directamente.

Si quería hacer desaparecer á un enemigo político, llamaba á cualquiera de los jefes de la mazorca y le decía:

—Sabe que fulano me parece que está por emigrar para irse con Lavalle?

Si se trataba de un federal antiguo y reconocido, cambiaba la fórmula de esta manera:

—Sabe quel tengo pruebas de que fulano me está traicionando?

Estas simples palabras equivalían á una sentencia de muerte terminante y á una orden de degüello ineludible.

Seguro es que al día siguiente el jefe de la mazorca volvía á darle cuenta de que el fulano había sido degollado.

Así fué apuñaleado el doctor Maza, en plena Sala de Representantes, el doctor Zorrilla en su estudio, bajo la Recoba, y tantos otros cuyos martirios horribles iremos narrando uno por uno.

—Pero hombre! exclamaba Rosas, con su sonrisa bestial y acerada.

Por qué le han muerto? yo no creí que fueran á hacer tal barbaridad!

—Iba á traicionar á V. E. y á la federación y yo creí que cumplía con un deber sagrado....

—Bueno ya no tiene remedio, qué le hemos de hacer!

De todos modos bien merecido lo tienen por salvajes ó lomos negros!

Esta era la manera como Rosas señalaba á sus asesinos, las víctimas que quería inmolarse.

Cuando los asesinatos subían de punto y los puestos del mercado amanecían llenos de cabezas adornadas de perejil y legumbres, pasaba una nota al jefe de Policía recomendándole la más seria vigilancia para guardar el orden.

Pero el jefe de Policía que sabía demasiado de donde venía el mal, se enconjía de hombros y se escondía para no escuchar las voces de los que venían á implorar su auxilio y eran degollados á la puerta de la Policía ó en sus mismos patios.

Desgraciado del mismo jefe de Policía si se hubiera permitido prestar el auxilio pedido!

Tal vez su cabeza no hubiera durado un minuto sobre sus hombros!

Así se explica que las lanzas de la reja de la pirámide, amanecieran llenas de cabezas, sin que la Policía supiera cuando las habían puesto!

Si pudiera hablar aquella reja! cuántas cosas nos contaría!

Allí está sirviendo de reja de fierro á la calle en una pequeña casita de la calle de Corrientes entre Ayacucho y Junín.

Muda, helada, con un ciprés al lado, como triste alegoría,

pasa desapercibida al estraño viandante que ignora su historia de sangre!

Y sin embargo, fué allí donde se clavaron las cabezas de Maza, de Jané, de Saráchaga y tantos otros!

Cuántos de nuestros lectores habrán mirado sus puntas angostas y mohosas, sin sospechar siquiera su pasado de sangre!

Fué un noble anciano, escapado milagrosamente á aquellas matanzas, quien con un dedo rígido y la mirada velada por el dolor, nos mostró una tarde, desde los wagones del tren, aquella reja y aquel ciprés.

Desde entonces no podemos cruzar aquella cuadra sin experimentar una sensacion desagradable.

La mazorca tuvo su origen en un hecho bestial y vejatorio, pues en su principio era la Sociedad Popular Restauradora.

Sus miembros eran todos asesinos de profesion y bandidos de todo género, de quienes Rosas se valia para hacer ejecutar sus secretas sentencias.

Fué el Carpincho, bandido formidable á quien ya conocemos el autor de este nuevo bautismo.

En el año 37, cuando los degüellos se convirtieron en sistema de gobierno, el tremendo Troncoso fué encargado de degollar al señor don Juan Manuel Baigorri, y saquear su casa en la calle de Representantes.

El señor Baigorri era un hombre sumamente distinguido, que poseia una gran fortuna, ganada en el comercio con las provincias.

Sabido es que los hombres decentes y de distincion eran los que Rosas habia declarado fuera de toda ley y conmiseracion.

Miéntas cualquier unitario era tratado á simple filo de cuchillo, bastaba que éste fuera clasificado de decente, para que se le sometiera á todo género de vejámenes y martirios antes de ser degollado.

El desgraciado señor Baigorri habia caido en aquella clasificacion terrible.

Se habia negado á hacer una fuerte venta á plazos, á un federal, y esto bastó para que se le calificara de unitario decente y se le mandara degollar.

Troncoso, encargado de ejecutar la sentencia, se dirijió á su casa seguido de un gran grupo de la Sociedad Popular Restauradora, entre cuyo grupo figuraba como el personaje más importante el célebre Carpincho.

El Carpincho no era un sócio oscuro cuyo nombre careciese de ilustracion.

Era, por el contrario, uno de los personajes más considerados de la terrible asociacion.

El año 34, el Carpincho, ayudado por un compañero, habia asesinado en el Azul una familia compuesta de un matrimonio y dos criaturas, una de las cuales tenia tres meses.

El móvil de este crimen infame habia sido el de robar la suma de 37,000 pesos que la familia poseia.

Cuando el marido se hallaba en el campo, recojiendo su ha-

cienda, los dos bandidos penetraron á la casa, y degollaron á la mujer y á los niños, apoderándose de la suma codiciada.

Podrian haberse retirado desde que habian logrado el infame objeto que allí los llevó.

Pero el Carpincho y su cólega eran dos asesinos en toda regla, y despues de apagar la vela que habia encendido la mujer ántes que ellos entraran, se escondieron detrás de la puerta.

Necésitaban tambien matar al marido, no solo para que no hubiese quien los persiguiera, sinó por lujo de infamia.

Media hora más tarde, llegó á su casa el hombre, ageno al horror que le esperaba.

No bien hubo franqueado el dintel de la puerta, los dos asesinos le acometieron y antes que pudiera darse cuenta de lo que sucedia, lo ultimaron á puñaladas.

Festejando el chasco que acababan de darle, montaron á caballo y sin siquiera limpiarse las manos teñidas en sangre, se dirijieron á una pulperia á dos leguas de distancia á repartir el producto de aquel crimen tremendo.

Sin cuidarse de las sospechas que pudieran despertar, pidieron un frasco de ginebra y empezaron á hacerse el reparto delante del pulpero y demás concurrentes.

Al ver dos hombres manchados de sangre repartirse tan crecida suma ¿cómo dudar que venian de cometer un asesinato?

Esto fué lo que todos pensaron aunque ninguno se atrevió á decirlo en aquel momento.

Terminado el reparto y concluida la ginebra, los dos bandidos pagaron, montaron á caballo y se dirijieron tranquilamente en direccion á Dolores.

Pero el Carpincho no era hombre de partir con nadie la suma de 37,000 pesos, pudiendo guardarla toda para sí.

Así es que desde que salió de la pulperia empezó á meditar la mejor manera de arrancar su parte al sócio.

Este caminaba confiadamente, medio turbado por la ginebra, y sin sospechar los planes que iba tramando el Carpincho.

Tratándose de dos bandidos semejantes, lo natural era que á los dos hubiera asaltado la misma idea.

Pero en honor de la verdad, su sócio era mucho ménos bandido que el Carpincho y se daba por satisfecho con lo ya llevado á buen fin.

Habian andado solo una legua, cuando ya el Carpincho habia madurado su plan y empezaba á ponerlo en ejecucion.

Sin que el compañero pudiera notarlo, habia sacado la daga, que guardó disimuladamente entre la manga.

—Galopiemos un poco, le dijo, pues sinó no vamos á llegar nunca.

Apénas su compañero castigó el caballo y lo puso al galope, el Carpincho se echó sobre el estribo y le metió la daga en el costado.

El otro asesino cayó al suelo murmurando un ¡virgen mia!

Sin soltar el caballo de la rienda por no quedarse á pié y echándose al suelo rápidamente, el Carpincho se le fué enci-

ma, y buscándole la *olla* con la punta de la daga, se la sepultó hasta la S, revolviéndola varias veces en la herida.

Prontamente el Carpincho registró á su víctima y no solo le robó los diez y ocho mil quinientos pesos que le habian tocado, sinó la rastra del tirador, que era muy rica y el puñal de cabo de plata.

—Quién te mete á zonzo! murmuró por toda oracion fúnebre.

Y saltando sobre un caballo y llevando de tiro él de su sócio, se alejó á galope tendido en direccion á Dolores, desde donde siguió viaje sin detenerse, apenas hubo mudado caballo.

El Carpincho que no se mamaba el dedo y que sabia lo que hacia, se vino buscando el 5º regimiento de caballería de campaña, donde sentó plaza.

Por la referencia del pulpero y sus tertulianos y por el cadáver que el Carpincho dejó en el camino, no fué difícil saber quienes habian sido los autores del terrible crimen del Azul que consternó la poblacion al siguiente dia.

Se buscó al Carpincho y bien pronto se dió con él, puesto que no se tomaba el trabajo de ocultarse, ni de ocultar su crimen.

Pero quién se metia con un soldado del célebre regimiento de Rosas?

Las autoridades del Azul se llamaron á silencio y el crimen del Carpincho quedó impune y este jactándose de haberlo cometido, lo que le dió cierto ascendiente sobre sus compañeros.

Dos años despues, el año 36, el Carpincho destinado á cambiar el nombre de la Sociedad Popular Restauradora, pidió y obtuvo el pase á la ciudad, para servir mas de cerca al ilustre Rosas, que lo destinó á la banda de Salomon.

Este era el terrible bandido que como segundo de Troncoso, llegaba á casa del Señor Baigorri, calificado de unitario decente.

A la hora los bandidos franqueaban la puerta, el señor Baigorri se hallaba de sobre-mesa.

Habia comido con un amigo, el jóven Gimenez, y se ocupaba de los horrores que á cada instante cometia la mazorca.

A cada rato el sereno Moreira cruzaba las calles al galope de su caballo y atadas á la cola, ya un par de cabezas, ya algunos otros miembros humanos que pertenecian á salvajes degollados.

Así es que, la poblacion aterrada, no hablaba de otra cosa que de aquellos terribles sucesos.

Cuando Troncoso y los suyos llegaron al comedor, el señor Baigorri se puso de pié lívido y azorado, sin atinar á hablar una sola palabra.

El jóven Gimenez no tuvo fuerzas ni aún para ponerse de pié.

La presencia de aquella jente, cubierta de divisas y trapos colorados, hablaba un lenguaje harto elocuente para dudar un momento de lo que allí iba á pasar.

—Vengan las llaves de los muebles! dijo Troncoso furiosa-

La Mazorca.

mente, dirigiéndose á Baigorri, porque traigo órden de revisar todos los papeles que aquí encuentre.

—Aquí no hay más papeles que los de mi casa de comercio, balbuocé Baigorri.

—Eso lo veremos, porque aquí hay quien dice que usted es de los de la conspiracion.

—Pero que conspiracion es esa?

Todo el mundo me conoce demasiado y saben que yo no me meto en política

—Mejor para usted, pero vengan las llaves y que no tenga que pedir las otra vez

Baigorri era un hombre pusilánime, incapaz de hacer la menor resistencia.

De todos modos, en aquellos tiempos y con aquella jente, el resistir no hubiera importado otra cosa que acelerar la muerte y volverla más terrible.

Alargó las llaves con mano temblorosa y quedó de pié, un poco más tranquilo, pues creyendo en el pretexto, creía tambien que en el registro estaba su salvacion, puesto que nada tenia que pudiera comprometerlo.

Observaba las conveniencias federales, como todo el que queria vivir tranquilo y usaba su enorme divisa como el más exaltado federal.

Sin embargo, el miedo, superior á todo raciocinio, le inspiró la idea de huir.

Mientras la turba se entregaba al más prolijo registro de los muebles, hizo una guiñada espresiva al jóven Gimenez y trató de huir en la esperanza de no ser visto.

Pero Carpincho que no perdía un minuto la vigilancia de sus víctimas, por entretenido que estuviera, le tomó de un brazo y lo obligó á permanecer quieto.

—Todavía no, hermanito, espere é ver lo que dice Troncoso.

Y dió á Baigorri un bofeton terrible.

El pobre hombre, más muerto que vivo, sufrió en silencio aquella sangrienta injuria, y agobió la cabeza cediendo al peso de la afrenta y del dolor.

Gimenez, ménos sufrido y más valiente que su amigo, sintió subirle al corazon su sangre de veinte y cinco años, y dirigiéndose al Carpincho, le dijo con voz alterada por la indignacion y el coraje:

—Para decir á un hombre que no se mueva, no hay necesidad de maltratarle.

Ustedes, segun ha dicho el que los manda, han venido á registrar los papeles y no á maltratar al señor, sin motivo.

—Cómo sin motivo y se queria escapar! dijo el Carpincho mirando á Gimenez de una manera feroz.

Ya te va á llegar la tuva, no te apurés, salvaje sabandija.

Gimenez devolvió al Carpincho su mirada feroz, y quedó impassible.

Se habia resuelto á correr aquella mala ventura defendiendo su cabeza con toda energia, si llegaba el momento.

Baigorri le agradeció con una triste mirada el apoyo de su palabra varonil.

Aquella mirada, además de un tierno agradecimiento, queria decir:

—No se esponga á correr igual suerte! ya sé que mi causa está perdida.

De pronto sonó un ruido seco que hizo volver á todos la mirada.

Era Troncoso que habia dado un formidable puñetazo sobre un gran escritorio de caoba, diciendo:

—Y las llaves de esto, por qué no me las han dado?

Vengan las llaves de aquí! canallas! que aquí ha de estar lo que buscamos.

—Ahí no hay más que papeles de comercio dijo Baigorri.

—Las llaves! te han pedido las llaves, gritó el Carpincho dándole otro bofetón.

Baigorri fué á sacar del bolsillo las llaves pedidas, pero antes que sacara la mano, ya los bandidos se las habian arrancado con un pedazo de pantalon.

—Por Jesús crucificado! vociferó Gimenez poniéndose al lado de Baigorri.

Respeten en su casa á este caballero, por lo ménos, hasta no haber tenido una prueba de su culpabilidad!

Y brillaron sus ojos con una amenaza terrible.

—Hagan callar esa sabandija! gritó Troncoso, mléntas trataba de abrir el escritorio.

El Carpincho avanzó sobre Gimenez rápidamente y le dió un golpe en la cabeza con el mango del puñal.

Gimenez á falta de otra arma, tomó para defenderse uno de los cuchillos que habia sobre la mesa, pero no pudo hacer de él el menor uso.

Todos se le fueron encima y quien una trompada, quien un planazo de facon y quien un silletazo, lo cubrieron de golpes.

Gimenez rodó por el suelo con la cabeza partida en varias partes y el rostro bañado ensangre.

Y en el suelo, los tacos de las botas de los facones, se encargaron de inutilizarlo.

Baigorri cerró los ojos para no ver aquel horror, y sintió que las lágrimas le quemaban los pómulos.

Cuando volvió á abrirlos, la cabeza de Gimenez no estaba ya sobre sus hombros.

Uno de los asesinos la levantaba en la mano izquierda, mientras que con la derecha limpiaba en el pelo, el cuchillo con que la habia cortado.

Baigorri no pudo resistir á aquel espectáculo y se descompuso de una manera terrible.

Su estómago no pudo resistir un momento más la comida de aquella noche y la echó fuera.

—Ah! salvaje inmundito! gritó la turba.

Ahora te vamos á componer nosotros.

Y el Carpincho y otro más empezaron á golpearlo.

Toda la ropa exterior habia desaparecido del cuerpo hecha girones.

Baigorri se hallaba solo con la ropa interior, y esa, á medio desgarrar.

Los miserables, siguiendo las prácticas de Rosas, no podían perdonarle el delito de ser hombre decente y como tal, lo trataban con un refinamiento de crueldad digno de una horca.

Mientras uno le pasaba la mano por el cuello, haciendo de él los mayores elogios, el Carpincho le acariciaba las orejas, prometiéndole cortárselas para regalarlas á una comadre suya muy aficionada.

Baigorri pasaba por una agonía tremenda.

Sus ojos, terriblemente desencajados, espresaban ese último estado de descomposicion moral producida por el terror.

Sus mandíbulas inferiores, caídas hasta el pecho, mostraban cuán íntimo era aquel terror, dando á la fisonomía esa espresion de estupidez que se nota en aquellos que marchan al patíbulo, muertos ya por el espanto é insensibles á todo.

Aquel aspecto de suprema angustia, que hubiera conmovido al hombre más cruel, produjo una sensacion de risa bestial en aquellos miserables que habian llegado ya al vértigo del crimen.

Lo que deseaban era que aquella situacion se prolongara lo más posible.

Troncoso, con algun trabajo y ayudado por dos ó tres más, habia abierto por fin el escritorio.

Allí no habia más que papeles de comercio, como lo habia dicho Baigorri, y bastante dinero en billetes de banco y algun oro.

—Y como no habias dicho que tenias cosas tan buenas? esclamaron los bandidos con la mirada brillante de codicia.

Y á su vista y sin tomarse el trabajo de disimular, empezaron á pasar á sus bolsillos todo aquel dinero.

Baigorri aunque tenia fija en ellos la mirada vaga, no se daba cuenta de lo que sucedia.

Hubiera pedido que no se le arrancara la vida tal vez, ofreciendo valores mayores que aquellos, pero el terror le impedia gobernar los músculos, ni juntar las mandíbulas para pronunciar una palabra.

El cuerpo de Gimenez habia quedado sobre un charco de sangre, sin que ninguno se preocupara ya de él para nada.

Ya lo habian despojado de todas sus alhajas, de su dinero y de su ropa esangrentada.

Qué más les quedaba que hacer ya?

Su cabeza pasaba de mano en mano, mostrando el cuello los pedazos de sangre coagulada.

Era el trofeo que habian de exhibir en el mercado, adornado de perejil al siguiente dia, y trataban de conservarlo de la mejor manera posible.

Cuando ya no quedó más que robar en el escritorio, preguntaron á Baigorri con toda la insolencia del cinismo.

—Y, diga hermano, ¿dónde tiene más pilchas y platita?

Baigorri guardó silencio, sonriendo como un idiota.

Habia perdido por completo todo el dominio de sus facultades.

Ni se daba cuenta de lo que sucedía, ni oía lo que preguntaban.

El Carpincho le pasó por el pescuezo el lomo de su facon, para devolverle el uso de la palabra amenazándole con pasárselo de filo si no hablaba, pero no pudieron conseguir respuesta alguna.

Los músculos de aquella cara descompuesta por el terror, habían sufrido una contracción nerviosa, dejando impresa en ella una especie de sonrisa sin expresión.

Era la sonrisa de un cretino, fija é invariable, fría y desconsoladora.

—Pues á este no habrá más que cortarle el tragadero, dijo el Carpincho.

Ya no dá oído y es inútil esperar que cante!

—Pues degüéllenlo de una vez, dijo Troncoso, que ya es tarde y todavía tenemos bastante que hacer.

Tan insensible estaba Baigorri á todo lo que pasaba á su lado, que ni siquiera cambió de dirección su mirada ante aquellas terribles palabras.

Uno de los bandidos lo tomó de los cabellos y le echó la cabeza atrás.

Y así de pié, sin tomarse siquiera el trabajo de acostarlo, para mayor comodidad, el Carpincho le cortó la cabeza.

Al brotar de su cuello la primera sangre, la sonrisa de Baigorri se convirtió en una carcajada nerviosa, que hizo retroceder á algunos de los asesinos.

Su cuerpo sin cabeza, dejando salir de su cuello un surtidor de sangre, dió tres ó cuatro pasos y cayó agitado un momento por las últimas convulsiones.

El final de aquella muerte arrancó en los asesinos furiosas carcajadas y palmoteos.

—Así son estos decentes! ahullaban enarbolando las dos cabezas.

Todos se mueren de miedo ántes de hacerles la primera parada!

Los asesinos se desparramaron en seguida por la casa, buscando nuevas víctimas y más dinero ó cosas de valor.

Desde que Baigorri y Gimenez habían sido sorprendidos de sobre-mesa, era lo natural que aquella comida la hubiera hecho un cocinero y que un sirviente la hubiese servido.

Era necesario encontrarlos para completar la fiesta, porque dos muertos era muy poca cosa para una noche sola.

Pero por más que buscaron en la casa, no pudieron hallar una persona más.

El señor Baigorri tenía á su servicio un muchachon puntano y una mulatilla jóven.

Estos que estaban comiendo en la cocina acudieron presurosos al comedor, cuando sintieron los gritos y palabradadas.

Pero al contemplar la escena que allí tenía lugar, huyeron aterrados sin ser vistos felizmente.

—Vamos á la Policía, dijo el puntano, porque esos van á degollar al patron.

Y seguido de la mulatilla se dirigió á la Policía.

El pobre muchacho, que ignoraba que aquellas matanzas se hacian por órden de Rosas, y con conocimiento de la tal Policía, creia que allí iba á encontrar un apoyo para salvar á su patron ó para castigar á los miserables.

—Señor! señor! gritó apenas hubo llegado al Departamento!

La casa de mi patron ha sido asaltada y si no van pronto lo van á matar.

—Y quién es tu patron y quién ha asaltado la casa? preguntó el oficial de guardia que recibia la queja.

—Mi patron es el señor Baigorri, de la calle de Representantes; ellos son unos hombres con muchas divisas, que tienen puñales y que dicen que mi patron es unitario!

—Bueno, dijo el oficial, que sabia lo que hacia.

Van ustedes á dormir la tranca, y á incomodar á otra parte.

A los gritos del puntano, habian acudido de las oficinas otros empleados.

—Cómo á dormir la tranca? preguntó aterrado el puntano.

Yo aseguro á usted, señor, que están asesinando á mi patron, repitió gimoteando.

Se lo juro á usted por mi Dios, señor!

—Fuera de aquí borrachones! gritó este, antes que los haga meter adentro y no salgan en un año!

Fuera de aquí! repitió y halagó al muchachon con un puntapié que le hizo dar un brinco y enfilarse la puerta.

La pareja de sirvientes salió de la Policía en medio de una estrepitosa rechifla, acompañada de su correspondiente aguacero de punta-piés.

Esa era la justicia que lograba todo el que iba á pedirle al Departamento de Policía!

Lo que hacia la Sociedad Popular Restauradora venia de más arriba, y ya tenian estrictas y severas órdenes de no intervenir en sus acciones.

Los sirvientes, aterrados y dominados por la más acerba pena, enfilaron la calle buscando donde guarecerse.

Por nada de este mundo hubieran vuelto á su casa, hasta no saber lo que allí habia pasado.

Y al huir de aquella casa, los pobres habian huido de la muerte, pues mientras buscaban donde guarecerse, eran buscados á su vez por la banda de Troncoso.

Ménos feliz fué la pobre cocinera.

Muerta de miedo, y sin atinar á huir, se metió bajo el fogon, creyendo que hasta allí no llegaria la Sociedad Popular.

Vana esperanza!

Al entrar á la cocina, lo primero que vió uno de los asesinos, fué los piés de la infeliz, que asomaban por debajo del fogon.

—Aquí hay uno! gritó, se ha escondido, pero ha dejado la cola de fuera como el peludo.

Los asesinos acudieron allí presurosos, cuchillo en mano,

La mujer fué sacada de los piés con gran trabajo, pues comprendia lo que le iba á pasar.

Y antes que tuviera tiempo de implorar misericordia, aquellos bandidos la degollaron en el acto, llevándose la cabeza para juntarla con las otras dos.

No teniendo ya más que hacer, todos volvieron al comedor á llevar las cabezas que alli habian dejado, y echar una última mirada á los muebles, por si acaso habia quedado algo que robar.

Ya se disponían á alejarse, cuando vieron al Carpincho que traía sobre los brazos, á guisa de carga de leña, una cantidad de mazorcas de maíz, con la chala arremangada.

La espresion de aquella cara innoble y brutal era más feroz que de costumbre.

Al entrar, soltó una carcajada infernal, y dijo:

—Ahora van ustedes á ver lo que á mi se me ha ocurrido.

A ver si valgo lo que peso!

—Y ese maíz para qué es?

—Para eso! Lo he sacado de una gran bolsa que hay allí al lado de la cocina y lo he ensayado ya con la cocinera.

Y soltó una carcajada más prolongada y repugnante.

—Pero para qué lo has traído?

—Ahora verán.

El Carpincho soltó en el suelo su carga de maíz, y tomando una mazorca y armado de una astilla de leña, se dirigió al cuerpo de Baigorri, caliente aún.

Ninguno se sospechaba cual era la intencion de aquel bandido.

El Carpincho dió vuelta el cadáver y valiéndose de la astilla de leña como de un mazo, introdujo la mazorca en aquel cuerpo.

Aquella operacion impía é infame hasta lo fantástico, aquella afrenta digna de Satanás, fué acompañada de un éco de alegres carcajadas, é imprecaciones de todo género.

—Viva el Carpincho!

—Viva la federacion!

—Mueran los salvajes unitarios! vociferó la turba aplaudiendo furiosamente al Carpincho.

—Esto es para los decentes! ahullaba aquel, dando los últimos golpes con el improvisado mazo, hasta solo dejar de fuera la chala seca y arremangada.

—Perra si valgo plata! gritaba el Carpincho entusiasmado.

—Perra si valgo plata! van á temblar de mi los unitarios peor que del diablo!

Aquella operacion bestial fué repetida con el cadáver de García!

Esta era la última afrenta con que se sellaba aquel degüello.

Los demás asesinos, encabezados por el mismo Troncoso, aplaudian ferozmente á cada golpe de mazo, sintiéndose poseidos del más, federal entusiasmo.

Y todos convinieron en que realmente el Carpincho valia

plata, y que su invento era el más famoso que se había hecho en el siglo.

Los demás asesinos fueron á donde estaba la bolsa de maíz y cada uno sacó tantas mazorcas cuantas pudo llevar.

Se las colocaron en la cintura, entre las cintas de los sombreros y donde pudieron, á los gritos de ¡viva la mazorca!

Al salir á la calle, llevándose las cabezas de los que habían degollado, dejaron en las ventanas un atado de mazorcas como señal de la operacion que en aquella casa se había llevado á cabo.

Desde allí á los gritos siempre de ¡viva la mazorca! se encaminaron á la casa de González, á dar cuenta á Salomon y demás compañeros, del famoso invento que se debía al caletre del Carpincho.

Al otro dia todos los federales aplaudian frenéticos el procedimiento del bandido, y se veía á los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, adornados de enormes mazorcas de maíz, buscando víctimas en quienes enrayar el procedimiento.

Todas las vidrieras de los negociantes federales se vieron desde ese dia llenar de mazorcas de maíz.

El nombre de mazorca empezó á popularizarse y á designarse por él á la terrible asociacion, encontrandolo más simpático que el de Sociedad Popular Restauradora.

Y desde entonces es que á los unitarios clasificados de decentes, empezó á aplicárseles el tormento de la mazorca.

Las casas donde esto se ejecutaba, eran señaladas por una mazorca de maíz colgada en la puerta de la calle ó en las rejas de la ventana.

Ya se sabía que cuando en alguna puerta se veía aquel símbolo colgado, no era difícil pronosticar lo que adentro había sucedido.

El tormento de la mazorca les había sido aplicado despues de cortarles la cabeza.

Muchas veces cuando solo se trataba de asustar á algun unitario decente, lo que rara vez sucedia, porque siempre preferian degollarlo, le hacian la operacion de la mazorca, lo que anunciaban al barrio y los transeuntes, de la manera que dejamos indicada, colgando un mazo de mazorcas á la puerta de la calle.

Fué tal la popularidad de esta afrenta inaudita, que el Carpincho llegó á hacerse de una fama asombrosa.

Chico le fué el estómago para contener el número de convidadas con que lo obsequiaron aquel dia, que su enorme chapona hubo de romperse, tal fué lo que se hinchó su cuerpo, al recibir por medio de Cuitiño, la federal felicitacion del Restaurador de las Leyes.

Este fué el origen de aquella palabra, á cuyo solo sonido llegó á temblar la sociedad argentina.

Vengamos ahora al centro de sus sesiones.

LAS SATURNALES.

Pálidas son las descripciones de las noches de *Sabato* que nos hace el Diccionario infernal, al lado de las tremendas reuniones de la mazorca.

Bajo la presidencia del terrible Salomon, la mazorca concurría á tener sus reuniones en la calle de Suipacha, casa embargada á los deudos de don Lúcas Gonzalez.

Allí tenían lugar las sesiones más importantes donde se trataba de quitar la vida á tales ó cuales ciudadanos calificados de salvajes unitarios.

Esta clasificación no se daba simplemente á los sospechados de esta opinion política.

El pulpero de la esquina, mazorquero ultra é íntimamente ligado al Carpincho, denunciaba como unitaria á tal ó cual familia que no le hacia el gasto en su pulperia.

El carnicero á quien no se le pagaba la cuenta que se le antojaba presentar, delataba á su deudor como salvaje unitario.

Y cuidado que estas simples indicaciones bastaban para hacer rodar la cabeza que se hubiera creído más segura.

La mazorca imperaba, sus fallos eran inapelables y su autoridad la única que velaba por la tranquilidad y vida de sus habitantes.

En los años cuarenta y dos, los más terribles de la tiranía, eran sus grupos los únicos que recorrían las calles desiertas, despues que oscurecía.

Entonces y á aquellas horas, solo se oía el quejido lastimero de los que sucumbían y el blasfemar de los que les daban muerte.

Rosas los habia castigado entregándolos por completo al inapelable furor de la mazorca.

La casa del desgraciado don Lúcas Gonzalez habia sido arreglada de una manera conveniente, para las saturnales que allí habian de celebrarse.

Toda pintarrajeada de colorado y adornada de mazorcas por todas partes, permanecia abierta de dia y de noche.

Quién que no fuera uno de sus afiliados se habria atrevido á entrar allí?

En sus paredes despedazadas y manchadas por el vino que estaba de más en las estómagos, se leían toda clase de motes obscenos y palabras terribles, siempre bajo este sangriento lema:

Viva la Confederacion argentina! mueran los inmundos asquerosos salvajes unitarios!

Lo de *asquerosos é inmundos* era muchas veces reemplazado por otros calificativos repugnantes, dignos de aquel que los habia escrito.

Las paredes de las piezas, igualmente adornadas, estaban

decoradas además por los inmensos tiznes de las velas allí pegadas, á falta de candeleros.

Por todas partes, amontonados á puntapiés en los rincones, se veían grandes cantidades de frascos de ginebra vacíos y hechos pedazos.

No se percibía en su interior otro ruido que el de la fiesta perpétua que allí se celebraba, salpicada con caña y el chasquido de alguna vieja guitarra, despedazada también en alguna borrachera.

Salomon, el terrible Salomon, era el que presidía aquellas bacanales monstruosas incitando á los afiliados con discursos de una lójica infernal, que producía el mayor desenfreno entre las turbas.

Salomon era un raro tipo trasplantado á aquella atmósfera de sangre de una manera violenta é insensible.

El era un buen paisano, partidario de Rosas, con todo su corazon, porque Rosas lo habia protegido en la campaña Sud, cuando trataba de atraerse á todos los paisanos para dominar con ellos, como lo hizo más tarde.

Su valor sereno y buenas prendas de corazon, le habian ido abriendo camino poco á poco y conquistándose la confianza del patron, que no veía más en él que una persona humilde y buena, leal, valiente y fácilmente manejable.

Salomon se ganó á Rosas, desde un principio, creando al mismo tiempo gran prestigio entre los que se hallaban á él subordinados.

Como el tipo más apropiado, Rosas se lo habia enviado á doña Encarnacion para que lo aprovechara en aquel célebre movimiento de que hemos dado cuenta, y que preparó su segundo é interminable Gobierno.

Salomon hizo proezas de malicia gaucha y se portó con una actividad y valor á toda prueba.

De modo que cuando don Juan Manuel trepó al poder, Salomon fué recompensado con una posicion que estaba muy lejos de soñar.

Era de los más importantes miembros de la Sociedad Popular Restauradora, hablaba con el superior Gobierno de igual á igual cada vez que queria y lo que él mandaba era ejecutado al momento, sin tener que dar jamás cuenta de sus actos, siempre que se ejercieran contra salvajes unitarios.

Pero Salomon iba sin sentirlo invadiendo un terreno que no era para su corazon naturalmente bondadoso.

Y cuando se apercibió era demasiado tarde para retroceder sin perder la cabeza.

El hecho de ser gefe y tener entrada en el despacho del Restaurador, le habia dado un ascendiente terrible entre la chusma que lo seguía.

Era uno de los federales más intransigentes y una verdadera potencia entre los miembros de la Sociedad Popular Restauradora.

Cuando llegó la época de la matanza y vió Salomon que

para ser un buen federal no bastaba con charlar y prometer, sino que era necesario degollar y azotar mujeres, quiso retroceder.

Pero cómo hacerlo sin jugar la cabeza?

El, Salomon, impidiendo que otros degollasen y protejiendo á las víctimas, era cosa que no estaba en armonía sin ser sospechado de salvaje unitario.

Cómo armonizar su necesidad de vivir, y de conservar la posición que tenía, con sus instintos bondadosos y nobles.

Salomon se decidió á correr la caravana tal cual se le presentaba, pero valiéndose de una verdadera estratagema para conciliar *obligacion con la devocion*.

Otro ménos astuto y ménos noble que Salomon, hubiera optado por la matanza, sin más trámite.

Salomon era hombre de imaginación larga y resolvió el problema de auxiliar á los unos sin hacerse sospechoso á los otros.

Alguna vez, como ya lo hemos visto, tuvo que tomar parte en alguna degollatina, pero esto era cuando no le quedaba otro recurso.

— No me queda más camino, murmuraba entonces, pero qué le hemos de hacer!

Compensaré este daño salvando otras víctimas, y Dios me lo tendrá en cuenta para que me sirva de descargo.

Su proceder para salvar esas víctimas, era lo más original y sagaz que pueda imaginar.

Él, como persona influyente y gran federal, tenía conocimiento anticipadamente de las personas á quienes se iba á quitar de en medio, ó de las familias que iban á castigar.

A veces, porque se lo decían los encargados de ejecutar la cosa, Cuitiño, Troncoso etc., ya porque el mismo Rosas, se lo ordenaba de esta invariable manera:

— Caramba, Salomon, me parece que en casa de fulano se conspira!

Me han dicho que las mujeres andan entre casa vestidas de celeste, y que ellos mantienen correspondencia con Lavalle.

Lo siento mucho, porque si los muchachos llegan á saber esto, les van á jugar una mala pasada.

Averigüé que hay en esto.

Este discurso no era otra cosa que una sentencia de muerte para los hombres, y de azotes para las mujeres.

Y aquí era donde el buen Salomon ponía en juego toda su astucia.

A la tardecita del mismo día que había recibido la orden, ó saber que otro la había recibido, se presentaba solo, en la puerta de la casa amenazada.

Allí con ademán feroz, el puñal en la mano, según la urgencia del caso, empezaba á gritar todo género de insolencias salpicadas, de las amenazas más brutales.

— Ah! salvajes unitarios! gritaba.

Ah! inmundos unitarios! decía — ¿con que en correspondencia con Lavalle, eh? sabandijas!

Ya lo verán! ya lo verán mañana que rebenqueada á las mujeres y qué degollatina á los hombres!

— Con que enemigos de la Federacion, eh?

Veremos cuando mañana estén sus cabezas clavadas en la plaza, si viene Lavalle á ponérselas sobre los hombros!

Yo les voy á dar unitarismo á fuerza de puñaladas!

Miren qué figuras para ser enemigos del que nos dió libertad y cuantos beneficios gozamos!

Ya verán mañana! malditas sabandijas!

Estos discursos duraban siempre diez minutos ó un cuarto de hora.

Pronunciados nada ménos que por Salomon, que tenia una fama terrible, debian producir un efecto formidable.

La familia á quien habian sido dirigidas las amenazas, se entregaba á la más honda desesperacion.

Sus miembros se abrazaban sollozantes, temiendo que vinieran á matarlos de un momento á otro, porque para la mazorca nunca habia mañana.

Los vecinos lamentaban profundamente la desgracia en que habia caído aquella familia, y cerraban sus puertas y se tapaban los oídos para no oír los lamentos y las imprecaciones de la matanza.

Salomon entretanto se retiraba satisfecho de su obra esperando los efectos que no podian tardar.

Asombradas de estar vivas al dia siguiente, la primer operacion de las personas así amenazadas era abandonar la casa, de uno en uno, y buscar asilo entre sus relaciones, esperando el momento más favorable para emigrar del país.

Y al último que salia le parecia un sueño poder hacerlo por sus propios piés.

Salomon habia hecho su pápel ante los federales que lo habian visto y habia logrado su noble propósito por medio de aquel aviso indirecto hecho con tanta sagacidad.

A la noche siguiente como él lo habia prometido, la mazorca asaltaba la casa afilando los cuchillos en los pátiós.

Pero por más que buscaban, sus habitantes no parecian por ninguna parte.

Salomon echaba andanadas de ternos acusándose de miserable é indigno de ser federal por haber ocurrido tarde; pero en su interior se sentia satisfecho.

La mazorca se desquitaba con los muebles, arrojándolos á la calle, y despedezando los cristales y porcelanas.

Robaban todo aquello que más valor tenia y se ponian las mejores ropas.

Pero no habian tenido un solo cuello que cortar.

Salomon habia hecho su papel á las mil maravillas, y los amenazados habian salvado sus vidas.

Este era el terrible Salomon que tanto terror ha inspirado, y cuyo nombre ha pasado á nosotros rodeado de sangre, y aparejado á las maldecidas memorias de Cuitiño, Moreira, Parra, Troncoso y demás bandidos de la Sociedad Popular Restauradora.

Con este sistema empleado siempre con increíble sagacidad, Salomon salvó á muchos hombres y familias, que habia señalado al puñal de la mazorca el dedo fatídico de Rosas.

Muchos le deben así su vida, y muchos hay vivos aún, que podrán corroborar nuestras palabras.

Salomon era además héroe de escenas traviesas, aunque bárbaras y dignas de la mazorca á que pertenecía, pero que comparados á la escenas de puñal y verga, eran estas travesuras muy aceptables y aún festejadas.

Salomon además hacia estas travesuras á personas á quienes con la misma naturalidad podia haberles pasado ó hecho pasar la cuchilla por el cuello.

Eran entonces travesuras que, por groseras que fueran, bien podian perdonarse.

Por ejemplo, frente á la casa que habia declarado suya vivia la familia de . . . á quien más tarde se ligó el conocido señor don Alejandro Cornac.

Esta familia era continuamente víctima de las campestres bromas de Salomon.

Por ejemplo vestia por toda prenda un *robe de chambre* lleno de divisas y lazos federales y con esta única prenda salia al balcon á tomar el fresco.

Si por casualidad sus vecinas asomaban á la puerta ó ventanas, al momento les dirijia la palabra, llena de los más federales requiebros que haya pronunciado jamás boca de mazorquero alguno.

— Ah! unitariazas! les decia, no quieren ver que un pecho federal arde por ellas.

Yo soy soltero, buenas mozas! yo soy soltero! y estoy dispuesto á hacer feliz á cualquiera de ustedes.

A ver un beso, pichonas!

Con estas y otras chanzonetas por el estilo, habia obligado á aquella buena familia á vivir completamente encerrada.

— Yo no entiendo á este Salomon! solia decir alguno de los mazorqueros que oia sus requiebros.

Le gustan las muchachas y no es capaz de hacerles una atropellada!

No, pues si yo fuera Salomon ya se habrian de entender conmigo!

Verian en qué momento me hacia decir *quiero*.

Salomon sonreia al oir sus opiniones, pues en sus bromas no tenia otro objeto que quemar un poco la sangre á sus vecinas, que le eran terriblemente antipáticas.

En las tremendas saturnales que bajo su presidencia celebraba la mazorca, él era completamente ajeno á las deliberaciones de sangre.

Cuando sabia que sus subordinados habian resuelto asaltar tal ó cual casa, degollando á sus habitantes, no pudiendo impedirlo de otro modo, daba aviso á las víctimas, de la manera que hemos indicado más arriba.

A la caida de la tarde empezaban á llegar á la casa de don Lucas Gonzalez los miembros más importantes de la mazorca.

Mariño, el célebre jefe de los Serenos, había declarado por suya la casa de doña Rosa Régules, aquella amiga de Gonzalez que fué saqueada y azotada aquella misma noche.

Y para que todo quedase en casa, como la fortuna de don Lucas, Mariño asistía á las reuniones de Salomon, y era el más famoso consumidor de vino de la tierra que haya nacido jamás de vientre de mujer.

Cada marzoquero llevaba á la reunion su poderoso contingente de ginebra y caña, alma de todas sus feroces deliberaciones.

Unos llegaban acompañados solamente de sus dos ó tres botellas de bebida, coima que habían sacado de alguna pulperia amiga.

Otros más traviesos, llevaban además de la bebida su correspondiente consumidora.

Esta no era otra cosa que la prenda de su alma, que le ayudaba á dar una buena puñalada, ó le bombeada las casas donde podían *hacer negocio*.

Estas mujeres, en cuyas caras no era extraño ver una ó más cicatrices, tapadas con su rebozo de bayeta colorada, tenían voz y voto en aquel congreso infernal.

Con un cigarro de hoja entre los labios, el mate en una mano y la limeta en la otra, aquellas mujeres miserables aplaudían furiosamente los actos más nauseabundos y las crueldades más monstruosas.

Daban su opinion sobre la mejor manera de degollar y no era extraño escuchar á una de ellas, dar á un hombre lecciones sobre el mejor modo de dar una puñalada en la *olla* ó un tajo en la garganta.

En medio de una algarabía infernal de interjecciones de toda especie, cada cual refería la escena más ó ménos brutal y feroz en que había sido actor la noche anterior.

Y todos escuchaban con religioso silencio, sin atreverse á interrumpir al orador.

Cuando este terminaba, empezaban los vivas á la federacion y las felicitaciones al narrador.

Las limetas pasaban de mano en mano y de boca en boca, prometiendo los demás sobresalir á aquel.

De repente uno de los sócios se presentaba llevando de los cabellos una cabeza humana, que arrojaba al suelo, entre la turba, y se sentaba como á reposar la inmensa fatiga de algun trabajo pesado y laborioso.

La cabeza pasaba de mano en mano, saludada con mil injurias y con alguno que otro bofetón.

El recién venido contaba de quien era la cabeza y como había degollado á su dueño.

Era esta alguna bolada de aficionado que le había caído en plena calle.

Un viandante de quien el pulpero había dicho que era un salvajón á quien él, sin más trámite, le había cortado la cabeza.

Con este motivo se renovaba la algazara y chachota, se con-

sumía el contenido de nuevos frascos de ginebra, y las cabezas empezaban á ponerse pesadas.

Las mujeres eran las primeras en dejarse ganar por Baco.

Poco á poco, borrachas, iban haciéndose rosca en los rincones hasta que sus ronquidos empezaban á mezclarse á las risas y votos de todo género.

Alguno que quería recogerse temprano aquella noche, por el mucho trabajo que habia tenido en la anterior y tendria en la siguiente, se separaba de aquella rueda infernal, dando traspie y despertaba á su moza de una patada y se la llevaba consigo, haciendo el firme propósito de degollar al primer salvajon que hallase en el camino.

Aquellas tremendas reuniones terminaban por lo general en embriaguez que ataba la lengua de los congresales, ó por tener que salir á asaltar la casa de alguna familia sentenciada á ser carneada por aquellas turbas feroces.

En este caso, las mujeres se quedaban enjuagando las botellas mientras los hombres iban á dar su golpe.

Y no era cosa del otro mundo ver á algunas de ellas seguir al grupo de mazorqueros, para entregarse al robo más desenfadado mientras aquellos degollaban á sus víctimas, previa aplicacion del invento feroz del Carpincho, que llamaban sencillamente la pena de la mazorca.

El pueblo huía de aquella manzana, como del infierno.

Es que al pasar por la casa de Salomon, muchos habian sido degollados por los que allí estaban de faccion.

Unos por llevar prendas celestes, otros por no llevar bien grande la divisa, y otros, en fin porque tenian cara de salvajes unitarios.

Era el último pretexto de que se valian aquellos bandidos para autorizar un degüello, si es que necesitaban algun pretexto para llevarlo á cabo.

No habia para ello control de ninguna especie.

No obedecian más autoridad que la de Salomon, ni más freno que sus instintos.

Los miembros de la mazorca eran ricos, porque unos por miedo de parecer y otros por finjirse los más grandes federales los llenaban de obsequios de toda clase.

La casa de Salomon parecia un almacen por mayor, tal era la cantidad de sus provisiones.

Quien una pipa de vino para que bebieran los muchachos, quien media docena de frasqueras de ginebra con el mismo objeto, quien yerba y quien azúcar, todos enviaban algo á Salomon, para estar bien con él y con la mazorca, pues este en plena sesion, daba cuenta del regalo y de la persona que lo enviaba, recomendándolos á la mejor consideracion de aquellos desalmados.

La mazorca daba grandes vivas al generoso que remitia el obsequio y como es natural, á la federacion, madre forzosa de todo lo bueno que sucedia.

Así vivia aquella turba de miserables, sin tener que pensar en la mañana.

EL PUÑAL Y LA CRUZ.

Raras han sido las épocas de matanza y sangre en que la cruz no haya tenido su parte más ó ménos odiosa.

Larga sería por cierto nuestra fatiga, si tuvieramos que historiar los sucesos en que, á la sombra de la cruz é invocando el nombre de Cristo, se han cometido los mayores crímenes.

Vengamos, pues, á nuestra historia, que harto tenemos en ella para apoyar aquel aserto.

El cura Gaéte, el terrible cura Gaete, cuya memoria es harto maldecida, el padre Juan A. Gonzalez, el impío cura Solis, el teniente cura Palacios y otros muchos, concurrían á las reuniones de la mazorca, escitando la ferocidad de aquellos bandidos con discursos más ó ménos brutales.

El cura Gaete, en aquellas bacanales monstruosas y rodeado de las mujeres que hemos descripto en el capítulo anterior, bebía hasta quedar postrado por la embriaguez, brindando por las tres santas: la santa federacion, la santa verga y la santa cuchilla.

Este miserable, sostenía en plena mazorca que el reino de los cielos sería del que más salvajes unitarios degollara, enseñándoles á persignarse por la señal de la santa Federacion.

El cura Solis se ponía á bailar lo que hoy se llamaría can-can, al rededor de las vacijas de bebida teniendo por compañera á la mujer más depravada de la reunion.

Cuando el vino le dominaba por completo, se quitaba la sotana y empuñando un facon, aseguraba con un lenguaje nauseabundo, que él también tendría la gloria de tomar parte en la más feroz degollatina.

Este energúmeno feroz y corrompido, llevó su lenguaje bestial y sanguinario, hasta el mismo púlpito de San Nicolás, de cuya parroquia era cura.

En uno de sus más brutales sermones y en el mayor delirio federal, decía á los fieles que llenaban el templo:

«ESTOS BRAZOS QUE VEIS, SE HAN DE EMPAPAR HASTA EL CODO EN LA INMUNDA SANGRE DE LOS ASQUEROSOS SALVAJES UNITARIOS Y SUS CRIAS MALDECIDAS.»

Y arremangándose sus brazos desnudos y huesosos, golpeaba en el parosismo del furor, la baranda del púlpito, lanzando miradas furibundas á sus aterrados oyentes.

Este hombre bárbaro, llegó hasta proponer que en una noche sola se exterminaran en las calles y en sus casas, todos los salvajes que se encontraran dentro de la ciudad, sin que escapara al puñal vengador y justiciero, una sola de sus inmundas crias!

El cura Solís, que bebía por cinco y maldecía por ciento, se palmeaba con los más harapientos de aquellos bandidos, que lo trataban como á un igual.

Una noche que la saturnal subió de punto y en que la mazorca se preparaba á pasar á degüello diez ó doce familias, se presentó en lo de Salomon con el siguiente discurso:

—Ola, muchachos! segun me acaba de decir Mariño, hoy tendremos ricas y abundantes sardinas.

Cada uno afile su cuchillo, porque la jarana va á ser larga y divertida.

Ya saben, hijos, que Dios, protector de la federacion, estará en el filo de sus puñales.

Ahora venga un trago á la salud del que mejor se porte en la jarana.

En seguida se agarró con una de aquellas horribles maritornes, y bailó un triunfo, segun dijo, para despertarles los apetitos sangrientos.

Los muchísimos frailes allí presentes, bailaban y bebían en el vértigo de la infamia, mezclados á aquel caos de mujerzuelas y asesinos, cuya única ocupacion era la de sacar cabezas.

Y para que se vea hasta donde llegaba el desenfreno de los frailes y curas, hé aquí un párrafo de un oficio del cura del Salto, que encontramos en el número 5308 de la *Gaceta Mercantil*, donde se publicó íntegro:

«Insensatos! exclamaba aquel ministro de Dios.

«Los pueblos hidrópicos de cólera, os buscarán por las calles, en vuestras casas, en la iglesia, en los campos y segando vuestros cuellos, formarán con vuestra inmunda sangre un hondo rio donde se bañarán los patriotas para refrijerar su devorante ira.»

Este miserable incitaba á las masas para que no perdonaran siquiera á los niños de pechos, pues estos, con el tiempo, habian de ser otros tantos inmundos asquerosos salvajes, enemigos de Dios y de los hombres.

La mazorca escuchaba delirante la palabra de aquellos monstruos y se apresuraba á beber en los mismos jarros que la embriaguez les hacia caer de las manos, persuadidos que bebían vino bendito.

Y para que se vea hasta donde llegaba el fanatismo religioso federal, publicamos íntegra una circular que dirigió á los curas el obispo Medrano, hombre bueno y honesto á todas luces, y un prelado virtuoso.

Queremos publicarla íntegra y con su propia ortografía, porque estando el obispo Medrano colocado á otro nivel moral que los bandidos de que nos ocupamos, se podrá calcular por ella donde llegarían los curas y frailes que asistian á las reuniones de la mazorca:

« ¡ Viva la Federacion! »

« Buenos Aircs, Setiembre 7 de
 « 1837; año 28 de la libertad, 23
 « de la independencia y 8.º de la
 « Confederacion Argentina.

« Al Cura Vicario de Santos Lugares de Rosas :

« Nada más justo que el clero conforme sus opiniones con las del Superior Gobierno; cualquiera divergencia en esta parte podria ser ruinoso al Estado, y perpetuar males que á todos nos serian sensibles, y que una dilatada esperiencia nos lo ha hecho sentir con dolor.

« Es preciso por lo tanto que usted que está á la cabeza de esa felegresía desde el púlpito y con su ejemplo exorte á todos sus feligreses á que lleven constantemente la divisa federal que tiene ordenada el Superior Gobierno, y que tan necesaria es en las presentes circunstancias para fijar el sistema Federal sin el que seríamos víctimas de las más negras pasiones y veríamos correr la sangre de nuestros mismos hermanos.

« Estienda usted tambien sus alocuciones á todas las mujeres sin esceptuar los jóvenes de uno y otro sexo, haciéndoles presentes que llevando la divisa federal hacen un servicio singular á la Patria, á sus familias, y á sí mismo: pues que viviendo en quietud y tranquilidad gozarán de sus trabajos, acabarán sus dias no en los campos y desiertos, sino en el regazo de los suyos y al lado de sus maridos y de sus hijos.

« Hágales usted entender igualmente que los hombres deben llevar la divisa de Color punzó al lado izquierdo sobre el corazon; y las mujeres en la cabeza al mismo lado; debiendo tambien advertirles que en adelante procuren abolir una moda que han introducido los lojistas unitarios de hacer usar á los paisanos la ropa almidonada con agua de añil, de modo que luego queda de un color que tira á celeste claro, lo que es una completa maldad de los Unitarios impíos, en cuya moda han hecho entrar á los paisanos que la siguen con la mayor ignocencia y que es preciso advertirles para que la aborrescan y nadie la siga.

« Pero si usted advirtiese que algunos ó algunas de sus feligreses fueran indiferentes á sus exortaciones, reconvengales por dos ó tres veces y si ni aún así cumpliesen con sus insinuaciones, hágales usted entender que por último resultado de su inoservancia se les prohibirá la entrada en la iglesia, para cuyo efecto se pondrá usted de acuerdo con el Juez de Paz de ese Departamento.

« Recuerdo á usted por último, que no omita rezar despues de las Oraciones el Rosario, las buenas noches, y en seguida los dos Padre Nuestro que tiene ordenado el superior Gobierno, por las almas de los Generales D. Juan Facundo Quiroga y D. Manuel Dorrego; este acto de religion. será una prueba de

la gratitud que toda la Provincia debe á estos señores, y una memoria, de los distinguidos servicios que prestaron á la Santa Causa Nacional de la Federacion hasta derramar su sangre y perder sus vidas por ella.

«Espero por lo tanto que usted, cuyos sentimientos patrióticos son bien notorios al Público, cumplirá con lo que ordenamos acusándonos recibo de nuestra comunicacion con la celeridad que le permita la distancia en que se encuentra.

Dios guarde á usted muchos años. »

Mariano — Obispo. »

Cuitiño y Troncoso eran los que tenian siempre cuidado de que las limetas, estuvieran llenas de vino, porque decian que los frailes bebian mucho, y además concurrían allí parroquianos como Pablo Alegre, Otechea, Moreira, Parra y demás federales probados.

Aquello era una borrachera feroz é interminable.

Las mujeres rodaban por el suelo, borrachas hasta parecer cadáveres, confundidas con los frailes, los curas, y las cabezas que, cortadas, fuera de programa, llevaban allí los mazorqueros más furiosos, de los que era riguroso modelo el Carpincho.

Cuando el vino y la orjía habia concluido de exaltar las cabezas de aquellos malvados, se lanzaban á la calle en grupos, encabezados por Cuitiño, Troncoso, Alegre y los más agalludos.

Con la daga en una mano, y una mazorca en la otra, detenian á todo el que encontraban, degollando á los que, á través del vino, más sospechosos les parecían.

Cuando habian degollado una docena, que era el número que podia contener un carro, el grupo se detenía y quemaba uno ó dos cohetes voladores.

Esta era la señal que daba á la Policía, para que enviara sus carros de basura, á recojer los cadáveres.

Hecha la señal el grupo seguía su marcha destructora y dejando en el camino dos ó más de los que lo componían, á quienes la embriaguez no les permitía dar un paso más.

Las cabezas eran guardadas por los degolladores, para clavarlas en las rejas de la pirámide ó arrojarlas al otro día en un carro, donde las paseaban por la ciudad á las voces de —

Duraznos blancos y amarillos! duraznos muy baratos!

Muchas familias llamaban á los vendedores que así gritaban, y en vez de duraznos, en medio de feroces carcajadas, les exhibían las cabezas humanas, aún tibias muchas de ellas.

Si á alguno se le antojaba señalar una casa con estas palabras:

— Allí viven salvajes unitarios, la desgraciada familia que la habitaba estaba perdida.

La mazorca entraba en ella, degollaba á los hombres y azotaba á las mujeres.

Los mismos templos no estaban exentos de estas invasiones sangrientas.

Los grupos de la mazorca penetraban en ellos á cerciorarse si el retrato del Restaurador estaba ó nó en los altares para proceder en el segundo caso contra el cura.

Los santos eran adornados con gran cantidad de divisas y las santas con moños pegados á brea como se hacia con las señoras que no los llevaban.

Si al mas borracho de todos ellos se le ocurría encontrar que tal ó cual santo se parecia á Lavalle ó tenía facha de salvaje unitario, la mazorca procedía del siguiente modo:

El santo aquel, con facha de salvaje unitario, era bajado á lazo del nicho donde se hallaba colocado.

En seguida y delante del altar mayor, para escarmiento de los demás santos, era despojado de sus vestidos y azotando á verga limpia, en medio de las más frenéticas carcajadas.

Después el santo unitario era sacado á la calle donde se le pegaban moños con brea y divisas de las más enormes.

Así azotada, quedaba la imagen del santo en medio de la calle, ofreciendo el aspecto más desastrado.

Ebrios por el furor de azotar y escarnecer, de la iglesia pasaban á las casas de las familias señaladas como salvajes unitarios.

Ya lo hemos dicho, en aquellos asaltos, no se escapaban ni las criaturas de pechos.

Bastaba que uno se acercara á la cuna, y encontrara que el niño tenía cara de salvaje unitario, para ser degollado sin más trámite.

Nada escapaba á la ferocidad de aquellos bandidos.

En el templo en cuyo altar mayor no se hallara bien visible el retrato del tirano, eran azotados todos los santos y santas, después de despojárseles de sus vestidos.

Los curas, ó frailes si era convento, eran tratados entonces de la misma manera que los santos.

Así sacaron á facon limpio, á los jesuitas de San Ignacio, mazorcada que narraremos con sus menores detalles, á su debido tiempo.

El final de aquellos degüello y azotainas, era como el principio.

Ebrios de vino y de sangre, regresaban á la casa de Salomon, donde comenzaba la bacanal de una manera más brutal y desesperante.

Las cabezas que llevaban eran arrojadas en monton, junto con los frascos vacios y las mujeres borrachas.

Allí se renovaban los discursos sangrientos de los frailes y curas, incitando á recomenzar al día siguiente las mismas escenas.

Allí vociferaban hasta quedar rendidos por el vino y el cansancio.

Dormían todo el día hasta la oracion, en que salían nuevamente á sus degüellos y crímenes.

Dados estos antecedentes de la mazorca y su origen, retrocedamos al famoso año 35, en que se diseñó esta bárbara tiranía, que llegó á su periodo más agudo en el impercedero año de 1842.

EL DESPERTAR DEL TIGRE.

Rosas en el poder con las facultades extraordinarias y la suma del poder público, había llegado al colmo de sus deseos y aspiraciones.

Los que le habían hecho oposición, los clasificados de lomos negros y los sospechados de salvajes unitarios, podían estar el cuello, pues aquel Gobierno se iniciaba con un terrible programa de venganzas, que podía leerse en la mirada feroz de aquellos hermosos ojos azules.

Los muy conocidos como salvajes, unitarios, se apresuraron á emigrar á Montevideo, sospechando ya lo que les esperaba.

Los más moderados y desapercibidos, esperaron que se desencadenara la tormenta, para adoptar el partido más conveniente á su salvación.

Porque la verdad es que, aunque todos temían á Rosas y conocían sus crueldades, ninguno se imaginó el carácter monstruoso y sangriento que asumiría aquella tiranía bárbara que ha marcado nuestra historia con enlutada y estremecida cifra.

Rosas había organizado su Gobierno de manera á no compartirlo con nadie, ni que nadie sospechara lo que cruzaba por su espíritu tenebroso.

La Cámara servil que le había entregado el país como un rebaño, con la suma del poder público, no podía ser un obstáculo á ninguna de sus pretensiones, por bestiales que fueran.

Quién se habría atrevido á levantar la voz en aquel recinto, contra el héroe de la América?

De sus bancas hubiera sido arrojado á la calle, y allí entregado á las turbas miserables que Rosas había traído cerca de sí, para erijirlas en su policía secreta y absoluta.

El día de su recepción fué un día clásico en aquella misma época.

Todos esos bandidos que él mismo había educado á sus necesidades, se desbordaron por la ciudad, festejando al patron vuelto á ser Gobierno.

Las pulperías se llenaron de estos siniestros personajes, que volvieron á derramarse por las calles dando expansión á sus sentimientos y á su ginebra.

Los vivos y muertas eran lanzados como terribles sentencias de muerte, contra los que tenían el más débil aspecto de decencia, pues era contra los hombres decentes que Rosas había azuzado el odio de aquellos miserables.

Eran verdaderamente siniestras aquellas cataduras formidables!

Todos ellos iban cubiertos de divisas, donde se leía en grandes letras el nuevo lema de ¡muieran los inmundos salvajes unitarios!

Sus chiripás de bayeta punzó y sus inolvidables gorros de manga del mismo color, contribuían á aquel aspecto patibulario, á cuya presencia se cerraban precipitadamente las puertas de amigos y enemigos.

Porque todos temblaban de las consecuencias que podía tener aquella avalancha de borrachos que cruzaba la ciudad como una toldería, amenazando de muerte hasta las mismas criaturas que espantadas cruzaban la calle.

Y para que no cupiera duda de sus intenciones, de trecho en trecho sacaban sus puñales de la cintura y golpeaban con sus cabos las puertas que se cerraban á su paso, en medio de una algazara descomunal y terrible.

Estas turbas fueron las mismas que acompañaron al ilustre Restaurador hasta la sala de Representantes.

Fué en su puerta donde tuvieron lugar las primeras escenas de violencia y escarnio.

Todo el que pasaba por allí, ya fueran nacionales ó extranjeros, eran obligados á descubrirse y vivir al supremo Restaurador de las leyes.

Algunas personas que ni siquiera conocían el idioma en que se les hablaba, se negaban á obedecer.

Era entonces cuando se arrojaban sobre ellos golpeándolos furiosamente.

Y como las víctimas de aquellos desmanes no atinaban siquiera á defenderse, confusos por la sorpresa, eran golpeados á mansalva, pasándoles por el cuello el lomo de los facones, como muestra de lo que les esperaba si no obedecían.

Los numerosos grupos que presenciaban estas escenas, las saludaban con una gritería espantosa y dicharachos de toda especie.

Cuando el Restaurador salió de la Sala de Representantes, después de haber leído con la mayor desvergüenza su programa de venganzas, las iniquidades no tuvieron límites.

En su misma presencia y estorbándole el paso, las turbas pateaban y escarnecían á cuanta persona cruzaba por la calle, sin dar furiosos vivas á la Santa Federación.

Y el Restaurador miraba todo aquello con sus terribles ojos, sin demostrar la menor extrañeza.

Concluidas aquellas manifestaciones, parecía que todo quedaría en calma, pero no eran sino los relámpagos que preceden la tempestad.

A la oración, Rosas indicó á los cabecillas de aquel desenfreno, que era preciso hacerle una manifestación más íntima.

Para hacer entender á sus enemigos que su nombramiento llenaba de júbilo á toda la Provincia, dispuso que su retrato fuera paseado por todas las calles de la ciudad, escoltado por un piquete de caballería, de gran uniforme.

Los federales, como era natural, tratándose de complacer al patron de caballería y capitaneados por el insigne y terrible Juez de Paz de Monserrat, se dirigieron á casa del Gobernador.

Allí pidieron á gritos los retratos del Restaurador y su esclarecida esposa, porque el pueblo, ébrio de entusiasmo, quería pasearlos por la ciudad, como débil tributo de homenaje que se les debía.

Los retratos fueron negados modestamente al principio, pero

como era necesario cumplir la suprema voluntad del soberano pueblo, se entregaron en el acto.

Después de arrodillarse en presencia de aquellas dos imágenes, con profunda veneracion, fueron colocados en un carro triunfal que habia sido conducido á propósito, y paseados por toda la ciudad á los gritos de mueran los inmundos salvajes unitarios!

Aquellos miserables, entre los que iban confundidos los representantes del pueblo y otros personajes de posicion, iban entrando en cuanta pulperia hallaban al paso, para calmar con un poco de bebida su devorante sed patriótica.

Cuando el último grupo habia pasado, la pulperia quedaba sin un solo frasco de ginebra, y sin que aquel gran despacho hubiera dejado de producto un solo cobre en los cajones del pulpero.

Este tenia que demostrar su mayor alegría, aunque hubiera tenido más deseos de ponerse á llorar como un recién nacido.

Pero quién se atrevia á negar una bebida que se pedia y se bebia en nombre del brigadier Rosas, ó del Gobierno, como ellos decian?

Hubieran sido clasificados de salvajes unitarios y tratados como tales.

Así es que destapaban frasco tras frasco, siendo los primeros en beber á la salud de la Federacion.

Cuando aquella manifestacion engrosada, por cuanto perdido hallaba en su camino, regresaba á devolver los retratos venia disminuida en más de sus dos terceras partes, que habian quedado en las veredas y en medio de la calle, borrachos á no poder más.

Las mujeres de los cuarteles y la última chusma de este sexo, no eran ajenas á aquella manifestacion de santo amor federal.

Ellas tambien marchaban tambaleantes por el vino, como otras tantas bacantes en sus más formidables fiestas.

Y la policia, para ocultar al pueblo encerrado en sus casas, la manera como se hacian aquellas manifestaciones, marchaba por detrás de todos, recojiendo los borrachos que quedaban en la via pública, como otros tantos cadáveres.

Con el aliciente del escándalo y la bebida, aquellas fiestas empezaron á repetirse con una frecuencia aterradora, no ya en la ciudad, sinó en todos los pueblos de la campaña.

De ellos venian comisiones especiales á buscar retratos, para pasearlos triunfalmente de pueblo en pueblo y de estancia en estancia.

Allí la fiesta asumia otro carácter más en armonia con el modo de ser de los paisanos, que en todo no ven otra cosa que un motivo de baile y de jarana.

El retrato se ponía primero en el Juzgado de Paz, donde se reunia todo el vecindario para salir en procesion.

Una vez reconocido, el Juez de Paz pronunciaba una arenga, á la que seguia una prédica del cura.

En seguida se colocaba el retrato en un carro triunfal, tirado por dos tronqueros y cuatro ó más cuartas,

Concluido el paseo por el pueblo, la comitiva llevaba el retrato á la primera casa que se le ocurría, como un sin igual obsequio á su dueño, que tenia la obligacion de obsequiar á su vez á la concurrencia y permitir que se bailara un momento despues de colocar el retrato de una manera conveniente.

El carro donde habia sido conducido estaba adornado de trapos colorados y enormes divisas, cubiertos unos y otras de enormes letreros contra los inmundos unitarios, enemigos de Dios y de los hombres.

Estos mismos adornos, sacados del carro, eran los que servian para improvisar el altar desde donde el Gobierno, aunque era retrato, debia presidir la fiesta.

El baile improvisado duraba hasta la madrugada, hora en que se sacaba el retrato para depositarlo en el Juzgado de Paz.

Al dia siguiente se repetia la fiesta de la misma manera aunque en distinta casa.

Y cuando en todas ellas habia sucedido idéntica cosa, era sacado del pueblo y obligado á visitar las pulperías del tránsito.

Por supuesto que entonces la fiesta tomaba otro aspecto, pues se bebía á discreccion, y el baile duraba tanto como duraba la bebida.

Los peones de las estancias abandonaban sus trabajos durante los seis ú ocho dias que duraba la reunion.

Y los patronos no se atrevian ni siquiera á descontarles el dia, por temor de ser tachados de salvajes unitarios.

A los dos dias de semejante fiesta, no habia un solo paisano que no estuviera completamente borracho.

Y aquí eran las peleas, las discusiones y las puñaladas, sin el menor respeto á la *justicia* que presidía la fiesta.

Concluida la última reunion en la pulperia, la procesion regresaba al Juzgado de Paz, donde se depositaba el *esclarecido retrato*, hasta el paseo siguiente ó hasta ser escoltado al pueblo vecino que lo solicitaba.

Cada una de estas fiestas duraba por lo ménos un mes y se repetia por cualquier acontecimiento más furiosamente que el *dia del santo* del Gobierno, declarado más tarde dia de fiesta, por aquel motivo.

En la ciudad, estas fiestas revestian un carácter más servil y más repugnante, por la clase de jente que tomaba parte en ellas, y la manera miserable con que se efectuaban.

La misma *Gaceta Mercantil* describia una de ellas de la siguiente manera:

« A las diez de la mañana el Juez de Paz y vecinos se dirijieron con un elevado carro triunfal á casa del Héroe á sacar su retrato y el de su esclarecida esposa.

« Al recibir los retratos el Juez de Paz pronunció en la puerta de calle de nuestro ilustre Restaurador la alocucion que va señalada con el número 1.

« En el centro de las tropas de caballería é infantería que escoltaban los retratos, conducia don L. B. un rico estandarte de seda punzó alegóricamente bordado de oro, costeadó para este acto por el mismo ciudadano.

« El retrato fué recibido en el átrio de la Catedral por el señor cura y otros eclesiásticos y colocado dentro del templo al lado del Evangelio.

« El templo estaba perfectamente adornado: la majestad con que brillaba, persuadía que era el tabernáculo del Santo de los Santos.

« La misa fué oficiada á grande orquesta y la augusta solemnidad del acto no dejaba nada que desear.

« Nuestro ilustrísimo señor Obispo Diocesano, doctor don Mariano Medrano, asistió de medio pontifical y celebró nuestro digno provisor canónigo don Miguel García.

« El señor cura de la Capital don Felipe Elortondo y Palacios, desempeñó con la maestría que lo tiene acreditado, la difícil tarea de hacer la apología del Arcángel San Miguel, mezclando oportunamente elocuentes trozos alusivos á la función cívica en honor del Héroe y en apología de la causa federal.

« Fué en seguida presentado el nuevo estandarte ante las aras y recibió la bendición episcopal ».

Esta es la manera como el pueblo federal festejaba el segundo asalto al poder supremo.

Doña Encarnacion participaba en grande escala de aquellas manifestaciones estupendas.

Había sido la heroína del último movimiento revolucionario y se había hecho conocer como una intrigante de primera fuerza en aquellos manejos.

Los federales le daban tratamiento de V. E. doblaban ante ella la espina dorsal.

Rosas, para contener á la chusma y enardecerla más contra los unitarios, hacia llevar á su casa medias pipas de vino, que apenas duraban un par de horas.

Aunque apoyado en toda la fuerza de la Provincia, él tenía miedo de los unitarios, y quería librarse de los más prestigiosos.

Lavalle en Montevideo era una terrible amenaza, porque era el centro donde se agrupaban los que el temor había hecho huir de Buenos Aires.

El general Paz por otro lado y el mismo La Madrid no dejaban de infundirle serios temores.

Sin inteligencia política para manejar el país y sin querer compartir el Gobierno con los que podían ayudarlo á salir de apuros, no se le ocurrió más medio de sofocar la oposición que el terror—el terror de la daga y los cadáveres.

—De este modo me libraré de unitarios pensó, porque emigrarán todos, y el que no emigre caerá al filo de mis cuchillos.

Y el terror lo empezó á ejercer haciendo pasear por las calles aquellas turbas desenfrenadas y harapientas, que cumplieran su programa sangriento que se encerraba en estas palabras.

—El que no esté conmigo es mi enemigo y á los enemigos se les quita del medio para que no estorben.

Así se instaló la Sociedad Popular Restauradora, encargada de sostener el santo amor federal.

En ella figuraban muchos hombres de la primera sociedad,

mezclados á los bandidos hechos traer espresamente de la campaña, á las mujeres de estos y á los frailes que bendecian las limetas en que se derramaba el vino que les pagaban Troncoso y Cuitiño.

Los miembros de esta sociedad tenian prerogativas sin límites.

Necesitaban vino ó artículos de consumo, y los tomaban del primer almacén que hallaban, sin pagarlo ni siquiera ofrecerlo para más adelante.

Los almaceneros no se atrevian ni aún á poner mala cara, por temor á las represalias.

Sabian que negándose, serian declarados enemigos de la santa federacion y consumido el almacén en ménos de una semana.

Así es que no solamente daban cuanto se les pedia, sinó que bebian á la salud de los marchantes que los honraban con su consumo.

En el mismo consumo de la carne se manejaban de idéntica manera.

Pedian la carne y ni siquiera preguntaban el precio para prometer su abono.

Así se habia hecho célebre el tremendo don Ramon, de quien nos hemos de ocupar detenidamente, personaje tan encumbrado en la Federacion.

Era en su puesto donde se colgaban frecuentemente las cabezas de los unitarios que se degollaban.

Doña Maria Josefa, instinto perverso hasta la exajeracion, habia hecho las paces con su cuñado Juan Manuel.

Este con su astucia de gauchó, comprendió que aquel carácter era muy preciso para sus fines de sangre y esterminio.

Rosas estudió pacientemente aquel carácter maldido, y la encargó de su policia secreta, una policia admirablemente organizada, que dió frutos tremendos.

Era la policia del espionaje, por medio del servicio de las casas de familia.

La servidumbre se entendia directamente con ella, á quien reconocia como único jefe supremo.

Ella se entendia directamente con Rosas para trasmitirle las delaciones que le llevaban las sirvientas de las casas.

Y últimamente, por su sola cuenta, pasaba aviso á Cuitiño, Troncoso, Parra ó algun otro gefe de los degolladores, de que tal ó cual familia conspiraba contra la federacion.

Y bastaba un solo aviso de estos, para producir el esterminio en la familia delatada.

Así, las familias que se creian seguras en el seno de su hogar, tenian adentro de sus propias piezas las espías de la mazorca, que fiscalizaban las palabras más inocentes, y sus actos más íntimos.

Así el servicio habia tomado una preponderancia terrible sobre los patrones.

Bastaba el mal trato de una señora, ó que esta se negara simplemente á aumentar el jornal, para que fuera en el acto delatada á la terrible doña Maria Josefa, que procedia inmediatamente á tomar sus medidas de sangre.

Esta terrible mujer causó tanto mal como el mismo Rosas. Las familias le temblaban como al más brutal verdugo y se cultaban de ella como del peor enemigo.

Este personaje funesto y perverso, será tratado tambien especialmente, porque los crímenes que abortó su imaginacion, merecen un relato detenido y prolijo.

Muchas cabezas que se creian perfectamente seguras. por una sola palabra suya, fueron á caer hasta el puesto del terrible don Ramon.

Los sospechosos, no ya los lomos negros solamente, fueron arrojados de todas las ramas de la administracion, y reemplazados por sus federales netos, aquellos que no tenian asco de dar una puñalada por la federacion, y sobre todo de su persona.

Porque la palabra federacion no tenia en su Gobierno el significado con que la levantó Dorrego.

La federacion estaba encarnada en Rosas, en sus propósitos, en su sistema y en sus aspiraciones.

Ser federal equivalia á ser rosista y era Rosas el sinónimo de federacion.

La divisa que habia adoptado era la venganza sangrienta y sin cuartel, contra los que él llamaba asesinos de Dorrego y de Quiroga.

En su interior, era el que primero y más íntimamente habia aplaudido la muerte de Dorrego sobre cuyo cadáver debia elevarse.

El era tambien el que armó el brazo de los asesinos de Quiroga á quienes empujó al crimen.

Pero necesitaba atraerse los partidarios de aquellos dos hombres y al mismo tiempo aterrar á los enemigos de su Gobierno, con la tragedia que preparaba á costa de la vida de los hermanos Reynafé.

Vamos viendo una por una aquellas páginas que destilan aún sangre unitaria é inocente.

EL TERROR.

El primer año de este segundo Gobierno, lo empleó aquel bandido en organizar el vasto sistema que se proponia desarrollar.

Era don Manuel Vicente Maza, presidente de la sala de Representantes, única persona cuya palabra escuchaba con alguna atencion.

El doctor Maza estaba ligado á él de una manera sangrienta, para temer la menor traicion.

Tenia una fé ciega en su inteligencia y se servia de él como de un instrumento que romperia fácilmente el día que no le fuera ya necesario.

Aceptaba, pues, sus consejos muchos de los cuales lo obligaba á él mismo á poner en práctica,

El doctor Maza estaba persuadido que Rosas le profesaba una gran estimacion y se habia entregado á él en cuerpo y alma, hasta el estremo de obedecerle como un perro tímido.

Era el doctor Maza quien redactaba los famosos proyectos de la Cámara y las notas de honor que con cualquier motivo se le pasaban.

Pero no por esto Rosas confiaba á su amigo todos los proyectos que bullian en su imaginacion infernal.

Profundamente desconfiado, Rosas era además reservadísimo.

No queria que nadie penetrase en sus monstruosos pensamientos, ni que personas alguna conociera un secreto que pudiera dañarlo.

Su único secretario era su esposa, y á esta misma no le revelaba jamás sinó aquellos secretos que la consideraba capaz de guardar.

Esta pobre mujer, apasionada de su marido hasta el delirio, no habia podido apreciar el descenso de aquella alma sombría y pervertida.

Lejos de ella la mayor parte del tiempo, creia que siempre era el mismo Juan Manuel alegre y bullicioso con quien se habia casado.

Las sombras en que estaba envuelto aquel espíritu canalla, estaban aún cubiertas por el brillo del cariño y jamás se sospechó la clase de pantera de cuyas finjidas caricias habia hecho un culto.

Juan Manuel para ella era un espíritu bello, capaz de todo lo grande y lo sublime.

No comprendia como podia haber hombres capaces de odiarlo hasta el estremo de hacerse perseguir de aquella manera.

—Es envidia, pensaba, envidia á su hermosura y á su talento, envidia á su posicion y á sus honores.

Y de buena fé detestaba á los unitarios porque estos odiaban á su marido.

Se habia identificado en su cariño, al estremo de que, sin detenerse á averiguar la razon, aborrecia lo que él aborrecia y no queria nada, porque todo su cariño estaba reconcentrado en Juan Manuel, y este no tenia amor por nada ni por nadie.

La misma hija Manuela crecia bajo su mirada de hiena, sin inspirarle la menor accion, el menor ademan que pudiera traslucirse en un rasgo de cariño.

Cuando doña Encarnacion pudo entrever la clase de monstruo que era su esposo, gimió de una manera profunda y reconcentró entonces su espíritu sollozante en el inmenso amor de su hija.

Muchas veces quiso interceder por alguna víctima inocente, hasta que Rosas se lo prohibió de una manera tremenda.

—Seria curioso, le dijo, que tambien tú te hubieras vuelto unitaria!

Te has aliado acaso con los que quieren ver rodar mi cabeza?

Doña Encarnacion lloró mucho y no volvió á intentar salvar á nadie, por no hacerse blanco de las groserias de aquel bandido.

Los cabecillas, en su ausencia, penetraban á la cocina, á servirse del fuego y tabear con las criaditas, entrándose al comedor y á otras habitaciones, como personas de la mayor confianza en la casa.

Doña Encarnacion cansada de esta vida amarga, se quejó un día á Rosas de ciertos avances de aquella canalla, pero salió tan airosa como en sus empeños de perdon.

—Y qué le contestó Juan Mauel—cuando me ves rodeado de enemigos por todas partes, pretendes que arroje de casa á los que me sostienen y me permanecen leales?

Cuando te digo que estás aliada á los salvajes unitarios que quieren ver mi cabeza clavada en una pica!....

Mira, esos hombres son los bien venidos en mi casa y no quiero que por ningun motivo se les demuestre mal modo.

Ellos miran mi casa como la suya propia, pues yo dispongo de sus vidas para defender mi persona y mi Gobierno.

Te van acaso á comer por entrar á la cocina y al comedor?

Novés que esos buenos muchachos se deshacen en todo género de cariños, cada vez que te vén, para demostrarte el gran aprecio y respeto que te tienen?

No seas tonta, pues, y en vez de quejarte, trata de demostrarles que aprecias mucho sus manifestaciones.

Doña Encarnacion se contentó con llorar como siempre.

Era la única manera que tenia de dar algun desahogo á sus penas, hasta que fué poco á poco habituándose á aquel martirio sordo é irremediable.

Doña María Josefa, la terrible doña María Josefa, no era extraña á esos sufrimientos.

Ella se venia al pátio muchas veces á conversar mano á mano con aquella canalla, que agradecia la franqueza de la hermana del Gobenedor.

—Así debias hacer, decia Rosas á su consorte, aludiendo á la conducta de su cuñada.

Ella sí que sabe manejarse con mis parciales y alentar el amor que me tienen.

Doña Encarnacion sufría y concluía siempre por darle la razon.

Qué remedio le quedaba?

Doña María Josefa era la mujer con quien debia haberse casado Rosas, porque sus espíritus eran gemelos.

Esta llevaba su ambicion dañina y maldita hasta el mismo Rosas, haciéndole tomar idea y ódio á las personas que le parecia que su cuñado debia querer ó estimar.

Y trató de desarrollar este ódio contra su misma hermana, valiéndose de los medios más disimulados.

—Esta Encarnacion es una tonta, solia decirle.

En vez de hacerse adorar hasta la idolatría con esta gente que la quiere profundamente, se enajena sus simpatias con su orgullo tonto!

Que le cuesta salir de cuando en cuando y decirles algunas palabras afables?

Rosas necesitaba víctimas para calmar la ferocidad de su espíritu, y elegía como la primera á su propia esposa.

Era la única manera de, aún dormido, poder estar mortificando un sér humano.

Mujer d licada y de sentimientos elevados, vivía en una mortificación continua,

Los pártios de su casa se hallaban siempre llenos de séres inmundos y depravados, la mayor parte de los cuales se presentaba á saludarla lanzando su tufo especial de vino carlon, y muchas veces con las manos teñidas en la sangre de algun salvaje.

Todo el dia tenía que estar escuchando las palabras y risas de aquella chusma, que habia convertido su casa en cuartel.

Porque todavia Rosas se daba humos de un republicanismo sin límites, que él llamaba republicanismo federal, y que consistia en hombrearse con toda aquella canalla y no tener á ménos recibirlas en su casa.

Les hablaba en su propio lenguaje y palmeaba á los más feroces, de quienes hacia los mayores elogios.

Ese maldito orgullo que lo domina, no más!

Rosas comprendia muy claramente, cual era el objeto de aquella charla, pero la disimulaba hábilmente.

Odiaba con toda su alma perversa á doña María Josefa.

No podia verla sin sentir tentaciones de entregarla á la mazorca.

Pero le hacia falta y dominaba su ira en atencion á los servicios de espionaje que podia prestarle aquella mujer maldecida.

Habia comprendido hasta en su menor detalle aquel espíritu perverso y depravado, digno aliado del suyo y habia resuelto utilizarlo en beneficio de la federacion.

—Se la soltaré á los unitarios, se decia, y veremos como se entienden con esta harpia tremenda.

Ella será el censor que les reservo y veremos como se entienden con ese infierno!

Y doña Maria Josefa fué erigida á la categoria de gefe supremo del cuerpo de espionaje, organizado como lo hemos dicho, con las sirvientas de las familias.

En las fiestas federales, sobre todo en el paseo de los retratos, ella marchaba á la cabeza de las federalas que tenían más miedo á su lengua que á las mismas vergas de la mazorca.

Las federalas de corazon que titulaban lo principal de nuestras damas, llevaron su servilismo hasta convertirse en caballos para arrastrar el carro triunfal que conducia los retratos del héroe del desierto, y de su esclarecida y federal esposa.

Uno de estos paseo que describe la *Gaceta Mercantil* del 21 de Setiembre del año 39, termina con los siguientes párrafos, que no debemos dejar en el olvido:

« ¡ Mueran los selvajes unitarios! Mueran
 » los asquerosos franceses! Muera Luis
 » Felipe el guarda chanchos! Muera el
 » pardejon Rivera y el salvaje unitario
 » y asesino Juan Lavalle! »

« Luego que el Sr. Inspector General dispuso la retirada del retrato, empezó la marcha en el mismo orden siguiendo la columna por el espresado arco principal y de este por la calle de la Reconquista hasta la casa de S. E.

« Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron las señoras en conducir el retrato de S. E. tirando del carro, que alternativamente habian tomado los Generales y Gefes de la comitiva al conducirlo al Templo.

« Las Señoras mostraron el más delicado y vivo entusiasmo, y vimos con inmenso placer á las distinguidas Señoras Da. Pascuala Beláustegui de Arana, doña Güllerma de Pinedo, Da. Cármen Quintanilla de Alvear, Da. Juana Manuela Maciel de Rolon, y Da. Dolores Quiroga, y otras damas no ménos respetables, alternarse en esta demostracion federal y patriótica.

« Al llegar á la casa de S. E., las mismas Señoras depositaron el cuadro en el salon donde la comitiva fué recibida con la más delicada urbanidad por su respetable familia.—Cerca de las cinco de la tarde, se retiró la concurrencia, satisfechos todos de haber cumplido un deber de patriotismo y amistad con el agradable recuerdo de aquel dia.

« Al cerrar estos detalles no llenariamos una deuda de honor y de justicia, si no aplaudiésemos el celo, actividad é inteligente empeño que han demostrado para preparar la fiesta del 10. nuestros compatriotas federales los señores don José Olaguer Feliú, Coronel D. Luis Argerich y Sargento Mayor D. Pedro Ximeno. »

Esta era la situacion de los federales en aquellos tiempos benditos.

Al otro dia, las casas de las damas á que la *Gaceta* se referia, amanecieron con los zaguanes llenos de cargas de alfalfa.

Era el único desquite que se atrevian á tomar los salvajes unitarios.

A la madrugada, la ciudad aparecia completamente desierta.

Los serenos se retiraban á su cuartel, y los grupos de la mazorca, fatigados del degüello, en medio del vino y la sangre se retiraban tambien á dormir.

Era á esa hora que los unitarios podian ejercer sus pequeñas venganzas, usando de las mayores precauciones para no ser vistos, porque hubieran perdido la cabeza.

La campaña estaba peor todavia que la ciudad, porque allí además de todo, la autoridad se componia de los últimos bandidos.

Desconfiando Rosas de poner un elemento tremendo en manos susceptibles de una traicion, nombró á su hermano don Prudencio, con el título de general, y con el cargo que él tenia antes.

Era el verdadero gobierno de campaña, como que era un comandante general.

Don Prudencio Rosas, aunque no era un bandido de la talla de su hermano Juan Manuel, no dejaba de ser un terrible azote.

Don Prudencio no asesinaba ni mandaba degollar por su cuenta, aunque lo hacia por órdenes de su hermano, ó toleraba que sus subalternos lo hicieran por cuenta propia.

Don Prudencio era el censor de los habitantes de la campaña, quienes tenian que dar muestras de ser federales ultras para no ser perseguidos y vejados.

Poco á poco el mismo don Prudencio se fué contagiando con las iniquidades que veía cometer y cometia por orden del Gobierno, hasta que se habituó á la crueldad y la dureza de corazón.

Don Prudencio, en esta práctica terrible, concluyó por hacer él mismo clasificaciones de unitarios, para apoderarse de sus bienes y cuerear sus haciendas.

Sus enormes depósitos de cueros secos, llegaron á sumar, muchas veces la enorme cifra de cien mil, todos de marcas unitarias.

Así fué como don Prudencio Rosas levantó la enorme fortuna que se le conoció más tarde.

Su hermano Gervasio, ménos duro y ménos bárbaro, aunque con un importante puesto militar tambien, atendia más á sus establecimientos de campo, que eran valiosos, que á la política y al saqueo descarado.

Así como el gauchaje del Sur era todo rosista hasta el delirio, porque el rosismo importaba la impunidad de todo género de delitos, la mayor parte de los estancieros eran unitarios, y enemigos, aunque ocultamente de su sistema bárbaro y depravado.

Habian formado entre ellos una especie de hermandad, á la que se asociaban muchos paisanos patriotas que formaron despues en las filas del benemérito Juan Lavalle.

A su tiempo nos hemos de ocupar minuciosamente de esta hermandad de los estancieros del Sud, de donde surgió la famosa y ejemplar revolucion del Sud, punto de partida de la caida de Rosas.

Don Prudencio y don Gervasio en la campaña, y don Juan Manuel en Buenos Aires, con sus agentes desparramados por el interior y litoral, eran los dueños de esta pobre tierra, del cuello de sus habitantes que dividian á su antojo, y de sus intereses que repartian entre los parciales despues de quedarse con la mejor parte.

De este modo habia logrado Rosas dominar la Provincia de Buenos Aires, mientras estendia su mirada feroz por el resto de la República para hacer lo mismo, como lo consiguió, y sobre la heroica República Oriental, donde habia de estrellarse con el general Rivera.

Pero apesar de todo su poder militar, apesar de sus policias

secretas habilmente montadas y apesar de la Sociedad Popular Restauradora, los unitarios conspiraban de todas maneras para voltear aquella hiena que los habia declarado su presa.

Desde la emigracion unos, y desde el santuario del hogar la mayor parte, empezaron á trabajar unidos para librar al país de semejante bandido, á quien aún no conocian en todo el apogeo de su ferocidad.

Rosás resolvió entonces aterrar al partido unitario y reducirlo á la impotencia por el pánico, aunque tuviera que cegar las cabezas de todos ellos.

Qué podría importarle el aumento del crimen á un sér que vivia apoyado en él y que comprendia que solo el terror y el crimen podian sostenerlo donde estaba?

Tenia una Cámara y un Ministerio compuestos en su mayor parte de siervos humildes é instrumentos mercenarios,

Disponia de la suma del poder público, con que se le habia investido, y creia poder ensangrentar el país sin la menor responsabilidad y con el provecho positivo de perpetuarse en el mando, á semejanza de Francia, el tirano del Paraguay.

Es preciso aterrar al pueblo, pensó entonces, pero aterrarlo de manera que pierda toda esperanza de poder conspirar contra mí y tenga horror á pensarlo siquiera.

Pero es necesario tambien, volvió á pensar, que otro asuma la responsabilidad y aparecer yo cediendo á las instancias del pueblo soberano y de sus autoridades legalmente constituidas.

Porque aquel hombre fué tan astuto, que en las épocas más sangrientas, jamás mandó degollar directamente.

Se insinuaba sutilmente delante de Parra, Troncoso, Cuitiño y Salomon, seguro que al dia siguiente tendria en su despacho la cabeza que le estorbaba.

Fué entonces que invocando la augusta sombra del bandido Quiroga, resolvió procesar á los hermanos Reynafé, á quienes él mismo acusaba del asesinato de Quiroga, y perseguirlos hasta arrojar á la cara de los unitarios las cabezas de aquellos hombres inocentes.

Así, ante la federacion, vengaba aquel asesinato, y mostraba á sus enemigos lo que podian esperar de él, lanzándose al terreno de la revolucion.

Pero los unitarios redoblaban sus esfuerzos lejos de amedrentarse, y su emigracion á Montevideo empezó á hacerse notable.

Que podia llevar á Montevideo á aquella cantidad de gente, que para irse tenia que abandonar familia é intereses?

Indudablemente rodear al general Lavalle, allí refugiado, y formar un ejército con que venir á disputarle el poder.

—Pues que no puedan irse á Montevideo, pensó.

Que queden aquí para tenerlos á la vista y castigarlos como se debe, al mismo tiempo que quito á Lavalle este contingente.

Y ese mismo dia mandó que no se diese pasaporte á ningun salvaje unitario, á quienes prohibia salir del país.

Los unitarios se vieron obligados á emigrar furtivamente, embarcándose por la costa en canoas y lanchas.

Pero el puñal de la mazorca se encargó de privarles este recurso de la manera que se verá á su tiempo.

Fué entonces que empezó á encarcelar á los acusados de ser salvajes unitarios, muchos de los cuales eran fusilados á la *sordina*, dentro de los cuarteles ó en los pontones.

Pero así mismo no logró sofocar en ellos el amor á la libertad, aunque tenian diez probabilidades contra una de perder la cabeza.

Entonces empezó Rosas á destinarlos al servicio de las armas, despues de hacerles aplicar un castigo que variaba entre cien y quinientos azotes.

A los unitarios destinados así, por enemigos de la federacion, se les trataba de la manera más inhumana.

Su alimento eran las sobras de los demás soldados, hervidas en un enorme tacho y servidas á mano limpia.

El que no queria comer en esta forma, además de quedarse sin alimento, se le castigaba por desprecio á los alimentos federales.

Este castigo era siempre de azotes, desde veinte hasta cien, y aplicados con un rigor esencialmente federal.

Los servicios más duros y degradantes se encomendaban siempre á los destinados unitarios, que era la gente de servicio en el cuartel.

Despues de dos ó más meses de una vida que se hacia intolerable, se les permitia rescatar su libertad por una cantidad de personeros, que variaba segun el capricho del tirano, ó de los jefes, que á este respecto hacian lo que mejor les parecia.

Pero era un recurso que poco servicio podia prestarles, pues al poco tiempo de ser puestos en libertad por una cantidad, eran presos nuevamente y destinados al servicio de las armas, para pasar las mismas penas y volver á rescatarse en la misma forma, para volver á caer.

Los personeros eran muy caros, y no todos podian pagar el número que se les designaba, sobre todo la segunda ó tercera vez.

Para estos no habia entonces remedio.

Tenian que servir como soldados de línea durante el tiempo ordenado.

Para estos soldados no habia sueldo, ni racion de vicios, ni vestuario de abrigo.

Vivian con la tumba que se les daba por toda racion, á la que se agregaba de cuando en cuando una data de azotes.

Muchos de estos desventurados, que estaban habituados á otra clase de vida y regalos, no podian sufrir mucho tiempo aquella vida espantosa, y morian victimas de diversas enfermedades ó salian de baja para ingresar al hospital, por dementes.

Eran tales las enormidades y abusos crueles que se cometian, que los mismos federales empezaron á aterrarse.

Aquello no era un Gobierno sinó una inquisicion militar, tan terrible y tan feroz como la inquisicion de sotana.

No habia las tenazas que arrancaban la carne y la vida á pedazos, no existian los potros, ni los braseros, ni las hogueras, como en la inquisicion de los frailes, ni se invocaba el nombre de Jesús para cubrir aquellas atrocidades.

Pero en cambio estaban el cuchillo y la sierra destemplada de la mazorca, se usaba la verga y las barricadas de alquitran, se cortaban las orejas para salarlas y la piel para hacer ma-neas.

Y todo esto á la sombra augusta de Rosas, que era el nuevo Jesús federal, puesto que su retrato, al lado de la imájen de aquel, estaba espuesto en el altar mayor de todos los templos.

Pero todo esto no era bastante para aterrar á los salvajes unitarios.

Era necesario dar espectáculos públicos de sangre y degüello, para mostrar en toda su repugnante desnudez la ferocidad que guardaba en su corazon.

Y no tardó mucho en dar dos ó tres espectáculos de estos, que no produjeron segun parece el efecto que iba buscando.

Angel Ruiz y Santiago Gonzalez, fueron las primeras víctimas, que debia repetir tan frecuentemente como fuera necesario para el logro de sus fines.

Estos eran dos desgraciados personeros, que servian en el batallon de Ramella.

Estos infelices se habian hecho antipáticos á sus superiores, porque eran flojos para el servicio, y mucho más para sufrir las penas terribles que se les imponian.

El cuerpo de Ruiz como el de Gonzalez, era una llaga viva.

Sus miembros estaban dislocados por los palos y las *cepiadas*, hasta el punto que los dos se habian inutilizado por el servicio.

Estos dos infelices llegaron á ser una carga para el cuerpo donde habian sido dados de alta.

Y el jefe dió cuenta al Gobierno de tener algunos soldados inútiles, para obtener el permiso de darles la baja.

Al saber esto don Juan Manuel Rosas, se golpeó la frente como si hubiera sido iluminando por una idea feliz.

A su penetracion no podia escaparse que aquellos personeros habian sido inutilizados por los bárbaros tratamientos del cuartel.

No convenia entonces que salieran de baja y divulgaran la cosa, porque ninguno entraria como personero, y perderia un buen número de altas costeadas por los unitarios destinados.

Estos malos tratos y la pena de azotes, habian hecho desertar algunos de estos personeros, que no se habia logrado prender nunca para hacer un escarmiento.

La idea que habia asaltado á Rosas era una idea diabólica. que con un solo acto le prestaba tres diversos servicios.

Aterrar á los unitarios con un espectáculo de sangre, privar que Ruiz y Gonzalez divulgaran las escenas de que los per-

soneros eran víctimas y dar un ejemplo duro á los que tuvieran intencion de desertarse.

Esta idea fué puesta en práctica inmediatamente.

El jefe del cuerpo debia decir reservadamente á aquellos dos infelices, que les daba "de baja y que podian salir del cuartel, haciéndoles seguir sus pasos.

Cuando se hubieran alejado algunas cuadras, serian presos de nuevo y conducidos al cuartel, acusados de desercion.

Entonces el jefe debia pasar un parte dando cuenta detallada de aquella perfidia cobarde, como si se tratara realmente de una desercion.

Y esto pasó como se habia ordenado.

Al dia siguiente se recibia un parte detallado de aquella doble desercion, en cuyo parte recayó la siguiente terrible resolusion:

« Fusileseles y avítese en la órden general que igual procedimiento se adoptará en adelante con aquellos que cometan igual delito. »

La noticia cayó como un rayo sobre aquellos desventurados.

Ellos habian salido del cuartel puestos en libertad por el jefe y se les mandaba fusilar como desertores!

Quisieron hablar y esplicar con la fuerza de la desesperacion que no eran tales desertores, pero entoces se les hizo amordazar para que aquel mismo proceder pudiera servir con algunos otros.

Los dos reos fueron puestos en capilla para recibir los auxilios de la religion.

Tristes auxilios debian ser estos, cuando permanecian con la mordaza puesta para que no pudieran revolver su terrible secreto.

Así fueron sacados al banquillo, en la Plaza del Retiro, donde se les debia fusilar á la diez de la mañana.

La federacion se habia dado cita allí para presenciar el doble fusilamiento.

Aquellos dos infelices, custodiados por un piquete, estaban amarrados al banquillo y fuertemente amordazados.

Sus ojos, fuertemente saltados de las órbitas, mostraban el terror y la desesperacion que les dominaba.

No pudiendo hacer el memor movimiento, habian reconcentrado todos sus sentimientos, en aquella noble faccion.

Y miraban y escuchaban con más espanto que el de la muerte misma, las manifestaciones feroces de la turba federal.

Todos se disputaban el derecho de vejarlos, insultarlos y escarnecerlos de todos medos: miéntras los soldados que los custodiaban sonreian brutalmente cuando el alboroto subía de punto.

A las 9 y 11² salieron los diversos cuerpos de los cuarteles, y á las 10 en punto, Ruiz y Gonzalez rodaron por el suelo, con el pecho destrozado.

Recien entonces se les quitó la mordaza y las ligaduras, entre el espantoso clamoreo de ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Mueran los que desertan de la santa causa de la federacion!

Los cadáveres fueron colgados en dos horcas, que permanecieron en la plaza, hasta el siguiente día.

Era la segunda parte del espectáculo que Rosas preparaba á la poblacion.

Durante todo el día, los grupos federales fueron acudiendo, con el noble y federal fin de apedrear los cadáveres y llenarlos de improperios, despues de cometer otras herejías.

Así, el primer ejemplo de ferocidad, fué solo de dos victimas inocentes.

Véamos el segundo, mucho más terrible y sangriento, que dejó sobre la Plaza del Retiro, horriblemente mutilados, ciento diez cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Era el segundo peldaño de la escala, cuyo último escalon debía ser las matanzas de los años 1840 y 1842.

LA MASSACRE.

Teniendo que atender á los bárbaros manejos de su terrible política, Rosas habia abandonado el cuidado de las fronteras, que decia aseguradas por su famosa expedicion, expedicion pagada en sesenta leguas de magníficos campos.

A las tribus que estaban en paz no se les atendia en su racionamiento, y estas se vieron obligadas á invadir y robar para no perecer de necesidad.

Las tropas que guarnecian las fronteras erán escasas, pues Rosas tenia ocupados los cuerpos del ejército en guardar su persona y su miedo.

Amenazado de todas partes con movimientos revolucionarios no se atrevia á distraer de la ciudad un solo soldado, y si sacaba algun cuerpo era para observar la frontera de Santa-Fé y amenazar á Entre-Rios y Corrientes, desafectos á su sistema de una manera decidida.

Los indios se habian convencido que su hermano Juan Manuel, desde que era Gobierno, no miraba por ellos como ántes, ni se tomaba el menor cuidado para cumplir las bases de los tratados de paz con él celebrados.

Los nuevos jefes de milicias de campaña y de fronteras los trataban malamente y cada vez que iban á reclamar sus raciones, eran tratados mal, presos en los cuerpos de guardia, y la mayor parte de las veces, los milicos se permitian despojarlos de sus pilchas, buenas y ricas todas, puesto que eran regalos del hermano Juan Manuel.

Viendo que con este sistema no sacaban tajada y que solo conseguirian ser maltratados y robados, empezaron á retirarse al desierto y á invadir los puntos más cercanos y poblados.

Los partes de estas invasiones empezaron á llegar y á confesar su impotencia contra los invasores, los jefes de frontera.

El héroe del desierto se sentia humillado, pero no atreviéndose á desprenderse de un solo batallon, ocultaba su rábía, reservando vengarse en mejor oportunidad.

Los indios viendo que no eran perseguidos, ni se trataba siquiera de quitarles sus grandes robos, los repetían todos los meses sin la menor agitación.

Arrasaban las estancias llevándose enormes rodeos y retirándose como de paseo.

La gran grito que más vino á ajitar á Rosas, fué la que levantaron los estancieros federales, que no se conformaban con ver disminuir sus enormes rodeos, de una manera tan notable.

—O al hermano Juan Manuel no le importan los malones, pensaban los indios, ó no tiene con que hacernos frente.

Y seguros de que esto era así, llegaban hasta invadir y campar tranquilamente con el rico botín.

Los estancieros pedían protección á don Prudencio, pero á este le eran pocos los soldados que tenía á sus órdenes para las grandes cuereadas de marcas desconocidas.

Además Juan Manuel le tenía rigurosamente prohibido alejarse una sola legua de su especie de cuartel general.

Las peticiones de socorro llegaban de todas partes, pero Rosas se contentaba con prometerles esterminar á los indios y dejar la frontera completamente asegurada.

El ridículo que con este motivo caía sobre el héroe del desierto, era enorme.

Pero qué le importaba á él todo esto?

La cuestión era evitar que los salvajes unitarios invadieran la ciudad, aunque los indios barrieran con todas las haciendas de la Provincia.

Ya tendría tiempo de escarmentarlos!

Pero los indios, cebados en la impunidad poco tiempo le dieron para dormir sobre sus falsos laureles y título de héroe del desierto.

A principios del año 1837, el cacique chileno Cañuquíl, empezó á moverse seguido de unas dos mil lanzas de primer orden.

Este cacique, que gozaba de un gran prestigio por su valor aombroso y su astucia inaudita, vino hácia el centro de la provincia y campó con sus indios en las Manzanas, donde está hoy la primera línea de fronteras.

Allí empezaron á reunirse lanzas de todos los toldos, al extremo de que aquel campamento fué ya estrecho para tanta jente.

Cañuquíl dejó allí solo unas mil doscientas lanzas para que los caballos pudieran comer descansadamente y no se enflaquecieran y pasó á campar á Choele-Choel con el resto de la indiada.

Desde allí organizó y lanzó una terrible invasión sobre las fronteras de Santa-Fé, Córdoba, San Luis y Buenos Aires, mandando él personalmente esta última.

El golpe fué tremendo.

Los indios no solo arriaron grandes cantidades de la hacienda, sinó que cautivaron y lancearon con la ferocidad á ellos característica.

El malon fué traído tan cerca de las poblaciones, que innu-

merables casas de negocio fueron saqueadas y sus dueños lan- ceados y degollados.

Con un arreo inmenso, los indios regresaron á las Manzanas á recibir órdenes del cacique Cañuquíl.

Este indio intrépido y astuto habia invadido la parte más poblada de la campaña Sud, haciendo un arreo que pasaba de cincuenta mil cabezas.

Y con la tranquilidad del que no espera ningun contratiempo, regresó á Choele-Choel, donde se le reunieron los capitanejos y caciques que habian guiado la invasion á las provincias que hemos nombrado.

Cañuquíl habia traído muchas mujeres y niños cautivos, parte interesante para él del botín.

Las mismas estancias de Rosas, como las más pobladas, no escaparon á aquel malon, el más sério y ruinoso que habian traído los indios hasta entonces.

Reunidos á su regreso, se procedió al reparto del malon, y cada cual con su parte, fueron regresando á los toldos.

Cañuquíl se quedó en Choele-Choel á pastorear sus haciendas y emprender su marcha con lo mayor tranquilidad, pues sabia que nadie los perseguiría.

Y tan convencidos estaban de esto, que su estadia la fueron prolongando de una manera indefinida.

Cuando Rosas tuvo noticias, su coraje y su ira no tuvieron límites.

Al saber que ni sus mismas estancias se habian salvado, juró vengarse de una manera tremenda.

Pero tocó el mismo inconveniente de siempre.

No tener el valor suficiente para desprenderse de un solo batallon.

Pero Rosas, habituado á no detenerse ante nada para lograr sus fines, resolvió usar de toda su astucia para desquitarse de aquel malon, que importaba el último golpe de ridículo sobre su pomposo título de héroe del desierto.

Por pronta maniobra y para evitar mayores males, se resolvió á hacer tratados de paz con el cacique Cañuquíl.

Era preciso impedir que los robos y las matanzas siguieran adelante, pues el campamento establecido por el valiente cacique, significaba no estar dispuesto á retirarse, sin tentar y realizar otro golpe.

Para empezar estos tratados de paz que debian terminar con una horrible carnicería, envió una comision encabezada y dirigida por su terrible amigo y capellan el fraile Delgado.

Estè personaje funesto, como todos los frailes que rodearon á Rosas, se encargó de aquella traicion inicua, que no tenia precedente hasta entonces.

Las instrucciones que llevaba el fraile Delgado, era consentir en todas las pretensiones que manifestara Cañuquíl, poniéndole por única condicion que no habia de invadir, pues el Gobierno estaba dispuesto á acceder á todos sus pedidos.

Del fraile Delgado nos hemos de ocupar tambien á su tiempo,

pues esta traicion contra los indios no era más que el ensayo de otras más negras que habia de efectuar más tarde.

Los caciques y capitanejos reunieron sus parlamentos, para entrar en los arreglos preliminares.

Despues de mil reuniones y semanas perdidas llegaron á formular las primeras bases.

Envalentonados y ensoberbecidos con que, despues de sus malones, el Gobierno trataba con ellos, quisieron exigir cuanto se les ocurrió.

El fraile Delgado les aseguraba que Rosas asentiria á todo, que pidieran con franqueza, pues el Gobierno era amigo de los indios y no queria más que su bienestar.

Las exigencias de Cañuquil eran que cada dos meses les habian de mandar una tropa de carretas cargadas de ropas, comestibles y bebidas.

Además quinientos animales vacunos ó mil yeguas para la manutencion de su jente.

Para la mayor seguridad de que estos tratados habian de cumplirse, se estipuló que cada una de las partes habia de mandar en rehenes una persona de valer y confianza.

El fraile Delgado regresó á dar cuenta á Rosas de lo conuenido, bajo la intelijencia que, miéntras él no regresara, no habian de invadir.

Rosas aceptó en el acto todas aquellas bases que importaban por lo pronto la seguridad de que no vendrian nuevas invasiones y acallar por este medio el clamoreo de los hacendados y del pueblo.

Delgado llegó con proposiciones que entusiasmaron á Cañuquil, pues ellas superaban á sus mismos deseos.

Su amigo Rosas, no solo aceptaba lo estipulado ya, sinó que le mandaba decir pasar á Salinas Grandes á establecer su campamento general.

Esos eran mejores campos y de mejores aguadas, y su jente podia estar con mayor comodidad para pastorear las haciendas.

El Gobierno para manifestarle la buena fé y cariño con que procedia, le dejaba en rehenes al mismo fraile Delgado y le remitia la primer tropa de carretas y la primera yeguada.

Cañuquil al recibir estas noticias y sobre todo al recibir la primera remesa, creyó á puño cerrado la buena fé con que Rosas procedia, enviándole á su vez, como cautivo, en cambio del fraile, á su secretario y lenguaraz Villalican, terrible lanza y una de las más prestigiosas:

Las fiestas que con este motivo celebraron los indios, fueron estupendas.

Bebieron hasta caer como troncos, á la salud de Rosas, declarándolo su bueno y leal hermano.

Así pasaron dos meses, tiempo en que llegó la segunda tropa de carretas y la segunda yeguada.

Esto acabó de ganar á los indios y confirmarles las escelentes intencions del Gobierno á quien el fraile Delgado les pintaba como un segundo Cristo,

—Demuéstran' e ustedes que son amigos de corazon, les decia, y estoy seguro que ese hombre leal y bondadoso les ha de doblar las razones que hoy les manda.

Cañuquil campó en el punto que se le indicaba, desde donde envió á pedir á su hermano Juan Manuel una escolta que le sirviera de garantia en caso que alguna tropa quisiera ofenderlos ó hacerles deslojar aquel campamento que hallaba muy de su gusto.

Rosas que estaba dispuesto á acceder á todo, le remitió cincuenta hombres, á las órdenes de su edecan el comandante Delgado, hermano del fraile que permanecia con los indios.

Así pasó algun tiempo en que Rosas cumplió religiosamente lo estipulado, logrando contener así toda invasion.

Completamente confiado Cañuquil, despachó á sus toldos más de la mitad de sus lanzas, para que llevaran todo el arreo y los regalos que Rosas les habia hecho.

Este era el momento esperado.

No se esperaba sinó que disminuyera la indiada, para darles el golpe que de tanto tiempo atrás venian madurando Rosas y el fraile Delgado.

Cañuquil habia enviado á los toldos todas las provisiones que tenia en Salinas, con la seguridad que dentro de dos meses recibiria nuevas.

Antes de este tiempo Rosas le mandó una nueva tropa, de bebidas solamente, con un recado que entusiasmó al cacique hasta el delirio.

—El general Rosas le manda esa tropa extraordinaria de bebidas, para que sus indios festejen tambien una gran fiesta que él dá en el pueblo.

Dice que la beban toda, que pronto ha de llegar la tropa del convenio.

Aquella bebida estaba compuesta con fuertes narcóticos para que los indios se adormecieran y dar entonces fin con ellos.

Para que el golpe no fallara, el inolvidable coronel Pancho el ñato, fué avisado de aquel plan infernal, cuya parte más activa á él quedaba encomendada.

El coronel Pancho el ñato que estaba en Bahia Blanca, debia marchar sobre Salinas, junto con la guarnicion de Tapalqué, que se le debia incorporar.

A unas tres leguas del campamento de los indios debia esperar un aviso de Delgado, anunciándole el momento oportuno de caer sobre la indiada.

Para que los indios no pudieran apercibirse de la presencia de aquella tropa, el fraile habia manifestado á Cañuquil, un pedido que Rosas esperaba cumpliera al pié de la letra, como él cumplia con esceso todo lo que les habia prometido.

—Dice el Gobernador, agregó el fraile, que es preciso que ningun indio se separe más de media legua de este campamento.

Los estancieros están muy alarmados y esta es la única manera de tranquilizarlos.

El indio no vió en esto ningun mal, y entusiasmado como

estaba con el regalo, ordenó enérgicamente que ningún indio de lanza ni de chusma, se separase un momento del campamento.

Entre los indios, las órdenes emanadas del cacique se cumplen con la misma religiosidad que este cumple todos sus deberes de padre y de jefe de su tribu.

Así, desde que aquella orden fué dada, todos los indios tomaron sus medidas para no tener necesidad de salir del campamento.

Cumplidos así los deseos de su generoso hermano Juan Manuel, Cañuquíl rodeado de su tribu, es decir, de la parte de tribu que con él había quedado, se entregó al consumo de aquella caña, y aguardiente, en medio de la mayor alegría.

Los indios, cuando están entregados al beberaje, lo hacen con todo descanso y en toda regla.

Se trata de beber y ellos beben mientras sus brazos tienen fuerzas para acercarse los jarros á la boca.

Cuando no pueden más, caen postrados bajo la más terrible influencia del alcohol.

Porque beben en tales cantidades á la vez, que la borrachera los sorprende de golpe, así es que cuando esta se declara, el indio se desploma como un cadáver.

Si se tiene presente que aquella bebida estaba compuesta con fuertes narcóticos, se comprenderá que en la cantidad en que bebían, los efectos debían ser más terribles.

Este era el momento que esperaban los hermanos Delgado, para mandar el aviso al coronel Pancho, el ñato, aviso que llevó en persona el mismo fraile, cuya salida del campamento no fué notada por los indios.

Estos, que pensaban entregarse por dos ó tres días á aquella espléndida fiesta, soltaron los caballos, que acostumbran á tener en la estaca y se quedaron á pié.

De otro modo sus mejores caballos que son siempre los que atan, habrían sufrido tres ó cuatro días de hambre y sed, lo que no era conveniente.

Apénas llegó el fraile al campamento de Pancho el ñato, este se preparó para marchar á la oracion, á fin de que fuera mayor la sorpresa.

El fraile Delgado dió á Pancho el ñato todos los detalles que podía necesitar para mejor logro de la sorpresa y carnicería.

El fraile con una fruicion íntima por el cuadro que iba á contemplar, se complacia en dar los detalles más minuciosos sobre la situacion de aquellos que tan cobarde y traidamente iban á ser sacrificados.

Los milicos pensando en el pilcheo y en las haciendas que iban á robar, escuchaban al fraile, deseando llegara el momento de esgrimir el sable y el puñal.

Y mientras Pancho el ñato marchaba sobre los indios, estos bajo la inmediata vigilancia del hermano del fraile y su escolta, estaban entregados á un verdadero festín.

Si alguien les hubiera dicho que el final de aquel festín debía ser la muerte, lo hubieran creído un demente.

El narcótico empezaba á hacer su efecto y ellos seguian bebiendo, y bebiendo, para caer más pronto en el estado de embriaguez que hace su felicidad suprema.

Ya habian caido postrados por el narcótico más que por el alcohol la mitad de la gente, cuando se sintió el tropel inconfundible de regimientos de caballería que cargaban.

Los indios como entre sueños, y al través del estraño sopor que les dominaba, comprendieron que un peligro sério les amenazaba.

Los que se conservaban más despejados quisieron echar mano á sus inútiles lanzas, pero apénas pudieron unos cuantos ponerse de pié y esto fué para volver á rodar por el suelo bajo el sable de la escolta que estaba en el campamento, escolta que inició la matanza.

El terror más desesperante se apoderó entonces de los que apénas, como entre sombras, podian darse cuenta de lo que sucedia.

Miraban á los hermanos que caian y sonreian con esa espresion de supremo idiotismo, que baña el feroz semblante del indio cuando está completamente ébrio.

Las indias al sentir el tropel tomaron sus hijos y corrieron á refugiarse donde estaban los indios.

Pero al ver los primeros que cayeron retrocedieron aterradas y dando gritos de espanto.

Fué en aquel momento que los regimientos de Pancho el ñato, con este á la cabeza, cargaron sable en mano sobre los toldos.

Entonces empezó la confusion más espantosa y la carnicería más brutal.

Los que estaban en el suelo postrados por la embriaguez, eran clavados por los sables y las lanzas, sirviendo en seguida de alfombra ensangrentada á los caballos de los soldados.

Los que aún no habian perdido el uso de sus facultades, trataban de manotear las lanzas para defenderse, haciendo supremos é inútiles esfuerzos.

Solo tenian fuerza y aliento para reir con sus espresiones de imbéciles y recibir de aquella manera la muerte más espantosa.

Los soldados, entusiasmados en la matanza, no miraban al que caia bajo el filo de los sables.

Hombres, mujeres y niños todos fueron heridos con igual saña.

Cañuquil, idiotizado por el narcótico no podia moverse del lado del barril, donde habia caido.

Desde allí miraba con ojo feroz y estraviado la matanza que se hacia entre los hombres y mujeres de su tribu.

Y como si quisieran hacerle apurar aquel martirio horrible, hasta su último detalle, era sostenido por el fraile Delgado y Pancho el ñato, para que no perdiera ninguna de las crueldades cometidas.

Despues que se cansaron de matar á lanza y sable, empezaron á degollar los muertos.

Cañuquíl enmudecido por aquella bebida fatal, no podía pronunciar una palabra.

Pero en cambio sus ojos brillaban con una elocuencia tremenda.

El ojo rodaba en la órbita, con una espresion feroz y sangrienta, y se detenía sobre el fraile acusándolo con el mutismo de aquella mirada febriciente y aterradora.

Y el fraile sonreía con un sarcasmo hediondo, dirigiéndole palabras de piedad y amor cristiano.

Su turno tocó por fin al terrible Cañuquíl.

A una señal de Pancho el ñato, los soldados empezaron su obra de martirio.

Aquel indio tan valiente y tan lleno de vida, hizo un esfuerzo supremo y se puso de pié.

Por un exeso de voluntad, desanudó su lengua, para escupir en la cara del cinico fraile esta terrible y última injuria: — cobarde!

Fué su última palabra.

Todos á uno cayeron sobre él y lo hicieron pedazos á golpes de toda especie.

En seguida empezó el saqueo, que llegó hasta despojar á los cadáveres de sus inmundas vestimentas y quillangos.

Las haciendas fueron arreadas en grandes trozos, hasta esperar el nuevo dia para emprender la retirada.

A la mañana siguiente el fraile que todo lo andaba, descubrió un grupo de mujeres y criaturas, que rodeaban á algunos indios borrachos, que léjos del grupo principal, habian escapado á la matanza.

—Todavía hay aquí sabandijas! gritó el fraile, arremangando su sotana para no empararla en sangre.

Las tropas acudieron allí para completar la obra de esterminio, pero el coronel Pancho el ñato se interpuso para que nadie tocara aquel grupo.

—Esta es la parte del Restaurador de las leyes, dijo.

A él se la quiero mandar para que disponga de estos bandidos como quiera, y como muestra de la buena jornada de anoche.

Los señores asesinos quisieron oponerse y seguir la degollatina, pero D. Pancho se enojó y fué preciso cederle á este capricho, aunque al hacerlo llevaran á cabo un verdadero sacrificio federal.

Contados aquellos infelices, entre hombres, mujeres y niños llegaron á sumar ciento diez, que enhorquetados sobre la mancarronada, los echaron al centro de las caballadas para ser arreados en cuenta de tales y con mayor comodidad.

Como necesitaran reponerse de la fatiga de la matanza, re cien al dia siguiente emprendieron la retirada.

El arreo arrebatado, llegó á más de cuatro mil caballos y más de diez mil cabezas vacunas, que se mandaron repartir á la tropa y los oficiales.

Los pobres prisioneros fueron escoltados hasta la capital,

por los hermanos Delgado y los cincuenta hombres de escolta de Rosas.

El parte detallado de aquella accion gloriosa, lo llevaba el fraile Delgado, autor de aquella massacre.

Aqui se presenta á Rosas la ocasion de aterrar al pueblo, para dominarlo por este sistema, y dar un dia de festin á la chusma federal.

Los partes de la matanza en Salinas fueron publicados, pero como se supondrá cambiandó los detalles y las causas.

Despues de manifestada la generosidad del Gobierno con inmensas dádivas, decian, estos bandidos han seguido invadiendo y robando con toda crueldad.

Ha sido preciso que el Gobierno les muestre su poder, escarmentádolos despues de una sangrienta batalla, en que el ejército federal ha perdido algunos soldados.

De este modo ocultaba la traicion infame del fraile Delgado y su propia ferocidad.

Aquellos ciento diez prisioneros fueron paseados por las calles, para despertar la curiosidad pública y atraerlos más á la escena que se tramaba.

Indios é indias marchaban á pié todo el dia por las calles cubiertos de divisas federales, con los letreros de vivas y mueras que el lector conoce.

Así aquellos infelices eran el ludibrio y escarnio de aquella chusma federal y desenfrenada.

Todos ellos comprendidos en un solo grupo, fueron alojados en los cuarteles del Retiro, bajo la custodia del terrible coronel Maza, victima tambien más tarde del puñal de Rosas, esgrimido por la mazorca.

Una mañana se hizo llamar á los indios á la casa de Gobierno, con el pretesto de darles ropas y algunas prendas.

Alli se inventó un cuento para disculpar la terrible massacre que preparaba.

Se dijo que habian rechazado los presentes que se les daba, que habian agrédido á los empleados y amenazado de muerte al mismo Gobierno.

Por estas causas, el Restaurador de las leyes dispuso y ordenó que aquellos indios fueran pasados por las armas.

La noticia corrió de boca en boca y las tropas se prepararon al festin de sangre, aunque ignorando la manera brutal como habia de llevarse á cabo.

Rosas mandó llamar al coronel Maza, su bandido de más confianza entonces, á quien dió detenidas instrucciones sobre el drama que preparaba.

Y miéntras Maza regresaba al cuartel á disponerlo todo, los indios fueron sacados de la casa de Gobierno, para ser reconducidos, segun se les dijo, á sus alojamientos del Retiro.

Silenciosos y taciturnos, aquellos infelices marchaban bajo la mirada altanera y la palabra soez é insultante de la federacion.

Adelante marchaban los hombres, mirando de cuando en cuando con ademan valiente y resuelto á aquella chusma feroz.

Detras caminaban las mujeres, llevando en sus brazos y de la mano á sus pequeños hijos, la mayor parte de los cuales eran de pechos.

Pasado el efecto narcótico de la bebida preparada, los indios recordaban como entre sueños la carnicería de Salinas, y esperaban tranquilos y serenos la muerte que no podia tardar en venir.

Por que á pesar de que se les cuidaba un poco para confiarlos más y que la muerte los tomara de sorpresa, ellos estaban convencidos de la proximidad de su fin.

Lo adivinaban en la mirada de la plebe federal, en el facon que veian brillar en la mano de algun impaciente, y en el desprecio y ódio con que los soldadas de Maza les dirijian la palabra.

La voz de que los indios iban á ser fusilados, habia corrido ya por todo el pueblo.

Así es que cuando salieron de la casa de Gobierno, los esperaba ya una multitud, que á pié y á caballo, no querian perder un solo detalle de la ejecucion.

El fusilamiento de indios no era cosa que podia ver el pueblo con frecuencia y era preciso aprovechar la ocasion.

Cómo moria un salvaje?

Hé aquí la gran piedra de toque de aquella ferocidad federal.

Aunque todos los que formaban aquella comitiva eran hombres endurecidos en el crimen y avezados á las mayores crueldades, á ninguno se ocurrió por el momento que las mujeres estuvieran tambien condenadas á morir.

Y tan era así, que sus bromas y dicharachos recaian siempre en el reparto de las indias, que pasaban de veinte y cinco.

Ménos podia ocurrirsele que aquellas inocentes criaturas pudieran figurar en la matanza.

Cuando llegaron á la plaza del Retiro, esta presentaba un aspecto terrible para los indios, que sin embargo no comprendieron ó aparentaron no comprender de lo que se trataba.

La antigua plaza de toros, San Martin hoy, era un hervidero de cabezas humanas.

Era aquel un paseo á donde concurrían las señoras, desde que fué plaza de toros, y Rosas, para aprovechar todo género de circunstancias, para que la tragedia fuera de todos conocida, habia elegido un día de fiesta.

Al frente de la plaza, y delante de los cuarteles, se hallaba formado en batalla el batallon de Mariano Maza.

No existían entonces las plantas que han hecho de esa plaza un hermoso jardin, como no existia la espléndida estátua del general San Martin, que embellece su centro, con su magestad suprema.

Aquella plaza era lo que se llama un peladar, adornado con uno que otro poyo, donde enamoradas parejas iban por la noche á decirse los arrumacos consiguientes de estos casos.

Alli hacían ejercicios las tropas que se alojaban en los cuarteles, de cuya gente aquella plaza era propiedad indiscutible.

De modo que la tropa formada así sobre el costado norte, dominaba por completo las entradas y todo el frente sud.

El lenguaraz que había mandado en rehenes Cañuquíl, el valiente Villalican, fué mandado por el coronel Maza á recibir á sus hermanos, diciéndoles que aquel día les iba á dar una ración especial, para que estuvieran más contentos y más conformes con su cautiverio momentáneo.

Ante la palabra y aspecto tranquilo de Villalican, los indios desecharon cualquier temor podía haberles asaltado, y entraron resueltamente á la plaza, donde se desbordó la multitud que los seguía.

Los que esperaban en la plaza debían estar bien impuestos de lo que iba á suceder.

Ocupaban los costados este y oeste, sin acercarse mucho al centro de la plaza.

Cuando penetró á ella el populacho que llegaba, se impusieron por los que allí estaban esperando, de lo que iba á pasar.

Su asombro fué entonces incalculable.

La función sobrepasaba á todo programa imaginable.

Dos minutos más, y el pueblo de Buenos Aires, en medio de la mayor consternación iba á conocer recién todo lo sombrío y cobarde del espíritu del gran Rosas, como lo llamaban los poetas que hacían versos en su honor.

Apénas habían llegado los indios al centro de la plaza, por un movimiento rápido y calculado, los soldados de Maza se echaron el fusil á la cara y una descarga cerrada atronó los aires, envolviendo aquella muchedumbre en un humo espeso.

Un movimiento de terror se manifestó aún entre los mismos que conocían el programa con mucha anticipación.

Cuando el humo se hubo disipado, se vió remolinear al grupo de indios, lanzando feroces alaridos y levantando los puños en ademán de terrible amenaza.

Unos veinte de ellos se revolcaban luchando con las últimas convulsiones de la muerte, al lado de otros, cadáveres ya.

Aún no se había podido dar cuenta de aquel asesinato tan cobarde como inaudito, cuando sonó otra descarga tan nutrida como la primera y otro número de indios volvió á caer, muertos unos, gravemente heridos los otros.

Entonces pudo verse un espectáculo tierno y conmovedor.

En vez de disparar buscando la salvación los que quedaban, dieron frente á los asesinos, resueltamente, tratando de proteger con sus cuerpos la vida de sus inocentes mujeres é hijos.

Pero los cobardes en vez de sentirse dominados por aquella noble abnegación y aquel valor heroico, siguieron su obra de destrucción despiadada.

A las descargas sucedió un fuego graneado continuo, que duró mientras hubo un indio en pie.

Al estruendo de la fusilería, las familias salían á las puertas de calle y á las ventanas á averiguar lo que sucedía.

Y no tardaban mucho en conocer la verdad, regresando al interior de las casas á ocultar su terror y su angustia.

Rosas habia conseguido su objeto.

El pánico más tocante se habia apoderado de la poblacion, y sobre todo de las familias unitarias que pensaban con razon que, al asesinato de los salvajes de la pampa, seguiria el de los salvajes unitarios.

Como era natural, los indios que habian caido á las descargas de los soldados de Maza, no habian muerto todos.

La mayor parte estaban heridos de mayor ó menor gravedad.

Las criaturas estaban vivas en su mayor número pues siendo calculadas al pecho de los indios las punterías, las balas no habian alcanzado á los chicos, con raras escepciones.

Y esta fué la parte más entretenida y federal del terrible espectáculo.

El fusilamiento estaba terminado, para comenzar la matanza á cuchillo.

Contando al indio Villalican eran ciento once las cabezas que era preciso cortar.

Los soldados corrieron al cuartel á dejar sus fusiles y volvieron á aparecer armados de enormes y filosos cuchillos.

Entonces empezó la matanza y carnicería más horribles.

Sin distincion de vivos, muertos, de heridos graves y leves, de mujeres y niños, aquella soldadesca impía empezó su obra federal de degüello.

Era tal lo monstruoso, lo infernal de aquella escena, que los espectadores huyeron en su mayor parte, sin atreverse á presenciaria hasta su fin.

Solo quedaron aquellos bandidos capaces de regalarse con igual funcion todos los dias.

Y estos no tardaron en tomar parte en la obra infernal, ayudando á los soldados.

Como era natural, en las descargas hechas de aquella manera, algunos curiosos mal colocados fueron heridos por las balas.

Y en el entusiasmo de la matanza no pudieron escapar al degüello.

Aquellos bárbaros habian llegado al delirio de la ferocidad.

Se arrojaban unos á otros los cuerpiitos de los niños, y les cortaban la cabeza lentamente, con una fruicion indescriptible.

Las escenas de crueldad duraron toda la tarde en medio de la algazara más bestial y repugnante.

Parecian fieras hambrientas en un campo de batalla.

Concluido el degüello, se comenzó la tarea de colgar los cuerpos en palos clavados al efecto y en árboles que habian en la plaza.

Y como ningun cuerpo tenia cabeza, era necesario colgarlos por debajo de los brazos, pues se habia ordenado esta operacion para escarmiento de los salvajes unitarios y terror de la poblacion.

Aquellos bandidos se desparramaron por todas las pulperias, á beber á la salud de los difuntos y narrar, en medio de alegres carcajadas, los detalles de aquella feroz massacre.

Como prueba de que habian tomado parte activa en la carnicería, además de sus manos y cuchillos teñidos de sangre, llevaban cada uno diferentes despojos de los cadáveres.

Quién llevaba un par de orejas, quién una mano y quién otros miembros diferentes.

Los más desastrados que querian pasar por más feroces, llevaban un par de niños ó alguna cabeza de mujer asegurada á la cintura por la trenza.

Esa noche la federacion anduvo de fiesta por toda la ciudad.

Las pulperías se hallaban llenas de federales que bebían hasta la embriaguez, festejando aquel regalo que les habia hecho el Restaurador, regalo precursor de días más sangrientos y divertidos.

Los grupos cruzaban las calles en todas direcciones, dando vivas al Supremo Gobierno y mueras tremendos á los asquerosos salvajes unitarios.

Las casas conocidas como habitadas, no ya por salvajes, sino por personas poco entusiastas de la santa causa, eran golpeadas violentamente en medio de gritos de muerte y amenazas de todas clases.

Ante las escenas del día, las familias aterradas, huían á refugiarse en las últimas piezas, pensando que á falta de víctimas irían á buscarlas entre las familias unitarias.

Rosas habia logrado su objeto de una manera más brillante de lo que él mismo esperó

Los que no habian podido asistir á la funcion por no haber tenido noticia de ella, se habian ido de paseo aquella noche á la plaza del Retiro, á traer despojos semejantes á trofeos.

Parecian escursiones de brujas en busca de grasa de ahorcado para fabricar untos.

Y era cosa terrible ver el regreso de aquellas turbas, que parecían volver de una fiesta, trayendo como reliquias hasta pedazos de cuero para fabricar alguna manea, ú otra pieza de arreo.

Al día siguiente la ciudad ofrecía un aspecto de cementerio.

Los mismos bandidos que habian ejecutado la degollatina, se habian recojido en sus pocilgas á dormir la tranca de la noche anterior.

CRECE EL TERROR

No puede imaginarse el pánico que causó en toda la poblacion, federal y unitaria, la matanza inicua de los infelices pampas.

Los federales más allegados á Rosas, no se atrevían ni siquiera á hacer la menor pregunta al gobernador, cuya mirada daba poca esperanza de una contestacion comedida.

En esos meses, estaba más que nunca empeñado en asegurar su poder en el resto de la República.

Parece que desconfiaba de algunos gobernadores de Provincia que era preciso derrocar cortándoles la cabeza, y aterrando las poblaciones de la misma manera que habia aterrado á la sociedad de Buenos Aires.

Las provincias que le eran hostiles, le iban á dar un trabajo inmenso, no pudiendo prestarle toda su atencion por estar amenazado en su misma provincia.

Por esto fué que trató de adormecer los espíritus con las bandas de asesinos y las escenas de sangre.

Se habia privado del brazo del feroz Quiroga, porque este no le inspiró gran confianza.

Tenia recelo de que Quiroga se apoderara del interior y del litoral, y viniera en seguida á imponerle la ley.

No le quedaba más que el fraile Aldao en Mendoza, el terrible fraile Aldao, punto de apoyo de la federacion en el interior.

Con el asesinato de los indios y tres ó cuatro fusilamientos más que hizo á pretexto de desercion, Rosas se destapó por completo, mostrando descaradamente lo que de él podian esperar sus enemigos.

Ordenó en señal de admiracion por su persona, se usara el chaleco colorado en la misma forma que habia mandado usar la divisa.

Quién se hubiera atrevido á contrariar una orden de Rosas, que acababa de fusilar en un solo momento ciento once indios?

Todo el que salió á la calle tuvo buen cuidado de hacerlo ostentando un largo chaleco colorado bien visible, para no esponerse á los insultos de las turbas federales.

La poblacion se apercibió que este color habia sido declarado oficial, y que usándolo con profusion, salvaban su cabeza pasando la plaza de rosistas.

Un pulpero de la calle de los Mendocinos (Maipú), en cuya pulperia se reunian los más feroces bandidos, pintó de colorado la pared de su boliche y la puerta de calle.

Pocos dias despues de esto, todas las casas de la cuadra eran pintadas de la misma manera y color.

Las familias que sabian que aquel pulpero estaba en los secretos de la federacion, creyeron que aquello era un señal para salvarse de la muerte.

Y se apresuraron á imitar la maniobra, para evitar tragos amargos.

La creencia aquella fué pasando de barrio en barrio y de cuadra en cuadra, causando los mismos efectos.

Así es que pocos meses despues, podia verse toda la ciudad pintada de rojo.

Los colores verdes, celeste y todas sus combinaciones, fueron condenados á muerte sin apelacion.

Se ahorcaba de un poste ó de una reja cualquier trapo celeste, loza, ó cualquier objeto de aquel color, como se podia haber ahorcado un hombre.

Se quemaban cohetes á su alrededor, entre un gran círculo

de federales curiosos, y se le tenía así dos ó tres días, condenado á la vergüenza pública.

Las familias más timidas entonces se convencieron que los objetos de aquel color eran un peligro y empezaron á deshacerse de los muebles y objetos que pudieran ser tachados de salvajes unitarios, porque tenerlos era un verdadero peligro.

Cuando los grupos de federales miembros de la Sociedad Popular Restauradora tenían conocimiento que en alguna casa habia cortinas, muebles, loza ó cualquier objeto de aquel color podia darse por perdida.

La Sociedad Popular Restauradora entraba á la casa con la misma franqueza que hubiera entrado á cualquier pulperia.

La escena que se producía entonces era de lo más conmovedora.

Se desparramaban por la casa haciendo pedazos cuanto habia.

Los muebles eran destruidos por unos á golpes de hacha, mientras los demás se encargaban de despedazar la loza, los cristales y cuanto caía bajo su mirada dañina.

Entonces las familias eran felices, porque todo se reducía á despedazar el menaje de las casas é insultar á sus habitantes con todo género de dicterios.

Después esto se aumentó con uno que otro vergazo, hasta que terminó con azotaina general y degüello.

El terror se apoderó entonces de la población y Rosas pudo maniobrar con más libertad en las provincias, cuyos gobiernos lo habian reconocido como brigadier general de la Nación, y llegado como el de la Rioja hasta mandar acuñar las monedas con su retrato.

Sus agentes maniobraban en todo sentido, para asegurar su dominio en todas partes.

Oribe, el tremendo Oribe cuya marca sangrienta palpita aún en Montevideo, se habia puesto á sus órdenes y declarado su más útil instrumento.

Privado de Quiroga, Rosas necesitaba un bandido que lo secundara, y Oribe llenaba admirablemente este papel.

Oribe tenia que servirlo con suma fidelidad por su propio interés, pues esperaba que Rosas lo ayudara á apoderarse de la Banda Oriental hundiendo el prestigio y poder del *pardejon Rivera*, bautizado así por Rosas, á causa de no haberse prestado á sus manejos feroces.

Porque Rosas pretendía llevar su dominación hasta la misma República Uruguaya.

Y para esto contaba con el asesino Oribe.

Aunque todavía no se degollaba en media calle, sin pretexto ni motivo alguno, como poco después, se les perseguía de todas maneras amargándoles la existencia todo lo que les era posible.

Como no podían emigrar con pasaporte y á la luz del día, lo hacían durante la noche disfrazados y por la costa.

Pero bien pronto se apercibió la federación de esta manera de emigrar, y tomó sus medidas para impedirle á todo trance.

Las fuerzas al mando de los coroneles Maza y Salomon y del comandante Cuitiño, fueron encargadas de hacer la policía de la costa durante la noche.

Así eran tomados muchos jóvenes de las mejores familias, que eran conducidos á los calabozos más inmundos, donde eran olvidados, para ser fusilados tres años despues.

No apresuremos los sucesos, pues ha sido en la costa y por estas causas, donde han tenido lugar las escenas más infames y sangrientas.

El comandante Cuitiño no era entonces el feroz y cobarde asesino de los años cuarenta y cuarenta y dos.

Allá por los años 1833 y 1834, Cuitiño era vigilante de policía, cuando el jefe de la reparticion era el señor Somalo.

Era entonces Cuitiño un hombre bondadoso, de una moralidad ejemplar y de una rara contraccion en el cumplimiento sus deberes.

Su bondad era notable, pues aunque inflexible y ríjido en el cumplimiento de su obligacion, siempre se andaba empeñando con sus superiores, para obtener la libertad de los mismos á quienes él habia aprehendido por tal ó cual delito.

Siempre bueno y servicial, auxiliaba á los presos con su propio dinero, y proporcionándoles todo aquello que era permitido introducir á la Policía sin contravenir al Reglamento.

Cuitiño por estas prendas naturales de su carácter, se hizo querer de presos y superiores, al extremo de que, poco tiempo despues era ascendido á oficial de Policía y llenado de mil consideraciones.

Además de ser excelente como empleado y como persona, Cuitiño tenia condiciones de primera fuerza, como policiano.

A una sagacidad especial, reunia un actividad incansable y un valor personal que siempre lo habia hecho sobresalir entre sus compañeros.

Las pesquizas más difíciles eran con él consultadas y encomendadas á su sagaz penetracion.

Puesto sobre la pista, Cuitiño no la abandonaba hasta no haber descubierto la trama que buscaba.

Tal vez Cuitiño ha sido el polizante más notable que haya jamás tenido nuestra Policía.

Como bravo, Cuitiño lo era hasta la temeridad.

Siempre se le encomendaba á él la captura de bandidos ú hombres peligrosos.

Jamás pidió la ayuda de otros agentes para cumplir este genero de comisiones.

Casi siempre para realizarlas tenia que esponer su vida, pero nunca habia vuelto á la Policía sin el criminal cuya captura se le habia encomendado, y sin que este tuviese heridas de consideracion que hubiera sido necesario inferirle para lograr su captura.

A veces él habia vuelto herido ó contuso pero siempre tenia palabras para disculpar al criminal.

—Es natural, solia decir.

Quién es aquel que va á entregarse así no más á la justicia, sabiendo que no le espera ningun buen trago?

Poco á poco, á fuerza de servicios constantes y de importancia, Cuitiño se hizo un empleado del que no se podía prescindir.

Rosas, que tenia un ojo supremo para calar á ciertos hombres, comprendió que aquel le era de una necesidad suprema, por la suma de condiciones que reunia.

En su primer gobierno tuvo ocasion de hablar con él varias veces, y comprendió la importancia del tipo.

Cuitiño no tenia para él más defecto que la bondad, pero esta condicion él se la haria perder insensiblemente, hasta volverlo una fiera.

Cuitiño era partidario acérrimo de Rosas, porque lo habia sido de Dorrego y porque le gustaba el mozo.

Sin educacion alguna y sin más ilustracion que la de su natural inteligencia, le parecia que aquel hombre era el Gobierno que el país necesitaba para ser feliz y respetable.

La franqueza y cariñosa amistad con que lo habia tratado Rosas siendo Gobierno, concluyeron por arrebatarle toda su simpatia é inocente lealtad.

Cuando se trató del movimiento revolucionario contra Balcarce, doña Encarnacion, por instruccion de Rosas, mandó buscar á Cuitiño para alistarlo en sus filas.

Los halagos de doña Encarnacion y una carta de Rosas, concluyeron de marear al buen Cuitiño, que se les entregó en cuerpo y alma.

Era él la persona más activa y sagaz de todos los que preparaban el movimiento.

Y fueron sus consejos y observaciones seguidas al pié de la letra, lo que los condujo al mejor logro de su terrible trama.

Cumplido así su deber de partidario, volvió á llenar las exigencias de su empleo, satisfecho de haber quedado bien con el general Rosas y doña Encarnacion.

Cuando Rosas volvió á escalar el Gobierno, no se olvidó de Cuitiño, cuya adquisicion como fanático por su causa le era de gran importancia.

Empezó á protegerlo visiblemente haciéndolo ascender en su empleo y llamándolo continuamente á su casa y á su mesa.

Mareado por esta conducta, el bandido Cuitiño concluyó por cobrar á Rosas una idolatria íntima.

Para él no habia hombre como éste, en prueba de lo cual se le entregó en cuerpo y alma, sin la menor reserva.

Rosas lo ocupó en diversas ocasiones en comisiones dificilísimas que desempeñó á medida del deseo más exigente.

Pero siempre con cuidado de ir relajando su espíritu suavemente de manera sensible.

Fué entonces que lo sacó de la Policia y lo hizo teniente coronel con mando de fuerzas.

Aquello fué para Cuitiño una especie de sueño fantástico.

Hombre humilde cuya posicion de agente de Policia lo ha-

cia creer que estaba en el pináculo de la gloria, no podía creer en los primeros momentos que tanta felicidad fuera cierta.

Rosas empezó entonces á darle importancia y á pervertir su espíritu en compañía de la chusma más depravada.

Empezó por hacerlo efectuar prisiones con las fuerzas á su mando, continuó haciéndole fusilar esos mismo presos, y concluyó por convertirlo en uno de los degolladores más feroces de su tiempo.

Cuitiño se habia ensoberbecido de una manera feroz.

Alternaba con el Gobernador y con Manuelita, se sentaba á su mesa á comer y se creia un personaje de lo más importante de la federacion.

Cuitiño habia alquirido vicios que jamás pudo perdonar en otros.

Se embriagó primero, por complacer á Rosas, porque un buen federal debia beber fuerte de cuando en cuando.

Y concluyó por ser federal de primera fuerza.

Era él quien en sociedad de Troncoso, costeaba las limetas de vino que bebia la mazorca en la casa de Salomon.

Poco le importaba este gasto al feroz degollador.

Rosas le daba dinero á manos llenas para que gratificara á la gente, y además era un fenómeno que Cuitiño pagara el vino que compraba siempre en grandes cantidades.

Ninguno le cobraba por otra parte.

El pulpero que con él tenia cuentas pendientes las daba por canceladas, considerándose feliz que no las aumentara con nuevos pedidos.

Cuitiño era así el mastin en quien más confianza tenia Rosas.

El hacia sus más hábiles pesquisas para descubrir tal ó cual unitario y era al mismo tiempo el gran guardian de la costa.

Los unitarios perseguidos que por allí tentaban una invasion, podian estar seguros de caer bajo el puñal de Cuitiño, por lo ménos noventa de cada cien.

Rosas, en su invariable sistema, jamás hacia á Cuitiño una indicacion directa.

—Comandante, solia decir, ¿ha visto cómo emigran estos salvajes unitarios?

Cómo si yo me fuera á ocupar de sus personas!

Me han dicho que la otra noche se ha embarcado diez por la costa de S. Isidro y segun me avisan pronto deben emigrar quince de un golpe

No me gusta que esto suceda por lo que pueda creer el extranjero.

—Dejelos no más, S. E.; yo les voy á arreglar de manera que se les quiten las ganas de viajar, tal viaje les voy á hacer emprender!

—No les haga nada, comandante! no quiero sinó que les dé un buen susto, para que se dejen de compadradas!

—Déjelos S. E.—corren de mi cuenta.

No han de volver á compadrear más!

Cuitiño se ponía en acecho y no tardaba en descubrir algu-

nas de las muchas expediciones de unitarios, que pasaban hasta en pequeñas balleneras hasta Montevideo.

Aquella expedicion era con seguridad pasada á cuchillo, despues de todo gérrero de humillaciones.

Las orejas de estos y algunas lonjas de cútis, eran presentadas á Rosas al dia siguiente, como prueba del buen servicio á la causa de la federacion.

—Los mató á todos? preguntaba éste, entre enojado y sonriente.

—Ni uno solo escapó respondia aquel bandido, porque los muchachos estaban ganosos.

El único fué el lanchero, y eso, porque habia fondeado lejos, donde los unitarios iban á buscarlo á nado.

—Caramba! yo no quiero que sean tan malos los muchachos! un buen susto hubiera bastado.

—Si he hecho mal S. E. se servirá perdonarme ;tengo tal ódio á esa inmunda sabandija!

—En fin, ya está hecho, no tiene remedio.

Ellos tienen la culpa que provocan á su gente de todos modos.

Avise á la Policía para que recoja las osamentas, cosa que no apesten.

Y los dos bandidos cambiaban una sonrisa hedionda, que significaba haberse comprendido á las mil maravillas.

Al alejarse Cuitiño, Rosas tomaba de su escritorio un buen puñado de billetes de banco que ofrecia al asesino.

—Qué ocurrencia V. E.

Para qué se va á incomodar!

Demasiado compensado estoy con su amistad.

—Con la amistad no se vá al mercado, comandante.

Tome no más para que les dé á los muchachos.

La noche ha sido muy fria y el trabajo rudo.

Quiero que calienten las tripas á la salud de la federacion y que se diviertan.

—Venga para que S. E. no se resienta.

Cuitiño tomaba entonces el dinero, muchas veces con las manos tintas aún de sangre y se alejaba haciendo mil cortesias y poniéndose á los piés de la señorita.

Mandaba un soldado á que diera á la Policía el aviso convenido, y se dirijia en seguida á casa de don Lucas Gonzalez, ocupada por Salomon, donde como se sabe se reunia la mazorca.

Se mandaba traer el vino en tinetas, en medio de los federales de rebozo y de los curas y frailes que hemos nombrado y se armaba una orgia tremenda, cuyo remate era salir á la calle á asaltar casas de salvajes unitarios y degollar á sus habitantes.

Muchas veces el grupo de asesinos era acompañado por una ó más parejas de frailes, y federales, que dominados por el vino, salian bailando y dando feroces alaridos.

Era al compás de esta música que se improvisaban las más terribles escenas de crueldad y las matanzas más bárbaras,

Al que cruza hoy las calles de Buenos Aires, le parecerá increíble que por ellas hayan paseado los vendedores de cabezas humanas al grito de; ¡buenos duraznos!

Y sin embargo nada más cierto que aquellas matanzas incalificables, cometidas de una manera más brutal que la que hoy se emplea en la matanza de los perros.

Mientras para esto se emplea hoy solamente la pildora de estricnina, para los salvajes unitarios, no habia más que el facón y el serrucho, para que mientras se efectuaba el degüello llevar la tortura hasta su último límite.

El que no hubiese degollado con este lujo de ferocidad, no hubiera sido considerado como un buen federal.

El menor rasgo de piedad lo habria pagado con una puñalada.

La poblacion empezó entonces á aterrarse y á comprender que no tenia nada que esperar del Gobierno que se inauguraba con tales actos.

Era indudable que Rosas buscaba el esterminio del partido unitario!

LOS REYNAFÉ.

Pronto comprendió el bárbaro, que la impresion dejada por la matanza de los indios, era preciso renovarla con alguna otra más fuerte y duradera.

Los unitarios sobrecojidos de espanto en el primer momento, temblaron por sus vidas y huyeron de toda accion que pudiera traducirse en una manifestacion hostil al gobierno.

Sin embargo pasado el primer momento, y comprendiendo que la inaccion era la muerte, decidieron defender su cabeza por todos los medios á su alcance.

La emigracion á Montevideo desafiando todos los peligros, empezó más violenta y mas decidida que nunca.

De Montevideo llegaban diarios y hojas sueltas, en las que los emigrados trataban al tirano de una manera tremenda.

En esas publicaciones se incitaba al partido unitario no solo á la revuelta, sinó al asesinato de aquel miserable bandido.

En vano la autoridad tomaba todo género de precauciones para impedir la entrada de aquellos impresos.

En vano Rosas llegó hasta dar de patadas á los empleados encargados de esa pesquiza.

En vano puso penas terribles á los que fueran tomados como sus conductores.

Todo era inútil.

Los impresos entraban á la ciudad y con un sigilo superior á la penetracion de Cuitiño, circulaban por las casas de los unitarios y entre el bajo pueblo federal.

En bandido Rosas que no queria que sus asesinos conocieran el desprecio y la dureza con que lo trataban los emigra-

dos, se mordía los puños de ira cada vez que sucedía un hecho análogo.

Era entonces que prodigaba sus más terribles punta-pies, entre sus empleados de Policía y amenazaba al cielo y la tierra con el puñal de la mazorca.

El feroz Cuitiño, encargado de hacer esta importante pesquisa, dió al fin con un marinero que traía cien de estos impresos, cosidos en el interior de su camiseta.

Seguido con un disimulo de pantera, aquel desgraciado que se habia hecho sospechoso, bajó á la ciudad, y se alojó en un fondin del bajo.

De allí salió á la noche bajo la facha del más tremendo federal y por la calle Federacion (Rivadavia) tomó el camino del hueco de Lorea.

La carretas que habia en el hueco se hallaban solas á aquella hora.

Sus propietarios se habian diseminado por las *esquinas* á escuchar los sucesos del dia, entre azumbre y azumbre de caña ó vino de la tierra.

Allí permanecian hasta que el sueño ó el alcohol los rendia.

Entonces, los unos conduciendo á los otros regresaban á la carreta, hacían la fogata correspondiente para echar un cimarron, y cada cual bajo la suya, se entregaba al reposo bajo las protectoras miradas de Baco y Morfeo.

El bueno y travieso Caco, andaba por regiones más elevadas y poco tenia que hacer por allí.

El marinero lleno de divisas, de chiripá y poncho para hacerse ménos sospechoso, y de gran puñal á la cintura, cruzó la calle Federacion y penetró al hueco de Lorea.

Una vez entre las carretas, se puso á mirar en todas direcciones, de una manera bastante significativa.

Por más que el desgraciado hundió por todas partes su penetrante mirada, no pudo ver dos bultos que, tendidos de barriga, lo seguian hasta en su menor gesto.

Estos no eran otros que el feroz Cuitiño y uno de sus soldados de mayor confianza.

—Cuando éste toma tales precauciones no debe andar jugando limpio, habia dicho el feroz Cuitiño.

Observemos.

El marinero, despues de unos dos minutos de mirar atentamente por todas partes, se metió entre un grupo de carretas y ganó bajo una de ellas aparentando una accion harto natural.

—Aquí vamos á saber á que ha venido, dijo Cuitiño.

Cuando salga lo seguís, y con el mayor silencio posible, le echás el guante hasta que yo vuelva.

Entre tanto yo me voy bajo la carreta y trato de averiguar la verdad.

El marinero tardó más de cinco minutos en salir de bajo la carreta.

Y como lo hiciera arreglándose el chiripá, el soldado dijo á Cuitiño de una manera burlona:

—Se me hace que se nos ha chingado el tiro.
Se ha tardado demasiado para lo que pensamos.

Allá lo veremos, repuso Cuitiño.

Ahora mucho ojo porque si se te vá vás al infierno.

—No hay cuidado! ni que fuera peludo—y así mismo me le haria rastra en la cola!

El marinero salió del hueco de Lorea y volvió á tomar la calle de la Federacion.

Sin duda la tenia más confianza ó la conocia más que las otras.

Y al salir no solamente no vió á los asesinos que seguian de barriga, sinó que no sintió que uno ellos se ponía tras de sus pasos. Miétras éste se ponía en su seguimiento, á unos veinte pasos de distancia, Cuitiño se dirigió hácia la carreta que habia señalado bajo su mirada de águila.

Apénas se metió debajo, lanzó una exclamacion de inmensa alegría y se apoderó de un monton de papeles que allí habia.

Era en el hueco de Lorea y en el de Santa Engracia (Plaza Libertad) donde aparecian las publicaciones orientales.

No habia entonces la menor duda que el marinero era el introductor de ellas.

Cuitiño echó fuego y buscó bajo la carreta con toda minuciosidad.

No habia allí más que los papeles recojidos.

Con su precioso hallazgo y respirando ferocidad, el famoso asesino regresó en la direccion que habian seguido el marinero y el soldado.

A las tres cuadras de distancia los halló, al segundo haciéndo presa en el primero, á quien sujetaba de una manera violenta.

Al ser detenido, el marinero, con una rapidez de relámpago se hizo una reflexion justisima.

—No pueden prenderme en este momento sinó por haber sorprendido lo que acabo de hacer.

Con que perdido por perdido, como la puedo sacar mejor es huyendo, y para huir hay que matar á éste.

Por la misma comision que se le ha visto desempeñar, se comprende que este era un hombre de valor á toda prueba, y que no era la presencia de otro hombre lo que podia hacerle retroceder ó espantar por más que este otro hombre fuera miembro de la mazorca.

Así es que á la voz de ¡alto en nombre de la federacion! respondió dando vuelta, sacando un enorme cuchillo y yéndose sobre el que lo detenía de una manera tan brusca.

Pero el desventurado se las tenia que ver con uno de los tipos más feroces de la partida de Cuitiño.

Solo así se comprende que este fiara así no más, la captura de un hombre que, á juzgar por lo que hacia, debia ser dueño de un valor á toda prueba, y tener un profundo desprecio por la vida.

Así es que el soldado, cuando le dió la voz de alto lo hizo con el sable en la mano, y en actitud de herir.

Cuando vió que el marinero dió la vuelta echando mano á la cintura, dejóle caer el sable sobre la cabeza, en un golpe de plano desnucador.

El marinero aturrido, vaciló un momento y tendió sus manos buscando un punto de apoyo.

El golpe lo habia enloquecido.

Sin embargo, con una organizacion vigorosísima pronto hubiera vuelto en sí para volver á la carga.

Pero aquel momento de vacilacion y aturdimiento fué el tiempo necesario para que el soldado lo desarmara, repitiera el golpe y le echara mano al cuello.

—Ahora es la mano no más, le dijo.

Más tarde, será lo que el comandante disponga.

El marinero guardó silencio.

Sin duda pensaba el partido que debia tomar.

Fué en este momento que llegó Cuitiño, con el rollo de papeles que acababa de tomar.

Sabia que eran papeles impresos pero aun no conocia lo que contenian.

—Ola, buena pieza! dijo—parece que hemos caido en la trampa?

Si no cantás claro, me parece que no volvés á comer más puchero.

El marinero guardó silencio y envolvió el asesino en una mirada de terrible desprecio.

Era un hombre jóven, de fisonomía franca y noble, á cuya mirada asomaban los destellos de su espíritu intrépido.

Su aspecto, aunque bajo el disfraz de un asesino, ofrecia esa mezcla de bondad y grandeza que ilumina en general, el noble rostro de ciertos marineros italianos.

Murature, el viejo leon de nuestros rios, por ejemplo.

Qué has ido á hacer abajo de las carretas, salvajon? preguntó Cuitiño, algo desconcertado ante aquella mirada llena de fiereza.

—Lo que hace cualquiera que se vé apurado.

Si es eso solo que quieren saber, ya están satisfechos.

Respondió y miró el lio de papeles que el asesino traia en la mano, comprendiendo entonces que su vida no valia la pitada de un cigarro.

—Allá lo veremos, dijo Cuitiño.

Ahora vamos á lo de Salomon.

—O al infierno, lo mismo me dá.

En materia de viajes, nada me arredra.

Entre Cuitiño y el soldado aseguraron al marinero con sus fajas y pañuelos y le hicieron caminar á prisa, mediante unos cuantos golpes.

Indudablemente aquel no era un hombre vulgar.

El traje de marinero con que habia bajado á tierra, era un disfraz como el mismo de asesino que en aquel momento llevaba.

Unitario de corazon, pertenecia á una de las muchas lógias

de patriotas establecidas en Montevideo, y como tantos otros, se habia resuelto á jugar la vida contra el bandido Rosas.

La comision en que fué tomado la habia desempeñado otras veces de idéntica manera.

A fuerza de golpes y humillaciones, fué conducido á la casa de Salomon, donde en aquel momento se jugaba un truco entre este, Troncoso, Parra y Alegre.

Al ver entrar al terrible y prestigioso Cuitiño, seguido de un federal bien amarrado, los cuatro compañeros abandonaron la baraja, miéntras Troncoso preguntaba amenazador:

—Se trata de algun traidor?

—No, dijo Cuitiño.

Este ciudadano es el hombre de los impresos.

Y arrojó sobre la mesa el rollo de papeles.

Examinados, resultaron ser pasquines contra Rosas, conteniendo todo género de amenazas.

—Pues has salido de pobre, amigo, dijo el astuto Salomon.

No te arriendo las ganancias!

—Y qué hacemos con este salvaje?

—Vamos á hacerlo cantar y dar cuenta.

Los asesinos aplaudieron de una manera feroz.

Iban á tener un rato de federal division.

El marinero fué interrogado de todos modos.

Cada uno empleó un medio más persuasivo de obtener una respuesta, desde la cachetada hasta el golpe de verga.

Pero aquel hombre parecia de fierro.

Soy quien me dá la gana, dijo, y he venido á lo que á ustedes no les importa.

Cuitiño no se atrevió á proceder más federalmente sin dar cuenta, y se lanzó á casa del Restaurador á imponerlo de su preciosa presa.

Rosas se enteró de los impresos tomados, y despues de felicitar á Cuitiño por su hábil pesquiza, le regaló una buena suma y le ordenó entregára al preso en la Policia, para cuyo gefe dió cuatro letras.

Segun ellas el preso debia ser sometido á un riguroso interrogatorio y fusilado al dia siguiente en la plaza del Retiro.

El marinero fué encerrado en uno de aquellos lóbregos calabozos, donde se le interrogó á fin de que delatara algun cómplice en Buenos Aires.

Pero aquellos tratamientos inquisitoriales no dieron más resultados que los impuestos en casa de Salomon.

Registrado, se le hallaron cosidos en el interior de la camiseta, una buena cantidad de impresos como los que habia tomado Cuitiño.

Conociendo esta alma noble que miéntras más irritaba á los federales más pronto le darían la muerte y más pronto dejaria así de penar, cuando le comunicaron que al dia siguiente seria fusilado, exclamó:

—Gracias á Dios!

—Que grite viva Rosas! exclamó un esbirro.

—Muera Rosas! gritó el jóven con toda la fuerza de sus pulmones.

Y en un ademan sublime cruzó los brazos sobre el pecho valeroso y descansó su mansa y noble mirada sobre toda aquella canalla.

A las tres de la madrugada recibió Rosas el parte en que se le comunicaba el resultado del interrogatorio, sin escluir el último incidente.

Poco despues llegaba á la Policía su edecan, con una órden tremenda.

—Que se le corte la lengua ahora mismo y no se le fusile hasta mañana á las seis:

Y aquella órden terrible fué cumplida al pié de la letra, llevando de horror á los mismos empleados que la hicieron ejecutar.

Exequiel Gomez, que así resultó llamarse aquella noble víctima, sufrió la terrible operacion de una manera heróica.

Su boca fuertemente cerrada apesar de los golpes que se le aplicaban para que la abriera, le fué abierta por fin con una bayoneta y su lengua fué cortada tanto como se pudo.

A las cinco de la mañana fué conducido al cuartel de Maza y fusilado á las seis en la plaza del Retiro.

Su cadáver fué colgado durante aquel dia para escarmiento de los unitarios.

En sus espaldas se veia pegada una de aquellas hojas y colgada de su barba negrísima la mitad de su lengua!

El espectaculo no podia ser más terrible é imponente.

Aquello era una notificacion que se hacia á los unitarios, para el caso que se permitieran gritar otra cosa que ¡viva Rosas!

El partido unitario se aterró verdaderamente, pero no desmayó.

Todos se habian resuelto á jugar la cabeza, y el perderla no los tomaria de nuevo.

Muchos de ellos andaban con una pistola en el bolsillo, destinada á saltarse los sesos en el momento de ser presos.

De esta manera se ahorrarian los martirios que empezaban á aplicar á las víctimas antes de darles muerte.

Exequiel Gomez era una prueba de esta conveniencia.

Rosas comprendió que era necesario seguir con el sistema del terror, ó renunciar á su propia cabeza.

No era difícil acertar con la medida que de estas dos se adoptaria.

El proceso instruido por su órden á los hermanos Reynafé, le proporcionaba suficiente tema para preparar una nueva tragedia.

Y si así mismo no lograba intimidar á los unitarios, ahí estaban Cuitiño y sus hordas á quienes daria carta blanca para proceder.

Sigamos á aquellos nobles hermanos, víctimas inocentes de la ferocidad de aquel miserable.

Es el proceso más monstruoso que se haya formado jamás, por el número de víctimas que él hizo perecer y la infame injusticia con que se condenaron por el mismo Juan Manuel Rosas, erijido en juez.

UNA LIGA DE ASESINOS

Nuestros lectores recordarán el asesinato del bandido don Juan facundo Quiroga, su secretario el general Ortiz y el peon conductor de la volanta.

Este asesinato había sido cometido por orden de Rosas y sancion de los demás gobernadores de la liga rosista-federal.

Rosas había concluido por temer á Quiroga y tener celos del gran prestigio que aquel facineroso tenía en el interior.

Temía que Quiroga pudiera alzar el poncho y venírsele encima, arrebatándole todo lo adquirido.

Quiroga solo, con sus greñudos, no era muy temible.

Pero Quiroga podía maniobrar con la liga, aliarse con ella y aún con los mismos unitarios, en último caso.

Porque su ambicion de mando era inmensa, y más que ésta, su ambicion de dinero.

Rosas decretó en su interior la muerte de Quiroga, y sobre tablas se puso á idear el mejor medio de llevarla á cabo, salvando, como acostumbraba, su responsabilidad.

Sus aliados de Salta y Tucuman no andaban de acorde.

Tenían sus pequeñas diferencias federales que amenazaban concluir con una guerra entre las dos provincias.

Quiroga estaba en Buenos Aires y el momento era oportuno.

Él podía haberlo hecho sacrificar aquí mismo, pero entónces no hubiera podido evitar su responsabilidad.

Era necesario hacerlo sacrificar fuera de la provincia.

Rosas mandó sus enviados á Lopez, el gobernador de Santa-Fé, para ponerse de acuerdo y que éste tocara á los demás de la liga.

La respuesta no era dudosa ni podía tardar en llegar.

Lopez no solo consintió en el crimen, sino que aseguró que los demás de la liga entrarían *por el aro*.

No había que perder tiempo.

Rosas mandó llamar á Quiroga y lo encargó de una mision política de gran trascendencia.

Se trataba de poner en paz á los dos gobiernos de Salta y Tucuman, en nombre de la santa causa de la federacion, para cuyo sostén era preciso permanecer siempre aliados y amigos.

Quiroga aceptó la mision de su amigo, asegurando que si no podía por los medios conciliatorios, las haria entrar en paz á la fuerza.

Rosas le dió por secretario al general Ortiz que le era poco simpático y le proporcionó todos los medios necesarios para efectuar el viaje cómodo y rápidamente

Primero se fijó la provincia de Santa-Fé para dar el golpe, pero más tarde se acordó que fuera en territorio de Santiago del Estero, centro de sus greñudos.

Así su muerte podría atribuirse á alguna venganza personal, por las muchas iniquidades que allí habia cometido.

Era entonces gobernador de la Provincia de Córdoba don José Vicente Reynafé, hombre de nobles antecedentes y que no pertenecía á la liga de asesinos, aunque contemporizaba con ellos esperando el momento de romper de lleno.

José Vicente Reynafé tenia tres hermanos, Francisco, Guillermo y José Antonio, con quienes lo unia un cariño verdaderamente fraternal.

Los cuatro hermanos eran verdaderamente queridos en la provincia de Córdoba, donde gozaban de un gran prestigio.

Córdoba no podia olvidar las carnicerías cometidas por Quiroga, despues de la derrota y prision del general Paz, así es que allí se le profesaba un odio á muerte.

El Gobernador Lopez se puso al habla con el gobernador Reynafé, para explotar ese odio en contra de Quiroga.

Pero no eran los Reynafé, á pesar de su enemistad personal con el bandido, personas capaces de prestarse á acto tan infame y cobarde.

Negarse era tambien romper abiertamente con Rosas y entrar en una guerra en que, fuera de toda duda llevarian la peor parte.

Fué entonces que Lopez hizo llamar al capitán Santos Perez, persona de entrañas, á quien se le encomendó el asesinato, encargándole el mayor sijilo sobre la orden.

La posicion de Reynafé era por demás falsa y difícil.

Santos Perez, como capitán de milicias, estaba á sus órdenes y él, como gobernador no podia consentir en el crimen.

Negar su sancion era, pues, un rompimiento con Rosas y la liga, y lo que era peor, entregar maniatada la provincia de Córdoba en poder de la federacion.

José Vicente Reynafé delegó el mando pretestando una enfermedad, y resuelto á no tomarlo hasta que aquella tormenta de sangre no hubiera pasado.

De todos modos se trataba de un bandido cuyos crímenes lo habian puesto fuera de toda ley.

Arreglado todo lo concerniente al asesinato y comprometido Santos Perez, con una buena partida, se fijó como teatro del drama la Barranca Yaco y se apuró la partida de Quiroga y su secretario.

Nuestro lectores conocen ya la manera como se llevó á cabo aquel asesinato el 16 de Febrero de 1835.

La liga de gobernadores puso el grito en el cielo.

Era preciso segun ellos que aquel crimen inaudito, que el asesinato del ilustre brigadier general Quiroga, no quedara sin castigo, y sin un castigo ejemplar.

¿A quién se echaba la culpa del crimen?

Es claro que á los salvajes unitarios, que conociendo la im-

portancia de aquel jefe, lo habian suprimido como suprimirian al mismo Rosas si se les presentaba igual ocasion.

Los que mas clamaron por una rigurosa venganza fueron aquellos que habian preparado el asesinato y que habian seguido el plan sin descanso, hasta llevarlo á buen término.

Rosas aseguró que no reposaria un momento hasta no dar con los asesinos del general Quiroga, pues ya era esta la segunda vida ilustre que el puñal de los unitarios robaba á la santa causa de la Federacion.

La memoria de Dorrego era así degradada, colocándola al mismo nivel de la del tigre de los llanos!

El crimen habia sido cometido en la provincia de Córdoba y, segun lo aseguraba la liga, por individuos pertenecientes á las milicias de aquella provincia.

Aunque muy sordamente al principio, se señalaba á los hermanos Reynafé, como principales autores del crimen, y el nombre de Santos Perez rodaba de boca en boca, como el instrumento de que se habian valido.

Es claro que los Reynafé estaban entonces en relacion con los salvajes unitarios, siendo por consiguiente reos de alta traicion á la santa causa federal.

La idea de Rosas era aun antes del asesinato de Quiroga, quitar del medio á los cuatro hermanos, de quienes desconfiaba y además, de quienes no podia servirse como instrumentos ciegos.

Pero era preciso que otros lo hicieran, sin que él tuviera la menor parte, como en todos sus crímenes.

La liga de asesinos pidió justicia, recurriendo á Rosas, como jefe de la provincia más importante.

Pero este declaró que él no podia entrar en una guerra con Córdoba por una simple sospecha, pero que en el sentido de hacer justicia prestaria á los demás gobiernos todo su apoyo moral y material.

Era preciso escarmentar á los unitarios una vez por todas, decia, y con una accion enérgica y rápida, impedir que aquellos crímenes bárbaros se repitieran con la frecuencia que era de temerse.

Primero fué Dorrego, dijo, y despues Quiroga.

Mañana será el general Lopèz ó cualquier otro gobierno, contándome yo en el número, pues soy el más amenazado.

Para significar su profundo sentimiento, decretó pomposos funerales por Quiroga y Dorrego, mandando que los buenos federales llevaran luto en señal de duelo.

Entre tanto y por *abajo del poncho*, se entendia con Lopez, su brazo derecho en el interior, para tratar el esterminio de los Reynafé.

Era preciso probar de cualquier manera que ellos, en alianza con los unitarios, eran los autores del crimen.

Entonces los gobiernos reunidos podian dar libre expansion á la indignacion más íntima de los pueblos, prender á todos los autores del crimen de Barranca Yaco, y someteterlos á la alta justicia del Gobernador de Buenos Aires.

Por lo pronto tenían á Santos Perez á quien aprehender, pero cómo hacer que este se volviera contra los Reynafé á quienes pertenecía en cuerpo y alma?

Aquí estaba la primera dificultad.

Preso Santos Perez se le podia hacer declarar de la manera más conveniente por medio del terror, ó publicar una declaracion falsa, suprimiéndolo en seguida.

En esta declaracion se haria la luz que la Federacion necesitaba y recaer todo el delito contro los hermanos Reynafé.

Eran muchos los antecedentes que podian fraguarse para inventar á los Reynafé un ódio mortal contro Quiroga.

Los Reynafé segun se empezó á decir entonces, y se hizo constar despues en el sumario, querian vengarse de Quiroga porque le temian y lo odiaban.

Este ódio tenia origen desde el año 31, época en que Quiroga increpó á los Reynafé en términos terribles, un acto de hostilidad que de ellos decia haber recibido.

En 1832, se insurrecionó contra la administracion de los Reynafé un comandante Castillo que, batido por ellos se fué á refugiarse á la Rioja donde imperaba Quiroga, quien lo patrocinó de tal manera que los Reynafé dijeron que el comandante Castillo habia hecho el movimiento instigado por Quiroga.

Entonces este escribió una carta en la que entre otras cosas decia *puede ser que esos pillos no recojan otro fruto que el que una simple esquela los haga amanecer colgados.*

Con semejantes antecedentes era lógico suponer que los Reynafé quisieran suprimir á Quiroga, á cuya voz se levantaban los pueblos.

Los astutos unitarios, añadía la prensa federal, bien apercebidos de las debilidades de los Reynafé, convertidos aparentemente en federales, se pusieron al habla con ellos y trataron y llevaron á cabo el asesinato del general Quiroga.

Estas eran las armas que la Federacion pensaba esgrimir contra los cuatro hermanos, armas que, puede decirse, figuran como acusacion principal en el miserable proceso que se instruyó.

A fines del año 1835, estaba ya andada la mayor parte del camino para llegar al fin propuesto.

Los gobiernos de la confederacion bien penetrados del plan, se alian y reclaman de la autoridad de Córdoba, la averiguacion y castigo de los asesinos de Barranca Yaco.

Matar al general Quiroga, cuya bravura fantástica era de todos conocida, importaba una gran hazaña.

Así es que Santos Perez era el primero en narrar por todas partes que él era el guapo que habia muerto á Quiroga, de hombre á hombre, como lo podian atestiguar sus milicianos, presentes á la hazaña.

Así es que Santos Perez fué reducido á prision junto con los individuos que lo habian acompañado, en número de 63.

Santos Perez era un bandido completo, espíritu degradado y péfido que no obedecia á otro móvil que al del dinero.

Basta la comision que le hemos visto desempeñar para formarse una idea de lo infame que podia ser.

Antes de ser preso ya se habia entendido con el gobernador de Santa-Fé, dándole este la leccion que habia de repetir.

Si quieres ganarte mil patacones y salvar la cabeza es preciso que declares lo que se te mande.

Aunque oigas decir que van á fusilarte, no lo creas, siempre que hagas lo que se te mande.

Van á prenderte y tienes que empezar por no hacer resistencia.

Los gobiernos unidos te mandamos prender para castigar á los verdaderos autores del crimen, que son los que nombrarás.

— No me importa, respondió el asesino con un cinismo aterrador.

Si así lo quieren, declararé contra mi madre.

— No te pido tanto.

Eso si, aunque te sienten en el banquillo, no creas nada, pues todo será simple aparato si fuera necesario.

— Pues no tienen más que mandar.

Así aleccionado este miserable y convencido de que realizaba un buen negocio, se prestó á todo.

— A los Reynafé no les sucederá nada se le dijo.

Esto no es nada más que una comedia para tapar la cosa.

Prendido Santos Perez, prestó su primera declaracion, que fué una acusacion tremenda contra los Reynafé, no solo por la mancha que sobre ellos arrojaba, cuanto porque aquella era una sentencia de muerte.

Santos Perez con un aplomo tremendo, contaba la cosa de esta manera.

— Un dia fui llamado por el entonces Comandante General de Campaña, don Francisco Reynafé.

Cuando llegué yo, estaba este acompañado de su hermano Guillermo jefe de mi cuerpo.

Los dos me dijeron que me habian elegido para confiarme en nombre del Gobierno una comision de la mayor importancia, puesto que se trataba nada ménos que de la salvacion de la República.

Todos los Gobiernos de la confederacion me decian, han resuelto para ello, dar muerte al General Quiroga, sin el menor ruido y de manera que la cosa quede en silencio.

Como es usted una persona brava y de toda confianza lo hemos elejido para el desempeño de tan importante comision, para cuyo mejor cumplimiento le daremos toda la gente que necesita.

En seguida me dijeron que la persona que acompañaba al general Quiroga tambien debia de morir, como así mismo los peones ó escolta que trajeran.

¿Qué podia responder yo á una órden terminante que me daban mis superiores de acuerdo con todos los Gobiernos?

Resistirme hubiera sido para que me fusilaran sobre tablas y esto no me convenia.

Acaté la órden y pedí instrucciones.

Los dos hermanos hablaron un momento y en seguida me dijeron que debía situarme con mi gente en Barranca Yaco, por donde debía pasar el general Quiroga de viaje para el Interior y darle muerte como pudiera.

Aterrado y sin animarme á cumplir la órden, pretesté una enfermedad grave, y perdí la oportunidad del golpe.

Bien pronto hube de arrepentirme, tales cosas me dijeron.

Fué entonces que me mandaron situar en Barranca Yaco, el 15 de Febrero, donde fui auxiliado por fuerzas que me mandó el mismo don Guillermo, mi gefe.

Cómo eludir la cosa?

Esto me era imposible y la órden fué cumplida de la manera que ya se conoce.

Cuando fui á dar cuenta de mi comision, se me dieron las gracias en nombre de la patria y los Gobiernos, regalándome lo que habia sobre los cadáveres.

— Este es un acto de alta justicia, se me dijo, dispuesto por todos los Gobiernos, incluso el de Buenos Aires, en cuyo nombre se recomienda el más riguroso silencio.

Santos Perez, en seguida procedió á dar los nombres de todos los que directa ó indirectamente lo habian ayudado al crimen de Barranca Yaco, los que inmediatamente fueron reducidos á prision.

Perez hablaba con un aplomo asombroso.

Tenia plena seguridad que naba le sucederia, pues se habia concluido por decirle que en rigor de ley era inocente.

Ningun oficial puede ser responsable de los actos que comete en servicio, por órden de sus superiores.

Este fué el punto de partida del inicuo proceso que terminó con una nueva matanza que, para hacerla más vejatoria é infame, se la quiso revestir con todas las formalidades que hubiera empleado el tribunal mas justo y rígido.

Acusados de esta manera los hermanos Reynafé como autores de aquel asesinato ¿qué tribunal podia juzgarlos en la República?

Minguno más aparente que el brigadier Rosas, revestido con la suma del poder público.

Los gobernadores de la liga se reunieron entonces y nombraron á don Juan Manuel Rosas, juez supremo, para que entendiese en la causa y la terminara con un acto de ejemplar justicia.

Como esto era lo convenido, Rosas se apresuró á aceptar el cargo, prometiendo proceder con todo el rigor de las leyes y no economizar esfuerzo hasta no descubrir al último de los cómplices en aquel crimen.

El crimen habia sido cometido contra un brigadier general, nada menos que comisionado especial del Gobierno de Buenos Aires en las provincias del interior.

Estas circunstancias hacian clasificar el crimen de alta traicion á la patria y á la Confederación Argentina.

Los Reynafé venían á quedar encerrados en un terrible aro de fierro, y por grande que fuera su prestigio, ¿qué harían ellos contra todas las demás Provincias unidas?

No tenían más remedio que esperar los acontecimientos y proceder segun ellos.

La medida mas prudente era ponerse en fuga.

Pero esto era un medio que les repugnaba, y además, nunca pudieron sospechar la magnitud terrible de la tragedia que les esperaba.

José Vicente debía dejar pronto el Gobierno y siempre tendrían tiempo de una resolucion estrema.

Las declaraciones de Santos Perez no se habian hecho públicas, ignorando la trama diabólica que ellas encerraban.

Además no podían suponer el giro que ellas tomarían, á como inocentes que eran, estaban perfectamente tranquilos y este respecto.

EL PROCESO DE PILATOS.

Rosas piensa destruir toda sospecha que sobre él pueda caer respecto al asesinato de Quiroga,—pensaba José Vicente Reynafé al entregar el mando á su sucesor en 7 de Agosto de 1835.

Pero al mismo tiempo no dejaba de alarmarse por la actitud bestial y amenazadora que asumían los gobiernos de las demás provincias.

Se le habia pedido la prision de los asesinos que delataba la opinion pública, y él los habia complacido.

Pero se le habian dirigido notas ásperas, diciéndole que los gobiernos de la confederacion irían hasta la guerra para hacer justicia.

—Esta no es una causa nacional para cruzar bayonetas y levantar ejércitos, habia respondido él.

Es un crimen aislado cuyos autores no han sido castigados porque no los conocia.

Haré sin embargo todo esfuerzo por complacer á los gobiernos de la Confederacion, y trataré de demostrar que éste no es un crimen cometido por la provincia de Córdoba para que se quiera envolverla en una guerra, ni tampoco un acto de hostilidad al señor gobernador de Buenos Aires.

Santos Perez y demás acusados fueron puestos á la disposicion de la liga de gobernadores, que empezaron á instruir aquel curioso sumario.

Fuera Reynafé del gobierno de Córdoba, aunque los otros hermanos conservaban sus posiciones, la empresa era más fácil.

Toda la República sabia que el verdadero autor de la muerte de Quiroga era Juan Manuel de Rosas.

Pero ninguno se atrevia á comunicárselo ni siquiera con la mirada.

Aceptaban la acusacion á los Reynafé y cuando más se encojían de hombros.

El mismo Lopez, jefe de la liga de Santa-Fé, habia concluído por convencerse de la cosa, por la cuenta que le tenia.

Rosas se les habia impuesto con su enorme poder y los elementos que habia acumulado.

Lo sentian estrechar la mano al rededor de sus gargantas y no se atrevian á separarla.

Muchos de ellos comprendian que la causa de los Reynafé era la propia, pues podian hallarse en igual caso, pero contribuian á la infamia, porque ante todo era preciso estar bien con Rosas, mucho más despues de la muerte de Quiroga, único que hubiera sido capaz de emprender una campaña contra el poder de Buenos Aires.

Rosas pidió, como juez absoluto de la causa, que se remitiesen presos á Buenos Aires, acompañados del sumario que debia instruírseles en Córdoba mismo para la averiguacion de los hechos.

José Vicente Reynafé era un carácter en toda la estension de la palabra.

Tenia la conciencia de sus acciones, sabia que no habia tribunal capaz de condenarlo, las pruebas de su inocencia estaban en la conciencia de todos y no temia ni al mismo Rosas, porque tuvo la inocencia de no creerlo capaz de una iniquidad tan terrible.

Así es que en cuanto fué requerido por los gobiernos de la liga, se presentó sereno y altivo, creyendo se tratara de una simple interpelacion, para mejor concluir el crimen.

Fué recién cuando se le interrogó y tuvo conocimiento de las declaraciones de Santos Perez, que se apercibió de la trama formidable contra él tejida.

Fué, pues, con una indignacion terrible que rechazó todos aquellos cobardos cargos.

—Se me quiere asesinar, dijo, con una apariencia de justicia, como se hizo asesinar al general Quiroga.

No vale la pena de tomarse tanto trabajo: con una buena puñalada queda todo concluído.

Pero ¡vive Dios! que no han de arrojar sobre mi nombre esa mancha de asesino!

Tengan presente que si me apuran mucho, tales cosas he de decir, que los asesinos de aquel asesino han de temblar.

Reynafé, con una entereza sublime, espuso todo lo que sabia respecto al crimen que se le imputaba.

Era lo que estaba en la conciencia de todos y lo que sus mismos jueces conocian mejor que él mismo.

Pero su declaracion no debia figurar en el sumario tal cual era, sinó tal cual convenia á la liga de pillos.

Era preciso que en aquella declaracion el ex-gobernador de Córdoba dejara entrever su culpabilidad, y así se confeccionó. Allana su casa, se le tomó su correspondencia particular.

Entre ella habia de esas cartas íntimas que se escriben los hermanos y que, falsamente interpretadas, podrian servir de grandes piezas de convincion.

Por ejemplo, habia una de su hermano Guillermo, en que decia:

«Me pides escolte como se debe al General Quiroga, á su paso por Córdoba, pues viene en comision del Exmo. Gobernador de Buenos Aires.

«Pondré á su disposicion, si se me avisa, la mejor escolta que me sea posible improvisar.»

En esta carta se vió una prueba irrecusable de que los Reynafé eran los asesinos.

Aquella escolta no debia ser otra que el grupo de bandidos que se mandó para asesinarlo, á las órdenes de Santos Perez.

A estos los habia protegido el mismo comandante Guillermo Reynafé con otro grupo de soldados que habian tomado parte activa en la matanza y degüello.

En vano Reynafé quiso explicar el inocente contenido de aquella carta.

¿Cómo hacerlo, si sus jueces estaban dispuestos á no aceptar sinó lo que les convenia?

Aquella carta fué tomada en aquel sentido miserable y así se hizo constar en el sumario.

Cuando estén presos sus otros hermanos, se le dijo, se hará más luz en este crimen sin nombre, y aparecerá toda la verdad de los hechos.

Ellos no tendrán aliento para sufrir el peso de las pruebas terribles que se tienen!

Ya no habia duda alguna para José Vicente.

La cruzada era contra el apellido Reynafé y su prestigio en Córdoba, al estremo de no perdonar ni al mismo Francisco, que no tenia el menor rol en la política, ni siquiera el de un teniente alcalde.

Estos, entre tanto, ménos confiados que Vicente, se habian puesto en guardia, dispuestos á no dejarse sacrificar á mansalva.

—El que ha sido capaz de asesinar á Quiroga por un temor vago, es capaz de comprar el misterio que debe rodear el crimen, con todas nuestras cabezas, y si es posible, con la de los otros gobiernos mismos.

Es necesario no solo salvarnos nosotros mismos, sino salvar á José Vicente, que ha cometido la niñada de ponerse á disposicion de sus asesinos.

Los otros tres hermanos estaban dispuestos á defender la cabeza de los cuatro, á todo trance.

Pero Rosas estaba resuelto á arrebatlarla y para esto aliado con todos sus vecinos.

El trance no podia ser más apurado y toda salvacion estaba en el tiempo que pudiera ganarse.

Las fronteras debian estar vigiladas por fuerzas de los otros gobiernos y era casi imposible toda escapatoria.

A pesar de esto los Reynafé, fuertes en su valor y conciencia no se acobardaron.

Tanto Guillermo como José Antonio conservaban su puesto militar, que en tan apuradas circunstancias podia serles de una utilidad salvadora tanto para ellos como para José Vicente, preso ya.

Los asesinos de la liga, para mejor asegurar el golpe, una vez apoderados del gobierno de Córdoba, dictaron una orden por la cual destituyeron de todo mando militar á Francisco y á Guillermo Reynafé, que conservaban tropas bajo sus órdenes.

Al mismo tiempo remitian una orden al comandante Juan Bautista Moreira, segundo jefe del rejimiento que mandaba Francisco Reynafé, para que hiciera efectiva la destitucion de aquel jefe y lo remitiera preso á Córdoba, prévio remache de una pesada barra de grillos.

Francisco Reynafé, jefe de la frontera Sur de Córdoba, se hallaba al frente de sus leales dragones, guardando la frontera.

Juan Bautista Moreira, lejos de llevar á cabo aquella traicion contra su jefe y amigo, no solo le dió aviso de lo que sucedia, sino que, aliado á Pastor Romero, Francisco Solano y José Manuel Diaz, jefes y oficiales del rejimiento, resolvió ayudarlo á fugar, desobedeciendo la orden que de aprehenderlo se le daba.

En vista de la desobediencia, el Gobierno decidió prender á todos ellos, á cuyo efecto envió algunas tropas.

Pero Francisco Reynafé se hallaba en el centro de su prestigio y podia resistir con ventaja cualquier tropa que fuera á batirlo.

Todo el vecindario de Rio IV, donde se hallaba, reconocido á sus muchos servicios y firme en el cariño que le profesaba decidió sostenerlo.

Así Francisco Reynafé, unido á Guillermo y José Antonio, pudo resistir á los que iban á prenderlos como viles asesinos, pues ya las órdenes eran estensivas á los tres hermanos.

Apénas las tropas del Gobierno de Córdoba cambiaron unos tiros con las de Reynafé, se plegaron á la capital completamente deshechas.

Allí no se atrevieron á perseguirlas, pudiendo retirarse tranquilamente.

No era prudente hacerse ilusiones por este triunfo parcial.

Si los Reynafé tenian suficiente prestigio para resistirse al Gobierno de Córdoba, no podian hacer lo mismo con el poder de las demás provincias, aliadas contra ellos.

Además, Rosas les habia facilitado sus grandes elementos, y toda resistencia seria completamente inútil.

El camino más prudente, entonces, era ponerse en salvo, de la manera más segura, para así auxiliar á José Vicente.

Los Reynafé no temian á la justicia, como todo espíritu noble y recto que se ha conservado ileso de toda mancha.

Pero no les sucedia lo mismo con la justicia de Rosas, de cuya decision pendia aquella causa inicua.

No les imponia la muerte, pero temblaban ante la idea de una muerte infamante, como podia dictarla la justicia de Rosas, y de una condena, sobre todo, como asesinos de Quiroga.

Así entre los tres concertaron un plan de fuga, miéntras la liga de asesinos se ponía de acuerdo para arrebatarles la cabeza.

Francisco Reynafé debia pasar al Estado Oriental, ayudado

por sus compañeros de armas que no habían querido traicionarlo, donde en combinación con Lavalle y el centro unitario de Montevideo, podría proteger á su hermano José Vicente.

Era este el de más valer de todos ellos.

Como gobernador de Córdoba, su provincia y la República entera, le debían señalados servicios.

Batallando contra los indios, había asegurado por completo, las fronteras de Córdoba, ayudando al mismo general Quiroga en sus famosas campañas contra los pampas y araucanos.

Magistrado noble y de una integridad acrisolada solo la Federación podía abrigar contra él aquel ódio estúpido y desmedido.

Si Reynafé hubiera sido un bandido, se hubiera aliado á Rosas, y en vez de ser su enemigo habría formado parte de la liga.

Este es un argumento que, por sí solo, habla elocuentemente en favor de su carácter honrado.

Por esto solo la liga de asesinos lo perseguía hasta arrancarle la cabeza, único medio, por otra parte, de apoderarse de la provincia de Córdoba, hasta entonces libre de la liga federal.

Francisco abandonó su familia é intereses á manos de amigos leales, y siguió su plan de pasar al Estado Oriental.

José Antonio decidió su fuga de otra manera.

Para lograr buen éxito, todos creían que era preciso dividirse y destruir de este modo toda persecucion.

Fraccionándose, obligaban á la liga á fraccionarse tambien y le dejaban entonces ménos probabilidades de apoderarse de los tres.

Así José Antonio, miéntras su hermano Francisco partía hácia el territorio oriental, decidió pasar á territorio brasilero, por puntos que le eran esencialmente conocidos.

José Antonio encomendó el cuidado de su familia é intereses al doctor José Roque Funes, su padre político, y se dispuso á pasar á territorio boliviano, seguido de un grupo de soldados.

El doctor Funes, persona de influencia y que tenía por su yerno un cariño y estimacion profundos, le facilitó cuanto estuvo en su mano para el mejor logro de su objeto.

Así, José Antonio, despues de abrazar á su esposa é hijos, de quienes se despidió hasta muy pronto, tomó el camino que debía conducirle á la frontera boliviana.

Peró ya Córdoba estaba llena de espías federales, y difícilmente se podría hacer algo sin que inmediatamente lo supieran los gobiernos que, como aves de rapiña, se cernían al redeor de aquellas víctimas ilustres.

La marcha de José Antonio se supo con tales detalles, que esa misma tarde salió de Córdoba una comision á prenderlo, miéntras otros agentes federales reducían á prision en su propia casa al doctor Funes, como cómplice de la huida de su hijo político.

Funes sufrió algunos vejámenes sin querer declarar la menor palabra que pudiera perjudicar á su yerno, pero todo era inútil.

La federacion sabía ya más de lo que era necesario.

José Antonio fué alcanzado por la comision que lo perseguia, la que le intimó órden de prision, en nombre de todos los gobiernos de la República.

—Encuentro que mi cabeza se halla muy cómoda sobre mis hombros, replicó el jóven.

Si se animan á arrebatarla, pueden avanzar.

É hizo alto provocando con su reducida escolta á la comision que lo seguia.

Esta avanzó decidida, pero muy pronto tuvo que retroceder primero, y ponerse en seguida en precipitada fuga.

Reynafé y los suyos no habian necesitado hacer uso de sus armas para obtener este feliz resultado.

Habia bastado la resolucion inquebrantable de vender cara la vida, que irradiaba en todos aquellos semblantes juveniles, y ante ella habian retrocedido.

Como su objeto no era montonerear ni hacer pequeñas escaramuzas y prisioneros sin trascendencia alguna al enemigo, José Antonio y su grupo trataron solo de salir del territorio argentino lo más pronto que les fuera posible.

En territorio extranjero estaban seguros, pues nunca se figuraron se atreviese Rosas á hacerlo violar por sus tropas.

Pero estaba escrito que todas las esperanzas mejor fundadas debian fracasar de una manera desgraciada.

Ni aún en territorio extranjero debia estar á salvo aquella noble cabeza!

Una vez en territorio boliviano, se internaron unas diez leguas y decidieron descansar algunos dias de las fatigas y penurias de su marcha tan precipitada.

Al efecto ganaron una poblacion miserable habitada por dos buenos viejos, á quienes pidieron hospitalidad aunque fuera por un par de dias.

Todavia en aquellos buenos tiempos la hospitalidad era un deber cuyo cumplimiento ninguno se habria atrevido á eludir.

Los viejos franquearon su pobre rancho, medio aplastado ya por el peso de los años, y allí se instalaron todos con la mejor voluntad y alegría.

Pero los agentes de Rosas, precedidos por bomberos excelentes y rastreadores de gran vista y olfato, no estaban muy lejos de allí.

Al saber que habian pasado á territorio extranjero, el oficial que mandaba aquella tropa pareció vacilar.

Pero pronto se le vió encojerse de hombros y avanzar reueltamente.

Tenia instrucciones de perseguirlo hasta donde lo alcanzara y tomarlo allí, fuera donde fuera y aunque tuviera que matarlo, en último extremo.

Descubierto el punto de residencia y por la manera de haber soltado los animales que montaban, los vaqueanos aseguraron que los fujitivos estaban allí reposando por algunos dias, pues sin duda se creian libres ya de todo peligro y protejdos por otra bandera.

Entonces el oficial tomó sus medidas para asegurar el golpe por sorpresa.

Se emboscó cerca de allí y esperó que llegara la noche y que los fujitivos se entregaran al reposo.

Fué entonces que cayó sobre la choza como una invasión de indios.

Sorprendidos Reynafé y los suyos durante el sueño, no pudieron defenderse ni siquiera acudir á sus armas, de que se habian apoderado ya los asaltantes.

Todos fueron hechos prisioneros y amarrados antes que pudieran darse cuenta de lo que sucedia.

No habia que perder tiempo.

La autoridad del territorio que violaban podia sentirlos y echarlo todo á perder, quitándoles los presos.

Todos los prisioneros, que eran cuatro, fueron atados y atravesados sobre las mulas.

Al entrar á territorio boliviano, donde se creía seguro, Reynafé habia despedido á los pocos soldados que lo escoltaban, quedando en su compañía solo los tres amigos.

Acto continuo se pusieron en marcha despues de sacudir algunos palos á los viejos que se atrevieron á interceder por los presos.

Aquella jornada fué terrible para los compañeros de desgracia.

No se les dirigia la palabra sinó acompañandola con sendos palos y golpes de puño.

El alimento que se les dió hasta Salta, fué las más groseras injurias é insolencias.

Los esbirros de Rosas estaban en su elemento.

Tenian víctimas que escarnecer, sin correr el menor peligro y esto los entretenia sobremanera.

Una vez en poder de los asesinos de la liga, el martirio de Reynafé y los suyos asumió un carácter tremendo.

Se le quiso hacer declarar desde el principio que él era uno de los asesinos de Quiroga, y como se resistiera, fué engrillado y encerrado en un calabozo inmundo hasta el dia siguiente, que se les haria seguir viaje para Córdoba, dondê serian juzgados.

El resto del viaje hasta la ciudad crical, fué un tormento interminable.

Se les trataba peor que si hubieran sido verdaderos asesinos, de los más feroces.

Se les queria obligar á prestar las declaraciones que convenia á la federacion, y para ello empleaban todos los medios que su bestialidad le sugeria.

Ellos sufrían con resignacion.

Esperaban que una vez en poder de la autoridad de Córdoba cesarian todos aquellos escándalos y vejámenes.

Pero todo pasó precisamente al revés de lo que esperaban.

Fué en Córdoba donde más se ensañaron con ellos, pues era precisamente donde estaba el interés de hacerlos pasar por los asesinos de Quiroga.

José Antonio y José Vicente fueron careados entre sí y con los demás supuestos cómplices.

El asesino Santos Perez fué traído delante de ellos y allí obligado á declarar que, al dar muerte á Quiroga y Ortiz habia sido obedeciendo á sus órdenes.

Los Reynafé se encerraron en una noble negativa, lanzando en público y á la cara de sus inlcuos jueces, por vez primera, el nombre de Juan Manuel de Rosas como único autor de aquel asesinato.

— Sus cómplices, dijeron, en este crimen que se pretende hacer caer sobre nosotros, son todos los Gobernadores de la Confederacion, aliados al de Buenos Aires, su instigador.

Los tratamientos bárbaros crecieron con este motivo.

Los Reynafé fueron pasados á los más frios y húmedos calabozos de la clerical ciudad, donde se les obligaba á recibir como alimento los huesos que habian roído ya los demás presos.

El pobre Guillermo, el más jóven de todos, no podia tardar en venir á compartir con ellos tanta miseria y sufrimiento.

Él habia tomado distinto rumbo al de sus hermanos.

Más ágil y tal vez con ménos apego á la vida que ellos, salió solo, con intencion de pasar á la Rioja, donde tenia muy buenas amistades, y de allí á Chile, donde se veria libre de toda persecucion.

Pero no pudo salir de Córdoba.

Se le perseguia con un encarnizamiento terrible y se habian tomado todo género de medidas para que no pudiera abandonar la provincia.

Guillermo se convenció por el momento que la mejor manera de salvarse era permanecer en Córdoba, y así lo resolvió.

Guillermo, como todos sus hermanos, tenia valiosas amistades en Córdoba.

La sociedad estaba profundamente indignada y conmovida por la iniquidad sin nombre que contra ellos se hacia.

Así es que, aunque de una manera oculta por el peligro que se corria, todos les ofrecian elementos y dinero para la mejor realizacion de la fuga.

Guillermo, aprovechando una de estas generosas y espontáneas ofertas, se fué á un puesto de D. Matias Bustamante, de que era capataz Roque Quinteros, y allí se escondió, decidido á no salir hasta que pudiera ausentarse de Córdoba de una manera segura.

Allí recibió la noticia de la prision de sus hermanos, y la manera como esta se habia efectuado.

Guillermo se decidió á correr la misma suerte.

— Presos ellos, dijo, está de más andar esquivando el bulto.

Así caeremos todos bajo el mismo golpe miserable, ó nos ayudaremos unos á otros para librarnos de la infamia que con nosotros se quiere hacer.

A pesar de la decision que tenia Guillermo tuvo que ceder á las instancias del señor Bustamante, acompañadas de las más justas reflexiones que puedan hacerse.

— Lo que busca aquí, le decía, es asesinar á ustedes, con el doble objeto de suprimirlos, porque ustedes estorban á la Federacion, y de ocultar á los verdaderos asesinos de Quiroga, acusándolos á ustedes.

Es, pues, una tontera y un desatino ir á estirar el cuello para que le corten la cabeza.

— Pero yo no puedo reducirme á la inaccion cuando mis hermanos sufren los martirios de una prision infame.

— ¿Y qué vá usted á remediar con aumentar el número de las víctimas?

Con semejantes razones, Guillermo tuvo que ceder y seguir oculto, convencido de que era el medio mejor para librarse de las garras de la Federacion.

Poco tiempo tuvo el pobre que permanecer en aquel escondite, donde la amistad no le dejaba carecer de nada.

Los espías de Rosas, que sabian que Guillermo Reynafé no habia salido de Córdoba, seguian su pista sijilosamente, haciéndose pasar en todas partes como amigos que trabajaban por la libertad de los presos.

Así fué que dieron bien pronto con el refugio de Guillermo.

Introducidos en el puesto de Bustamante, pudieron convenirse de que allí estaba la víctima perdida.

Entonces, y sin moverse de allí á todo evento, dieron cuenta al Gobernador de Córdoba de lo sucedido.

Fué enviada inmediatamente la misma comision que habia preso á José Antonio, la que se presentó de madrugada en el puesto, intimando á Guillermo órden de prision.

Este no opuso la menor resistencia.

Se dejó remachar la pesada barra de grillos que le pusieron como medida preventiva, y conducir fuertemente amarrado.

Ya iba á compartir con sus hermanos los horrores del martirio, y esto ya era un consuelo para su corazon noble.

La liga de asesinos cayó sobre Guillermo como bandada de aves de rapiña.

Se le quiso hacer declarar todo lo que necesitaban, pero se encontraron con un carácter de acero, que rechazó indignado aquella acusacion infame.

— Un Reynafé no puede ser un asesino, dijo; son ustedes unos miserables.

Y cruzó los brazos sobre el pecho en un movimiento jigante.

Aquellos jueces cobardes tentaron seducirlo, ofreciéndole dinero y libertad.

— Es preciso declarar, le decian, y te ponemos en libertad, haciéndote fugar cargado de dinero.

De otro modo irás á la horca con todos los demás, porque no ha de faltar quien declare.

— ¿Quiere decir que ustedes me proponen que con una calumnia entregue al verdugo la cabeza de mis hermanos?

¿Qué venda sus cabezas como cabezas de matadero?

— No hombre, es preciso declarar que ustedes fueron los que ordenaron la matanza de Barraca Yaco.

Nada les va á suceder.

Es que así lo quiere el Gobierno de Buenos Aires, y esto es todo.

Guillermo desplomó sobre aquellos séres degradados una mirada de profundo desprecio, tembló todo en una sonrisa nerviosa, y les escupió al rostro estas palabras:

— Ustedes son sencillamente unos cobardes, que ni siquiera merecen el honor de una bofetada.

El martirio, como la muerte, no me imponen. Yo los desprecio y los maldigo.

— Peor para tí, porque tus hermanos han declarado.

— Mentis! mentis mil veces, gritó.

Un Reynafé no es un bandido!

Convencidos que con palabras nada lograrían, recurrieron á los medios violentos.

Guillermo fué alojado en un calabozo húmedo, lleno de insectos y reptiles de toda especie.

Pero este horror movible no pudo en su espíritu valiente más que las amenazas.

Como sus hermanos, no recibió por todo alimento más que las sobras y desperdicios de otros presos.

No se les dejaba un instante de reposo, interrumpiéndoles el sueño á cada momento, y maltratándolos de todos modos.

Fué entonces que el sumario tomó su forma odiosa.

LOS MÁRTIRES

Para toda la poblacion de la República, los hermanos Reynafé eran inocentes del crimen miserable que se les imputaba.

Era conciencia pública que sus únicos y verdaderos autores eran los gobiernos de la liga, encabezados por Rosas é instigados por el fraile Aldao, famoso bandido que tiene su capítulo especial en esta terrible historia.

Pero esto poco importaba á Rosas y á los gobiernos de la liga.

Ya tenían bajo su garra á los Reynafé, que era lo interesante.

El resto de la obra maldita era lo de ménos.

A pesar de todo martirio y todo engaño se habían negado á aceptar la responsabilidad del crimen.

Pero este era un inconveniente fácil de destruir.

Y esto se reduciría á alterar las declaraciones y hacer en ellas confesar á los presos lo mismo que negaban.

Todo se reducía á un poco más de trabajo.

Las declaraciones fueron, pues, alteradas y publicadas en los diarios de la federacion.

Por ellas todos los presos aparecían convictos y confesos del crimen que se les había imputado.

José Vicente acusaba á sus otros hermanos, y estos, para

disculpar su participacion en el asesinato que no negaban, invocaban órdenes recibidas del Gobernador José Vicente.

Y como Francisco Reynafé era el único ausente, contra él se ensañaban todas las declaraciones.

Santos Perez aseguraba haber recibido de Francisco mismo las órdenes para el asesinato y el mismo Guillermo, noble y recto carácter, aparecía declarando contra su hermano.

Así se instruyó en Córdoba aquel sumario terrible, en medio de los martirios más insoportables para los que en él figuraban.

En el domicilio de los cuatro hermanos se había encontrado correspondencia familiar y política que, interpretada como mejor le pareció y alterada en su esencia, pretendían hacerla figurar como cuerpos de delitos capaces de hacer condenar á muerte al mismo Dios padre.

Sabedores de esto los Reynafé, perdieron toda esperanza de salvacion.

Recien comprendieron que lo del proceso era una farsa inícuca y que no era más que un pretexto para cortarles la cabeza con toda la apariencia de un acto de justicia.

Pero este convencimiento no fué bastante á quebrantar aquellas viriles organizaciones.

Lo único que los aterraba era la condena infamante que iba á caer sobre ellos, porque no faltaría quien la creyera.

Sin embargo se dominaron, mostrando más entereza que nunca.

Todavía tenían la inocente esperanza de que tal vez no se atrevieran á consumir la obra.

Todavía no conocían toda la barbarie de aquella dictadura sangrienta, bajo cuyas órdenes rodaron tantas y tan nobles cabezas.

Pero bien pronto tuvieron que perder esa última esperanza.

La muerte de ellos era una necesidad imperiosa para la federacion, puesto que importaba borrar un crimen y atar una provincia dudosa.

No había, pues, que vacilar, mucho ménos cuando vieron el giro que tomaba el sumario.

Concluido este, fué remitido á Rosas, poniendo á su disposicion todos los presos y nombrandolo Juez supremo de aquel crimen calificado de alta traicion á la patria y á la santa causa de la federacion.

Rosas se apresuró á aceptar, prometiendo hacer una ejemplar justicia, y mandando que todos los autores y cómplices en el crimen de Barranca Yaco fueran remitidos á Buenos Aíres para ampliar el sumario y condenar á los reos.

Fué aquí que empezó la segunda parte de aquella tragedia que debía concluir en la plaza de la Victoria.

Los Reynafé comprendieron que no volverían más á Córdoba y pidieron como único servicio á sus asesinos, les permitieran ver sus familias y despedirse de ellas tomando algunas disposiciones.

La respuesta fué tan insolente como bárbara.

—¿Concedieron ustedes acaso esa gracia al general Quiroga? dijeron.

Pues mueran ustedes de la misma manera.

La familia de los asesinos son los reptiles del calabozo.

Ahí los tienen ustedes.

Se les permite hasta llevarlos para amenizar el viaje.

José Vicente, que profesaba á sus hijos una idolatría ciega, sintió que se le oprimía el corazón y no encontró palabras con que responder á aquella burla sangrienta.

Dobó su altiva cabeza, y dos lágrimas cayeron sobre aquel pecho varonil y esforzado.

Antonio miró un momento á aquellos bandidos con una mirada candente, y dijo:

—Brutos, ni siquiera tienen el talento de la ferocidad.

No saben pasar la plaza de magnánimos!

Y se setiró á un rincón del calabozo para evitar su presencia.

Guillermo, que poseía la sangre más ardiente y juvenil, los apostrofó de todas maneras, y á pesar de sus grillos tentó de saltarles encima.

¡Pobre mártir!

Su esfuerzo no tuvo más consecuencia que renovar el dolor insoportable de sus llagados piés.

—¡Infames! concluyó, me queda el consuelo de saber que allá arriba hay quien nos vengue!

La justicia de Dios es ineludible!

Aquellos miserables rieron estruendosamente de aquellas palabras y se retiraron á preparar todo lo necesario para el viaje, viaje terrible, tan amargo como el Calvario.

Los Reynafé y titulados cómplices fueron sacados de la cárcel y librados de sus grillos, El viaje hasta Buenos Aires debían hacerlo á pié, para lo cual los grillos eran un serio inconveniente.

En cambio se les aseguró bien por medio de largos maneadores, pues temían que uno de ellos fuera á escaparse, ó hacer un motin entre todos, lo que les obligaría á dormir durante el camino en un continuo sobresalto.

Así, los Reynafé, queridos y estimados por todos sus conciudadanos, salieron de la Provincia madre, que con tanta abnegación habían hecho prosperar, en medio de una rechifla general y de los insultos de la chusma federal que debía insultarlos hasta Buenos Aires.

Un piquete de caballería abría la marcha, entre el cual debían ir, á pié se entiende, los hermanos Reynafé, para que no pudieran comunicarse con los demás presos.

Estos, ayuntados de cuatro en cuatro, marchaban precedidos del piquete, llevando detrás otro grupo de soldados de caballería.

Estos tenían la facha más siniestra que pueda imaginarse.

Todos harapientos y cubiertos de cintas coloradas con horribles letreros, ginetes en mulos adornados de la misma manera, parecían todo ménos seres humanos.

Un jefe que merecía toda la confianza de los gobiernos de la liga, traía bajo sus órdenes toda aquella rara mezcla de verdugos y víctimas.

Porque á pesar de todas las promesas y seguridades, Santos Perez mismo era tratado con igual rigor que los demás presos.

—En el camino nos matarán, pensaron los Reynafé.

En el estado miserable que nos hallamos, es imposible que podamos andar de aquí al Rosario.

Esta gente está dispuesta á hacernos marchar á palos y es preciso evitar en lo posible los malos tratamientos.

El estado de aquellos infelices era realmente espantoso.

Sus tobillos, á causa de los grillos, eran una llaga viva, sanguinolenta y supurante.

Su debilidad era extrema, á consecuencia de la humedad de los calabozos y la miserable alimentacion.

Las primeras dos leguas anduvieron con dificultad.

La marcha habia sido abierta con un rebencazo aplicado en las espaldas de Perez, y ante argumento semejante, cada cual trató de que no se le hiciera en pellejo propio.

Pero despues de esta distancia la marcha empezó á hacerse insostenible.

Las piernas flaqueaban y las fuerzas, mal alimentadas, empezaban á desfallecer.

José Vicente llamó al jefe de la tropa y le pidió algun descanso, por corto que fuera.

—No podemos dar un paso más le dijo, y si hemos de llegar á Buenos Aires es preciso que se nos permita descansar.

—Para hacer el primer descanso, respondió aquel bandido, es preciso que andemos por lo ménos ocho leguas más.

¿Cómo no estuvieron cansados para asesinar al general?

Marchen no más, si no, aquí hay un remedio contra la pereza.

Y acompañó sus últimas palabras con un formidable golpe de látigo.

José Vicente se conmovió todo como al contacto de una máquina eléctrica.

Miró á sus hermanos con toda la resignacion de su alma noble, y abatió la cabeza.

—Es preciso hacer un esfuerzo supremo para caminar, les dijo—si nó tendremos encima el látigo de estos miserables.

Si pudiéramos hacernos matar, ménos mal.

Pero es que nos van á obligar á seguir caminando á golpes y martirios.

—Si pudiéramos valernos tan solo de las manos, dijo Guillermo, podríamos ahorcar á ese miserable y obligar así á su chusma á que nos mataran.

Pero mis ligaduras son terribles—siento que las arterias no pueden soportar ya la presion de la sangre en ellas encerrada.

Los tres hermanos se ayudaron con una mirada de supremo cariño y siguieron arrastrando pesadamente sus piés sobre aquel camino áspero y sembrado de pedregullo.

Así cayendo y levantando y sufriendo verdaderos tormentos, anduvieron dos leguas más.

A las llagas de los grillos se unia ahora el despedazamiento de los piés producido por la marcha penosa, que llevaban.

A pesar de todos los esfuerzos terribles de voluntad, llegó el momento en que no pudieron dar un solo paso.

José Vicente, que era quien llevaba más largo el cautiverio fué el primero en caer.

José Antonio y Guillermo corrieron en su auxilio pero ¿qué podrian hacer ellos, amarradas sus manos á la espalda?

Frente á su impotencia, cayeron también al lado del hermano, á cubrirlo con sus cuerpos contra los golpes, ya que no podian hacer otra cosa.

El comandante de la tropa acudió y les mandó que inmediatamente siguieran la marcha.

—¿Con qué piés? preguntó José Vicente sonriendo.

No podemos dar un solo paso más á pesar de toda nuestra buena voluntad.

El comandante sin cuidarse de averiguar el grado de verdad que habia en el aserto, mandó que los hicieran parar á palos y seguir la marcha.

Guillermo y José Antonio se incorporaron para proteger el cuerpo exánime de Vicente.

Pero fueron separados, empezando á golpear el cuerpo del caído con una ferocidad creciente.

El antiguo Gobernador de Córdoba no se movió.

Lo que no habia podido su grande esfuerzo de voluntad, ménos podía lograrlo el garrote, que no haría otra cosa que postrarlo cada vez más.

José Vicente fué golpeado hasta que perdió el conocimiento. Fué entonces que el comandante mandó acampar y desensillar las mulas.

Después que la tropa hubo comido, fueron conducidos los presos á hacer lo mismo, con la sobra de la miserable comida.

Era tal el hambre que tenian, que se pusieron á roer los huesos con una voracidad canina.

A la noche fueron amarrados contra los árboles para mayor seguridad.

A cada momento los centinelas iban á mirar si dormían, interrumpiéndoles el sueño con patadas y otros tratamientos análogos.

Al día siguiente fueron los presos los que ensillaron los caballos de aquella tropa de foragidos.

El comandante y los dos oficiales que comandaban la tropa, se habian distribuido como asistentes á los hermanos Reynafe.

Con ellos se hicieron cebar mate y hacer los demás servicios de la mañana.

Concluidos estos, fueron obligados á seguir la marcha á pié.

Si el día anterior habian podido andar cuatro leguas ese día, no pudieron más que dos.

En vano fueron los palos y demás martirios á que se les sujetó.

No pudieron dar un un paso más.

En vista de esto, el comandante de la tropa hizo un chusque á Córdoba consultando lo que debía hacer, porque el viaje así, era interminable.

La respuesta no tardó en llegar.

Ella estaba en relacion con todas las iniquidades cometidas.

«Los hará usted caminar, decia, hasta que no puedan moverse.

Para ganar tiempo, puede hacerlos subir en ancas, pero tan pronto como descansen, volverá á hacerlos marchar á pié.»

Se tentó el último medio de hacerlos andar, un medio tan feroz como salvaje.

—Vamos á hacer la prueba de los caballos empacados, gritó uno de los gauchos.

—Viva! ahullaron los demás—vamos á ver si es maña.

Aquello era tremendo y conmovedor, pero la escolta de los Reynafé era escogida entre los más sombríos bandidos.

He aquí el medio que iban á poner en práctica con aquellos desventurados.

Cuando un caballo se empaca y se agotan con él todos los medios de paciencia y rigor para hacerlo caminar, se recurre al que los paisanos llaman el último.

Amontonar bajo la barriga del caballo, una gran cantidad de paja bien seca.

Hecha esta operación, montan el animal y pegan fuego á la paja.

No hay caballo que persista en no caminar cuando siente sobre la barriga el calor de las llamas.

Generalmente echan á disparar, costando gran trabajo sujetarlos y dislocándose muchas veces.

Esto era lo que iban á hacer con José Vicente, el más postrado de los tres.

—Yo caminaré, yo caminaré! gritó éste cuando supo de lo que se trataba.

Y el horror le dió fuerzas para caminar unos veinte pasos más.

Pero en seguida volvió á caer, no pudiendo pararse por más esfuerzos que hizo.

—Es de gusto! gritaron los federales.

El que puede andar dos pasos, puede andar cuatro.

—A la paja!

—A la paja!

Y empezaron á cortar apresuradamente las matas de pasto seco y paja que habia en los alrededores.

Los Reynafé miraban aquello como idiotizados.

Estaban á la completa merced de aquellos miserables y no habia evasiva alguna.

Hacian con ellos todo cuanto se les ocurría.

Lo único que sentian verdaderamente es que no se les ocurriera darles de puñaladas.

Así todo habria concluido pronto.

Para tentar esta felicidad, tanto José Antonio como Guillermo cubrían de insultos á sus guardianes y les decían todo aquello que calculaban pudiera hacerles perder la paciencia.

Pero bien pronto abandonaron esta táctica convencidos de que con ella no conseguirían más que unos cuantos palos de más y alguno que otro rebencazo de domador.

Al poco rato los bandidos tuvieron un buen monton de paja seca.

José Vicente fué despojado de sus ropas y puesto sobre la paja.

—¿Quieres ó no quieres caminar? le preguntaron.

—No puedo, murmuró la noble víctima.

Denme una puñalada en el corazon, y les perdono todo el mal que me han hecho.

—Tenemos orden de entregarlos vivos sinó, hace ya mucho tiempo que lo habriamos hecho.

Ahora se trata de que caminés, sinó te vamos á asar las tripas.

José Vicente hizo un esfuerzo tremendo para ponerse de pié, siquiera, pero volvió á caer sobre el monton de paja.

—¡Pues á prenderlo! gritó un sargento y se acercó con el yesquero encendido

El comandante miraba aquella operacion, impasible y sin hacer el menor movimiento.

Parecia que presenciaba la cosa más natural de este mundo.

Los otros hermanos miraban aquellos preparativos con todo el horror que puede engendrar situacion semejante.

Eran tales los esfuerzos que hacian por ir en socorro de Vicente, que los maneadores con que estaban atados se les habian enterrado en la carne como un centimetro.

Sus injurias á los verdugos eran terribles, pero con ellas no lograban sinó arrancar estruendosas carcajadas y unas cuantas frescas.

—¡Mueran los salvajes unitarios! gritó el sargento, y encendió fuego á la paja.

Un humo denso y oscuro envolvió la víctima de aquella inquisicion federal.

Antonio y Guillermo se cubrieron el semblante lanzando un grito de desesperacion.

El humo fué reemplazado por una llama viva y rojiza que subió en brillantes espirales.

José Vicente lanzó un quejido desgarrador, se encojió y se le vió hacer un supremo esfuerzo para saltar, pero volvió á caer sobre el fuego.

No habia podido avanzar una línea.

No habia, pues, la menor duda de que el hombre estaba prostrado.

Temiendo que aquello pudiera tener malas consecuencias para la vida de José Vicente, el mismo comandante se precipitó sobre el grupo y lo arrancó de las llamas.

Tenian orden terminante de entregarlos vivos y sanos en

Buenos Aires y de martirizarlos de manera que no pudiera comprometer la vida de ninguno de ellos.

Y demasiado sabian de qué manera se vengaba la federacion.

José Vicente se habia hecho algunas lijeras quemaduras que, aunque de pocas consecuencias, habian sido lo bastante para producirle sufrimientos espantosos.

Se le hicieron algunos remedios de campo para que las consecuencias, fueran menores, y se le subió en ancas del sargento.

Dos soldados cargaron con los otros dos hermanos, para poder seguir la marcha hasta llegar al Rosario.

Los otros presos fueron provistos de mulas.

Eran infelices á quienes no habia gran interés en martirizar.

Todos habian cantado al tono que se les pidió y no habia por que mortificarlos.

Así fueron hasta el Rosario, donde se les dió una buena racion de carne para que recuperaran las fuerzas perdidas y estuvieran entonados para aguantar las caricias que les haria don Juan Manuel.

José Vicente apenas pudo tomar un poco de leche.

Su naturaleza robusta y magnífica antes de ser preso, se habia quebrantado al extremo de que ninguno de sus antiguos amigos lo hubiera reconocido.

Sus pómulos agudos y salientes, su color amarillo y sus ojos escondidos entre las órbitas, donde brillaban con un fulgor siniestro, le daban todo el aspecto de un tísico en el último grado.

Es que sus sufrimientos morales habian sido tan hondos como los físicos.

José Vicente tenia una familia que amaba con pasion, á la que dejaba abandonada y perseguida y á la que tal vez no volveria á ver más.

Él era un hombre de mucha inteligencia y de bastante ilustracion para comprender que habia contraido una afeccion forzosamente mortal.

—Si no se apresuran á asesinarme pronto, decia, se van á llevar un solemne chasco.

Una hipertrópia suele caminar más, que un proceso como el nuestro.

La provincia de Santa-Fé era el foco de la federacion más implacable, y sobre todo un hervidero de ódios mezquinos y pasiones ruines.

Los santafesinos se habian identificado con su caudillo Lopez, á quien seguian fielmente tanto en sus ódios como en sus afecciones.

• Así es que la poblacion del Rosario se puede decir que acudió en masa á gozarse en el martirio de los Reynafé.

En los calabozos y en los patios del presidio fueron escarnecidos de todos modos por el populacho, que vivaba á Rosas, sin que fuera capaz de conmoverlo el aspecto cadavérico de José Vicente, capaz de impresionar al espíritu más indiferente y duro.

Era tal el estado de este infeliz, que se creyó no llegaria á Buenos Aires.

En medio de la rechifla de la chusma, los presos salieron del Rosario, donde habían permanecido dos días bien amargos.

José Vicente iba constantemente á lomo de mulo, pues ya no podía sostenerse parado ni un solo minuto.

Los piés se le habían hinchado inmensamente y las piernas habían comenzado á adquirir las mismas proporciones.

En San Nicolás se les embarcó en un vapor que les estaba esperando, para conducirlos al último martirio y á la muerte.

Rosas había sido prevenido con anticipacion, y se les tenían ya preparados hasta los calabozos donde se les iba á alojar, cuidado que estos fueran los más inmundos é inhabitables de la cárcel, hoy casa de justicia.

Si aquellos grandes viejos muros pudieran hablar, ¡cuánta leyenda tremenda nos contarían!

El viaje en el buque fué un idilio de paz, comparado con el que habían traído hasta entonces.

Siempre se les mortificaba de todos modos, siempre recibían algun punta-pié del oficial que pasaba por un lado, pero si quiera no caminaban y venían en la posición que le era más cómoda.

El alimento suministrado fué mejor que nunca, por que al ménos fué más limpio y abundante.

A la noche se recojieron temprano y no fueron molestados en su reposo.

Sus verdugos venían también muy fatigados y solo pensaron en descansar.

Cuando los hicieron levantar del rincón donde dormían, junto con la primer luz de la madrugada, José Antonio y Guillermo se encontraron más fuertes y más dispuestos á sufrir con entereza los nuevos martirios á que serían sometidos.

El mismo José Vicente estaba tan animado que deseó ver prolongarse su vida el tiempo necesario para confundir á sus miserables calumniadores.

Esto no podía llamarse sinó una alucinación de la fiebre del martirio.

¿Cómo confundir la calumnia, cuando el majistrado que los iba á juzgar era quien la había hecho lanzar?

¿Qué justificación podían esperar cuando el que iba á condenarlos como asesinos era el mismo que mandó cometer el asesinato que se les imputaba?

No había salvación posible.

Aquella causa estaba fallada con anticipacion, harto lo comprendían.

Era, pues, inútil disputar la cabeza, que habían perdido irremisiblemente.

Esto lo pudieron apreciar hasta en el mismo aspecto de Buenos Aires cuando desembarcaron.

Todo les era hostil, hasta el finísimo aguacero que caía y el frío desconsolador que penetraba hasta la médula de los huesos.

A las doce del día fondeaban por fin en Buenos Aires, por lo que dieron gracias á Dios. Por fin se verían libres de las patadas y palos de aquella chusma miserable.

Tenian la idea de que Buenos Aires los verdugos serian más civilizados y les darian de puñaladas, pero no de puntapiés.

Estaba de Dios que los Reynafé habian de equivocarse en todos sus cálculos.

UN NOBLE ESPÍRITU.

Los Reynafé eran esperados en el bajo y sus alrededores con una ansiedad incalculable.

La venida de los asesinos del general Quiroga, para ser juzgados en Buenos Aires, se habia anunciado desde que salió el vapor en su busca.

De modo que desde el dia anterior á la llegada, la chusma federal se habia agrupado en el bajo apalabrada de antemano para insultar á los Reynafé y apedrearlos hasta la cárcel.

De este modo el pueblo mostraria su federal protesta contra los autores del crimen de Barranca Yaco, mostrándoles así la opinion que sobre ellos se tenia en Buenos Aires y lo que podian esperar de la justicia.

Apénas pisaron tierra porteña, se levantó en el bajo un clamoreo terrible.

— Viva la Confederacion Argentina!

¡ Viva el Restaurador de las leyes!

¡ Mueran los salvajes unitarios!

¡ Mueran los asesinos Reynafé!

Estos eran los gritos que resonaban en todos los grupos.

El estado miserable de Buenos Aires no podia ocultarse á los recién llegados.

Aquellas caras patibularias, respirando alcohol por todos sus poros;

Aquellos descamisados, cubiertos de andrajos y de divisas coloradas;

Aquellos borrachos de facon á la cintura, que olian de una legua á caña con limonada, eran una prueba palpitante del estado de degradacion moral á que habia llegado Buenos Aires bajo el gobierno de Rosas.

No se veia sinó gente tambaleante, ó energúmenos que lanzaban alaridos descompasados.

Los Reynafé fueron los primeros que bajaron á tierra sintiendo helarse su corazon con un frío de muerte ante el aspecto de la ciudad.

— Estos son los hermanos Reynafé.

Estos son los asesinos del general Quiroga, dijo el oficial que los acompañaba, mostrándolos á la plebe.

— Mentís! le gritó Guillermo en medio de la indignacion más sublime.

Los asesinos de Quiroga son el gobernador de Buenos Aires, unido á los gobernadores de aquellas pobres provincias.

Un clamoreo infernal apagó las palabras del jóven, que se preparaba á hablar más largo.

Guillermo tentaba así, de paso, un recurso que no le parecía malo.

Insultando á Rosas en el centro de su prestigio y ferocidades, tal vez ese turba se irrite y nos despedace pronto.

Así habremos concluido de una vez.

La chusma aquella no hubiera tardado mucho en darles gusto á la mano, degollándolos sobre tablas.

Pero tenían orden de mode ar su indignacion justísima y ño propasarse en hechos que pudieran ocasionar la muerte de alguno de ellos.

Así es que se contentaron con lanzar sus terribles gritos de ¡mueran! acompañados de uno que otro ladrillazo y pedrada.

Cuitiño y Troncoso eran los encargados de cuidar que, en un esceso de santo amor federal, la chusma no fuera á pasar de las piedras al cuchillo.

Así atravesaron aquellos nobles jóvenes, desde el bajo hasta el cabildo.

Las federales, por su parte, ayudaban á sns hombres en la obra impía. Aquellas mujeres, reclutadas entre la última haz de la soldadesca, envueltas en sus largos rebozos de bayeta colorada llegaban hasta los Reynafé para escupirlos en la cara ó darles algun bofeton.

Cada vez que sucedia alguna escena de estas, la federacion aplaudia de una manera desafortada, pidiendo se repitiera la injuria.

Los otros desgraciados se puede decir que pasaban desapercibidos.

Toda la saña y el encono, eran contra los Reynafé.

Así lo habia mandado el gobierno y así era preciso cumplirlo.

Fué entre aquella granizada de injurias y ladrillazos, que los tres hermanos entraron á la cárcel.

En el gran patio permanecieron en vergonzosa exhibicion hasta la noche.

Los federales de todo pelaje iban allí en grandes grupos á saiar su ferocidad contra las pobres víctimas.

Aquello era fuertemente repugnante y conmovedor.

Borrachos que se paraban para aliviar el estómago del esceso de bebida, mujerzuelas que lanzaban palabras capaces de ofender el pudor de un granadero, asesinos que mostraban el cuchillo con ademan amenazador, y energúmenos que vomitaban injurias de toda especie.

Toda esta amalgama nauseabunda, confabulaba para ensafiarse contra aquellos tres hombres que no habian cometido otro delito que no querer aliarse al más infame de los tiranos.

En el patio de la cárcel los Reynafé apuraron los más bárbaros martirios morales.

Cuando la noche cubrió con sus sombras aquel cuadro de vergüenza, los Reynafé fueron introducidos en un calabozo.

A semejanza de los de Córdoba, aquellos eran calabozos movibles, puede decirse, por la cantidad de arañas y réptiles que cubrian su techo y su piso.

Este era el alojamiento que la federacion les preparaba.

Los otros presos fueron alojados en los pocos calabozos que quedaban y en las crujias federales.

Fué aquella noche una verdadera noche de parranda para la santa federacion.

Las pulperias estaban llenas de compadres y no se escuchaba por todas partes sinó la noticia de que habian llegado los asesinos de Quiroga para ser fusilados en Buenos Aires.

De las pulperias salian á la calle los grupos de borrachos, sembrando el terror por la ciudad con sus gritos de ¡mueran los Reynafé y los asesinos salvajes unitarios!

La Sociedad Popular Restauradora habia salido de madre y declarado teatro de sus iniquidades las casas de los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres.

Parecia que el desenfreno de la chusma no podia llegar más allá.

De los puntos más remotos de la campaña acudian federales á conocer los asesinos de Quiroga y á felicitar al Restaurador porque estaba llamado á castigar aquel crimen nefando segun ellos.

La venida de aquellos mártires produjo una impresion bien diferente en la primera clase social.

Todos comprendian y sabian lo que habia de verdad en aquella causa monstruosa, y compadecieron á los nobles hermanos.

Porque los Reynafé, por la posicion que ocupaban en su provincia natal y por los servicios prestados por ellos á la patria, eran conocidos en toda la república.

Sus mismas afinidades políticas, que les iban á costar la cabeza, y la digna independenciam que quisieron mantener en Córdoba, los habia hecho espectables y estimados aún fuera del país.

Por eso en aquellos dias de terror no se veia por la calle más que gente de poncho y de siniestra facha.

Rosas habia lanzado sus proclamas tendentes al mejor éxito de su plan infame.

Era preciso que la condena de los Reynafé tuviera todas las apariencias de un riguroso acto de justicia, que no le habia sido posible evitar.

— Está en la conciencia de todo el mundo, dijo, que esos miserables son los autores del crimen de Barranca Yaco.

Pero yo no quiero que pueda acusárseme de la menor parcialidad.

Yo estimaba en lo que valia la noble persona del general Quiroga, pero esto no me hará desviar un átomo del camino recto.

Si por el sumario no aparecen plenamente culpables, la justicia podrá tener alguna contemplacion con ellos.

Pero yo prometo á los gobiernos que han hecho tamaña confianza en mí, que todo el rigor de las leyes caerá, en caso contrario, sobre los miserables,

Es preciso que esta clase de crímenes sean castigados con toda crueldad.

Ayer fué Dorrego y hoy es Quiroga, los dos hombres más beneméritos de la federación.

Si este segundo crimen queda impune como el primero, mañana el puñal de los asesinos caerá sobre los demás gobiernos, incluso yo mismo, que soy el que menos vale.

A los presos no se les negará ningún recurso legal.

Si pueden borrar la mancha infamante que pesa sobre ellos. Seré el primero en interponerme entre ellos y los ódios que tan justamente han levantado.

— ¡Nada de clemencia! aullaban las turbas, aleccionadas unas y deseando las otras un nuevo espectáculo de matanza.

— ¡Mueran los Reynafé! ¡Mueran los asesinos del ilustre General Quiroga!

— Seré el primero en someterme á la voluntad del pueblo soberano, concluía el farsante.

No quiero sofocar su justa indignación.

Así se preparaba aquel bandido á llevar á cabo el crimen que habia meditado con tanta cobardía y ferocidad.

A pesar de todo lo que hasta entonces habia hecho, aún no se conocía en Buenos Aires toda la hiel y todo el veneno que encerraba aquel espíritu enpequeñecido contra sus enemigos políticos.

La matanza de los indios, para quienes creyeron los pretestos y la historia que inventó, era comprensible en un hombre que queria dominar por el terror.

Pero el asesinato de los Reynafé, tan friamente meditado;

Aquella venganza cobarde y brutal ejercida contra personas de posición y de sacrificios, mostraban en toda su horrible desnudez la frialdad infame de aquel ser que, sin sentirlo, habia rodado hasta un cieno de sangre y de infamias diversas.

No podia calcularse hasta dónde llegaría en el crimen el que así empezaba.

Los años 40 y 42 iban á encargarse de mostrarlo á los pueblos de la República.

Rosas tenia la sagacidad de aparecer siempre como cediendo á las exigencias del pueblo y doblar su cabeza ante el mandato de las leyes.

Por esto se negó á fallar la causa por el sumario que se habia confeccionado en Córdoba.

— Buenos Aires tiene justicia recta y hombres de saber, dijo.

Ellos han de estudiar primero, ampliándola, esta causa escandalosa.

Por ahora reservo mi opinión.

Los Reynafé no se hicieron por esto la menor ilusión.

Sabian que Rosas era el mas empeñado en hacerlos desaparecer y que no retrocedería ante nada.

La justicia recta y los hombres de saber de que habia hablado estaban sometidos á su suprema voluntad,

Todo no pasaria, pues, de un aparato más ó menos largo, pero que tendría su solo termino.

El único consuelo que esperimentaban, era no ver entre ellos á su hermano Francisco.

El se ha salvado, decian estrechándose en un fuerte abrazo; y él velará desde el destierro mismo sobre nuestras familias abandonadas y perseguidas.

Dios nos ha tenido de la mano, ayudándolo.

El los protegerá para que nuestros hijos tengan un amparo sobre la tierra!

Y era precisamente la salvacion de Francisco lo que más habia enconado á Rosas.

Su cólera habia estallado de una manera violenta, llegando hasta acusar, por notas oficiales, á los gobiernos sus aliados, de imbéciles é inservibles.

Y estos habian tragado la píldora por propia conveniencia.

—Cuál de ellos se atreveria á tomar la iniciativa de una alianza contra Rosas, despues de los ejemplos de Quiroga y los Reynafé?

Luego pensaban que, aun aliándose todos, no podrian contrarrestar el poder de Buenos Aires y Santa Fé, aliada inseparable y foco de la federacion más miserable, pues eran asesinos cuyas crueldades na tenian otro móvil que complacer y mostrarse adictos á Rosas.

Este increpó con una dureza terrible la fuga de Francisco, tratándolos como podia haberlo hecho con un peon de su estancia.

Y los gobernadores se disculpaban alegando pretextos que él desechó con infinita soberbia.

Francisco en libertad y aliado á los unitarios de Montevideo, era un peligro sério para él por el prestigio que tenia en Córdoba.

Ademas, aquel solo Reynafé que escapaba á su venganza, podia tener alguna prueba de la inocencia de todos y su crimen por esta razon no quedaria tan bien encubierto como pensó y preparó.

Toda su cólera y su despecho se desplomó entonces sobre los presos.

Ordenó que no se les diera más alimento que los desperdicios de los demas presos y que, miéntras durara el proceso, se les empleara en los servicios más degradantes de la cárcel.

No conforme con la fuga de Francisco, empezó á gestionar su entrega con el gobierno de Montevideo.

Pero este se negó á remitirlo como se habia negado á otras pretensiones por el estilo.

Entonces oprimió más todavia á los pobres presos.

Despues de lo narrado parece imposible que pudiera hacerse con ellos nada peor.

Pero Rosas era fecundo en martirios.

El Jefe de Policía, por su órden, los sacaba entre diez soldados á barrer la calle con grillete al pié, y como este no fuera

bastante, dos días á la semana se les daba como alimento una ración de cogote crudo.

Cuando no era esto, la ración de desperdicios que se les daba diariamente se les arrojaba al suelo como si hubieran sido perros.

Al principio miraron el alimento con la repugnancia natural, y no lo tocaron.

Pero pasaron dos y tres días de la misma manera, y la necesidad fué superior á toda repugnancia.

¡El hambre es terrible!

Es preciso haber pasado por ella para poder calcular hasta dónde es capaz de llegar el ser humano dominado por ella.

Los Reynafé recogieron aquellos desperdicios al tercer día y los devoraron con cierto placer, habituándose á esta clase de alimentación.

Cuando les tocaba la ración cruda se aguantaban en ayunas hasta el día siguiente.

Pero la policía de Rosas tenía recursos diabólicos.

Si los presos rechazaban el cogote crudo, no se les daba otra ración hasta que no lo hubieran comido.

— Es mejor que lo coman así, les dijo el alcalde movido á compasión, porque si no lo van á tener que comer podrido.

¡El hambre es mala compañera! yo he visto á un hombre comer hasta lo que no puede decirse.

Los Reynafé se resistieron sin embargo hasta que el hambre volvió á vencerlos.

Y comieron el cogote en un estado espantoso.

Y así como se habituaron á los desperdicios arrojados en el suelo, concluyeron por habituarse también al cogote crudo, lo que desesperaba á Rosas que pretendía desesperarlos hasta que le pidieran gracia, vencidos por la desesperación.

Es lo único que no hubiesen hecho aquellos hombres á pesar de todas las hambres á que se les hubiese condenado.

Tan habituados y conformes estaban ya con aquella vida, que cuando venían por la mañana á arrojarles el alimento al suelo, Guillermo se levantaba sonriente, tomaba un pedazo, lo limpiaba con la mano y decía al que se los llevaba.

— Muchas gracias, amigo, Dios se los dé igual todos los días!

Estamos conmovidos por tanta distinción.

Y el pedazo que había limpiado con tanto cuidado, lo alcanzaba á José Vicente, cuyo estado de postración empezaba á alarmarlo.

Guillermo, que era el menor, tenía una especie de veneración religiosa por su hermano Vicente, que le había servido de padre.

Así es que lo cuidaba con todo esmero alcanzándole limpio el bocadillo más repugnante de aquel alimento nauseabundo.

Era tal el pesar que experimentaba al verlo postrado por sus dolencias, que olvidaba sus propios martirios para atenuar en lo posible los del hermano querido.

Los carceleros se conmovían muchas veces ante la profunda abnegación de este carriño.

Pero ¿quién era el guapo que se atrevía á conmovirse ante los actos del Restaurador de las leyes?

Se hubieran guardado de dejar ver su conmoción, como del peor de los crimenes.

Y se operaba entonces un fenómeno solo comprensible con el temor de perder la cabeza.

Mientras más íntima era la conmoción que experimentaban, se mostraban más duros con los presos.

La crueldad llegó al extremo de alcanzarles el agua en vasijas destinadas á bien diversos usos.

Así los Reynafé, enfermos y desesperados, envejecieron de tal modo que más parecían espectros que seres humanos.

Era pues preciso apresurar la terminación de la causa para encontrar á quienes aplicar la sentencia que estaba ya pronunciada en la mente de Rosas.

El tirano, para evitar responsabilidad en el asunto, como siempre, y aparecer cediendo á exigencias imperiosas, resolvió nombrar un juez especial para que entendiera en la causa y la pusiera en estado de sentencia definitiva.

Este nombramiento, poco envidiable, recayó en el camarista Dr. D. Manuel Vicente de Maza, con el título de juez especial comisionado.

A él se pasó todo lo actuado en Córdoba, poniéndose los presos á su disposición para los interrogatorios y declaraciones del caso.

Maza se apresuró á aceptar el nombramiento, yendo á recibir órdenes verbales de S. E., pues ya sabía que aquella causa era necesario prepararla, no por los cargos que arrojara contra los presos, sino por los cargos que sobre ellos era necesario arrojar hasta llevarlos á la muerte.

Era pues forzoso conocer los designios del amo.

El doctor don Manuel Vicente de Maza, presidente de la Cámara de Representantes, que habia puesto en manos de tirano todas las armas del poder público, era el instrumento más miserable de aquel malvado.

Maza era un hombre dotado de una inteligencia clara y robusta, lo que le hacia más criminal aún.

Habia sido y era el mensajero de Rosas en todas aquellas cosas que él no entendía, y se prestaba por complacerlo á las acciones más ruines y despreciables.

Espíritu pequeño sin más horizonte que realizar una ambición estúpida, habia creído ofuscar á Rosas y apoderarse de él con su inteligencia brillante.

Pero cuando acordó se encontró preso entre las garras de la soberbia pantera.

Y se dobló y se humilló hasta el extremo de consultar con el tirano sus acciones más íntimas y propias.

El se conformó con su rol de instrumento servil y despreciable, á cambio de sostener una posición que tan cara habia de costarle poco tiempo después.

Sabia que el nombramiento de juez especial comisionado no era más que un nombramiento de verdugo implacable.

Pero lo mandaba el amo que él á sí mismo se habia dado y era preciso obedecer.

—¿Cómo quiere usted que complete el sumario? se limitó á preguntar.

—De manera que se les pueda condenar á muerte sin que el tribunal más rigido viendo la causa, tenga nada que decir.

—Será preciso permitirles entonces que nombren defensor, si es que ha de llevar el sello de una justicia íntegra.

—Todo lo que quieran, con tal que se les pueda condenar. ¿Quién se atreverá á defenderlos, aún creyéndolos inocentes?

—Ninguno, estoy seguro.

Serian defensas que constituirian la mejor pieza de acusacion.

—Entonces manos á la obra, y concluir pronto, porque esos pillos están enfermos de gravedad y pueden morir.

Estas fueron las instrucciones que recibió el doctor Maza para llevar al patíbulo cuatro víctimas cuya inocencia le constaba mejor que á nadie, puesto que con él mismo consultó Rosas el plan de asesinar á Quiroga, preparando las cosas de manera que el crimen recayera sobre los Reynafé.

Maza se puso á la obra inmediatamente, empezando por estudiar lo actuado en Córdoba, para no incurrir en la menor contradicción.

A los cinco días fué llamado á su presencias el ex-gobernador de Córdoba, José Vicente Reynafé, para que ampliara su declaracion.

Se le leyó la que figuraba en el sumario como prestada en Córdoba, preguntándole si tenia algo que agregar.

En aquella declaracion, José Vicente aparecia como el que mandó asesinar al general Quiroga y su secretario el general Ortiz, valiéndose para ello de sus tres hermanos.

—¿Qué tiene usted que agregar á esta su primer declaracion? preguntó Maza con un cinismo imposible de imitar.

Mientras se habia leído aquella pieza adulterada, Reynafé habia cambiado varias veces la actitud de su fisonomia, que habia pasado de una frialdad glacial á un asombro tremendo.

Habia entrado á la sala con un color de cadáver y poco á poco se habia encendido hasta amenazar un ataque á la cabeza.

Cuando escuchó la pregunta que cerró la lectura, se puso de pie como movido por un resorte y encarándose con Maza, dijo:

—Tengo que agregar que esa declaracion no es mia, y que todo lo que contiene es un estúpido tejido de iniquidades.

Si se me quiere asesinar, háganlo enhorabuena, pero no se pongan en ridículo.

—Esta declaracion es de usted puesto que por usted está firmada.

Además, el Juez que ha actuado en este proceso no es capaz de hacer lo que usted asegura.

—Pues yo sostengo que esa es una calumnia estúpida y niego con toda fuerza de mi alma, todo lo que esa declaracion encierra.

—Usted no puede negar hoy lo que confesó ayer.

Esta declaracion es suya y usted debe ampliarla, puesto que nada va a ganar ya con negar lo que ha confesado.

—¡Señor asesino! gritó entonces Reynafé con un acento que parecia un gemido.

¡Señor asesino, le prohibo á usted que pretenda gobernar mi conciencia!

Cumpla usted con la mision cobarde que ha aceptado, pero deje en paz á los hombres de honor que pretenden morir como tales.

El doctor Maza encontró que nada le quedaba que hacer con un hombre de aquel temple, y lo mandó llevar nuevamente al calabozo.

Reynafé abandonó la sala más altivo que nunca, deplomando sobre aquel juez una mirada de supremo desprecio.

Sin embargo, la declaracion de José Vicente fué ampliada al tenor de la primera.

Se ratificaba en todo lo falsamente aseverado, confesándose él responsable del crimen de Barranca Yaco.

Con la órden de que no pudieran hablar á su hermano, fueron mandados comparecer José Antonio y Guillermo Reynafé.

Estos presentaban un aspecto bien diverso al de su hermano.

Antonio, reconcentrado y amenazador, parecia más bien un juez que un acusado.

Su andar era seguro y rápido.

Se conocía que hacia grandes esfuerzos por disimular la cojera ocasionada por los grillos.

Guillermo, frió é impasible, parecia dispuesto á todo.

Sonreía como si el juez Maza le inspirará una compasion profunda, y lo miraba con insistente fijeza.

Parecia querer penetrar con el rayo de su mirada hasta el fondo de aquella conciencia miserable.

Ambos tomaron asiento sin esperar una invitacion.

El doctor Maza parecia inquieto y mortificado.

Aquella serenidad le imponia á pesar suyo, y se encontraba pequeño ante la grandeza de alma que se reflejaba en aquellas dos miradas.

—Se les ha hecho venir, dijo, para que amplien la declaracion prestaba en Córdoba.

¿Tienen ustedes algo más que agregar?

Corrido con las respuestas de José Vicente, el doctor Maza quiso ahorrar lectura de las declaraciones á que se referia.

—Desearia se me leyera esa declaracion, dijo tranquilamente José Antonio.

Puede haber en ella algo que enmendar ó que ampliar.

—Es inútil, pues el hermano de ustedes está conteste en todas.

Ha vuelto á confesarse como autor del crimen de Barranca Yaco en union de ustedes.

—Sin embargo, no podemos responder nada sin conocer esa nuestra declaración de Córdoba.

El doctor Maza, visiblemente contrariado, hizo leer las dos declaraciones falsas como la anterior.

—¿Tiene usted algo que observar ó que agregar? preguntó.

—Sí, señor, respondió Antonio sin parecer sorprendido por lo que escuchara.

Observo que la única persona que puede ampliar esa declaración, es el mismo que la hizo.

Sin necesidad de incomodarnos á nosotros, él podría ratificarse en ella ó hacer lo que le plazca.

—Es que al pié de ellas está la firma de ustedes!

—De la misma manera que podía estar la del general Rosas ó la del doctor Maza su consejero.

—Noto á usted que está faltando al respeto á la justicia, y esto suele costar caro.

—En cambio yo me permito hacer notar á usted, que usted está faltando á la verdad, á la vergüenza y á toda dignidad humana.

¡Juez Maza! yo no temo nada, mi conciencia está tranquila y no cambiaría, lo juro á Dios, la horca en que he de ser colgado, por la tranquilidad de la tuya!

Al decir esto se puso de pié y cruzó los brazos nerviosos sobre su ancho pecho.

Habia algo de gigante en aquella palabra conmovida hasta el sollozo y mucho de imponente en la espresion magnífica del varonil semblante.

Maza tambien se puso de pié como si una mano estraña lo hubiera alzado de los cabellos.

Su fisonomia estaba bañada de una palidez cadavérica y sus lábios temblaban visiblemente.

—Está bien, dijo—peor para ustedes.

Lleven no más al calabozo á esos asesinos.

Guillermo saltó á su vez de la silla, y tomando á José Antonio de la mano, dijo:

—¡Bravo, hermano mio! eres el mismo de siempre.

¡Juez Maza! gritó mirando á este:

Los hermanos Reynafé no te hacen el honor de su desprecio.

Tú escupes hoy sobre nuestro nombre!

Lo único que yo lamento es no poder hacerte escupir sangre del corazón!

Adios, juez Maza, no podrás, á pesar de todo, dormir tan tranquilo como nosotros.

Y altivos y tranquilos abandonaron la sala seguidos de los soldados que los escoltaban.

—No hay vuelta, dijo Guillermo á su hermano, siempre sonriente.

Pero francamente me irrita que para cortarnos la cabeza anden con tanto trámite y aparato. Esta es gente que no se detiene ante nada.

—¿Qué tienes, hermano? añadió viendo dos lágrimas que iban á perderse entre los bigotes de Antonio.

—No es nada, repuso éste, tranquilizante, he pensado en mis hijos y me he conmovido.

¡Francisco velará por ellos! Dios lo proteja!

Los dos hermanos agobiaron la cabeza bajo el peso de sus recuerdos y siguieron hasta el calabozo donde los esperaba José Vicente.

El doctor Maza, entre tanto, había quedado confundido.

Las respuestas de aquellos hombres lo habían anonadado.

Tal vez si hubiera sido ménos esclavo, habría renunciado á seguir aquella causa inicua.

Pero, ¿cómo rebelarse ahora contra su amo y renunciar una comision que aquel le había impuesto?

Muchos hombres, en su lugar, hubieran elegido un puesto de honor al lado de las víctimas, antes que aceptar el horror de aquella comision.

Pero la conciencia del doctor Maza se prestaba á todo.

Cinco minutos despues, las palabras de los Reynafé le parecían pesadas, y una hora más tarde se habían borrado completamente de su memoria.

Fué llamado á declarar Santos Perez, quien se prestó de nuevo á cuanto se quiso exigirle.

Volvió á afirmar bajo juramento que al dar muerte á Quiroga lo había hecho obedeciendo órdenes de los hermanos Reynafé, que tenía que obedecer, como oficial subalterno.

—De todos modos, decía, sin mi cooperacion el crimen se hubiera llevado á cabo y yo habría perdido la cabeza.

Me confieso autor del hecho pero no responsable.

Santos Perez repetía la leccion recibida, siempre creyendo que de esta manera salvaba la cabeza.

Era esta una declaracion terrible, tanto más, cuanto que estaba conteste con la que prestaban los demás autores del crimen y una série de testigos improvisados.

Quedaban además las cartas, cuya interpretacion infame las hacía como irrecusables piezas de conviccion.

El doctor Maza, con todas aquellas piezas reunidas, se puso á trabajar sin descanso hasta formar un espediente de mil cien páginas.

Segun su infame conclusion, José Vicente, Francisco, Guillermo y José Antonio Reynafé estaban convictos y confesos como autores únicos y responsables del crimen de Barranca Yaco, cuyos ejecutores eran el capitán Santos Perez y demás soldados presos con él.

Maza impuso á Rosas de todo lo actuado, como de la firmeza de los tres hermanos, concluyendo por confesar que no podía arrastrarlos á la declaracion que deseaba.

—Poco importa eso, contestó Rosas, puesto que en el sumario aparecen como habiendo confesado el crimen.

¿Qué falta que hacer para concluir la causa con todas las formalidades exigidas?

—Falta permitirles que nombren un defensor y que V. E. pase el espediente al Asesor de Gobierno, luego que yo me espida.

—Que nombren todos los defensores que quieran! dijo Rosas paseándose á grandes trancos.

Veremos quién es el guapo que se atreve á disputarme sus cabezas.

—Además, que leyendo el proceso, añadió Maza, el defensor más decidido é inteligente no podría decir nada digno de ser tomado en consideracion.

Para reos convictos y confesos no hay defensa posible, y esta es la situacion de todos ellos.

—Tenga usted bien entendido que quiero concluir con todos. No debe escapar más que el que yo perdone en mi sentencia definitiva.

No se comprendia tanta ferocidad y tan frio cálculo, en un hombre como Rosas, que habia vivido sus primeros años no viendo sinó ejemplos de virtud y de bondad.

El mismo Maza, que lo conocia á fondo, quedó aterrado ante la mirada sombría con que sus ojos azules acompañaron aquellas palabras :

—¡Quiero concluir con todos!

Entre tanto el martirio de los Reynafé seguia con la misma saña y maldad.

No se habia dado orden de suspenderlo, y los encargados de efectuarlo estaban dispuestos á seguirlo hasta concluir con la vida de las víctimas.

La salud de José Vicente, sobre todo, siguió decayendo hasta alarmar á sus mismos guardianes.

La hipertrófia ganaba terreno diariamente y cada mañana sus hermanos creian hallarlo muerto en el mismo sitio donde dormia.

José Antonio cayó tambien gravemente enfermo.

Era preciso tener una naturaleza de bronce para resistir tales tratamientos.

Solo la juventud y la fortaleza de Guillermo, era capaz de encontrar elementos de vida entre aquella humedad de sepulcro y aquella alimentacion de perro sin amo.

Sin embargo, su color amarillento y su flacura de mómia le hacian parecer el más enfermos de los tres.

Alarmado el Jefe de Policia y temiendo fueran á morirle los presos, mandó dar parte á Rosas de lo que sucedia.

—¡Han de ser pretestos para hacerse las víctimas! dijo el tirano.

Es esa maña muy gastada entre los presidiarios que aspiran á gozar de mejores tratamientos.

Sin embargo, lo haré reconocer.

En efecto, al siguiente dia fueron los médicos de Rosas á reconocer á los Reynafé.

Su informe fué fatal.

Si esos hombres permanecen una semana más donde están, su muerte es inevitable.

Si el Gobierno se interesa en guardar sus vidas, es preciso que á la brevedad posible sean sometidos á un régimen delicado y á una asistencia cuidadosa.

« No quiero que se diga, — escribía Rosas en una nota que ese mismo día pasó al señor Jefe de la Policía, no quiero que se diga, que, aunque reos de crimen más miserables, esos asesinos no han obtenido toda la compasión que ha podido dispensarles el gobierno.

Procederá, pues, usted en el acto á remitirlos al hospital, en calidad de presos y bajo la más severa vigilancia.

Es bueno que haga usted saber á los encargados de vigilar los presos, que la evasión de cualquiera de ellos les costará la vida. »

En cumplimiento de esta orden, el Jefe de Policía remitió al hospital á los Reynafé.

Fué preciso colocarlos en un carro, porque tanto Antonio como Vicente, no podían moverse del rincón donde se habían echado.

El carro iba rodeado de soldados mandados por el comandante Cuitiño y el coronel Salomon.

La traslación desde la cárcel al hospital fué un verdadero vía crucis para los pobres mártires.

A las puertas de la Policía los esperaba un gran grupo de compadres y borrachos, que los seguían llenándolos de improprios y maldiciones.

De cuando en cuando Salomon, ó Cuitiño tenían que interponerse para que las amenazas de muerte no se convirtieran en hechos.

Los Reynafé ignoraban que iban al hospital, ignorancia en que se les tenía para mortificarlos más todavía.

Pensaban que los conducían á degollarlos ó fusilarlos, y se felicitaban de concluir de una vez con tan miserable existencia.

Así es que miraban sonrientes á aquella muchedumbre de energúmenos, para mostrarles siquiera que la muerte les era aún más agradable que la vida.

Y sus fisonomías eran tales, que no inspiraban ya compasión, sinó horror.

Parecían esqueletos que se sonreían con risa más helada que la muerte misma.

La sociedad de Buenos Aires estaba aterrada y conmovida con tanta infamia.

Pero nadie dejaba traslucir lo que sentía.

Habría sido compartir el martirio de las nobles víctimas.

Se contentaban con mirar el carro, los que lo hallaban al paso, y apresuraban la marcha fingiendo una sonrisa.

Los grupos fueron aumentando con la chusma que se hallaban en el tránsito, de modo que, al llegar al hospital, los Reynafé eran seguidos por más de quinientos hombres, que vociferaban todo género de maldiciones y amenazas.

En unas camillas que trajeron, fueron colocados y llevados á la sala del hospital, donde ya se les había preparado todo lo necesario.

Rosas quería prolongar á todo trance la vida de las víctimas, y había dado todas sus órdenes al respecto.

Al bajarlos del carro se aproximaron algunos borrachos con la pretensión de ultimarlos.

Pero mediante un discurso federal de Cuitiño, acompañado de algunos lomazos de sable, los más atrevidos retrocedieron apresuradamente, contentándose con lanzar sus sempiternos ¡muera!

Una vez colocados los Reynafé en la sala de presos, y distribuido el servicio de guardia, se retiró el carro seguido de la mitad de la escolta.

La otra mitad quedaba de servicio, debiendo permanecer allí hasta que otra guardia, especial fuese á relevarla.

EL DOCTOR GAMBOA.

Cuando los hermanos Reynafé vieron que se hallaban en el hospital y acostados en buenas camas, relativamente á las que habian tenido desde que fueron presos, experimentaron una pena profunda y verdadera.

Ellos creian que los conducian á la muerte, y por consiguiente que iban á dejar de sufrir.

Y cuando bendecian aquel momento supremo, se encontraron con que se trataba nada menos que de prolongar sus vidas!

—Nos hemos lucido, dijo débilmente José Vicente cuando vió el interés que demostraban los médicos para indagar la marcha de la enfermedad.

Ahora sabe Dios hasta cuándo se va á prolongar nuestro martirio!

Quieren matarnos gordos para que nuestra muerte les haga mejor provecho!

¡Paciencia y resignacion!

—Lo que es por mi parte, agregó Vicente, declaro que por mi boca no entrará ningun remedio.

Siquiera sirvámonos de las armas que nos ha dado Dios: la voluntad.

Fiel á este propósito, José Vicente se negó á tomar los medicamentos que se le ofrecian, lo que obligó á los médicos á dar cuenta á Rosas de aquella contrariedad que esterilizaria todos los esfuerzos de la ciencia.

—Que se le hagan tomar por fuerza, fué la respuesta de Rosas, aún á riesgo de matarlos.

Los médicos le previnieron con dulzura que era preciso tomar los medicamentos, pues en caso contrario y en cumplimiento de las órdenes recibidas, se verian obligados á enchalecarlos y medicinarlos á la fuerza.

—Tenga usted resignacion, le decian, para evitarse nuevos martirios.

—Cede, hermano, le dijo entonces Guillermo.

Ahórrate nuevas torturas y sea lo que Dios quiera.

Aunque nos maten despues, siquiera habremos sufrido menos y descansaremos el tiempo que permanezcamos aquí.

—No insisto entonces, hermano mio.

Tomaré todo lo que se me dé, con el sentimiento de que no sea veneno.

Así la carga de la vida empezó á ser ménos pesada para aquellos desventurados.

Dormian en una cama buena, eran alimentados con comidas limpias y nutritivas, y sobre todo no oian sonar en sus oidos la eterna injuria y la eterna maldicion.

Los médicos y practicantes eran personas buenas y humanas.

Nadie se acercaba á ellos para darles de punta-piés, y ninguno se complacia en venir á turbarles el sueño.

Guillermo habia recobrado toda la alegria de su génio travieso, para endulzar así la agonía de sus hermanos.

—Sabe, doctor, decia una mañana al médico, que sin saberlo usted me está matando.

—¿Cómo así? replicaba el noble facultativo.

—Mi estómago habituado al cogote crudo y mi cuerpo al duro suelo, se resienten ahora de la cama con colchon y de los buenos churrascos y caldos de gallina.

Esto me hace daño, doctor; temo que semejante tratamiento me mate el dia menos pensado.

Lo que es mis hermanos tienen ya una indigestion de buena vida, tal, que no se la sacan ni con palabra de casamiento, como dicen los paisanos.

Estas ocurrencias en situacion tan desesperante, hacian sonreirse al médico y á los practicantes, que no podian ménos que asombrarse ante el temple viril de aquel carácter.

—Doctor, decia otra vez—se me han indigestado las sábanas limpias—si no me las hace usted sacar pronto, voy á perder hasta las telarañas que le falta de aseo ha criado en mi cuerpo.

Sáquemelas, doctor, mire usted que se van á llagar las carnes.

Así pasaban su vida en el hospital aquellos pobres, endulzándola de la mejor manera que podian.

Los practicantes solian darles de cuando en cuando un cigarro, que hacian durar una semana.

—Señor doctor, decia un dia Guillermo al médico, enseñándole un homeopático pucho.

Si usted no me da un remedio para este pobre cigarro, en fermo de consuncion, voy á experimentar el dolor de perderlo.

Cúremelo por favor, que el pobre no tiene ni una pitada de vida.

El médico, sonriendo como él, sacó su cigarrera y vació su contenido bajo la almohada del jóven.

—Déjelo usted reposar, le dijo, y lo que le queda de vida durará muchos años.

Haga uso de esos otros que son jóvenes y salvará la vida de un compañero.

Guillermo agradeció aquel regalo y sobre todo la bondad fraternal con que fué hecho.

La enfermedad de Vicente y Antonio, aunque con lentitud, iba cediendo de una manera visible.

Poco á poco sus fisonomias habian ido adquiriendo colores

humanos, y ellos mismos se iban sintiendo cada vez más fuertes y animados.

En la sala donde se les habia colocado quedó de faccion, desde el primer momento, un centinela de vista que se relevaba cada seis horas.

Este centinela no tenia más consigna que vigilar escrupulosamente los tres hermanos, y cuidar que no recibieran cosa alguna sino por conducto del oficial de guardia.

Este por su parte habia recibido las más severas órdenes al respecto.

Cualquier cosa ó mensaje que se enviara para aquellos presos, debia ser remitido al gobierno, prendiendo al portador en caso de la menor sospecha.

Los Reynafé quedaban así privados de todo socorro que no les viniera por manos del médico y los practicantes.

Y estos, que conocian la consigna del oficial, no se atrevian á dar á los presos otra cosa que cigarros.

Al principio, aquella eterna mirada del centinela reposando sobre ellos, los mortificaba enormemente.

Los más íntimos acto de la vida tenian que ser hechos delante de aquel sayon, que se imponia igualmente de todas sus conversaciones.

Ellos bajaban la voz cuanto podian para hablar de sus familias y de su desgracia.

Pero entonces el soldado se aproximaba á las camas, y se veian obligados á guardar silencio.

Buscando la manera de poder conversar sin que nadie se pudiera imponer de lo que decian, Guillermo tuvo una gran idea.

Él podria conversar con José Antonio en *quichua*, dialecto que hablaban fácilmente, y así lo hicieron.

Aunque José Vicente no lo hablaba, comprendia la mayor parte de las palabras y esto ya era un gran consuelo.

Los Reynafé se pusieron desde aquel momento á hablar en quichua, con grandes iras del centinela que se quedaba en ayunas.

Alarmado con esta novedad, dió cuenta al oficial de guardia, quien comunicó al gobierno lo que sucedia.

La respuesta no tardó mucho en llegar.

«Prevendrá usted á esos bandidos que, á la primer palabra que hablen sin que el centinela pueda comprenderla, serán separados y tratados con el rigor que debe emplearse con los salvajes unitarios conspiradores y asesinos.

«A la primer palabra pronunciada en idioma extranjero, procederá usted á separarlos y dar cuenta.»

—Pues señor, esto no nos conviene, dijo Guillermo cuando se les dió á conocer la orden.

Todo es más llevadero que la separacion.

Es mejor entonces obedecer y hablar delante del centinela, aunque se imponga este de nuestras debilidades de cariño.

Al fin y al cabo ellas no constituyen un delito.

Era tan feliz y envidiable la existencia que pasaban en el

hospital, comparada con la del calabozo, que á cada momento esperaban se les arrebatare para volverlos á la cárcel.

Hablaban con la mayor tranquilidad de que serian fusilados, y no les preocupaba más pena, que la de partir sin estrechar á los suyos en un último abrazo.

Esta era la situacion del espiritu de aquellos mártires, cuando se apareció en el hospital un secretario del juez, especial comisionado, á comunicarles la resolucion que ménos esperaban.

—Dice el doctor Maza, que estando por terminarse la causa de ustedes, se hace necesario que nombren un defensor, eligiendo la persona que más confianza les merezca.

—¿Quieren, hermanos, que yo responda por ustedes? preguntó José Vicente.

—¡Pues bueno fuera que nó!

Habla no más, que tus palabras son nuestras.

—Diga usted al doctor Maza, agregó entonces Vicente con una imponente severidad, que los Reynafé no pueden defenderse del cargo que se les hace.

Que el disputar nuestra cabeza al cuchillo federal, no vale la pena de darse vuelta para escupir.

Puede agregar usted que despreciamos la vida y el sumario que contra á nosotros se levanta, pero que despreciamos mucho más el juez doctor Maza.

Queda usted despachado, jóven.

El secretario salió confundido, y los tres hermanos cambiaron una cariñosa mirada.

—Has hablado como si hubieras leído en mi corazon, dijo Guillermo.

Has dicho lo único que podia responder un hombre de tu altura y de tu corazon.

—A tanto cinismo no hay respuesta posible, agregó José Antonio.

El secretario de Maza llevó la respuesta de Reynafé, aunque con distintos términos y suprimiendo la última parte.

Eran tan duras las palabras aquellas, que el jóven temió cayera sobre él la cólera que suponía hubiera de levantar.

Así es que se limitó á la siguiente respuesta:

—Dicen que no quieren nombrar defensor, porque aprecian su vida en muy poco.

—Vuelva usted, repuso Maza, y dígales que es necesario que nombren defensor para que el sumario llene las formas que manda la ley.

Añadirá usted que tienen cinco dias de plazo para nombrarlo, y que, en caso que no lo hagan, se le nombrará de oficio.

El secretario volvió al hospital con toda la mala gana.

La figura noble y respetable de aquellos hombres lo habia impuesto, como impuso á Maza mismo:

Quando los Reynafé oyeron este nuevo mensaje, quedaron perplejos.

—Está bien, replicó siempre por los tres José Vicente.

Puede usted retirarse y decir á Maza que mañana puede mandar recoger el nombre de nuestro defensor.

Cuando el jóven hubo salido, los tres hermanos se pusieron á cambiar ideas.

—Opino, dijo José Vicente, que debemos nombrar defensor, para evitarnos la sangrienta burla que nos defienda de oficio alguno de los locos que tiene Rosas de bufones.

Cualquier defensa que de nosotros se haga, no alcanzará resultado alguno.

Todas serán iguales, pero por lo ménos no se nos ultrajará de la manera que esta gente es capaz.

Tienes razon, contestó José Antonio.

Pero en nuestra posicion desventurada, quién se atreverá á defendernos?

Piensa que el que lo haga juega la cabeza, y lo que es peor, la juega inútilmente y sin el menor provecho.

—Qué?—preguntó á su vez Guillermo,—no habrá en Buenos Aires un solo corazon honrado?

—Hay muchos, pero andan emigrados ó caidos como nosotros.

Seria hasta poco noble exigir de un hombre semejante sacrificio.

No quedan, pues, más que federales, y entonces no vale la pena de elegir.

—Yo conozco un hombre capaz de defendernos con talento y con bravura.

Es un hombre de un temple de acero y de una lealtad á toda prueba.

Pero no sé hasta qué punto podré exigirle ese sacrificio.

Este hombre es el doctor Gamboa.

—¡El doctor Gamboa! exclamaron Guillermo y Antonio—tienes razon.

Es un carácter de acero y una inteligencia de primer orden.

¿Cómo haremos para consultarlo?

—Yo lo escribiré y si no tenemos su defensa, tendremos por lo ménos un consejo honrado y luminoso.

De acuerdo los tres hermanos, José Vicente llamó al oficial de guardia y le pidió permiso para escribir al doctor Gamboa, diciéndole de lo que se trataba.

—No hay inconveniente, repuso aquel, pero el mensaje irá primero al juez de la causa.

José Vicente escribió entonces estas palabra:

« Mi noble amigo:

Se me manda que nombre un defensor en la causa que se me sigue y que usted conocerá.

Podré contar con sus luces?

Su affmo.—

José V. Reynafé.»

El billete fué enviado á Maza, quien prévia consulta con Rosas, lo remitió á su destino.

—Sé que Gamboa es un salvajon, dijo Rosas, pero no creo que se atreva á defenderlos.

De todos modos, si lo hace, peor para él.

El doctor Gamboa recibió el papelito, que se apresuró á contestar en el acto.

« Amigo mio, decia, acepto la defensa que me ofrece, agradeciendo haya pensado en mi.

Puede usted nombrarme en la seguridad de que cumpliré fielmente con ese hermoso deber.»

—Ya lo sabia, dijo José Vicente al recibir la respuesta.

Aunque poco conseguiré con ella, por lo ménos habrá en el sumario una pieza digna de nosotros.

Es tal la rectitud de este hombre, que el hecho solo de defendernos vale nuestra inocencia.

Era el doctor Gamboa, efectivamente, un hombre de un carácter inquebrantable y de un corazon valiente á toda prueba.

En Buenos Aires era reputado como un abogado de vigorosa inteligencia y de una conciencia inquebrantable.

No habia habido amenaza capaz de hacerlo vacilar en el estricto cumplimiento de su deber, ni de hacer retroceder su corazon valiente, en aquel mismo camino.

El doctor Gamboa era tenido por un federal sospechado y se desconfiaba de él porque no habia querido ponerse al servicio de Rosas, aunque entonces, tampoco afiliado á ninguna fraccion politica.

Usaba la divisa federal como hubiera usado una flor en el ojal, si el gobierno lo hubiera ordenado.

Porque el doctor Gamboa amaba á su familia, y no queria verla padecer ó injuriada por la plebe por no haberse querido poner un trapo en el sombrero.

—Si la cosa aprieta, habia dicho, nos mandamos mudar en el acto.

Entre tanto, por no usar un trapo de cualquier color, no quiero que mi familia sea objeto de ruines venganzas.

Pero á pesar de estas precauciones, Gamboa era sospechado, por el solo hecho de ser un hombre decente y no andar mezclado en las turbas federales, mostrándose en las públicas manifestaciones.

El doctor Gamboa estaba dispuesto á comprar el respeto y bienestar de su familia á toda costa, ménos al precio de una infamia.

Si el gobierno hubiese mandado pintarse las narices, como distintivo de verdadero federal, hubiera sido el primero en hacerlo.

Pero no habria cometido una mala accion ni habria vendido su conciencia por nada en el mundo.

Tal era el hombre que los Reynafé habian elegido como defensor en aquella causa inícuca.

Y se comprendia que, si Gamboa aceptaba, seria para quemar su último cartucho en bien de los acusados.

Solo Juan Manuel Rosas era capaz de dudar de aquel carácter noble y honrado.

Y así mismo, ya lo hemos visto ponerse en el caso de que Gamboa los defendiera en toda regla.

Cuando el secretario de Maza fué al hospital á buscar la respuesta prometida, José Vicente le dió el nombre del doctor Gamboa, como defensor de los tres hermanos.

Comunicando el nombramiento y aceptado por la persona indicada, se pasaron los autos al doctor Gamboa, pidiéndole se espidiera á la brevedad posible.

El doctor Gamboa pidió entonces se le permitiera hablar con sus defendidos, permiso que no se le pudo negar.

El nombramiento del doctor Gamboa produjo un verdadero alboroto en toda la sociedad de Buenos Aires,

Era el tema de todos los comentarios y el comentario de todas las bocas.

— No se ha de atrever á defenderlos, decían los federales.

Cuando lea la causa, por lo mismo que es un hombre honrado va á ser el primero en condenarlos y pedir su muerte.

— Es muy capaz de defenderlos con todos sus bríos, decían los lomos negros.

Puede que no lo haga de miedo, porque sabe lo que le costaría el enemistarse con Rosas.

Pero es un hombre tan recto, que no sería extraño que, aunque con alguna moderación, hiciera fuerza de vela.

Los unitarios, que conocían á fondo al doctor Gamboa, opinaban de un modo muy diverso.

Les va á poner las peras á cuarto! decían.

Ya oirán verdades amargas que no se esperaban, y se estrellarán con un hombre que no transije con nada.

Si Gamboa no salva á los Reynafé, va por lo ménos á establecer la verdad de los hechos y á darles algun fuerte dolor de cabeza.

Esta era la opinion general en los tres bandos políticos y lo que cada uno esperaba.

El doctor Gamboa entre tanto se habia encerrado á estudiar la causa con tal dedicación que no salía de su casa sinó para ir al hospital, y esto solo para consultar con sus amigos algun punto que no comprendía con bastante claridad.

Ya conocen nuestros lectores como habia sido hecho el sumario, en el cual no habia una sola palabra de verdad.

Todo lo actuado de los Reynafé era falso incluso sus mismas declaraciones.

Solo un hombre de alma bien templada podia abrazar una defensa donde habia que empezar por tachar de falso todo lo actuado.

Era una posición difícil y peligrosa que solo podia ser aceptada por un hombre como el doctor Gamboa.

Muchos de sus amigos fueron á verlo rogándole desistiera de defender á los Reynafé.

— Es desafiar la muerte sin el menor provecho moral ó material.

Rosas no le va á perdonar nunca lo que haga, y usted no va á poder ni siquiera cambiar la pena á que esos desventurados están condenados de antemano.

Renuncie el cargo y no se esponga tan estérilmente.

—Jamás y por nada —replicó aquel hombre recto.

La causa de los Reynafé es la causa más noble que habrá defendido jamás un abogado.

Esos jóvenes, tan culpables como yo mismo, han puesto su vida en mis manos y yo la he de defender con todo mi esfuerzo.

Si por semejantes causas no se interesa un hombre honrado, es preciso renegar de toda nobleza humana, —agregaba entusiasmado.

— Es que esa defensa entrañará un peligro de muerte.

— ¿Y cuál es el paso en la vida que no lo entraña?

Y si no se cae por estas causas, amigos míos, ¿cuáles debemos elegir?

Sancionar con el silencio cobarde los más infames asesinatos?

¡Vamos, vamos!

Ya verán como nada me sucede.

Y sobre todo siempre habrá tiempo de ponerse en salvo.

Aquella conciencia serena habia abrazado con toda la abnegacion humana la defensa de aquellos hombres inocentes, que se pretendía infamar y hacer morir de tan cobarde manera.

— Tal vez no los pueda salvar, habia dicho á los Reynafé, porque hay el firme propósito de matarlos.

Pero por lo ménos la acusacion quedará rechazada.

No omitiré, sin embargo, sacrificio alguno para hacer oír mi palabra.

A este respecto pueden ustedes estar tranquilos.

— Lo sabemos, amigo mío, y el único pesar que nos aflige es el daño que nuestra defensa puede ocasionarle.

Va á tener usted que emigrar de Buenos Aires para salvar la cabeza.

Estamos ya arrepentidos, por esta causa, de haberlo ocupado.

— ¡Mal hecho, mal hecho! por todos los santos del cielo!

Ese trabajo es el que más ha satisfecho mi espíritu.

Es una defensa que hace honor á cualquiera que la efectúe, por lo mismo que se corre algun peligro.

¿Qué gracia, qué mérito hay en defender un inocente cuando el defensor encuentra allanados todos los caminos?

El único mérito de esta está en el peligro, pues la defensa está hecha por sí misma.

No ofrece la menor dificultad ni la más mínima duda.

Los Reynafé, conmovidos, estrecharon con efusion aquella noble mano.

— No podemos compensarlo más que con nuestra gratitud leal, dijeron.

Es indudable que pronto vamos á morir.

Pero llevaremos á la tumba el gran consuelo que usted nos ha proporcionado.

¡Es la única palabra amiga que escuchamos desde que caímos en poder de estos miserables!

LOS TRES VERDUGOS

El doctor Gamboa desde aquel momento no tuvo el menor descanso.

Todo el tiempo que le dejaban libre las necesidades de la vida, lo empleaba en la confeccion de su brillante defensa, defensa que iba á caer como un rayo entre las filas federales.

No habia más medio de demostrar la inocencia de aquellos nobles reos, que destrozando por completo aquella causa infame, tan pérfidamente formada.

Iba á ser preciso empezar por caer sobre el mismo Rosas, y concluir por desenmascarar al juez, fiscal, asesor y testigos que en la causa habian declarado.

¿Se atreveria el doctor Gamboa, por el mero placer de defender cuatro vidas estrañas, á jugar su cabeza?

Esto es lo que los federales no creian, y de lo que querian apartarlo los amigos de aquel hombre eminente.

— ¡Usted se va á perder sin salvarlos! le decian por fin.

— Es que no se puede abandonar esta defensa, sin rodar hasta el lado donde se revuelven los acusadores.

Además es esta una tarea que he emprendido con toda la pasion de mi alma, y que solo abandonaré con el pellejo.

Pero me habrán oido, vive Dios, y sabrán que á pesar de todo aún existen en el mundo hombres de conciencia honrada.

Desesperanzados los amigos porque veian su pérdida inevitable sin haber salvado á una sola de las víctimas, recurrieron á la familia para hacerlo desistir.

¡Vana tarea! la familia del doctor Gamboa conocia la rectitud y firmeza de su carácter y no aceptó la comision.

Sabian que con pedir á Gamboa que desistiera, no harian más que amargarle sus buenos momentos.

— Cuando él hace una así, dijeron, es porque debe ser de aquella manera y nada lo arrancará á su propósito.

¡Hermoso convencimiento que nacia de una existencia consagrada á la virtud y al honor!

Convencidos así de que todo era inútil, los amigos lo dejaron tranquilo y pudo dedicarse libre de toda mortificacion á aquella defensa luminosa.

Sesenta dias tardó el doctor Gamboa en concluir, sesenta dias que fueron de muerte para los presos del hospital!

Por fin terminó su trabajo, y con él debajo del brazo se presentó en la Cámara.

El doctor Gamboa estaba lívido y desencajado.

Se conocia que habia trabajado sin descanso dia y noche, lo que era una prueba de la pasion con que habia abrazado la causa de sus defendidos.

La defensa era de una gran estension y de una minuciosidad conocida hasta entonces.

Aquella pieza jurídica, hecha con un gran vigor de colorido y especial valentia, fué á conmover profundamente á la federacion, sembrando tal espanto en sus filas, que se halló de necesidad vital la supresion de Gamboa, clasificado de insolente salvaje unitario.

Pero la defensa estaba allí, tremenda y amenazadora, haciendo la luz de una manera implacable y resuelta.

¡El hombre que así hablaba tenia indudablemente muy poco apego por su cabeza!

Su objeto era descubrir la infame acusacion.

Ahora, el peligro que en tal empresa corriera él, era cosa muy secundaria.

Por eso es que con magnífico arrojo-empezaba su espléndida defensa de la siguiente manera:

«Justicia y no venganza, es el grito del pueblo argentino!

Resuene el acento de la ley, y calle el murmullo de las pasiones miserables!

Ningun poder me arredra á lanzarme en un campo escabroso y lleno de espinas, porque todo, todo vale muy poco, es muy subalterno á la dicha de hacer el bien y cumplir con el más santo de los deberes.

Esta es mi línea de conducta como defensor de los hermanos Reynafé, y me felicito de verme colocado en ella.

Les he jurado por la patria que nada economizaré para hacerme digno de la sublime mision que he aceptado.

No habrá entonces consideracion que sofoque mi pensamiento, y la verdad será mi centro, en que espero ver fructificar los eternos principios de lo justo y equitativo.»

Tenemos á la vista el original de aquella inmortal defensa, por la situacion en qué fué hecha, y nos complacemos en extractarla, aunque muy á la ligera.

El doctor Gamboa empezaba en seguida negando á Rosas el derecho de juzgar á sus defendidos y á los gobiernos ligados el de erigirlo en juez supremo.

No existe ninguna ley constitucional que sancione semejante atentado, y un fallo fuera de nivel de la ley ofende al Cielo, é irritando á los buenos, prepara el camino de mayores desgracias.

En estos puntos el doctor Gamboa se estendia muchísimo, demostrando con la mayor claridad que, ni Rosas podia ser juez de los Reynafé, ni debia haber recibido un nombramiento contrario á toda ley, á todo derecho y á toda conciencia.

«Qué es lo que sirve de base á semejante proceso? añadia indignado.

Las actuaciones hechas en Córdoba?

Esto es monstruoso y hasta falto de criterio.

Porque todo lo actuado en Córdoba presenta la imágen de un desórden inicuo, de una maldad sin ejemplo y del furor de las pasiones más viles.»

En seguida impugnaba al fiscal su conducta cobarde y pérfida en la interpretacion de las cartas privadas tomadas á los

presos, cartas que eran un justificativo, en vez de una acusacion.

«Si tales cosas pudieran interpretarse como la obra de la más refinada perfidia, agregaba, como el resorte de la hipocresia para ofender más á salvo, dejaria al momento de haber accion buena sobre la tierra.»

Con un lenguaje lleno de vigor y de pasion sublime, hacia pedazos la inicua acusacion del fiscal, y al llegar á las declaraciones en que tal acusacion estaba fundada:

—« Es falsa y mercenaria la acusacion que en su declaracion llena de mentiras hace el testigo Cabanillas, como son falsas todas las otras, — dijo.

En cuanto al anónimo de que hace mencion el fiscal, son papeles que jamás entraron como elementos probativos!

Estas pruebas han sido reputadas siempre como el éco de la perfidia y el arma de la iniquidad, que ha debido ser mandada al desprecio.»

Despues de analizar el cúmulo de contradicciones de que están plagadas las declaraciones de los testigos falsos, arroja al rostro del fiscal las mismas contradicciones de que se ha servido pérfidamente para su vista.

Toma como la más infame la declaracion del capitan Santos Perez, cabeza de proceso, y perfila con conceptos maestros y colores patéticos la fisonomia moral de este miserable.

Dejemos un momento la palabra al doctor Gamboa.

« Santos Perez de testigo!!

Este individuo, no ha mucho tiempo sufrió en Córdoba, por su vida criminal, doscientos azotes que se le aplicaron en una plaza pública, mientras Vicente Reynafé era investido de la primer magistratura, que desempeñó por muchos años haciendo la felicidad del pueblo cordobés.

¿Cuál ha sido la vida de estos dos hombres que el fiscal pretende colocar á un mismo nivel?

Mientras Santos Perez se ocupaba en cometer todo género de salteamientos y punibles liviandades, José Vicente y sus hermanos prestaban esquisitos servicios á la causa nacional.

Por último, cuando Reynafé reposaba tranquilo en el seno de su familia, aquel malvado, emboscado y cual tigre feroz, acechaba la víctima para despedazarla.

Esperaba el momento en que ni el clamor infantil ni el grito de la inocencia pudieran calmar su furor desenfrenado que á todo trance habia resuelto satisfacer.

Se trata de un miserable asesino que depone contra un hombre de bien para librarse de un castigo en que ha incurrido, y aceptar como pieza de conviccion una declaracion contradictoria é inicua, es una maldad y un contrasentido.

El fiscal, por último, se apoya en la voz pública, porque dice que la voz pública señala á los Reynafé como autores del crimen de Barranca Yaco.

Si se fuera á atender lo que dice la voz pública, há mucho tiempo que el calabozo de mis defendidos estaria hoy ocupado por muy distintas personas.»

Este era un cargo terrible que lanzaba el doctor Gamboa á la faz de la federacion, pues la conciencia pública sobre el crimen de Barranca Yaco, se habia formado desde que aquel se conoció.

Y el pueblo habia señalado con su dedo mudo pero inflexible á Juan Manuel de Rosas.

El doctor Gamboa, con una frialdad terrible y una lógica incommovible iba examinando todos los cargos y despedazándolos uno por uno.

Y en seguida, á nombre de sus defendidos, trataba de falsas y estúpidas las declaraciones que, como suyas, aparecian en la causa.

«Al observar el interés que los gobernadores de la Confederacion mostraban en que fueran condenados los Reynafé y la grosera estupidez con que ha sido inspeccionada aquella causa, no puede ménos que sentirse el espíritu exaltado de una amarga duda.

Serán los gobernadores de la Confederacion ajenos á este crimen?

Por qué se toman el derecho de juzgar á un igual y someterlo, por ley especial, sin valor constitucional alguno, á la sentencia de otro gobernador que no puede ser juez de manera alguna?

Cuál es, por otra parte, el valor legal de las declaraciones que prestan los tales testigos.

Ninguno, porque es declaracion que prestan los autores de un crimen, sin más objeto que atenuar el delito.

Todas son contradictorias, falsas ó infames.

Y el fiscal ha pasado por alto todo esto, y lo ha reunido sin órden ni talento para pedir una pena contra quienes no merecen sino consideracion y respeto!»

Si el pueblo no hubiera estado convencido de la inocencia de los Reynafé, la defensa del doctor Gamboa hubiera llevado el convencimiento pleno al espíritu más oscuro y difícil.

Pero el doctor Gamboa con una valentía de alma tremenda y un lenguaje contundente, no habia hecho más que consignar lo que todos pensaban y ninguno se atrevia á decir.

Este era el gran mérito que tenia aquella defensa, notable por otra parte como pieza jurídica.

«Encontrando el fiscal, concluía el doctor Gamboa, prueba remota del delito imputado á los Reynafé, lejos de poder acusarlos á una pena arbitraria, que no es la de la ley, sino la de muerte en los crímenes en que han querido hacerlos aparecer comprometidos, ha debido concluir pidiendo su absolucion

Pues si hay un crimen en todo esto, es el crimen que se comete en la persona de mis defendidos.

Así, por riguroso derecho, debe abstenerse el Gobernador de Buenos Aires de sentenciar en esta causa, además de todo lo dicho, porque él anticipó en ella su voto del modo más solemne.

Esta causa debe ser devuelta á los gobiernos que la han for-

mado, poniendo el gobierno de Buenos Aires en libertad á mis defendidos, tan inocentes del crimen que se les imputa, como yo mismo.

Esto, ó que se espida la absolucion de los acusados.

Son los dos únicos caminos honrados que tiene el Gobierno de Buenos Aires para evitar su complicidad en indignidad mañana.»

Esta fué la terrible defensa de los Reynafé, en que el inflexible abogado anonadó á los verdaderos autores del asesinato de Quiroga.

Era inconcebible para ellos cómo aquel hombre habia tenido la audacia y el valor desmedido de azotarles la cara con aquel sumario.

—Es un imbécil, dijeron los federales, que ha querido hacerse notable aún á costa de su cabeza.

—Pobre mentecato, exclamaba el doctor Maza para pasar el mal trago de aquella defensa—sus injurias no pasan de ser otra cosa que los desahogos de un pobre loco.

Es que la defensa de Gamboa, como al fiscal, se le habia enterrado en el corazon como una puñalada.

Cuando Rosas tuvo conocimiento de ella, se entregó a toda la violencia de su furor.

Insultó á Maza diciéndole que él tenia la culpa de aquel atentado, y dió de trompadas al fiscal, pues segun él, sus brutalidades eran las que habian dado armas á Gamboa para hacer su argumentacion insolente

—Todos los Gamboa del mundo, exclamaba, no serán bastantes á arrancarme un solo pelo de los Reynafé.

En cuanto á la defensa, tendrá el castigo merecido.

Yo le he de preguntar á ese compadrito si así no más se me ha de subir á las barbas.

Sabido es que la pasion de Rosas era tratar de compadritos á las personas de alguna distincion ó posicion social.

El doctor Gamboa supo todas las amenazas de que era blanco, pero ni siquiera se conmovió.

Sonrió, cuando se las trasmitieron, con toda la nobleza de su gran corazon, y repuso:

—Poco me importa.

He cumplido con el más honroso de los deberes y estoy perfectamente tranquilo.

Rosas tenia un astucia proverbial.

Comprendió que si se dejaba arrastrar de la ira, mandaria matar á Gamboa, lo que equivalia á confesar que la defensa era contundente, y se reprimió.

—Mas tarde, dijo, no ha de faltar pretesto.

Y mandó á Maza que agregase la defensa al sumario, en prueba del desprecio que le merecian sus conceptos.

—Ahora, apúrese usted á concluirlo y pasarlo al Asesor.

Quiero que esto termine de una vez, porque ya se vá prolongando demasiado.

El doctor Maza, despues de la defensa de Gamboa, se encontraba ménos sereno.

Pero ya no tenia más remedio que obedecer y apoyar el terrible dictámen fiscal.

Su menor vacilacion, en el estado que estaba Rosas, habria sido de consecuencias terribles.

Y Maza era cobarde, porque se sentia encerrado en un aro de fierro.

Rosas y el partido federal era su salvacion única porque ni aún rompiendo con ellos, los unitarios y lomos negros hubieran olvidado que habia sido el consejero infernal de aquel sér maldito.

—Es preciso hacer de tripas corazon, pensó tal vez.

Ya este es mi único camino.

O tal vez perdido todo sentimiento humano, aceptó aquella infame mision, con la indiferencia de su alma depravada.

El partido unitario se habia alborotado, por su parte, con la defensa del doctor Gamboa.

Todos admiraban su valor, y lo felicitaban con toda la es-pasion de sus corazones oprimidos.

Los hermanos Reynafé eran los únicos en quienes aquella defensa habia producido una impresion de profunda tristeza.

—Noble amigo! exclamó José Vicente, dejando correr dos lágrimas, arrancadas á la gratitud.

Se ha perdido sin fruto alguno.

Ha levantado sobre su corazon esforzado el puñal de la fe-deracion, sin que nosotros nos salvemos.

Es preciso ser dignos de esa abnegacion y esa defensa.

Por mi parte la muerte es lo ménos malo que puede ya su-cederme.

—Cuando contemplo hombres de este temple de alma esce-pcional, dijo Guillermo, me veo disminuir yo mismo hasta el tamaño de un gusano.

Francamente no creí que en la República entera hubiese un hombre dueño de semejante fibra!

Cuando defensor y defendidos se vieron en el hospital por última vez, tuvo lugar entre ellos una escena de lás más paté-tica.

—He hecho lo que he podido y lo que he debido, decia el noble abogado, pero me queda el temor de que todo sea estéril.

—Eso lo sabemos desde que se nos tomó la primer declaracion.

Hay el firme propósito de asesinarlos, y no hay remedio.

Pero usted noble amigo, añadió Vicente tomando las dos manos de Gamboa y oprimiéndolas sobre su corazon;

¿Porqué se ha perdido así por una causa sin remedio?

Es la única tortura que vamos á llevar á la tumba!

—Me siento tan satisfecho con mi defensa, contestó el abo-gado, que ahora me parece que valgo algo más ante los ojos de Dios, único Juez á quien temo.

Ya trataremos de evitar la tormenta—siempre ha de haber tiempo!

Los Reynafé guardaron silencio, conmovidos con tanta gran-deza.

—Si no se vá de Buenos Aires, nos promete que volveremos á vernos? preguntó Vicente.

Confieso que tendré un gran consuelo si antes de morir puedo estrecharle la mano.

—Lo prometo solemnemente, siempre que estos bandidos no me nieguen la entrada.

En ese caso, aunque sea de lejos, le prometo que nos hemos de ver de nuevo.

Son exajerados, por otra parte, los temores que se abrigan contra mí.

Cualquier acto hostil que contra mí cometiera esa gente, seria para ponerlos en transparencia y esto no les conviene.

Son demasiado pillos para dar á entender que les he hecho irritar.

Más tarde, no digo que no intenten algo, pero por ahora no hay peligro.

Ellos no me han de dar la razon cometiendo conmigo un nuevo crimen.

Aquellos cuatro hombres se separaron por fin.

Gamboa, contento y satisfecho de sí mismo.

Los Reynafé, con el ánimo amargado por quel noble y abnegado sacrificio.

El doctor Gamboa se habia hecho con este motivo el personaje más espectable en aquellos momentos.

La federacion, por lo pronto, se habia contentado con señalarlo y esperar la ocasion de herirlo en el corazon, puesto que por el corazon habia pecado.

Sigamos entre tanto los trámites de la causa, entregada á los tres bandidos que habian de concluiría.

Rosas, como juez inapelable, D. Manuel Vicente Maza como juez especial comisionado y el doctor Lahitte como asesor general.

LA SENTENCIA DE MUERTE

Así como los Reynafé fueron defendidos por Gamboa, cada uno de los otros acusados nombró un defensor, ó se le nombró de oficio, como á Francisco Reynafé, que, juzgado en rebeldía, escapaba al puñal de la federacion.

Todas aquellas defensas fueron cada cual más vergonzosa, pareciendo muchas de ellas una acusacion fiscal.

La ménos impávida de todas era la encomendada al doctor Velez, que empezaba á figurar entonces como un inteligente abogado.

Velez, como muchos otros ciudadanos, era federal por temor, y no se atrevia á romper la corriente ni á obrar contra las órdenes y deseos de quienes todo lo podian segun lo estaban probando en aquella misma terrible causa.

Reunidas todas estas defensas á la causa, fué esta entregada

al Asesor General de Gobierno, doctor D. Eduardo Lahitte, para que diera su dictámen á la brevedad posible.

El Dr. Lahitte no era un hombre malo, pero era un hombre débil, que es peor todavía, y tenia miedo hasta de pensar privadamente con independencia.

Se habia habituado á aquella dominacion brutal que ejercia Rosas en todos aquellos hombres que lo rodeaban, y estaba esclavo de cuerpo y de alma.

Conocia á fondo á Rosas, y ni con el pensamiento se hubiera atrevido á contrariar su más leve voluntad.

Qué podia esperarse de un hombre en semejantes condiciones?

Es claro que la sancion de todas las iniquidades cometidas, y lo que es peor todavía, las que faltaban aún que cometer en aquel sumario.

El Dr. Lahitte se tomó el tiempo que creyó necesario para el estudio de la causa, que jamás leyó porque era inútil.

Sabia que aquella acusacion y dictámen de fiscal eran ordenados por Rosas.

Entonces no habia que hacer otra cosa que leerla y espedirse de acuerdo con ella.

El conocia además la opinion de Rosas, sabia que Gamboa estaba condenado y no queria correr igual suerte.

Leyó los fundamentos de su colega y amigo Maza, el dictámen fiscal, y se puso á zurzir el suyo, tomándoles los puntos á esas dos inícuas piezas del proceso.

La conclusion debia ser fatal bajo tales auspicios.

El asesor doctor Lahitte, de acuerdo con el fiscal y con el juez Maza, pedia la pena de muerte para los Reynafé, Santos Perez y demas ejecutores del asesinato.

Para los demas presos se pedia todo género de penas ménos la de la muerte, salvo el parecer y resolucion del juez supremo é inapelable.

¡Cómo se iluminó la mirada del tirano cuando tuvo en su poder la causa concluida!

Con qué fiebre de sangre leyó aquellas tres opiniones contestes en la sentencia de muerte, á pesar de la defensa del salvaje Gamboa!

Aquel cúmulo de iniquidades reunidas en la forma de sumario, constaba de 1844 fojas.

Mil ochocientas fojas donde no habia una sola palabra de verdad, fuera de la defensa del Dr. Gamboa!

Mil ochocientas fojas donde la calumnia y la impostura desempeñaban el principal papel!

Y todavía el juez Maza tenia la insolencia de elevar la causa con una nota donde se leia este párrafo monstruoso:

«La gravedad de la causa, lo complicado de esta, la estension del proceso y la cantidad de personas sumariadas, exijan una contraccion más detenida, una atencion esclusiva que no ha podido tener el juez especial comisionado: procediendo *para su mayor desconsuelo* á verificar la entrega de la causa *sin la satisfaccion de haber dado una segunda mano á la obra,*

Mas en esto, los que la revisen, suplirán y corregirán los defectos que en ella encontrasen.»

Aquel era el colmo del cinismo y de la infamia.

Al juez Maza le parecia poco haber llevado al patíbulo cuatro inocentes, y lamentaba no haber dado á su obra inicua una segunda mano!

La publicacion de esta nota levantó una tormenta de indignacion hasta en los mismos federales de buena fé.

Porque todavia habia hombres que creian de buena fué que Rosas era duro momentáneamente, para cimentar su gobierno.

Porque una vez regularizado el país, cesarian las facultades extraordinarias y volverian los ciudadanos al goce de sus libertades y el país á una era de paz y prosperidad.

Pero aquella nota de Maza en un proceso cuyas causas eran del dominio de todos, no pudo ménos que sublevar á toda conciencia honrada.

Los federales exaltados, aseguraban que Rosas no firmaria aquella triple sentencia.

—Va á mostrar su gran magnanimidad, decian, perdonando á los reos, á pesar de la opinion unánime de todos los que han andado en el sumario.

El es así, agregaban.

Quiere demostrar la gran justicia que hay en castigar á esos malvados, para que su perdon sea mejor apreciado.

Es que entonces, ni los mismos federales conocian las entrañas de Rosas y toda la maldad que abrigaba su corazon depravado.

Así el pueblo de Buenos Aires se echó á temblar materialmente cuando conoció la feroz sentencia que publicamos á continuacion, suprimiendo solo los largos considerandos que carecen de todo interés.

«Viva la federacion!

Mueran los salvajes, unitarios!

Buenos Aires, etc., etc.

El Gobierno de Buenos Aires, visto el proceso seguido de oficio contra los autores y cómplices del crimen de Barranca Yaco, por especial y uniforme delegacion de los Exmos. Gobernadores de las Provincias confederadas, etc., y considerando que resulta probada de un modo pleno la existencia del cuerpo del delito, (aquí siguen las largas consideraciones que omitimos, porque ellas no son más que un extracto de lo que ya conocen nuestros lectores y que terminan así):

Por la ley, en nombre de la Patria y á virtud de las facultades que le han sido delegadas por los gobiernos de la Provincias confederadas, el Gobierno falla que debe condenar como condena.

Io á José Vicente Reynafé, Francisco Reynafé, Guillermo Reynafé, José Antonio Keynafé, Santos Perez, Feliciano Figueroa, Cesáreo Peralta y Basilio Márquez, Fermin Flores, José María Suarez, Solano Juarez, Francisco Peralta, Marcelo,

Figuroa, Mateo Márquez y Marcelo Márquez, á sufrir la pena ordinaria de muerte, con la calidad de aleve, que deberá ejecutarse en la plaza 25 de Mayo, asistiendo al acto las tropas de la guarnicion;

Debiendo, en seguida de la ejecucion, suspenderse por seis horas en la misma plaza los cadáveres de los reos José Vicente, Francisco, Guillermo, José Antonio Reynafé y José Santos Perez, autores y principal ejecutor del crimen, para que puestos en espectacion se desagравie la vindicta pública, etc.

2º A los coadyuvadores y cómplices Juan Pedro García, Feliciano Romero, Pedro Pablo Juncos, José Suarez, Mariano Barrionuevo, Miguel Juarez, Nicolás Juarez, Calisto Guzman, Cándido Pizarro, José Leon Flores, Dalmacio Parra, Eufrasio Suarez, Felipe Suarez, Eustaquio Lucero, Benito Moyano, José María Bustos, Balbino Aguirre, Benito Pizarro, Pablo Cabrera, Miguel Figuroa, Miguel Suarez Guevara, Roque Juncos, Miguel Suarez Márquez, Rosa Casas y Justo Casas, á que sean sorteados, cuyo acto, autorizado por el Camarista Juez Comisionado para la sustanciacion de la causa con el escribano de ella, asistencia del Fiscal del Estado y de los defensores de los espresados reos, deberá practicarse en la forma que designe el Gobierno; debiendo diez y siete de estos veinte y cinco reos sufrir la pena ordinaria de muerte, y los ocho restantes la de diez años de presidio, con una barra de grillos; presenciando la ejecucion de los treinta y dos que son condenados á muerte como autores, ejecutores y cómplices en aquel espantoso atentado.

(En seguida viene la condenacion á diversas épocas de presidio, de todos los demás individuos encausados como cómplices, concluyendo así la sentencia):

Así mismo condena á los reos de mancomun *et insolidum* á la reposicion del papel sellado correspondiente á las actuaciones obradas en esta causa, á la restitution de las especies robadas ó su estimacion, respecto de las cuales y de cualquiera otra accion á que haya lugar ed derecho, se deja á los interesados el que les corresponde, para deducirlo ante el Camarista Juez Comisionado, y al pago de las costas procesales, que deberán regularse segun los aranceles vigentes: para todo lo cual se repetirá el oficio librado al Exmo. Gobierno de la Provincia de Córdoba.

Y por esta sentencia que será notificada á los reos y al alcalde de la cárcel, publicada en los periódicos, inserta en el Registro Oficial, fijada por carteles en los lugares públicos de los pueblos de la Confederacion y comunicada á sus Exmos, Gobiernos, definitivamente juzgando así lo provee, manda y ordena á virtud de la especial autorizacion de los mismos.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

Felipe Arana. »

Esta era la sentencia feroz con que Rosas iba á aterrar la poblacion.

El espectáculo de los cadáveres suspendidos en horcas durante seis horas, era para él la parte maestra de la sentencia.

Sería el golpe de muerte asestado á la cabeza y al ánimo de los salvajes unitarios.

Quién se atrevería en adelante á conspirar contra Rosas?

Á pesar de todo esto, Rosas era presa de un furor reconcentrado.

Se le escapa una víctima que dejaba la obra incompleta.

Francisco Reynafé tendría que ser fusilado y colgado en efígie, porque él había puesto su cuello á salvo.

Los Reynafé oyeron la lectura de aquella sentencia bárbara, sin la menor muestra de terror.

—Todo está bueno, observó Guillermo, ménos una cosa que no podrá cumplirse, á pesar de todo el deseo y voluntad de ustedes.

—Y cuál es ella? preguntó el juez Maza con altanería.

—Ella es la muerte de Francisco Reynafé, agregó Guillermo sonriendo.

Parece que el muchacho no está conforme con la sentencia y que no quiere que se cumpla.

Siento mucho por el ridículo que cae sobre ustedes, pero alguna contrariedad habían de tener!

No todo sale á medida del deseo, amigo Maza, y sabe Dios si el buen Francisco no se halla mañana en situación de aplicar á ustedes la misma sentencia, sin más modificación que el cambio de nombres.

La vida da muchas vueltas, juez Maza! muchas vueltas!

Y prorumpió en una ruidosa carcajada á que hicieron coro José Vicente y José Antonio.

—Parece que no les hace impresion la sentencia, observó el escribano irónicamente.

Más vale así y sentiría que al último momento fueran á cambiar de aspecto.

—No lo crea usted, señor escribano, respondió entonces José Vicente.

Hemos batallado tanto por la patria y tantas veces hemos visto vagar la muerte á nuestro lado, sintiendo su helado soplo, que le hemos perdido todo temor.

De algo se ha de morir, señor dador de mala fé, y lo mismo es una pulmonía que una horca, cuando el que muere es un Reynafé.

Es cuestion de forma—lo mismo se asesina de una puñalada que con un dogal.

Solo los criminales temen la muerte de horca, y los Reynafé no están en ese caso.

Tal vez el Juez Maza pueda dar á usted mejores ideas al respecto.

Está tan pálido y conmovido, que cualquiera creeria que es él quien debe morir.

Cuestion de conciencia no más.

Sin explicar una palabra, el Dr. Maza recogió sus papeles y

se retiró seguido de escribanos y secretarios, despues de haber hecho á los presos una notificacion más mortificante que todas.

—Estando ustedes buenos, y sobre todo no necesitando ya remedios porque la enfermedad de la sentencia no tiene cura, el gobierno ha decidido que vuelvan ustedes á la cárcel.

—Como ustedes quieran, dijeron los hermanos.

Estamos dispuestos á todo martirio, ménos al de escucharlo á usted mucho tiempo, porque si al principio nos divierte, pronto nos dá asco.

Era este el único desquite que en situacion tan amarga podian tener los condenados.

Cuando Maza hubo salido, los tres hermanos se abrazaron, permaneciendo así largo tiempo.

Necesitaban dar algun desahogo á sus oprimidos corazones. No sucedió lo mismo con el capitan Santos Perez.

Este que esperaba salir libre de toda culpa y cargo, porque no habia hecho sino obedecer como militar las órdenes de sus gefes, siendo por consiguiente de todo punto irresponsable, y porque además aún se lo habian prometido para arrancarle sus declaraciones, quedó aterrado cuando oyó leer su tremenda sentencia.

Se echó á temblar como un azogado y presa de un terror convulso, apénas pudo exclamar.

—Esto no es lo convenido! esto no es lo convenido!

Se me prometió que no iban á hacerme nada, y ahora me condenan á muerte.

Pues ahora yo hablaré tanto, que me han de oir los mismos diablos del infierno.

Y empezó á retorcerse en medio del terror más desesperante,

Todavía los jueces tuvieron palabras con que engañar á Santos Perez.

—Si hablas, le dijeron, te pierdes sin remedio.

Esto no es más qué un aparato para que los demás no tengan que hablar.

En el último momento se te pondrá en libertad y se te dará dinero para que te vayas.

Santos Perez no comprendió la necesidad de engañarlo y tragó el anzuelo guardando silencio.

Temian que hablara y necesitaban engañarle hasta el último momento.

El doctor Gamboa fué á ver esa noche á sus defendidos.

Los Reynafé estaban perfectamente tranquilos.

Habian desahogado entre sí sus corazones, y estaban tan conformes con su suerte como si no se tratara de ellos en la infamante sentencia.

—¿Qué tal, mis amigos? preguntóles el abogado.

Veó que el ánimo está entero y como conviene á hombres de sus antecedentes.

—Perfectamente serenos y tranquilos, dijo José Vicente.

Me parece muy difícil que logren doblegarnos.

—Lo único que me mortifica, dijo Guillermo, siempre riendo, es el negocio de la colgada.

Confieso ingénuamente que no me hace gracia eso de estar colgado seis horas, sufriendo los insultos de la canalla que vendrá á vernos, pues solamente canalla puede concurrir á semejante espectáculo.

¡Caramba, ojalá pudiera darles un buen puntapié!

¡Con qué gusto lo haría!

—Aún no se ha perdido todo, respondió el doctor Gamboa.

Todavía me queda algo que hacer como defensor.

Ninguna esperanza tengo, pero quién sabe, siempre hay que fiar en Dios.

Puede ser que consiguiéramos aunque solo fuese una modificación.

—No se moleste ni se esponga más, mi noble amigo, que demasiado ha hecho usted ya por nosotros!

Cuando nada ha conseguido con su magnífica y luminosa defensa, insistiendo en ello no lograria otra cosa que atraer sobre usted alguna fatalidad.

Nosotros estimamos en lo que vale su abnegacion y su esfuerzo.

Ya no hay remedio, ni se puede insistir con semejantes bandidos.

—Yo soy como esos médicos empecinados, que á pesar de estar convencidos que una enfermedad es incurable, no abandonan al enfermo mientras la materia esté animada por un soplo de vida.

Mi deber me llama á tentar el último recurso.

Yo no puedo abandonarlos hasta no verlo todo perdido y cumplida la sentencia.

No traten ustedes de arrebatar me este noble y envidiable deber, porque seria inútil.

Lo que me falta que hacer lo haré á pesar de todo.

Duerman entonces tranquilos, pues todavía hay que esperar en Dios, ya que los hombres son la negacion de todo sentimiento digno y humano.

Aquellos cuatro hombres, conmovidos hasta las lágrimas, se estrecharon en silencio.

Los mismos Reynafé, que recibian con una indiferencia glacial la noticia de su muerte, ante aquel corazon grande y noble, sentianse conmovidos de una manera poderosa, pero dulce y apacible.

Era uno de aquellos enternecimientos que bañan el espíritu de un raro bienestar preparándolo á la conformidad más íntima.

Cuando el doctor Gamboa salió, los Reynafé lo acompañaron con una mirada de supremo cariño y admiracion.

—Con media docena de hombres de ese temple, dijo José Vicente, no daba yo la pitada de un cigarro por el tiempo que quedara á Rosas para gobernar.

Estos son los hombres que sublimizan las grandes causas, hermanos míos, desde la cárcel hasta la cruz, desde el banquillo hasta el Calvario.

Valiente corazon! y pensar que queda espuesto al puñal de los esbirros de Rosas!

No me conformo con haber recurrido á este hombre!

Le he labrado su mayor desgracia!

En seguida los hermanos Reynafé se entregaron á una conversacion de todo indiferente.

—Qué broma volver á la cárcel! dijo Guillermo entre un bostezo real ó finjido.

Ya me está indigestando la idea del cogote crudo y los mendrugos revolcados!

Se van á aprovechar estos bandidos y no van á hacer otra cosa que torturarnos.

Lo que es yo, en mi último dia voy á tratar de morderle una oreja aunque sea, al que más nos haya mortificado.

Fué tal la expresion de jovialidad con que dijo aquello, que el mismo centinela no pudo reprimir la risa.

—Lo que siento, dijo, es que pueda tenerla súcia.

Sus mismos hermanos rieron mucho con su clásico gesto de asco, y trataron de conciliar el sueño que huía de sus párpados.

Por valientes que fueran, por indiferentes que les fuese la muerte, ellos tenian familia y no podia ménos que amargarles todos los instantes de la vida.

¿Cómo reposar un minuto tranquilo, cuando se tiene sobre el corazon, como una montaña, el recuerdo del hogar perdido para siempre?

Se piensa en la muerte sin poder recibir la infantil caricia del hijo querido.

Se piensa en aquellos rostros cuya mirada llenan el corazon de suprema dicha.

Se piensa en la caricia de cada ademan, de cada palabra y se siente sobre la carne un frio de muerte.

—Moriré lejos de los míos! dice el pensamiento, sin que una mano amiga me haga una seña!

—Moriré sin que la mano de mi esposa cierre mis ojos apagados por la muerte! agrega el deseo.

Y la amargura es tremenda y se siente el veneno de la última desventura.

Es entonces que el corazon se vuelve á Dios y se vé como un rayo de luz entre la oscuridad de aquella orfandad terrible.

Esta era la situacion de aquellos tres hermanos, cuya marcha por la vida les hacia esperar un fin bien diverso.

Ah! el lazo de los hijos! hé aqui la gran cadena que amarra al hombre á la vida!

Ellos amarran la existencia desde la cuna á la tumba, porque se vive en una perpétua zozobra.

En todas partes se vé para ellos un peligro de muerte y nada en su bien satisface por completo.

Pero una caricia, una sonrisa tan solo, viene á compensar con exceso todo lo que han hecho sufrir.

Morir rodeado por la esposa y los hijos, morir bajo la aureola del cariño y del amor!

Hé ahí la felicidad suprema á que puede aspirar con derecho el que forma una familia, felicidad que escapaba á aquellos hombres tan dignos de mejor suerte!

Al otro día la almohada de José Vicente estaba empapada.

Aquel corazon de leon habia sido doblado por la pena del recuerdo del hogar, y habia llorado como llorarian sus propios hijos.

Cubrió la funda con el brazo para ocultar á sus hermanos su dolor y no aflijirlos más, y se mostró tan sereno como el día anterior antes de conocer la sentencia.

El doctor Gamboa, entre tanto, no habia perdido el tiempo.

Aquella noche habia velado tambien, confeccionando la página de su defensa.

Recorria en un lenguaje conciso y brillante todos los antecedentes y marcha de la causa.

Calificaba la sentencia de muerte con términos duros pero elevados, y pedia se revocase por ser contraria á todo derecho, á toda ley, á todo proceder honrado y á todo sentimiento de humanidad por fin.

¿Con qué derecho D. Juan Manuel Rosas, nombrado Juez por personas que no podian hacerlo, arrancaba la vida á hombres beneméritos, llenos de servicios é inocentes del crimen que se les imputaba?

Examinando de nuevo aquel voluminoso espediente, desde las infames actuaciones de Córdoba hasta el proceder vergonzoso é inícuo del fiscal, asesor y juez especial, concluia por asegurar que, por semejante sumario, los únicos que merecian pena eran aquellos que lo habian confeccionado.

Yo debo insistir en mostrar al gobierno, decia, que sufre un error tremendo.

Que ni hay causa para esa sentencia, ni él puede darla.

Insisto en sostener, concluia, que la causa debe devolverse á su procedencia, prévia absolucion y libertad de los Reynafé.

Por lo ménos, ya que se quiere juzgarlos, sométaseles á un tribunal competente, que haga una nueva causa y falle en seguida, porque lo actuado es hasta depresivo á la dignidad humana.

El doctor Gamboa remitió al juez Maza aquel notable escrito, como una apelacion á la brutal sentencia.

El juez Maza, temblando de ira, lo llevo á Rosas, pidiéndole instrucciones para proceder.

—Es preciso no rechazarle esta apelacion para que no hablen, dijo Rosas.

¿Qué se puede hacer en ese sentido?

—Pedir á los demás defensores que amplien sus defensas, ó hagan las observaciones que quieran á la sentencia, respondió el miserable instrumento.

De este modo se púede ampliar la causa, pedir nuevo dictámen al asesor y fiscal sobre lo nuevamente actuado, y disponer V. E. lo que quiera.

—Muy bien — esto será como una segunda instancia en que algo modificaré para que nada tengan que reprocharme.

En cuanto á ese que se quiere lucir contrariando mi voluntad y faltándome al respeto, ya lo compondremos como se merece.

Veremos si le quedan bríos para defenderse él mismo.

En cuanto á los Reynafé, pueden recurrir al diablo, pero ni el mismo diablo los arranca de mis masos.

No me conocen como soy yo para hacer lo que me propongo!

Poco tiempo despues de salir Maza del despacho de Rosas, llamaba este á un oficial de los muchos que estaban con sus jefes á su servicio particular.

Acudió un capitán Beruti, á quien habló así:

—¿Conoce usted al doctor Gamboa, el salvaje unitario que está defendiendo á los Reynafé?

Sí, excelentísimo señor.

—¿Sabe usted dónde vive ese malvado y traidor á la federación?

—Sí, excelentísimo señor.

—Muy bien, se sitúa usted en las inmediaciones de su casa, y en cuanto lo vea salir á la calle, le arranca usted la divisa y el chaleco punzó.

No regrese usted hasta no haber cumplido la orden.

Puede retirarse.

Beruti era un oficial de sentimientos y de corazón—así es que recibió aquella orden como una condena.

—Mire usted, concluyó don Juan Manuel, deteniéndolo.

En ningún caso usted invocará órdenes mías.

Usted obre por su sola cuenta y capricho.

Vaya usted.

Era aquella una orden del diablo.

¿Pero cómo librarse de su cumplimiento?

No había más que obedecer ciegamente ó atenerse á las resultas.

Beruti conocía al doctor Gamboa y lo estimaba como hombre de honor y cumplidísimo caballero.

No podía, pues, haber recibido una orden que le fuera tan violenta.

Invocando órdenes superiores, ménos mal.

Pero así, como acción propia y espontánea, era cosa muy dura para un jóven que había logrado conservar sus sentimientos de honor.

Beruti fué á situarse en las inmediaciones de la casa de Gamboa, deseando que éste no saliera en toda su vida.

Pero pocos minutos despues el doctor Gamboa salía de su casa, y sério y digno como siempre, se dirigió precisamente hácia donde estaba el oficial.

Lo había visto desde que salió, pero el aspecto decente y reposado del jóven no le inspiró la menor desconfianza.

En la situación que él se había creado, Gamboa debía descon-

fiar de todos y de todo, pero no podia prescindir del desprecio con que se habia habituado á mirar las cosas federales.

Así, caminaba tranquilamente, cuando al llegar á donde estaba el oficial, este se le cruzó por delante y estiró al pecho una mano conmovida y temblorosa.

Allí estaba colocada la larga divisa con que el doctor Gamboa queria comprar la tranquilidad de su familia.

Al ver que un oficial le cerraba el paso y estiraba la mano á su pecho, el doctor Gamboa dió un paso atrás y lo envolvió en una mirada severa y despreciativa.

Parecia querer buscar el puñal que debia brillar en la mano del jóven asesino.

Pues para el doctor Gamboa, en aquel momento se trataba de un asesinato ordenado por Rosas, puesto que era un oficial del ejército quien lo acometia.

Ante aquella mirada serena y aquella actitud severa, el oficial se sintió conmovido, bajó sus ojos y no se atrevió á avanzar.

—Hiera usted, jóven, dijo entonces Gamboa, que nada podia temer desde que era un solo hombre el que le atacaba.

Hiera usted sin miedo y sin consideracion.

El jóven bajó entonces la mano, y alzando el semblante enrojecido por la vergüenza, miró al abogado de una manera reposada y digna.

—No se trata de eso, doctor Gamboa, repuso entonces, sino de mucho ménos.

Quiero ahora hablar con usted, pero no en la calle, porque si me ven talvez me cueste la cabeza.

Si usted quiere acceder á mis ruegos vuelva usted á su casa, que yo entraré dentro de algunos minutos.

Y se retiró lentamente hácia la esquina opuesta.

El doctor Gamboa reflexionó un momento, pensó que el porte y el rostro de aquel jóven non eran los des un asesino, y sin decir una sola palabra regresó á su casa.

Solo si que, por exceso de precaucion, se echó una pistola al bolsillo.

—Puede ser una treta, pensó, pero al ménos, si no es más que él solo, caro le ha de costar el cumplimiento de sus órdenes.

Cinco minutos despues, el oficial entraba al zaguan, y se metia al patio, como evitando ser visto.

—¿Qué me quiere usted? preguntó entonces Gamboa, ya perfectamente dueño del terreno, desde que el oficial se presentaba solo.

Comprendiendo el jóven lo violento de la situacion y las razones que para sospechar de él tenia el doctor Gamboa, se apresuró á explicar el incidente.

—Hoy es cosa muy leve, dijo, però puede ser grave mañana.

Y refirió al pié de la letra la orden que de boca del gobernador habia recibido.

—No he podido prescindir del respeto que usted me inspira,

agregó el jóven, y si usted no me entrega de buena voluntad el chaleco y la divisa, me retiro sin cumplir la órden, custeme lo que me cueste.

Gamboa se sintió conmovido ante aquel noble proceder.

—No trato de resistirme, jóven, al contrario, y me admira la nobleza de su corazon honrado y puro.

Puede usted arrancarme esas prendas, porque de todos modos me las arrancará mañana, tal vez con la vida, otro enviado ménos noble.

—No pongo yo mis manos sobre usted por nada de este mundo.

O usted me las entrega, ó me retiro sin ellas.

Gamboa tuvo que convencer al jóven de la necesidad que habia en que lo despojara de ellas en la calle, y á la vista de alguno.

—De esta manera queda usted más seguro y yo más tranquilo.

El oficial se retiró despues de recibir un apretón de manos de aquel digno hombre, que salió tambien á los pocos minutos.

A pesar de todo lo que habia dicho al oficial, se vió en la necesidad de despojarse de las prendas en cuestion, pues este se negó á hacer el aparato de tomaras bruscamente.

—Mire usted que lo observan desde el almacén.

—Me es indiferente, démelas usted.

Gamboa se quitó el chaleco y la divisa que entregó al jóven mirándolo como una caricia.

Poco tiempo despues aquel noble rasgo era conocido de Rosas, que se lo hizo pagar con una muerte horrible, que narraremos á su tiempo.

Así quedó el doctor Gamboa señalado por el dedo sangriento de la federacion, como salvaje unitario aliado á los asesinos.

—Es preciso que se vaya cuanto antes, le decian sus amigos.

No se esponga á que le quiten tambien la cabeza.

—Tengo que ver primero el resultado de mi última defensa.

—Pero por lo ménos mande usted su familia !

—Eso no digo que nó.

En cuanto á mí no me voy hasta que no ejecuten á los Reynafé.

Tengo el deber de acompañarlos hasta el último trance.

Entre tanto la causa, en aquella cómica segunda instancia, se agitaba de una manera vertiginosa.

Cada defensor habia sido requerido por si tenia algo que agregar.

Y todos presentaban su correspondiente mamotreto, más ó ménos de un tenor.

La mayor parte se habian contentado con elevar una simple súplica á nombre de sus defendidos, pidiendo se les conmutase la pena, haciéndoles gracia de la vida, pues reconocian su infame culpabilidad.

Y otros agregaban á la súplica mil promesas, como la de

servir en el ejército sin límite alguno de tiempo, desde que cumplieran su nueva condena, si el gobierno les perdonaba la vida.

A Santos Perez le dijeron que era preciso pedir gracia para mejor disimular su perdon, y este la pidió de la manera más servil que le fué posible.

La causa, con las nuevas defensas y súplicas, fué pasada al fiscal y al asesor, quienes despues de largas digresiones y consideraciones infamemente estúpidas y estúpidamente infames dieron una nueva vista, igual á la primera.

Volvió la causa al juez especial comisionado, quien la elevó con una nueva nota á manos de Rosas.

Segun Maza y los otros, la sentencia que dieron en llamar de primera instancia, estaba perfectamente fundada y, visto el crimen que se habia cometido, podia calificarse de sentencia magnánima.

Por tanto, una disposicion que debia cumplirse en todas sus partes.

Aquí llegaba á Rosas la ocasion de fingir una magnanimidad estupenda, pero, por supuesto, no en beneficio de los Reynafé, que no tenian nada que esperar de aquellos infames.

Hé aquí las modificaciones que hizo Rosas á la calificada sentencia de primera instancia.

PRELIMINARES

Hemos dicho que Maza, despues de agregar las nuevas defensas y pedidos de gracia que habian hecho algunos, elevó la causa al fallo de segunda instancia.

Aquella especie de apelacion de la primer sentencia era hecha al mismo juez que la habia pronunciado y declarado que no habia poder en el mundo capaz de librar á los Reynafé.

Sin embargo, la ceguera federal llegaba hasta afirmar que el general Rosas revocaria su primer sentencia pronunciando un acto de perdon general.

No era que ellos lo creyeran así, sino que pretendian con esto dar una esperanza á los unitarios y á los condenados para que el golpe fuera más violento.

Rosas entretanto modificaba su feroz sentencia de la siguiente manera :

Siempre bajo el lema de: ¡Viva la Federacion! y despues de sus considerandos tendentes á demostrar lo infame del asesinato de Quiroga, hacia estas modificaciones :

«Se cumplirá la sentencia definitiva de fojas 87, con estas reformas:

1.º Que la ejecucion de la pena de muerte que por dicha sentencia se impone á José Vicente Reynafé, Guillermo Reynafé, Francisco Reynafé, José Antonio Reynafé y Santos

Perez tenga lugar en la plaza de la Victoria, con la calidad de circunstancias que en ella se alegan, debiendo en seguida de la ejecucion suspenderse los cadáveres, por seis horas, en la misma plaza.

2.º Que la ejecucion de la misma pena de muerte en la parte relativa á los oficiales Cesáreo Peralta y Filomeno Figueroa, se verifique en la plaza de Marte.

3.º Que los ejecutores de la degollacion, á saber: Basilio Marquez, Fermin Flores, José María Juarez, Solano Juarez, Marcelo Figueroa y Francisco Peralta, condenados á sufrir la pena de muerte en dicha sentencia, sean sorteados con los cooperadores Juan Pedro Javier y Marcelo Márquez; de todos los que, tres sufrirán la pena de muerte y serán ejecutados en dicha plaza de Marte y los cinco restantes que por la suerte libren la vida, quedan destinados á presidio por diez años.»

El 4.º 5.º y 6.º es disponiendo algunas modificaciones en el tiempo de presidio impuesto á los demás cómplices y cooperadores.

Despues de estos seis artículos y para que nada faltara al programa de sangre, agregaba:

«Y para la ejecucion de esta última definitiva sentencia, se señala el 25 del corriente Octubre á las once de la mañana.

Librense las correspondientes órdenes á la Inspeccion General y al Departamento de Policía, y pásense las notas al camarista juez comisionado á quien se ordena:

Que haciendo comparecer ante sí á los defensores de los ocho reos que deben ser sorteados, estando tambien presentes el Fiscal del Estado y el escribano de la causa, introduzca éste dentro de un cántaro ocho cédulas de la misma estension é igualmente dobladas, de las que cinco llevarán la siguiente inscripcion:

«Salvó la vida por la clemencia discreta de la Confederacion.»

Las otras tres deberán llevar esta otra:

«Sufrirá la pena de muerte que le impone la ley.»

Las espesadas ocho cédulas, antes de ser dobladas y colocadas dentro del cántaro, serán manifestadas por el escribano al fiscal y á los defensores de los reos.

Verificado esto, y acto continuo, el mismo escribano, contadas una por una las ocho cédulas, las introducirá en el cántaro y el ejecutor de la justicia sacará una por una las dichas cédulas, anunciándose ántes de cada acto, en alta voz, el nombre del reo á que haya de corresponder la cédula.

Concluida esta diligencia se estenderá una acta y agregada al proceso se elevará inmediatamente al gobierno, para la resolucion que corresponda.

Y por esta última y definitiva sentencia que será notificada á los reos y al alcaide de la cárcel, publicada en los periódicos, inserta en el Registro oficial, fijada por carteles en los parajes públicos de los pueblos de la confederacion y comunicada á sus Exmos. gobiernos, definitivamente juzgando, así lo proveo,

mando y ordeno á virtud de la especial autorizacion de los mismos.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

Felipe Arana,

Ministro secretario de Relaciones Exteriores.

Al dia siguiente, como lo disponia la sentencia esta fué leida á los reos, como estaba mandado, principiando por los Reynafé.

Los tres hermanos escucharon la lectura, con una serenidad irritante para los que esperaban grandes gritos y ademanes de desesperacion cobarde.

El juez Maza, que esperaba este momento para gozarse de aquella triple pena, en venganza de las injurias recibidas, fué quien más se irritó ante aquel valor imponente.

—Es en vano disimular! tuvo la cobardia de decirles.

La ansiedad se les sube al cuello y los ahoga.

Aún es tiempo, pidan gracia y haremos algo en el sentido de que el gobierno se apiade de ustedes.

Los tres Reynafé como movidos por un resorte y como si ya esperan aquello y se hubieran convenido en el modo de responder, se pusieron de pié y se encararon con Maza.

—Manuel Vicente Maza! dijo José Vicente levantando la mano en señal de amenaza:

Yo no tengo ninguna gracia que pedir.

Mueró inocente y tranquilo.

Necesito la vida para los míos, pero no tanto como para mendicarla á los asesinos.

Tú si morirás como un perro, pues como nosotros estás sentenciado, aunque para más tarde.

Los tiranos rompen los instrumentos de sus crímenes y los reemplazan para no dejar de estos la menor constancia.

Este es el premio que se te reserva y la rara alegría que nos anima en este momento!

Dicho esto se retiró para dejar paso á José Antonio, que avanzó como un espectro.

—Manuel Vicente Maza! gritó este con su voz más sonora y severa.

En nombre de mis hijos huérfanos y de mi esposa viuda, yo te maldigo desde el fondo de mi alma.

Deseo que de hoy en adelante el remordimiento ó el recuerdo de este asesinato, te siga á todas partes, hasta el dia del fin fatal é ineludible que te ha anunciado Vicente.

Hasta el otro mundo, cobarde!

Y siguió como una sombra dejando el sitio á Guillermo, que avanzó á su vez.

Maza, aturdido, pálido y trémulo, hizo ademan de alejarse.

Pero una fuerza superior, la atraccion del abismo, lo detuvo allí, á oír tambien las palabras del jóvial Guillermo.

—Manuel Vicente Maza! dijo el jóven, yo te ódio con toda mi alma, pero te desprecio más todavia.

Tú eres el instrumento mercenario y ruin de esta feroz matanza.

Esto no puede quedar así, porque hay un Dios en el cielo, no tengas duda, y no está allí en vano.

Toda nuestra sangre caiga sobre tu cabeza, ménos la de Francisco, que á pesar de todos los esfuerzos y de todas las sentencias, no lo tendrás entre tus manos.

Cobarde Maza! en nombre de todós los que vamos á caer, yo te escupo á la cara.

Y unió la accion á lá palabra, con tal rapidez que ninguno pudo evitarlo.

El centinela de vista que custodiaba los presos, y algunos otros soldados que habian ido escoltando á Maza, se echaron sobre ellos, golpeándolos de la manera más brutal que se les ocurrió.

Maza aprovechó aquella especie de resuello y limpiándose la cara salió de allí como quien huye de algo que lo aterra hasta el punto de no poderse dar vuelta á mirar.

Los Reynafé fueron golpeados con las culatas de los fusiles, los piés y las manos.

Y si no murieron, fué porque temian las consecuencias de matar á un sentenciado por Rosas, y tuvieron cuidado en no herirlos.

A pesar de estas precauciones, los tres hermanos quedaron sin movimiento, á causa de las contusiones.

Tuvieron que ganar la cama de nuevo, sintiendo en el alma que no les hubiesen quitado la vida.

—Lo siento por ustedes, hermanos míos, dijo Guillermo, pero hay en mi corazon un fondo de alegría que no han podido arrancarme los culatazos.

He llenado una imperiosa necesidad de mi espíritu, escupiendo el rostro de aquel miserable.

Creo que esa escupida va á quedar en su cara todo el tiempo que viva, quemándolo como una brasa de fuego.

—Siempre es ese algun consuelo—y ya que no se le puede morder en el corazon, escupámosle el rostro.

Fué aquella la última noche que los pobres durmieron en cama y tomaron una taza de té limpio y agradable.

Al día siguiente fueron conducidos al sitio que debia servirles de albergue hasta la hora suprema, es decir, catorce días despues.

Aquella traslacion se hizo en un carro de basura, en cuyo fondo habian puesto un colchon, no por comodidad de los presos, sino por ocultar algo la ferocidad que con ellos se usaba.

El pueblo conocia ya la horrible sentencia publicada en la *Gaceta Mercantil*, con los elogios consiguientes.

El papelucho inmundo, redactado como se sabe por don Pedro de Angelis, vendido á Rosas porque Lavallo no lo quiso comprar, hallaba en aquella sentencia nuevos motivos para quemar incienso en honor de don Juan Manuel, y llamarle el hombre más grande de la América.

El populacho, pues, á quien la *Gaceta* avisaba la traslacion, siguió el carro de basura, en todo el trecho del camino, cu-

briendo de injurias y todo género de groserías á aquellos tres mártires.

En vano se ocultaban en el fondo del carro y trataban de esquivar el rostro para no ver aquellas escenas de suprema cobardía: todo era inútil.

A cada momento el carro era asaltado, á pesar de la escolta, y los borrachos que subían les ataban alguna divisa en la barba, el pelo ó en el pescuezo, á riesgo de ahogarlos.

Los Reynafé guardaron silencio y soportaron todo aquello con una resignación conmovedora.

Cuando descendieron á la cárcel, fueron acometidos de nuevo, con insultos, golpes de mano y una que otra pedrada.

A no estar allí un fuerte cuerpo de guardia tal vez las turbas federales los hubieran arrebatado á sus guardianes, para despedazarlos en plena calle.

Fué necesario, para despejar las turbas, que los soldados hicieran uso de las culatas de sus fusiles y amenazaran con las bayonetas.

Allí mismo estaba alojado Santos Perez y demás reos de muerte, pues que los que iban á ser ejecutados en la plaza del Retiro tenían que presenciar, ántes de marchar al suplicio, la ejecucion de los Reynafé y Santos Perez.

Este malvado había escuchado leer su sentencia entregándose enseguida á la más cobarde desesperación.

—Son unos infames! gritaba, son unos cobardes que me quieren matar para que yo no hable.

Pero yo lo voy á contar todo para que no vuelvan á enseñar á nadie.

El doctor Maza mandó entonces que lo amordazaran, porque no había medio de hacerlo callar.

Los soldados le metieron un trozo de madera en la boca, atado en la nuca por dos pañuelos.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, el juez Maza quedó solo con él y le dijo:

—He tenido que amordazarte para que no te pierdas.

Se te condena, imbécil, para poder perdonarte.

Calla entonces, y espera.

Voy hacerte quitar la mordaza, pero calla, porque á la menor palabra te la hago poner de nuevo entonces, hasta que llegue el día de cumplir la sentencia.

Santos Peres tragó la nueva píldora, comprendiendo que no tenía otro remedio.

Con hablar no iba á adelantar nada, y callando tal vez salvaría la vida.

Se conformó y volvió á recuperar su antigua alegría.

Era raro el fenómeno que se operaba en Santos Perez.

El se había distinguido siempre como un oficial bravo, sentando su reputación de brillante oficial de pelea, hasta en Barranca Yaco mismo, donde se midió cuerpo á cuerpo con el hombre más valiente que se conocía.

Y ante la perspectiva de la muerte en el banquillo, aquel

hombre había abatido su espíritu hasta el extremo de llorar como una criatura cuando pensaba que tal vez lo engañaban y lo iban á fusilar.

No se comprendía un cambio tan completo en aquel espíritu perverso.

¡, que en un campo de batalla hubiera peleado con el mismo diablo cayendo como un bravo, no había trepidado ante la calumnia y la infamia por salvar la vida.

Los encargados de dar á aquel asesinato todo el carácter de un acto de justicia, fueron al dia siguiente á practicar el sorteo de los ocho infelices, para tomar los nombres de tres que debían morir.

En medio del gran patio y en presencia de todos los condenados á muerte y á presidio, se les hizo formar al rededor del cántaro donde arrojaron las cédula fatales.

Cuáles serían los afortunados y cuáles aquellos que sacarían cédula de muerte?

Allí estaban todos los ocho como verdaderos condenados á muerte, ofreciendo las diferentes gradaciones del terror y el espanto más acabados.

Ninguno de ellos se atrevía á esperar la cédula buena y todos la deseaban!

Pero no eran más que cinco las de salvacion, y tres de ellos tendrían que morir forzosamente.

El momento no podía ser más desesperante ni más cruel la ansiedad pintada en aquellos ocho semblantes lívidos y desencajados por el miedo.

Las ocho cédulas que contenían los diversos letreros, fueron dobladas y echadas al cántaro.

Las ocho que contenían los nombres de los que iban á ser sorteados, se doblaron también entregándose al escribano.

A pesar de estar presente al acto más de sesenta presos, reinaba en aquel patio, tan bullicioso siempre, un silencio de cementerio.

Todos contenían la respiracion para no perder una sola sílaba de aquella escena imponente y patética.

Tomadas todas las disposiciones que se ordenaban en el decreto, el escribano abrió una de las cédulas, leyendo en alta voz el nombre de Basilio Márquez.

Acto continuo pudo observarse cómo se movió el pelo sobre la cabeza de aquel infeliz, cuya vida pendía de un acto tan casual.

En seguida un tal don Anastasio Romo, que era el titulado ejecutor de la justicia, procedió á sacar y desdoblar la sentencia correspondiente á aquel nombre.

—Salvó la vida por la clemencia discreta de la Confederación—leyó en voz aguda.

Un gran grito lanzó Basilio Márquez y se le vió temblar como un beodo.

Los siete restantes se estremecieron lijamente.

Tenían ya una probabilidad ménos de salvar sus vidas.

—Fermin Flores! gritó el escribano. —

—Salvó la vida por la clemencia, etc., respondió Romo el ejecutor, despues de haber sacado y leído la segunda cédula. Quedaban seis reos que iban á ser sorteados por igual, con tres cédulas de vida y tres de muerte.

Aquellos seis hombres temblaban de piés á cabeza, como si estuvieran bajo la influencia de un ataque de chucho.

—José María Juarez!—volvió á decir el escribano, como quien pasa lista

—Salvó la vida, etc., repitió el famoso Romo, mirando al reo afortunado en cuya mirada brilló un rayo de alegría.

Para cinco reos quedaban solo dos cédulas de vida.

Estos iban perdiendo la última esperanza de salvacion.

Se conocia en el opaco brillo de la mirada y en la espresion de profundo desaliento que iban adquiriendo sus bocas.

—Solano Juarez! dijo el escribano mirando á éste, que tembló todo, pues era natural que ahora saliese una cédula diversa.

—Sufrirá la pena de muerte que impone la ley, añadió la voz implacable y aflautada de Romo.

Juarez abatió la cabeza sobre el pecho y dejó escapar un sollozo.

Pero no dijo una palabra.

Quedaba la partida igual otra vez entre los reos restantes.

—Marcelo Figueroa,—dijo el escribano, leyendo la quinta cédula.

—Salvó la vida etc., dijo Romo, ya con una voz de octavin, de puro fina.

A juzgar por el metal de la voz, más le gustaba leer las cédulas de muerte.

Quedaban solo tres reos, de los cuales dos debian morir.

Éstaba, pues, la cosa en á cuál de los tres tocaba la otra cédula, si era esta de salvacion.

—Francisco Peralta—esclamó el escribano.

El pobre Peralta parecia querer arrebatar con la mirada la cédula que se veía en la mano de Romo.

—Sufrirá la pena de muerte que le impone la ley, añadió Romo, saboreando cada una de las frases y haciendo al final un chasquido con la lengua, como borracho que prueba caña sin rebajar.

Quedaban dos para sacar la última suerte.

La sentencia de uno iba á ser la de los dos, pues no quedaba ya más que una cédula de cada clase.

—Aquellos dos hombres se miraron como si hubiesen tenido puñales en vez de ojos.

Indudablemente se deseaban la muerte con todo el fervor de su alma, puesto que en la muerte de uno estaba la salvacion del otro.

—Juan Pedro Garcia, dijo el escribano.

Romo tomó una de las cédulas que quedaban en el cántaro y permaneció un momento gozando en la impresion de angustia del nombrado.

—Dios me valga! exclamó Garcia y se tapó los oídos.

—Quería leer su sentencia en el rostro de los que le rodeaban, sin duda para prolongar aquella amarga duda.

—Salvó la vida, etc., leyó Romo con una voz impasible.

El rugido que lanzó Marcelo Márquez, que era el octavo reo, anunció su víctima á Garcia.

—Están mal las cédulas, gritó Márquez en un arranque de desesperación: están mal las cédulas.

—Manuel Márquez, leyó el implacable escribano, sin tener en cuenta aquellas palabras y como si no hubieran sido pronunciadas.

—Sufrirá la pena de muerte, etc., leyó Romo con una complacencia diabólica.

Aquella maldida sentencia quedaba así terminada.

La suerte habia sido fatal para Márquez, Peralta y Juarez.

Los otros cinco habian salvado su pellejo que creyeron perdido.

El juez Maza, como podia haberlo hecho un magistrado ante verdaderos reos de muerte, miraba aquel trágico cuadro con una indiferencia glacial.

Cualquier corazon un poco ménos encenagado, se hubiera sentido conmovido, no ya ante aquella realidad tristísima y tirante, sinó en un simulacro teatral de aquella escena.

Los que habia salvado la vida estaban alegres, alegría que manifestaban de todos modos.

En cambio los tres condenados, en pié y cabizbajos, permanecian silenciosos y consternados.

A no ser porque de cuando en cuando alzaban sobre Romo una mirada terrible, se les hubiera tomado por cadáveres puestas de pié.

Ya no se les condenaba como cómplices en un crimen feroz, puesto que otros tan cómplices como ellos salvaban la vida por la misma razon que ellos la perdian.

Se les condenaba á muerte, porque así lo habia dispuesto la casualidad, porque conforme podia haberles tocado una cédula de suerte, les habia tocado otra que no la tenia.

Así su desesperacion era más honda, más tocante.

Era Marcelo Márquez el más sereno de los tres sin duda, y el más apegado á la vida, porque poco á poco se fué reponiendo hasta encararse con Maza y decirle:

—Y á mí porqué me condenan?

Porque á ese maldito que conocia las cédulas, se le ha antojado darnos una mala?

Esa es una iniquidad.

—Silencio, señor asesino! interrumpió el juez Maza.

Ningun miserable de tu estampa puede interpelar á un juez!

Entonces Márquez, en una de esas sublimes agachadas de nuestros paisanos, le *retrucó* al grito:

—Quiere decir que si yo fuera un miserable de levita podria ocupar su lugar?

Pues cambiemos prendas, pues donde yo estoy se desempeñará usted mejor.

No me pueden hacer nada peor que matarme—muerto por muerto, le haré en vida el gusto á *la de lamerse*.

Amigo Maza, usted es un trompeta.

Mire, que me parta un rayo si lo que digo no me nace del corazon!

Maza, en el primer momento, mandó que dieran á aquel insolente trescientos azotes, pero despues se arrepintió y lo mandó simplemente comunicado.

No sabia que tal efecto haría á Rosas aquel castigo, y no queria recibir una peluca.

Habia tiempo para consultarlo.

Pero Rosas era un bandido tan completo, que su complacencia más esquisita, reposaba siempre en las desventuras de aquellos que lo servian.

Por ningun otro, por ejemplo, cambiaba el placer de patear á su escribiente de más confianza, ó dar de garrotazos al más ecopetado de sus edecanes.

Si alguno de ellos tenia la desgracia de mostrarse mortificado con aquellos tratamientos, podia estar seguro que ellos se repetirian con una frecuencia aterradora.

Y pobre del que no los aceptase con la sonrisa en los lábios! Este era entregado á la cuadrilla de locos que lo rodeaban siempre, para que se divertieran á su sabor.

Así es que cuando Maza le hizo la queja de que Márquez se le habia insolentado, preguntó con su sonrisa diabólica:

—¿Y qué diablos puede haberle dicho aquel infeliz?

Maza repitió entonces las palabras de Márquez, agregando de su cuenta otras más hirientes.

Don Juan Manuel se puso entonces á reir como si le hicieran cosquillas.

—Pero eso no tiene nada de malo!

Podia haber dicho algo más y ya ve que lo ha callado.

No es bueno ser tan cosquilloso con un pobre diablo que va á ser fusilado.

No quiero que se castigue á ese infeliz.

—Es que si ese acto queda sin castigo, yo voy á perder mi autoridad moral y mañana esos miserables me dirán algo peor.

—Deje que le digan, deje que le digan, que con eso no le hacen mal.

Su autoridad moral no la puede perder nunca, puesto que siempre será usted el que los ha condenado y quien los hace ejecutar.

Maza no se atrevió á contradecir á Rosas, y aguantó todas las chuscadas que este le dijo con aquel motivo.

Mire que no quiero que se castigue á Márquez, eh?

¿Le han hecho algo?

—No señor, lo mandé solamete poner comunicado.

—Pues que le permitan ir al patio con los demás, hasta, que yo resuelva sobre el sorteo.

—Voy á mandarlo así, dijo Maza, y salió dado á los diablos.

—Mañana, pensaba, los demás reos, y sobre todo Guillermo Reynafé, que es el más insolente, me llenarán de aprobio.

No importa, mi venganza está asegurada de antemano.

Y en el acto mandó que Márquez fuera puesto en comunicacion con los demás presos, sin privársele de ninguno de sus derechos de condenado á muerte.

Y para aparentar poderío ante los demás presos y empleados de la cárcel, decia en su nota-orden, que perdonaba á Márquez porque harto castigado estaba con el peso de su propia desventura.

Al retirarse á sus respectivos calabozos, los Reynafé se encontraron muy cerca del calumniador Santos Perez.

Vicente y Antonio pasaron indiferentes, como si no lo conocieran.

Guillermo se detuvo ante él, bañándolo con la espresion burlona de sus ojos risueños.

—Hola, bandido, le dijo—parece que tu calumnia no te salva la vida.

Mucho me voy á entretener con la cobardia que muestres en tu último instante!

—No se verán en ese espejo! respondió el capitán con suprema audacia.

Yo no soy culpable y nada me han de hacer!

—Imbécil! serás el primero que caiga para que no hables.

Te compran el silencio con una promesa que no tragaría el más bruto!

Si te fueran á perdonar ya lo habrían hecho.

Por lo del sorteo ya debías haber comprendido.

Bien merecido lo tienes! así mueren todos los judas!

Aquellas palabras se enterraron en el corazón cobarde de Santos Perez, como una lanzada.

La más terrible duda volvió á albergarse en su espíritu aterrado, y creyó que aquello era una profecía fatal.

Guillermo al ver el terror que acusaba su semblante, lanzó una carcajada y siguió á sus hermanos.

Santos Perez tembló, y siguió hácia su calabozo, reflexionando sobre las palabras de Reynafé.

Pero á su espíritu inculco y oscuro no penetraba más luz que la escasa claridad del terror más decidido.

—Puede ser, dijo, pero todavía me queda tiempo de hablar.

Sin embargo, no puede ser que Maza me engañe.

Si no hubieran querido que hablase, me habrían hecho desaparecer desde que presté mi primer declaracion y no me necesitaron.

A pesar de todas estas reflexiones, dos horas despues los presos fueron sorprendidos por un amargo llanto, que se escuchaba en uno de los calabozos.

Era Santos Perez que lloraba soñando que lo asesinaban.

Aquel hombre habia sido vencido por el terror, al estremo de no ocultar á sus compañeros su desesperacion tremenda.

Por el menor incidente ó alusion se ponía á llorar en pleno patio, delante de presos y soldados.

Santos Perez empezaba á perder la cabeza del miedo, y ya

podían verse en él algunos síntomas del delirio de las persecuciones.

Por todas partes veía banquillos y soldados formados para fusilarlo.

Poco temible era ya para Rosas, puesto que el terror no lo dejaba pensar ni ocuparse de otra cosa que de su muerte próxima.

A los dos ó tres días volvieron á la cárcel todos los enfermos y bandidos que se disfrazaron de hombres de justicia, para cometer aquella matanza.

Venían á leer á los condenados del sorteo, la suprema resolución recaída sobre ellos.

Hé aquí aquella cobarde pieza, que se leyó ante todos los presos formados en un gran círculo:

«Viva la Federación!

Con lo espuesto por el asesor y vistas las diligencias del camarista-juez-comisionado, se aprueba el sorteo practicado en 13 del corriente, debiendo en su cosecuencia y de lo ordenado en la sentencia definitiva, sufrir la pena de muerte los reos Solano Juarez, Francisco Peralta y Marcelo Márquez.

Vuelva el proceso á dicho juez, á quien se comete el cumplimiento de ella y á cuyo objeto dispondrá que el día 23 del presente Octubre, sea notificada á las seis de la mañana y puestos en capilla los reos José Vicente Reynafé, Guillermo Reynafé, Francisco Reynafé, Santos Perez, Cesáreo Peralta, Feliciano Figueroa, Solano Juarez, Francisco Peralta y Marcelo Márquez.

Debiendo los cinco primeros tenerla en la cárcel general y los cinco restantes en el cuartel de la guardia argentina, adonde deben ser conducidos luego de ser notificados á cuyo efecto se librarán las correspondientes órdenes.

ROSAS.

Felipe Arana.»

Ya sabe el lector, como lo sabia el pueblo, que Francisco Reynafé habia escapado y estaba en Montevideo.

Pero era tal deseo de concluir con aquel apellido, que Rosas no trepidó en incluir aquel nombre en todas las sentencias y disposiciones, para ver si engañaba al pueblo.

Esta farsa llegó hasta dar Maza cuenta de su muerte, como si se hubiera llevado á cabo.

Aquella célebre nota la daremos á su tiempo.

La sentencia esta, se leyó, como hemos dicho, delante de todos los presos, formando un círculo alrededor del juez y ayudantes.

Terminada la lectura, Maza fué á retirarse, pero lo detuvo á su paso la voz de Guillermo Reynafé que decia:

—Manuel Vicente de Maza!

No olvides que el premio de tu infamia será un puñal que te parta la espalda!

Y lanzó una de aquellas carcajadas que parecían risas del otro mundo.

Aquellas risas nerviosas de Guillermo imponían á todos, porque habia en ellas algo de infernal y fatidico.

A Maza le hacían tal impresion, que no pudo borrar el eco de sus oídos.

Lívido y tembloroso salió de la cárcel, secándose el sudor que brotaba abundante de su frente cadavérica.

—Cobarde! oyó todavía como un eco del sepulcro—yo te escupo en la cara, esperando que Dios haga descender sobre tu cabeza el peso de su eterna justicia!

Manuel Vicente Maza empezaba á tener miedo por el crimen que cometía, pero el miedo que sentía por Rosas era tan superior, que amordazó su conciencia, rompiendo con todo sentimiento humano,

Estar bien con Rosas y tenerlo contento, era su aspiración suprema!

LA ÚLTIMA ESPERANZA

Los Reynafé, desde que fueron vueltos á la cárcel, empezaron á sufrir sus pasadas torturas.

El único beneficio que gozaban era el poder salir al patio á respirar aquel aire corrompido por la inmundicia y las basuras.

Pero al lado de la atmósfera de los calabozos, aquel aire impuro y nocivo les parecía una brisa purísima, con algo de ese perfume de la libertad, sensible solo al espíritu y que el sentido del olfato no puede apreciar exactamente.

Es preciso haber sido sepultado en un calabozo de aquellos para apreciar lo que vale una bocanada de aire libre, con un poco de sol y su perfume de libertad.

Los Reynafé tenían también el derecho de pasear al rededor de aquel gran patio, ¿pero cómo hacerlo?

El peso de los enormes grillos y el cansancio de llevarlos, solo les permitían alejarse unos pocos pasos de la puerta del calabozo.

La gente que se habia elegido para cuidarlos dia y noche era de la más feroz con que contaba la federación policial.

Ellos por su sola cuenta les imponían mil mortificaciones que no se habian ordenado.

Al principio les llevaron el *rancho* en un plato de lata para los tres.

Tres mendrugos de carne nadando en un caldo súcio y lleno de moscas.

Primeramente lo rechazaron, pero la necesidad les obligó á comer aquello.

Quando no se apuraban en recibir el plato, el que lo habia llevado arrojaba al suelo los mendrugos de carne, diciéndoles;

— Miren qué personajes para tenerlo á uno con la mano estirada!

Los Reynafe tomaban gota por gota aquellos tragos de veneno, pero no decian una palabra.

Parecia que no querian dejar entrever toda la amargura que sentian.

La Gaceta Mercantil habia publicado todas las sentencias, haciendo conocer de sus lectores el estado de horrible postracion en que se hallaban los reos, sobre todo los Reynafé, de quienes aseguraba que el remordimiento era tan terrible, que revestia ya las formas más repugnantes.

Sus ropas eran andrajos, decia, porque en sus momentos de desesperacion la despedazaban toda.

Y aquello era una verdad terrible.

Los Reynafé estaban efectivamente cubiertos de andrajos á consecuencia de los golpes que habian recibido y de tener que dormir en el suelo asqueroso del calabozo, porque no se les habia permitido otra cama.

Sus cabellos habian crecido al extremo de caer sobre sus hombros, mezclados con las plateadas y luminosas canas arrancadas por el martirio y la desolacion.

Sus barbas descendian hasta el pecho, cubriendo los girones de la camisa, cuyos mugrientos puños asomaban por las mangas, más mugrientas aún, y sobre unas manos descarnadas y amarillentas.

Aquellos tres hombres ofrecian todo el aspecto de la última miseria en la más amarga desventura.

Atraida por los artículos de la *Gaceta*, la chusma acudia á la cárcel á gozar del espectáculo miserable.

Y los Reynafé eran exhibidos como cualquier galeote, ante aquella chusma desenfrenada que los llenaba de improprios y de groseros insultos.

El martirio moral llegaba así á su colmo

José Vicente, tal vez el más bravo de todos ellos, no podia resistir aquella prueba tremenda.

Muchas veces trataba de meterse en su miserable calabozo, en medio de la más tremenda rechifa.

Pero entonces los guardianes se encargaban de hacerlo salir á golpes y obligarlo á permanecer en exhibicion.

Guillermo conservaba siempre su terrible audacia.

Él devoraba la vergüenza que los postraba, enterraba en su corazón toda la hiel que de él brotaba, y miraba sereno é imperturbable á aquella chusma procaz é insolente, que pretendia imponerlo con sus insultos y burlas.

— Ya veremos si te mostrás tan guapo el veinticinco! le gritaba algun borracho.

Entonces metia sus manos en los bolsillos y empezaba á silbar alguna cancion criolla.

Nunca les hizo el honor de una contestacion enfadada, pero nunca dejó tampoco de mirarlos con su magnifico ademan de desprecio y con ojos cuya burla no habia desventura capaz de apagar.

Los condenados á presidio solian tomar parte en estas bur-las, cambiando con aquel público especial dicharachos dignos de una horca.

Soldados en su mayor parte, y federales por instinto, no los preocupaba su condena ni situacion.

Era gente que habia nacido y vivido en el presidio de su provincia, de donde fueron sacados para remontar tal ó cual cuerpo.

¿Qué podian suponerles unos cuantos años más ó ménos?

¿No habitaban de todos modos el presidio tenebroso del ejército de línea?

Muchos de ellos no habian recibido su condena á los gritos de ¡viva la federacion! porque no se creian dignos de aquel honor y temian ser azotados.

Así es que se unian á las turbas federales que visitaban la cárcel, para escarnecer á aquellos nobles mártires, que habian logrado hacerse simpáticos, aunque en secreto de aquellos federales que no pertenecian á la última capa social.

Apesar del gran dominio que tenia sobre sí mismo, un dia que estos presos habian llegado á tributarles los insultos más soeces, no se pudo contener y les dijo:

—Qué perros tan estúpidos!

Son los primeros que veo ladrar á los habitantes de la misma casa!

Esta salida de tono, le valió una lluvia de puchos, huesos y toda la basura que habia á mano en los patios.

Pero no por esto se acobardó aquel carácter firme y altivo.

Habia tomado la resolucion de sufrirlo todo, hasta la muerte misma, y la cumplia estrictamente.

El ánimo de José Vicente decayó notablemente desde que se produjeron aquellas escenas.

Pensaba en sus hijos, en sus hijas sobre todo, y experimentaba una amargura infinita.

—Pobres criaturas! decia con frecuencia.

Abandonadas al odio implacable de la federacion, sabe Dios lo que será de ellas, porque el furor de este sér maldito amenaza no concluir nunca.

La última hez de la camada ha trepado al poder en las Provincias, y por apoderarse de lo poco que ha dejado, los reducirán á la más triste miseria si no los asesinan tambien.

¿Quién se atreverá á protegerlos contra Rosas?

Dios, solo Dios velará por ellos!

—Firmeza, hermano mio, decia entonces Guil'ermo.

Firmeza, que harto la necesitamos todos.

Es preciso estrujarse el corazon y morir como debe hacerlo todo hombre honrado que no puede temer el juicio de Dios ni de los que lo sucedan.

Algun dia esto ha de concluir y nuestra causa será entonces revisada por hombres de honor, que salvarán nuestro nombre del ludibrio y la infamia á que se ha querido condenar.

Y los hermanos se consolaban así unos á otros, fortaleciendo su espíritu para el trance amargo.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la próxima matanza con que Rosas obsequiaba á la federacion, para aterrizar á los unitarios.

Si solo se hubiera tratado de hacer perder la pista á la opinion en los asesinatos de Barranca Yaco, Rosas se hubiera contentado con la supresion de los Reynafé y del capitán Santos Perez.

Pero es que aquel mismo tiempo necesitaba aterrar al pueblo, dominarlo por el pánico.

Y qué ménos podia hacer entonces que fusilar cinco hombres más?

Y era de felicitarse que se hubiera contentado con tan poco, pues ya se vé por su primer sentencia las intenciones malvadas de su espíritu.

La poblacion en general estaba conmovida,

No salian á la calle sinó aquellos que tenian imperiosa necesidad de hacerlo, ó los federales muy conocidos.

Hasta mucho tiempo despues de aquella matanza, no se vió una sola señora cruzar las calles.

Solo iban á misa ó á visitas aquellas federalazas que ya hemos nombrado y que figuraban entre las gentes que tiraron del carro triunfal donde iba el retrato de aquel gran miserable.

Este fué el origen del ódio que empezó á mostrar Rosas contra las damas más distinguidas de Buenos Aires, declarándolas salvajes unitarias y poniéndolas fuera de la ley.

Todos tenian la idea de ir á empeñarse con la familia de Rosas y con la misma doña Encarnacion, para ver si arrancaban al tirano un perdon para aquellas nobles víctimas.

Pero ninguno se atrevia á tomar la iniciativa.

Habria sido declararse aliado de los Reynafé y enemigo de la santa causa de la federacion.

Un espíritu noble y valiente surgió de aquel caos de espanto y fué á ver á doña Encarnacion y á doña Andrea Rosas, hermana por la cual conservaba alguna consideracion.

— Te concluyes de perder, le dijeron sus amigos, no seas loco!

Despues de tus defensas, este empeño es para que te declaren cómplice y te fusilen con ellos.

— No importa, tengo que consumir el sacrificio hasta el último trago.

Yo no puedo abandonar esos hombres á su fatal destino sin haber tentado hasta el último esfuerzo.

Los he de acompañar hasta la muerte si no logro salvarlos, pero trabajando siempre en ese sentido.

El doctor Gamboa se puso en campaña, por medio de todas sus relaciones, empezando por ir á ver á doña Encarnacion, que se creia éra una gran influencia con su marido.

Despues de escuchar á aquel hombre noble y elocuente, la pobre mujer dejó escapar una lágrima, y repuso:

— Yo nada puedo con mi esposo, doctor Gamboa.

La primera vez que me empeñé con él á instancias de una

amiga muy querida, no solo se negó á complacerme, sino que me prohibió terminantemente que volviera á empeñarme con él, por nada ni por nadie.

— Cuando yo hago una cosa, me dijo, es porque está arreglada á la más estricta justicia, porque la creo buena y porque esta es mi resolucion inmutable.

Por un ruego ó el empeño del Fulano ó Fulanita, no voy á torcer la vara de la justicia ni á doblegar mi voluntad.

Que sea, pues, la última vez que te metes en empeños y sobre todo á favor de pillos ó grandes criminales.

Usted comprende, doctor Gamboa, que por más buena voluntad y deseo que tenga, no puedo nada porque nada valgo.

Y habia tal amargura en aquellas palabras, que el ménos perspicaz podria comprender que aquella mujer cuya felicidad tantos envidiaban, era un sér desventurado cuya vida debia ser un tejido de pesares.

Y Rosas efectivamente, segun todos los datos que tenemos de sus contemporáneos y personas de familia, no era para su esposa otra cosa que un patron.

Don Juan Manuel no tenia confianza en nadie, como todo hombre desleal y pérfido. Sus secretarios no estaban impuestos sino de aquellos asuntos que no podian comprometerlo.

Necesitando un secretario íntimo, un confidente de sus actos más recónditos, eligió á su mujer como secretario privado, á quien impuso de todo el abismo de su corazon perverso.

Pero tenia tal tino para hacer sus revelaciones, esplicándolas de tal manera, que doña Encarnacion estaba convencida de que su marido era un hombre recto y bueno, á quien las circunstancias obligaban á ser transitoriamente severo.

Estaba, ademas enamorada de su marido y tenia para él la venda que sobre los ojos pone el cariño.

Así Rosas se habituó de tal manera á la secretaria de su esposa, que esta perdió el marido para encontrar un simple patron de escritorio.

El doctor Gamboa trató de vencer, con todo su esfuerzo, las razones que esponia doña Encarnacion, pero fué un trabajo infructuoso.

— No puedo desobedecer lo que tan terminante y razonablemente me ha mandado, terminó aquella dando por concluida la conferencia.

Él hace eso porque lo créé justo y equitativo.

Hay, ademas, un Juez, un Fiscal y un Asesor que han pedido para aquellos desgraciados la pena de muerte.

¿Cómo puede el Gobierno contrariar á toda la justicia?

Tiene que someterse tambien á su fallo, pues de lo contrario sentaria un precedente bien funesto.

El doctor Gamboa vió ya claro ante aquellas palabras.

Rosas habia hablado ya con su mujer del asunto, parando de antemano el golpe del empeño y el ruego.

Y la habia dejado así preparada de manera á resistir á todo empeño, mostrando al comedido lo impropio de su pretension,

— He hecho aquí lo que he podido, pensó Gamboa — golpearemos á otra puerta.

— Doña Agustina, le dijo Encarnacion al tiempo de despedirlo, tiene alguna influencia; ¿por qué no la vé á ella, como asimismo á Andrea?

— Las veré, contestó el noble abogado saliendo, y acto continuo se dirigió á casa de ellas.

El doctor Gamboa sabia, como todos, que entre doña Agustina y Juan Manuel no habia el cariño que se aparentaba.

Desde aquel disgusto primitivo que recordará el lector, habian continuado frias sus relaciones.

Rosas no profesaba á la madre el odio que han pintado algunos exagerados, pero no le profesaba el menor cariño.

La veia muy de tarde en tarde, por casualidad, demostrándose siempre frio con ella.

Ella, por su parte, habia concluido por ser indiferente á aquel desamor malvado, y venia á visitarlo por hábito y por no romper con él del todo.

— Será inútil, pensaba Gamboa miéntras cruzaba las calles.

Será inútil, ya lo sé, pero tendré la conciencia de que nada me ha quedado por hacer.

Pobres mártires! si Dios no toca el cieno de aquel corazon malvado, no habrá salvacion para ellos.

La conferencia del abogado con doña Agustina fué más corta y desconsoladora.

— Lo único que yo puedo hacer es perjudicarlo más, dijo, si me empeño con Juan Manuel.

Usted debe saber que mi hijo no me tiene un átomo de cariño, ni siquiera para tratar de salvar las apariencias.

Creo, pues, estoy persuadida, que un empeño mio seria perjudicial

Segun se vé por la *Gaceta*, él ha sentenciado de acuerdo con el pedido de los otros jueces.

Sabe usted que es terco y voluntarioso, y léjos de cederme, me va á demostrar que aún merecian mayor rigor.

En honor de la verdad, doña Agustina, como todos estaba convencida de la inocencia de los Reynafé.

La muerte de estos era para ella un error de Rosas, porque no alcanzaba toda la ferocidad de aquel sér á quien dió vida.

Por eso mismo y conociendo á su hijo, sabia que no volveria sobre sus pasos.

Aún estaba fresca en su corazon la noche aquella en que el hijo le devolvió con una soberbia satánica la administracion de sus estancias.

Gamboa se retiró contristado y se fué á ver á doña Andrea.

— Yo sé que será inútil, repuso esta, pero lo tentaré.

Algo me oye Juan Manuel cuando le pido algo, pero puede ser muy bien que en este asunto no me haga caso.

Nada se habrá perdido entonces.

Al fin el abogado hallaba el medio de golpear el corazon del bandido, aunque ya sin esperanza.

Cuando su hermana le habló, ya él conocía por D.^a Encarnación y por sus espías en las diligencias que andada Gamboa. Así es que á las primeras palabras de esta le dijo:

— Puedes decir á Gamboa que está es mala causa para buscar celebridad, porque se trata de asesinos malvados, á quienes ha condenado todo el pueblo de la República.

Que si no está contento con los insultos estúpidos y cretinadas que ha dirigido en su defensa á los jugues de la casa de gobierno, tiente con ella al diablo.

Que no se meta más en este asunto que es peligroso, y deje que se cumpla la justicia de los hombres.

Le agregarás que lo suponía un hombre de más talento.

— Bien que tú con dos palabras puedes salvarlos, insistió Andrea.

Los pobres tienen hijos, y.....

— Basta, hermana, y no pierdas tiempo. El general Quiroga también tiene hijos, y ellos que lo han asesinado, no pueden quejarse.

Esta fué la respuesta que Andrea transmitió al doctor Gamboa.

Buen cuidado tuvo éste de ni siquiera pensar en Maza.

¿Que podía aquel instrumento miserable, que habia obrado con arreglo á las órdenes recibidas?

No quedaba ya nada que hacer para salvar á las víctimas de aquella muerte infamante.

Sin embargo, Gamboa no desmayó.

Inconmovible en lo que él llamaba un puesto de honor, ocupó á todas sus relaciones, aunque sabia que con ello estaba provocando las iras del tirano, hasta al extremo de verse despues en serias figurillas para salvar la cabeza.

Noble espíritu! no desmayó ni en el último momento!

Fué el único consuelo que en su largo martirio tuvieron los hermanos Reynafé.

Los empeños de Gamboa, por otra parte, habian empeorado la situacion de los condenados.

Ya en sus últimos dias no eran tratados sino á palos y rebencazos, siendo el ludibrio de toda la cárcel.

Cuando se aproximaba el dia fatal, Rosas llevó su ferocidad hasta llevar á la cárcel al reverendo padre Viguá, uno de sus locos, á que mortificara á las víctimas, haciéndoles farsas sangrientas.

El tal loco, más cuerdo que muchos, y que habia descubierto el secreto de hacerse el loco para pasarlo mejor, puso en un gran alboroto á la cárcel.

Cumplía su programa ofreciendo á los reos el perdon eterno, é incitándolos á confesarse con él.

En un momento que lo tuvo á buen tiro, Guillermo Reynafé que desde el principio espiaba aquella oportunidad, le largó un cachetazo que lo dejó sin aliento.

El loco salió de la cárcel llorando amargamente y diciendo que se lo iba á contar á su padre Juan Manuel, quien por bruto le sacudió una de sus habituales palizas, mandando reemplazarlo por otro de sus locos el célebre don Eusebio.

Guillermo pagó muy cara aquella cachetada, pues aquel día no le dieron de comer, y lo golpearan de todos modos para que aprendiera á respetar á los enviados del gobernador.

El mártir sufrió en silencio aquel suplicio, diciendo solo:

— Martirio más ó ménos, todo me es igual ya.

He tenido el placer de castigar á ese miserable, y estos placeres no se borran añadiendo una gota más de veneno en una copa que ya se vuelca á fuerza de estar llena.

Era tal la vida que llevaban aquellos desventurados, que bendijeron con todo el fervor de su alma el día de la ejecucion.

— He hecho lo que he podido, les dijo el doctor Gamboa, á quien se habia permitido ir á verlos, para que los desahogara con la amarga certeza de que no habia poder bastante á librarlos de la muerte.

He hecho lo que he podido, pero sin ningun resultado.

Resignacion, amigos míos, resignacion y valor.

La muerte es una consecuencia lógica de la vida — ella no puede espantar á hombres como ustedes.

¿No es verdad?

— No mi noble amigo, repuso José Vicente.

La muerte se se nos ha hecho ya una necesidad, porque esto no se puede sufrir.

Agradecemos con toda la efusion de nuestra alma su noble y abnegada conducta.

Usted, por nosotros, ha atraído sobre su cabeza el ódio de ese malvado.

Dios se lo recompensará.

— He cumplido con mi deber y esto no vale un elogio, repuso conmovido el abogado.

Aún me queda algo que ofrecerles.

¿Tienen alguna cosa que disponer sobre lo que queda?

Me encargo de cumplir esa voluntad hasta donde lleguen mis fuerzas.

José Vicente bajó su mirada leal, como para ocultar una lágrima rebelde que asomaba á sus ojos.

Pocos segundos despues, como si hubiera recuperado toda su serenidad, dijo á su defensor.

— Poca cosa es lo que tengo que encargarle.

Si alguna vez por casualidad llega á encontrarse con mi esposa y con mis hijos, trasmítalos mi última caricia y mi último pensamiento!

Estando yo en la cárcel debe haber nacido otro hijo mio, pues mi noble compañera estaba en cinta y próxima á alumbrar.

Le dirá que yo bendigo á ese último hijo que nace huérfano, como la bendigo á ella misma.

Aquí la palabra de Reynafé, á pesar de todos sus esfuerzos, fué apagada por los sollozos.

Sus altivos ojos se llenaron de lágrimas y cayó entre los brazos de Gamboa, para desahogar el dolor que le roía el corazón.

Sus hermanos ocultaban sus semblantes, bañados en llanto. Fué aquella una escena que conmovió hasta los miserables que desempeñaban las funciones de centinelas de vista.

El doctor Gamboa se retiró despidiéndose para siempre y jurando cumplir aquella última y noble voluntad de su amigo y defendido.

Los otros no le hicieron el menor encargo.

Lo siguieron hasta que hubo franqueado la puerta, y cuando lo perdieron de vista exclamaron;

— Raro valiente espíritu para la época que atraviesa el país!

Con semejantes prendas de corazón, poco le ha de durar la cabeza sobre los hombros si no se va de Buenos Aires.

Raras no le ha de perdonar nunca la defensa que nos ha hecho y los conceptos que en ella ha empleado!

LA MATANZA

El lunes 23 de Octubre á las siete de la mañana, en cumplimiento del último decreto, se trasladaron á la cárcel pública el juez especial comisionado y demás ayudantes.

Iban á leer á los reos la última sentencia y á ponerlos en capilla hasta el 25 á las once en que serian fusilados.

Los Reynafé escucharon la lectura más impasibles que nunca.

Ya conocian el documento, se habian resuelto á morir y la noticia no podia tomarlos sino bien preparados á recibirla.

Cuando Maza iba á retirarse á practicar la misma operacion con los demás reos, tuvo que oír el último sarcasmo de boca de Guillermo.

— Es triste y doloroso, dijo, que el buen Francisco no puede oír esta lectura, no solo por el placer que roba á ustedes cuanto que vienen á quedar en un ridículo punto de vista.

¿Cómo se van á manejar para hacer cumplir la sentencia?

Maza no respondió una palabra y siguió impasible su camino.

En el otro calabozo la escena tuvo un aspecto bien diverso.

Al escuchar aquella sentencia algo como una luz pasó por la razon apagada de Santos Perez.

Miró á Maza con los ojos desmesuradamente abiertos y exclamó:

— ¿Quiere decir que á mi tambien me fusilan?

¿Entonces el comandante Reynafé tenia razon al decir que estaban jugando conmigo como un gato con un raton?

— No se aflija usted, jóven, repuso entonces el doctor Maza.

Ahora tengo algo que hacer con usted — no se mortifique.

A pesar de estas palabras, Santos Perez se sintió presa de una violenta desesperacion.

Empezó por maldecir del cielo y de la tierra y concluyó por ampararse de su recurso supremo.

¡Echase á llorar!

Los otros condenados nada dijeron.

Alguno de ellos sintió rodar por sus tostados pómulos una lágrima de dolor, pero esta fué emoción pasajera.

Triste cosa es sentirse anunciar la muerte, en pleno goce de la salud y la vida.

Se muere en el campo de batalla, contento y satisfecho, porque se ha hecho cuanto se ha podido en defensa de la vida.

También se muere resignado en el lecho del dolor.

La ciencia ha combatido á nuestro lado con esfuerzo supremo, y esto ya es un consuelo.

No se ha podido salvar la vida.

¡Cómo ha de ser!

Así lo habra querido el buen Dios!

Se muere entre tanto en medio de las caricias de la familia, ó del consuelo de la amistad.

Pero morir así, sin defensa alguna con los brazos y piernas ligadas porque así lo quiere otro hombre que se titula juez!

Morir por la voluntad de otro hombre que dispone de la fuerza cuando se siente en el físico bullir con más fuerza los elementos de vida, es desesperante, sombríamente desesperante!

No hay situación comparable á la de un condenado!

Es el mejor límite á que puede llegar la ferocidad humana.

Se manda matar al que ha matado por el simple hecho de ser un homicida.

¿Qué deja para sí entonces el que firma una sentencia de muerte?

Y un asesino viene á ser el reo de muerte, como el juez que lo condena.

Hay una sola diferencia.

Hay más premeditación y más premeditada alevosía en el homicidio que comete el juez, que en el que cometió el reo.

Aquel será siempre más cobarde, pues el que mata sin ser juez, por lo ménos pone en peligro su vida y dá la muerte por mano propia.

Pero dejemos á un lado reflexiones tristes y vengamos á nuestra dramática historia.

Cuando el doctor Maza hubo terminado de hacer leer las sentencias, mandó salir á Santos Perez para hablarle aparte.

— Hace usted mal de afligirse por lo que vé, le dijo.

Para perdonarlo de una manera decorosa y natural, es necesario salvar las apariencias y llenar todos los requisitos que marca la ley.

No se alarme, pues, por nada, que su perdon está ya firmado y listo para ser leído en último momento.

Ahora voy á darle un consejo amistoso.

No se deje arrastrar por una inmotivada desesperación, que podría serle funesta.

Tenga presente que una declaración suya contra el Gobierno puede hacer realizar entonces la sentencia.

No olvide mi consejo que es saludable.

La Mazorca.

Dicho esto, el juez Maza se retiró, dejando á Santos Perez sin saber qué pensar.

Tan pronto se inclinaba á creer en aquellas promesas como á dudar de ellas.

El abatimiento volvió á apoderarse de su espíritu hasta que recayó en su habitual idiotismo.

Todos los reos fueron puestos en capilla á las 8 1/2 de la mañana.

El juez especial comisionado les había mandado los sacerdotes necesarios para que los pusieran bien con dios y los ayudaran á bien morir.

Estos sacerdotes eran los mismos de que hemos hablado ya, y que veremos figurar más adelante en las orgías brutales que celebraba la mazorca y de que hemos narrado algunas al principio de este libro.

¿Qué podían confesar los Reynafé?

¿Qué eran inocentes y con ellos se cometia el último de los crímenes?

Esta espasion habrían podido tenerla con un sacerdote digno, capaz de mitigar con algun consuelo aquella terrible desventura.

Pero con aquellos miserables, era prestarse á la farsa infame y servirles de grotesca diversion.

— Yo creo en Dios, dijo José Vicente, y en la religion de mis padres.

Moriré como buen cristiano, acatando su voluntad suprema que nos impone este sacrificio.

No tengo nada que confesar y moriré tranquilo, con toda la fortaleza de un espíritu bueno.

No se molesten ustedes respecto á mi, porque nada tengo que agregar á lo ya dicho.

Más ó menos la misma manifestacion hicieron Guillermo y José Antonio.

— Acepto mi asesinato, agregó Guillermo, porque no puedo hacer otra cosa.

Acato la voluntad de Dios, pero maldigo á los miserables que nos llevan amarrados á la muerte y á la infamia.

Por lo ménos quiero tener el consuelo de volcar toda la amargura de que han hecho rebosar mi corazón.

Como hombre, nunca hice daño á los hombres: como soldado no economicé sacrificio por la patria.

Entoces, tengo serena la conciencia y en ella puede reposar mi espíritu.

¿Se me pide confesion?

Ya la he hecho y solo tengo que agregar una cosa.

No creia que la empiedad del bandido que nos mata, llegara hasta hacer farsa del acto más solemne, enviándonos sacerdotes con consigna.

Por lo ménos queremos tener el miserable derecho de que goza hasta un gusano.

Morir en paz.

Los enviados de Rosas no lograron una palabra más á sus insistentes insinuaciones.

— Es preciso hacerse dignos del perdon de Dios, para gozar en la otra vida el puesto de los arrepentidos.

— Para merecer el perdon de Dios no necesitamos mediacion alguna.

A él levantamos nuestro espíritu directamente y su perdon descenderá á nosotros.

Los sacerdotes se convencieron de que toda tentativa era inútil y dejaron en paz á los desventurados mártires.

Desde que fueron puestos en capilla, los Reynafé gozaron de la mayor tranquilidad.

No los golpeaban, no eran tratados con la brutalidad inaudita y su comida la habian recibido en un plato.

— Por lo ménos estos dos dias los pasaremos como gente! exclamaron.

Despues, oh! despues, aunque quieran, no podrán turbar más nuestro reposo eterno.

Volveremos á la tierra, á la nada, única verdad de la existencia humana!

Y comieron tranquilos y durmieron en paz, sin que el pié de los centinelas viniera á turbarles el sueño.

El 24 por la mañana vino un ayudante de Rosas á traerles una gracia inesperada.

El gobierno en su infinita misericordia, les otorgaba el supremo favor de permitirles hacer testamento, mandándolos proveer de todo lo necesario.

— Es una dicha tener un juez tan humano! dijo Guillermo.

Haremos uso del supremo permiso.

Hemos visto aquellos documentos, y no hemos podido prescindir de una comunicacion intima.

José Vicente fué quien lo hizo más estenso.

— Esto será una nueva infamia, dijo, pero puede ser que de algo sirva algun dia, si no lo rompen.

Y con mano insegura trazó aquellos sus últimos renglones.

Se limitaba á hacer una esposicion de sus bienes y la manera cómo los habia adquirido.

En seguida pasaba á reconocer todos sus hijos nombrándolos uno por uno, hasta el último, nacido despues de su prision.

Declaraba deber algunas sumas á diferentes personas, deudas que reconocia y pedia fueran satisfechas.

A esto se reducía su testamento, que terminaba perdonando á todos los que le habian hecho mal.

Guillermo, el inalterable Guillermo, no tenia más bienes de fortuna que su mujer, y nada podia dejar entonces.

De su matrimonio no habia tenido sucesion, así es que solo se limitaba á bendecir á la compañera de sus dias y pedirla no lo olvidara en su orfandad.

El de José Antonio era un testamento más íntimo y familiar.

Solo se ocupaba de los suyos, de hablar con ellos y mandar tuvieran conformidad con su triste suerte.

Eran aquellas tres piezas capaces de enternecer á cualquier bandido que no se llamara Juan Manuel de Rosas.

—Puede ser que Dios toque el corazon de esa fiera, dijo José Vicente, y permita se cumpla esa mi última voluntad.

Así quedaron el 24, dispuestos á recibir la muerte en cualquier momento que ella se presentara.

La ciudad entre tanto, el 24, ofrecia un raro aspecto de vida y de muerte.

Las casas de familia, en su gran mayoría, estaban cerradas, como una débil protesta á aquellos asesinatos bárbaros, que debian celebrarse con toda la pompa federal.

La sociedad de Buenos Aires estaba conmovida y aterrada con las escenas de vandalaje que empezaban de aquella manera.

Las mismas casas de negocio que no eran las pulperias de los grandes mazorqueros, estaban cerradas en señal de duelo.

El pueblo de Buenos Aires, no sabia la época funesta que le esperaba, y aún se atrevió á protestar, aunque de aquella manera muda y temerosa.

Entre tanto los grupos de la chusma cruzaban las calles dando desaforados gritos de vivas y mueras.

Para mostrar la preponderancia que tenian sobre la gente decente, iban golpeando las puertas de las casas que estaban cerradas, insultando á las familias y amenazandolas de muerte con sus enormes dagas.

Algunos grupos cuya estacion en las pulperias habia sido más larga, marchaban alegremente al son de sus guitarras, en festejo de la gran fiesta que la federacion les preparaba.

Ver fusilar á un gobernador acompañado de sus hermanos y cinco personas más, no era espectáculo que se ofrecia á cada momento.

Las pulperias parecian un hormiguero en la época del trabajo.

No se oía en ellas más que el chocar de los vasos y las palabrotas más groseras y escandalosas.

Alguna que otra mujer se veia mezclada á los grupos, rebozada en un pedazo de bayeta roja, con el cigarro á media boca y rivalizando en gritos é insolencias con los más desaforados.

De la campaña habia caido gran cantidad de paisanaje, invitado especialmente por los jueces de paz y demás justicias.

Rosas queria mostrar el mayor número de foragidos para que sus enemigos pudieran ver todos los elementos de que disponia.

Y para este fin habia ordenado que se le mandaran de la campaña todos los hombres que se pudieran reunir.

Y aquel público, bárbaro del todo, habia acudido con el caballo cubierto de divisas y cintas rojas, distintivos que se multiplicaban en todas las prendas de su traje, hasta en el barbijó.

Tanto la plaza de la Victoria como la del Retiro estaban llenas de gente que se disputaba al mejor sitio.

Indudablemente aquellos hombres tenian un corazon fuerte hasta la última prueba.

Pero á poco á poco la agitacion exterior y el movimiento se hizo más sensible.

A los pocos momentos aparecieron en la cárcel dos compañías de infantería.

Eran estas las que debían escoltar á los condenados á muerte y á los condenados á presenciar la ejecución.

Las azoteas de las Recobas, desiertas hasta entonces, se empezaron á llenar de espectadores.

Eran estos los que, no siendo federal de corazón, querían aparentar serlo por todos los medios á su alcance, ya para pasarlo bien, ya por una simple exajeración del miedo, que les hacía ver la muerte en todas partes.

Esta clase de federales abundaron mucho en toda la época de la tiranía.

Gente tímida hasta la cobardía suprema, se hacían federales para salvarse de todas las persecuciones y medrar con el gobierno en lo que pudiesen.

Muchos de ellos se mancharon para siempre, pues el miedo los llevó hasta publicar en la *Gaceta Mercantil* grandes composiciones ya en prosa ó verso, pero todas ellas en honor de aquel miserable tirano.

Los balcones del Cabildo estaban también llenos por los invitados especiales, empleados y gente bien colocada, que por nada de este mundo se hubieran atrevido á contrariar á Don Juan Manuel.

Muchos de ellos estaban enfermos de espanto.

Se les veía en los balcones, pálidos y desencajados, pero aplaudiendo como el más entusiasta y dando cada viva á la federación, que se hacían espectaculares.

Los federales de sangre, la crema de la federación, reclutada entre la hez de la canalla, esa estaba en la plaza y en las calles que á la plaza conducían.

El clero no era ajeno al llamado general que había hecho Rosas.

Algunos sacerdotes se veían entre los concurrentes al Cabildo y en las azoteas de la Recoba.

El clero entonces había rodado al último escalon del servilismo.

Presidido por el Obispo Medrano, pobre viejo achacoso á quien manejaban como un títere, no miraba sino por los ojos del gobierno, prestándose hasta predicar en los púlpitos el estermio de los viles salvajes unitarios y sus inmundas crías.

A las diez y media de la mañana se levantó en la plaza un clamoreo tremendo.

La multitud se empujó sobre la punta de los piés, ávida ed curiosidad, y se sintió un movimiento semejante á una oleada.

—Mueran los inmundos salvajes unitarios!

Este fué el grito que resonó en azoteas y balcones, y que fué recogido por la multitud para repetirlo entre un vocerío imponente y estruendoso.

Las cajas tocaron atención, toque que repitieron las cornetas, y aquellos veinte mil ojos se clavaron en el arco principal del Cabildo.

Acababan de aparecer en él los tres hermanos Reynafé y Santos Perez, entre una compañía de infantería.

Poco más atrás venían los otros cinco infelices que debían servir de alimento á la ferocidad de aquellas turbas ébrias y mercenarias.

—Mueran los asesinos del general Quiroga!

¡Mueran los ladrones cobardes! aulló aquella multitud enfurecida á la aproximidad del terrible espectáculo.

Los Reynafé miraron serenos á aquella canalla y siguieron avanzando pensosamente.

—Viva el Restaurador de las leyes!

—Viva Rosas!

Volvieron á aullar aquellas bocas de energúmenos, lanzando el tufo á ginebra ó vino carlon.

Los Reynafé siguieron avanzando pensosamente entre una doble fila de soldados.

Tenían los piés tan hinchados y tan destrozadas las piernas por los grillos, que aquella corta marcha era para ellos un verdadero via-crucis.

Los tres venían igualmente tranquilos y serenos.

No parecían hombres que marchaban á una muerte terrible é inevitable.

Miraron tranquilamente á la multitud que los devoraba con su injuriante curiosidad, y en seguida descansaron la mirada sobre la horca y el banquillo.

Indudablemente la vista de todo aquel aparato y sobre todo el de la horca debió hacer en aquellos hombres una impresion terrible, pero la dominaron instantáneamente hasta la sonrisa.

Ni el mismo sacerdote que iba con ellos pudo apercibirse del menor temblor.

Llegaron á los banquillos, y desde allí miraron la plaza y sus alrededores con una mirada noble y tranquila.

La multitud, que habia callado un momento, volvió á atronar los aires con sus grandes alharidos.

—¡Viva el gran Rosas!

—¡Mueran los asesinos del general Quiroga!

¡Mueran los Reynafé! aulló aquella canalla.

José Vicente cruzó los brazos sobre el ancho pecho su impresion bondadosa y tranquila se trocó en severa, y miró á la chusma con todo el desprecio de su alma noble.

No era aquel un hombre que hacia alarde de un valor terrible ante la muerte.

No, la jactancia del valor mediocre no alcanza ni siquiera al modo de mirar en el hombre que desprecia realmente la muerte porque ha mirado la vida como una carga inaguantable.

Se veía que aquel hombre iba á recibir la muerte con tanta frialdad como desprecio podia verse en su mirada hácia todo lo que allí tenia presente.

A su lado venia Guillermo, siempre sonriente y siempre altivo.

Escuchaba las manifestaciones vocales de la canalla, como si lo que oía le hiciera una gracia infinita,

Su eterna sonrisa llena de sarcasmo, se habia vuelto diabólica. No era un condenado á muerte en presencia del banquillo, era Mehistófeles acechando á Fausto.

Aquella mirada pinchaba, hacia mal.

Muchas veces tenia el brillo de una espada, siempre filosa, siempre hiiente.

Es un testigo presencial de aquel crimen miserable el que nos sumistra estos datos veridicos

Jose Antonio venia más reconcentrado y pensativo sin perder la imponente actitud de su apostura.

Alma más tierna y poética que la de sus hermanos, pensaba en su consorte, en su hogar y la tristeza de su espíritu afluia sin cesar á su mirada.

Contempló al pueblo y al banquillo, como si hubiera querido significar que nada de aquello lo imponia, y cayó de nuevo en el abismo de sus pensamientos.

Detrás de ellos caminaba el capitán Santos Perez.

Lo imponente del acto parecia haberle vuelto por completo al uso de sus facultades.

Ya no marchaba como un ébrio, ni llevaba caidas las mandíbulas inferiores en la última espresion del terror.

Su mirar taimado habia vuelto á adquirir aquella ferocidad bestial que dominaba en su espíritu, y su ademan era más reposado que ántes.

¿Es que Santos Perez estaba convencido de su perdon, ó en presencia de la muerte recuperaba su antiguo valor?

Miró al pueblo á su vez con ademan resuelto, pero no se atrevió á mirar el banquillo ni la horca.

—Tienen miedo!

—Tienen miedo! aulló el populacho que seguia sus menores movimientos.

—Bijú! los asesinos!

Los tres Reynafé, como movidos por un golpe eléctrico, miraron aquella chusma con un ademan magnífico.

Y la chusma fué dominada y obligada á callar, de tal manera, que dieron vuelta el semblante para no mirar á las victimas.

El verdadero valor, no se habia impuesto, sino que empezaba á inspirar respeto.

Así permanecieron diez minutos más ó ménos, mientras se hacian los demás preparativos.

Cuando se trató de subir á los banquillos, los soldados tuvieron que ayudarlos.

Eran muy altos y el continuo martirio los habia dejado sin un adarme de fuerza.

Quedaba un banquillo vacio.

Él que estaba destinado á Francisco Reynafé.

Esta falta produjo un gran descontento entre el populacho, que empezó á pedir ¡el otro reo! con ademanes amenazadores.

Los soldados distribuidos de distancia en distancia tuvieron que hacer uso de toda su energia para obligarlos á callar,

Desde los altos banquillos los Reynafé podían dominar mejor aquel mar de cabezas y la gran ocupación de los balcones del Cabildo, á donde daban el frente.

Sonrieron al ver la avidez con que eran contemplados, hasta por medio de anteojos, y siguieron tranquilos.

Cuando se trató de atarlos y vendarles los ojos, los tres protestaron con la mayor energía.

—Es inútil! completamente inútil.

No nos hemos de mover, y por otra parte, queremos ver nuestra ejecución hasta el último instante.

—Qué los dejen! qué los dejen! aulló la turba, y á una seña del capitán de la compañía, los soldados se retiraron.

Santos Perez no opuso ninguna resistencia á ser amarrado, pero pidió que no lo vendaran y así se le concedió.

No quitaba sus ojos del Cabildo.

Sin duda esperaba aún su prometido perdón.

Así la ciudad ofrecía el aspecto de una gran fiesta de locos, y de locos borrachos, puesto que toda la chusma lo estaba, celebrada en un cementerio.

En las plazas ya era distinto.

Los paisanos y la hez del pueblo, para matar la noche, habían formado grandes grupos, entre los que se tocaba la guitarra, se bebía, se payaba y se jugaba á los naipes.

No solo la plaza de la Victoria, sino sus alrededores estaban llenos de gente.

De cuando en cuando y seguidos de un imponente clamoreo, sonaban los formidables gritos 'de ¡viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!

¡Viva el ilustre Restaurador de las leyes!

¡Mueran los asesinos del General Quiroga.

Y la milonga seguía, interrumpida de cuando en cuando por el ruido del frasco de ginebra vacío, que algún borracho estrellaba contra las piedras.

Los Reynafé oían aquel infernal clamoreo, escuchaban los coros formidables que seguían á los muertos, y á pesar suyo se estremecieron.

—Pobre pueblo! decía José Vicente—si supiera que con esto no hace más que amarrarse al carro de un bandido!

—Pueblo cobarde! decía Guillermo.

Bien merecido tienes el porvenir que te aguarda.

—Por lo visto vamos á morir entre un inmenso público.

—Sí, pero ante un público de canallas y borrachos!

Los conozco en la manera de gritar:

Ya se lo dirán de misas!

Rosas por su parte estaba plenamente satisfecho.

Calculaba que á la ejecución asistirían más de diez mil espectadores, que no cesarían un solo momento de vivarlo y aplaudir aquel acto de justicia.

Los Reynafé no pudieron reposar un solo momento aquella última noche de su vida.

El escándalo de la plaza repercutía en los grandes patios

de la cárcel, donde los empleados estaban encargados de repetir las voces de vivas y mueras para que llegaran con bastante claridad á los oídos de los condenados.

El 25 de Octubre amaneció con toda la esplendidez del más bello día de verano.

El sol se alzaba magestuoso en el horizonte, como si saliera de entre las tranquilas aguas del Río de la Plata.

La brisa fresca de la mañana contribuía á aquel esplendor de la naturaleza magnífica, donde todo invitaba á la vida.

En la plaza de la Victoria, frente al arco del Cabildo y entre un gentío que se apiñaba de todos lados, se veían cinco banquillos pintados de rojo, como de una vara de altura.

Detrás de cada uno de estos banquillos se levantaba una lanza, pintada de rojo también y que tendría una elevación de cuatro metros.

En cada una de estas lanzas se veía un cordel, destinado á suspender á las víctimas después de haber sido fusiladas.

Poco tiempo después de amanecer, se sintió el lejano ruido de músicas y tambores.

Eran los batallones en que se apoyaba la federación, que venían á ejecutar y asistir á aquella fiesta federal.

Las tropas llegaron y tomaron su colocación, formando al frente y costados de los banquillos.

Para esto fué necesario que una compañía de infantería se adelantara para abrir paso á la columna entre la apiñada multitud.

Esta era compuesta por tres batallones de infantería y la escolta de S. E. el Restaurador de las leyes, á quien las turbas no se cansaban de vivir.

Esta columna venía seguida por la gran cantidad de pueblo aglomerado en la plaza del Retiro y que se fundió en el acto con la muchedumbre que allí esperaba.

En todas aquellas fisonomías estaba pintado el deseo de oír sonar las once de mañana, que era la hora fijada.

Los Reynafé sintieron el estruendo de las músicas y cajas y se miraron sonrientes.

—Pronto vamos á descansar! dijo José Vicente.

Un par de horas más y ya nada podrán contra nosotros.

Hay mucha gente en la plaza, pero estoy seguro que mucha más nos acompaña con su sentimiento.

A las 9 se les trajo el almuerzo.

Los tres hermanos, que habían pasado la noche en vela, por el escándalo de la plaza, se sentían con apetito.

Así es que con un gran placer se les vió tomar asiento y comer cuanto se les llevó.

Cuando concluyeron se dieron vuelta y empezaron á conversar con la mayor indiferencia.

De cada lado de los banquillos se colocaron los otros cinco reos de muerte, dos al extremo de Santos Pérez, y tres al de Vicente Reynafé.

Estos cinco desventurados estaban idiotizados por el terror y el espanto.

Estaban asistiendo á los preliminares de su muerte.

¿Cuál era el objeto de aquella crueldad?

Un simple lujo de maldad, una ostentacion de ferocidad, y nada más.

Detrás de aquellos, formaban los demas condenados á diversas épocas de presidio, que debian presenciar tanto el drama de la plaza de la Victoria como el de la del Retiro.

Estos estaban conmovidos, pero al fin y al cabo no iban á ser más que espectadores de aquella horrible tragedia.

Una de las compañías que habian servido de escolta, avanzó y formó delante de los reos.

De ella avanzaron diez hombres que se retiraron á cuatro varas delante de los condenados.

El oficial mandó preparar las armas y entonces Guillermo Reynafé hizo un ademán con las manos, como indicando que iba á hablar.

Un silencio de sepulcro reinó entonces entre aquella muchedumbre tan bulliciosa antes.

—Respetable público! exclamó Guillermo como si tratara de parodiar á esos avisadores de entre funcion en los teatros.

Respetable público—me sospecho que en esta funcion les roban la plata.

Aquí hay un banquillo vacio que no se llenará!

Muera el bandido Rosas! canalla.

Un clamoreo aterrador pasó como una ola inmensa por aquel mar de cabezas humanas.

—Viva Rosas!

—Muera el asesino!

—Que le corten la lengua! ahulló frenético el populacho.

El jefe de la linea hizo una señal al oficial, que mandó aprontar las armas.

Una insolente carcajada lanzaba Guillermo Reynafé, mientras en el quinto banquillo tenia lugar una escena repugnante y triste.

Al ver que le apuntaban, Santos Perez perdió su aparente serenidad, entregándose á la desesperacion más tirante.

—A mi no me apunten, porque á mi me perdonan! dijo!

Si no voy á hablar y á cantar cómo se ha hecho todo esto. Y mientras gritaba se retorcia entre las ligaduras que lo sujetaban, al extremo de hacer crujir el banquillo.

—Yo no quiero morir! eso no es lo convenido.

La multitud chillaba y se entregaba á las brutales manifestaciones de su alegría.

Como si esto hubiera sido calculado, apareció en aquel momento en los balcones del Cabildo, la satánica fisonomia de Juan Manuel Rosas.

Todo sin duda preparado de antemano, la noticia corrió por todas partes con una celeridad casi eléctrica.

—Viva el ilustre Restaurador de las leyes! gritó el populacho ya en medio del frenesí más feroz.

—Muéran los salvajes unitarios!

Y allí estaba Rosas pálido y desencajado.

Sus ojos azules y hermosos, brillaban como los de un tigre. Y en aquella fisonomía bella, bellísima, pero con una belleza donde ondulaba la maldad más feroz, había mucho de cobarde, mucho de sombriamente cobarde.

Era su alma pequeña y miserable que se le asomaba al rostro por el azul de sus ojos.

La palabra de Santos Perez se perdió así entre la entusiasta explosión del populacho.

—Fuego! dijo por fin el oficial y sonó una descarga uniforme y breve.

Todos los ojos se volvieron entonces á los banquillos.

Y los azules ojos de Rosas contemplaron con un placer diabólico el fin de su obra.

José Vicente Reynafé estaba inmóvil en el suelo, al lado del banquillo.

Había recibido una bala sobre el ojo derecho y otra sobre el corazón.

Dios había querido que la muerte de aquel hombre noble fuese rápida y sin sufrimientos físicos.

José Antonio Reynafé, vaciló al sonar la descarga, y se inclinó al lado derecho del banquillo.

Pero logró agarrarse del respaldo y evitó la caída.

Había recibido una bala sobre la tetilla derecha, por toda herida.

Guillermo estaba ileso.

No había recibido la menor contusión.

Sobre la frente de Santos Perez se veía brotar la sangre que corría sobre su semblante herido.

Todo se pudo ver cuando se disipó el humo de la primer descarga.

Los dos hermanos se sonreían y se miraban de una manera suprema.

—Cobardes! dijo Guillermo.

Ni siquiera saben asesinar al primer golpe!

Los diez soldados que habían hecho aquella descarga, se retiraron y avanzaron otros diez.

Santos Perez se retorcia como un condenado.

Rechinaba los dientes como atacado de hidrofobia y daba terribles alaridos.

El oficial mandó preparar y apuntar en una sola vez, sin duda para terminar rápidamente los gritos de Perez.

En un movimiento rápido, Guillermo y José Antonio se levantaron de la mano, y después de haber saludado al cadáver de Vicente, esperaron la voz de fuego.

—¡Fuego! repitió el oficial, y la segunda descarga sonó envolviendo en un humo blaquecino los cinco banquillos.

Esta vez José Antonio rodó con la frente hecha pedazos, y arrastrando en su caída á Guillermo, que había recibido tres balas sobre el pecho, todas en el mismo punto.

De modo que aquel pecho noble y esforzado ostentaba un agujero por donde, con toda comodidad, podía pasar un puño.

Santos Perez estaba horriblemente mutilado.

Tenia la frente partida, un brazo roto y un agujero sobre el corazon.

La primera parte del drama quedaba asi terminada.

Se cortaron las ligaduras de Santos Perez, y su cadáver fué á rodar al lado de los otros.

Aquí el clamoreo de aquel populacho no tuvo límites.

Muchos querian llegar hasta los cadáveres para profanarlos, pero fueron contenidos por la tropa.

Inmediatamente empezó la operacion de la colgada en las horcas.

Para sacar los banquillos y preparar las sogas, segun estaba dispuesto, se valieron de los condenados á presidio.

Para colgar los cadáveres fueron llamados los otros cinco condenados á muete, pero fué preciso reemplazarlos.

El terror espantoso que los dominaba no les hubiera permitido hacer un solo movimiento.

La mayor parte de ellos estaban sostenidos por soldados, pues no podian tenerse en pié.

Si los soltaban se hubieran caido.

Con una complacencia y prolijidad infame, fué pasado al redor de los cuatro cuellos el dogal, cuya estremidad tenían dos presos y dos soldados encargados de hacerlos tirar.

Unos minutos despues, los cuatro cadáveres rígidos y sangrientos eran subidos á las horcas, para quedar durante seis horas á la espectacion y la vergüenza pública.

La sangrienta tragedia de la plaza de la Victoria, estaba terminada y los altos dignatarios de la federacion se retiraban de los balcones del Cabildo.

Eran las once y tres cuartos.

Las tropas, al toque de atencion se prepararon á marchar, empezando el desfile de los demás condenados, como estaba dispuesto, por delante de los cadáveres.

Á los cinco que debian ser fusilados en la plaza del Retiro, fué preciso cargarlos, pues ya hemos dicho que no podian dar un paso.

En dos carrós que mandó la Policia se les colocó sobre un colchon y se les hizo salir de la plaza como cabeza de la columna.

Seguian á estos todos los demás presos condenados á presidio y cerraba la marcha la columna de infanteria, á poca distancia de la cual mandaba la escolta.

La columna tomó por la calle S. Martin hácia el Retiro, donde esperaban los otros cinco banquillos y las otras cinco horcas. Detrás de la columna, apiñada y amenazadora, ébria de vino y de sangre, seguía aquella multitud feroz en un número considerable.

Muchos grupos se iban desprendiendo de la gran masa, en las boca-calles del tránsito, para tomar por otra calle y ganar mejor sitio en la plaza del Retiro.

Las grandes dignidades de las federacion no iban á tomar parte en el segundo acto del drama.

Los que iban á morir allí eran cinco infelices, cuya muerte no tenía para ellos la menor atracción.

Esta era una segunda parte de la fiesta esclusivamrnte dedicada al populacho.

Era como quien dice un torito de muchachos despues de la gran corrida donde el destrozo ha sido horrible.

Cuando la gran columna llegó á la plaza del Retiro, esta estaba completamente llena por los grupos que se habian desprendido en el camino y esperaban allí.

Fué necesario que una compañía abriera calle por aquella masa humana, para dejar pasar los carros donde iban los condenados, y para que la tropa pudiera tomar su colocacion.

Durante la marcha, á pesar del bullicio de las músicas y la algazara del pueblo, no se veia un solo habitante en las ventanas ó azoteas.

Todo estaba cerrado y silencioso.

Solo de trecho en trecho se veia abierta una pulperia, de donde salia un grupo de hombres que se agregaba á la columna del pueblo.

La casuchas y covachones donde hoy se han edificado los magnificos edificios de Tarnassi y del señor Escalada, estaban tan llenos de pueblo que amenazaban desplomarse.

La plaza del Retiro estaba más concurrida que en la mejor corrida de toros, á cuya fiesta iba todo Buenos Aires.

Los cinco desgraciados fueron descendidos de los carros de basura al entrar á la plaza, y acompañados por cuatro soldados cada uno, hasta el sitio donde estaban los banquillos, con su correspondiente horca á la espalda.

Aquel espectáculo era bien diverso al que habia tenido lugar en la plaza de la Victoria.

En esta habian dejado de latir tres corazones bravos é incapaces de ceder ante desventura alguna.

Aquí se habian apagado tres espíritus llenos de luz, cuya valentia llegó hasta imponerse en algunos momentos á aquella muchedumbre feroz y cobarde.

En el Retiro solo se trataba de cinco infelices que eran sacrificados con el solo objeto de aterrar la poblacion.

De cinco infelices ignorados y desconocidos, que llegaban al banquillo presa del más íntimo terror y muertos ya puede decirse, puesto que habian perdido, tres de ellos, toda manifestaciones de vida.

Solo se conocia que no estaban muertos en la fatiga de su respiracion débil.

Habian perdido toda comiencia de lo que pasaba á su alrededor.

Márquez era el único que caminaba por sus piés, aunque se detenía de trecho en trecho para tomar aliento.

Los otros, ya lo hemos dicho, iban adonde los guiaban, como masas inertes y sin voluntad.

Era pues Márquez el único que iba á sostener el verdadero interés dramático de aquel cuadro, con un espantoso terror á la muerte.

No habia en el Retiro consideraciones que guardar, porque no habia personajes á quienes complacer.

Los detalles de esta segunda ejecucion quedaban al completo albedrio del coronel Maza, que era quien la mandaba.

Quién le hubiera dicho entonces que sería medido con la misma vara!

Los reos de muerte, ménos Márquez, fueron puestos y amarrados cada cual en su banquillo, como si se tratara de sacos de harina ó reses muertas.

No tenian ni sombra de ánimo.

Les vendaron los ojos por puro aparato, pues en la vaguedad de aquellas pupilas sin vida, no podia existir ni la idea de la percepcion.

Sus fisonomias lívidas y cadavéricas, sus ojos vagos y desmesuradamente abiertos con un fuerte circulo violado bajo el párpado superior y sus mandíbulas caidas hasta el pecho, acusaban con triste vigor todos los síntomas de una muerte causada por el espanto.

Aquel espectáculo era brutal, más que brutal: nauseabundo.

Solo una masa de bandidos ébrios podia resistirlo.

No se comprendia como seres humanos, aún bajo el delirio colectivo de la ferocidad, podian aplaudirlo.

Porque aquel pueblo no estaba enfurecido ni obedecia á un arranque de pasion que esplicara aquel exeso de bestialidad.

Era un pueblo que veia asesinar de una manera fria y cobarde á cinco hombres que no les habian hecho mal alguno.

Y que aplaudian el asesinato de una manera verdaderamente entusiasta.

—Cobardes! exclamaban entre sus vivas y mueras.

—Cobardes sin vergüenzas!

Y estos son los perros que tenian los unitarios para chumarnos!

—Mueran los inmundos salvajes unitarios!

—Un barato!

—Un barato!

Márquez, que haciendo un supremo esfuerzo habia tenido aliento para subir al banquillo, sintió decaer ya todo su valor cuando vió que le vendaban los ojos.

No tuvo ni siquiera el coraje de rechazar el pañuelo y se puso á llorar de una manera conmovedora.

—Ah, cobarde!

—Que le den de mamar!

—Que le den un caramelo!

—¡Viva la federacion! aulló el populacho en medio de alegres carcajadas.

Y los insultos crecian y alguno que otro naranjazo ó pedrada iba á caer cerca de ellos, ó sobre ellos, segun el pulso de quien tiraba.

Y cada naranjazo de estos era festejado con una griteria infernal y tal bullicio de aplausos, que solo aquellos oidos ensordecidos por el agardiente podian soportar.

Muchos de los mismos soldados que ocupaban la primer fila de tiradores, estaban conmovidos hasta haber inclinado la cabeza, á pesar de la voz de ¡firmes!

Aquellos eran hombres del pueblo, era carne de su carne, y no podian ménos que conmovirse ante tanta desventura.

Cuando los quince tiradores tomaron posición á pocos pasos de las víctimas, tuvo lugar una escena que no estaba en el programa y que concluyó de enardecer á aquel populacho infernal.

Los condenados á presidio y á presenciar los fusilamientos, sintieron que el valor les faltaba para seguir los últimos instantes de aquella sangrienta tragedia.

Eran compañeros de pago y de armas.

Compañeros con quienes habian partido los buenos y malos momentos, la miseria y la abundancia, el peligro y el descanso.

Eran compañeros con quienes se habian criado desde pilluelos de playa hasta veteranos.

¡Cómo mirar impasibles aquel supremo martirio!

Unos bajaron la cabeza, otros dieron vuelta y otros, ménos animosos y más audaces para desafiar las consecuencias, se dieron vuelta por completo.

Visto esto por el terrible coronel Maza, que era el verdugo oficial, puede decirse, de la justicia de Rosas, mandó un ayudante con orden al oficial de los tiradores que suspendiera la ejecucion.

Y en seguida se acercó en persona, seguido de varios soldados, á donde estaban los reos de presidio.

—Canallas! les gritó, acompañando el grito con un golpe de sable sobre el que tuvo á mejor alcance.

Ustedes han venido aquí á presenciar la ejecucion y no á darse vuelta.

Al primero que dé vuelta la cara, le voy á hacer fusilar tambien!

Este discurso fué seguido de una lluvia de palos que descargaban los soldados sobre aquellos infelices, para obligarlos á mirar la matanza.

—Señor oficial—añadió—al primero de estos que vea usted dar vuelta la cara, le pega usted cuatro tiros, sin esperar mi orden!

Y se retiró á tomar su colocacion en el centro del cuadro.

Aquella accion y aquella orden fué saludada por un espantoso estruendo de gritos y de aplausos.

Aquellos no eran ya séres humanos ni siquiera en el aspecto, pues la ménos alterada de aquellas fisonomias tenia una espresion bestial y carnívora hasta en la manera de entreabrir los dientes para sonreír.

Era aquella una colosal jáuria de lobos al olor de la carne muerta!

Aquellos infelices dieron vuelta obligados por los palos y la terrible amenaza.

Sin embargo, cuando el oficial hizo las señas de preparar y apuntar, dos de ellos, á él próximos, olvidaron la amenaza por la falta de coraje y dieron vuelta la cara, evitando mirar los efectos de la descarga que creyeron inmediata.

El oficial se separó entonces con cuatro soldados de la línea de tiradores, tomó del cuello al que tenía más próximo y lo hizo arrodillar.

Y allí no más, entre los otros presos, y obligándolo personalmente á permanecer de rodillas, lo fusiló.

—¡Viva!

—¡Viva!

—¡El otro tambien !

—El otro tambien ha dado vuelta la cara! aulló aquella multitud.

Y como el oficial seguia á recuperar su puesto, el populacho prorrumpió en lo insultos más soeces y atrevidos.

—No es verdadero federal!

—¡Qué lo fusilen á el tambien!

Fué necesario que el oficial que estaba en la reserva de tiradores avanzase con un peloton, para hacer cesar el clamoreo y las insolencias.

Aquel fué un medio eficacísimo.

Ninguno de los otros reos se atrevió á contravenir lo ordenado.

Todos fijaron la vista en los cinco banquillos y permanecieron allí como en éxtasis.

Fué entonces que el oficial pudo mandar tranquilamente la ejecucion.

—Por piedad! sollozó Márquez, que creyó habian hecho la primera descarga y que él por un milagro sobrevivia.

Por piedad tirenmé á boca de jarro para que no me hagan penar!

Quiero que me maten de un solo golpe!

El estruendo de la segunda descarga sonó y pudo verse que Márquez se estremeció en una convulsion tremenda y quedó tan inmóvil como un muerto.

En los demás no habia producido la descarga ningun efecto perceptible.

Si habian sido tocados por las balas, estas no habian producido el menor movimiento en los cuerpos, lo que prueba que ya estaban muertos.

El oficial se acercó á revisarlos y Maza llegó al galope hasta los banquillos.

—Qué hay? preguntó.

Es necesario que avance la reserva?

—Creo que no, mi coronel, replicó el oficial.

Todos han recibido sus correspondientes tres balas en medio del pecho y me parece que tienen bastante.

Para mí los cinco están muertos!

—Y si no lo están la horca se encargará de ultimarlos.

A ver pues, á colgar estos belitres!

Que avancen esos!

Y señaló á los presos que contemplaban enternecidos el cadáver de su pobre compañero.

Los presos avanzaron tímidamente, y empezó la operacion de desatar los cadáveres de los banquillos para colgarlos de las horcas.

Los pobres presos, con lo que ya habia sucedido, obedecieron en el acto aunque con una marcadísima repugnancia.

— Vivos! vivos! gritó Maza, y al que no ande listo pegarle cuatro tiros!

La repeticion de aquella órden venció hasta el último escrúpulo de aquellos pobretes.

Así es que la operacion de colgar los cadáveres se hizo en un momento.

En seguida se hicieron desfilir los presos y desfilando la tropa en seguida.

El populacho se quedó allí entregado á todo el desenfreno de su maldad y cobardía.

Los cinco cadáveres colgados, empezaron por ser el blanco de aquellos infames, que les arrojaban naranjas, piedras y terrones de tierra, apostando á cual le daba en las narices, cual en la boca y cual en otra parte.

A los terrones de tierra siguieron los medio frascos vacios, y no teniendo ya que arrojarles, cambiaron de diversion.

Unos venian por debajo y se les colgaban de los piés, para probar si las sogas eran bastante fuertes.

Otros saltaban á la pasada para ver si les alcanzaban la cara con algunas cachetada.

Y no faltó quien, al grito de ¡Viva Rosas! les sepultara el puñal á la pasada.

Y la plebe aptaudia, chillaba y se entregaba á todo género de excésos.

A las dos de la tarde, más ó ménos, se puso en marcha para el Cabildo, la compañía de soldados que debia escoltar los presos hasta la cárcel.

El oficial llevaba el parte de Maza, en que avisaba que regresaban aquellos con uno de ménos á consecuencia de haberse visto obligado á fusilarlo para hacer cumplir las órdenes del Supremo Gobierno, que aquella canalla se negaba á obedecer.

— Qué diablo de Maza! exclamó Rosas al leer el parte.

No ha querido ver incompleta la media docena, y se ha limpiado uno más!

Y qué le va uno á decir!

Quién puede con el ardor federal de estos jóvenes patriotas y abnegados!

Apruébesele su conducta, por una nota especial.

Aquella pequeña columna de tropas y presos, fué acompañada hasta la cárcel por una parte de los espectadores del Retiro.

Estos querian entretenerse con los cadáveres de los Rey-

nafé, pues los del Retiro no les ofrecían ya gran aliciente que digamos.

Cuando llegaron á la plaza de la Victoria otra gran masa de pueblo que se les había adelantado, se entretenía ya en hacer herejías con los cuatro cadáveres allí espuestos.

A pesar de lo terrible del espectáculo, había algo de diabólicamente grotesco.

Los cadáveres habían sido adornados con cuantos colgajos pudo inspirar la impiedad.

Los Reynafé, como personas de mayor importancia, estaban cubiertos de cintas celestes, atadas en toda la ropa y otras en la cabeza en forma de vinchas.

Con esto, el populacho quería escarnecer al partido unitario.

Indudablemente esto era dictado por el mismo Rosas.

Los que hacían cabeza de aquella jarana, eran Parra, Cabrera, Salomon y otras celebridades de aquella época.

Moreira, el terrible Moreira y otros, ocupaban un papel secundario.

Ejecutaban las ocurrencias de los nombrados.

En la horca destinada á Francisco Reynafé habían atado un muñeco grotescamente hecho con pedazos de géneros.

Más abajo del muñeco y en letras muy malas, con federal ortografía, se leía lo siguiente :

«Muera el asesino salvaje unitario Juan Laballe.»

Y la horca estaba cubierta, tanto la cuerda como él palo, de trapos y cintas azules y celestes.

El cadáver del degraado Santos Perez había sido tratado con más confianza, vista la inferioridad de su persona.

En cada una de sus orejas, á manera de zarcillos y atados con dos piolines que amenazaban cortarlas, se veían colgando dos medios frascos de ginebra.

A cada rato se trepaba por el palo uno de aquellos energúmenos, y bebía un trago en los medio frascos.

Por supuesto, todo esto era hecho en medio de la algazara más descomunal y los vivas y muéras más terribles.

En las piernas de este último cadáver habían atado también frascos de ginebra, con cintas celestes, pero vacíos.

Aquello era indescriptible.

A las cinco de la tarde llegó á la plaza un carro de basura, que mandaba la Policía para llevar los cadáveres al carnero.

Pero el populacho se ofuscó de una manera amenazadora.

—No señor! que los dejen otro poco!

—Que los dejen hasta la noche!

—Que los dejen hasta mañana! vociferaba aquel pueblo estúpido y feroz.

—Todavía hay ginebra en los aros de Santos Perez! gritaba otro, y tenem s sed, mucha sed!

Los carreros hicieron causa común con aquellos bandidos y la farsa impia y sacrilega siguió en un crescendo terrible.

Passo fué á ver al Gefe de Policía, habiéndose nombrado así mismo en comision, para que éste concediera al pueblo la

gracia pedida, y éste mandó consultar el punto con el Juez Maza, quien á su vez lo consultó con Rosas.

El resultado de todas estas consultas fué que Rosas declaró que no podia contrariar la suprema voluntad del pueblo y *opinando* que los cadáveres podian dejarse colgados hasta la oracion.

A esa hora fueron recién bajados de las horcas, y arrojados á dos carros de basura que debian llevarlos á tirar en la zanja, recojiendo de paso los cadáveres colgados en el Retiro.

El pueblo del Retiro habia sido aún más feróz, pues habia llegado hasta mutilar los cadáveres.

Estos, en vez de cintas celestes, habian sido adornados con verdura entre las orejas, narices y boca, donde habian abierto grandes ojales á punta de cuchillo.

La ferocidad de Juan Manuel Rosas estaba satisfecha.

Se habia librado con los Reynafé de un peligro sério para la federacion; dejaba ocultos segun creía á los verdaderos asesinos de Facundo Quiroga, y aterraba al pueblo con esta advertencia.

—Vean ustedes lo que yo soy capaz de hacer con los enemigos de mi gobierno!

Y el pueblo quedó positivamente aterrado y convencido de que, de aquel hombre no habia nada que esperar, sinó la ruina y la muerte.

Hé aquí ahora como complemento de esta triste historia, la nota en que el Doctor Maza daba cuenta de aquella matanza inicua.

«Viva la federacion!»

—
Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

Despues que el Exmo, gobierno, por decreto del 16 del corriente devolvió el proceso al Camarista Juez Comisionado, remitiéndole, en cumplimiento de lo sentenciado, fueron notificados los reos el Lunes 23, y acto continuo los condenados á muerte puestos en capilla en los lugares y á la hora que determina y designa la sentencia del mismo modo que ejecutados en las plazas de Marte y de la Victoria, hoy 25 á las 11 de la mañana, suspensos en seguida en la horca hasta la oracion, en que llenas las seis horcas de espectación pública, se mandaron descolgar, todo de conformidad al más estricto cumplimiento de los términos de la última sentencia definitiva de 9 del presente mes y decreto del 16; siendo entregados los cadáveres al Gefe de Policia.

Dios guarde al señor Mininistro.

Manuel V. Maza.»

LOS DEGÜELLOS Y LOS DEGOLLADORES

Era tremendo el aspecto de la gran ciudad, á fines del año 39 y principios de 1840.

La poblacion estaba entregada por completo al puñal de la mazorca, que recorria las calles afilando sus cuchillos en plena vereda y á la vista de todos.

El tipo exterior de la ciudad era original y curioso por más de un motivo.

Todo en ella respiraba un tinte rojizo, que empezando en los pisos de las calles iba á terminar en la atmósfera misma.

Los que usaban el colorado como un medio de escapar á la matanza y el embargo, se contentaban con pintar el piso de sus casas de color punzó.

Los federales templados, pintaban el friso y el frente de colorado.

Para los más exaltados, todo esto era poco.

Desde la puerta de la calle hasta el fondo de la casa, todo era rojo.

Lo mismo el forro de los muebles que el entapizado de las habitaciones.

Los hombres, en la calle, parecian locos, por la cantidad de cintas y trapos colorados que llevaban encima.

Perseguida á muerte en las calles la gente decente, no se veia una sola levita en la ciudad.

Poco hubiera vivido el que la llevara.

El traje que dominaba en la ciudad, era la gorra de pastel, la chaqueta y el poncho puesto ó doblado sobre el hombro— chaleco colorado y divisas por todas partes, que ostentaban los siguientes letreros:

¡ Viva la Confederacion Argentina !

¡ Mueran los salvajes unitarios !

En cuanto caia la noche, la ciudad quedaba desierta.

Los unitarios ganaban sus casas, donde se encerraban con toda precaucion.

Y los que no eran bien conocidos como federales, no se hubieran atrevido á cruzar la calle.

A esa hora los gefes de la mazorca daban puerta franca á los degolladores.

Numerosos grupos de éstos malvados, con figura siniestra y daga en mano, salieron entonces á recorrer la ciudad al grito de ¡ mueran los salvajes unitarios ! y á cumplir la consigna de degollar á tal persona ó azotar á tal familia.

No habia una sola autoridad que velara por la vida de los habitantes, entregada á la mazorca.

Estos degollaban por encargo de la federacion y por cuenta propia.

La pulperia era inevitablemente el punto de reunion, de donde salian en patrullas á recibir órdenes de Salomon, en las saturnales, que como hemos dicho ya, tenian lugar frente á la iglesia de S. Miguel, en la casa que fué del desgraciado Sr. Borbon.

Rosas se retiraba á Palermo, donde se entregaba al desfreno de su vida licenciosa é inícuca.

Allí se vivia en eterna fiesta, miéntras la ciudad era teatro de escenas terribles.

Don Felipe Arana, gobernador delegado, era un monigote á quien Rosas no le dejaba comunicar otra cosa que los asuntos de trámite.

Así es que se metía en su casa y aunque la ciudad pereciera, no se atrevía á tomar la menor resolución.

Las órdenes de degüello no eran comunicadas al gefe de Policía, cuya mision á ese respecto era ver y callar.

Esas órdenes las insinuaba Rosas en Palermo, directamente á sus gefes de bando, como Cuitiño y Parra, encargados de ejecutarlas ó hacerlas ejecutar.

El gefe de Policía tenia conocimiento, muchas veces instantáneamente, de que en tal ó cuál parte tenia lugar una escena de degüello.

Podía acudir á impedir la ó terciar en ella, pero no se atrevía.

Aquellas escenas debian ser ordenadas por Rosas cuando los asesinos se atrevían á venir á clavar las cabezas de los degollados en las rejas de la pirámide de Mayo.

Era lo de Salomon el Congreso de sesiones de aquellos asesinos, cuyas saturnales hemos ya descrito.

Allí continuaba la borrachera, que habia empezado en las pulperías, bajo la presidencia del cura Palacios, el cura Gaete, el cura Solís y el célebre padre Juan A. Gonzalez, aquel que en sus sermones, aseguraba ser grato á Dios el esterminio de los unitarios y sus inmundas crias.

Siempre habia en aquel centro infernal limetas de vino que proveían los coroneles Cuitiño y Parra, y que los curas mencionados bendecían, asegurando que aquel vino, semejante á la sangre de Cristo, prestaria nuevo ardor á los hijos de la federación para degollar á cuanto salvaje unitario naciera de vientre maldecido de mujer.

Las mujeres, borrachas como los hombres, besaban de una manera nauseabunda y bestial, la boca de los que más ferozmente se espresaban.

Y estos, blandiendo la cuchilla y enarbolando la mazorca, juraban sobre las limetas, hacerse bien dignos de la santa federación.

Así aquella turba feroces, enardecidas por el vino y la prédica de los curas se lanzaban á la calle, frenéticas y tambaleantes, recordando el domicilio de algun sospechado, para saquear la casa y pasar á cuchillo sus habitantes.

El coronel Cuitiño no daba tampoco su órdenes directas, á imitación de Rosas.

Cuando sus muchachos estaban reunidos y en buen punto alcohólico, se paseaba entre ellos diciendo:

—Me parece que á Fulano, que vive en tal parte, le va á pasar en chasco porque anda jugando súcio y me han dicho que está un correspondencia con los salvajes unitarios.

No será extraño que esta misma noche algun patriota le corte la cabeza.

Y han de tener despues el atrevimiento de quejarse.

Seguro era que al concluir Cuitiño su discurso, un grupo se

habia desprendido de la reunion, é iba á ejecutar el pensamiento del gran federal como lo llamaban.

—Qué muchachos! exclamaba Rosas cuando iba Cuitiño á darle cuenta de estos hechos.

Son crueles con los unitarios, aunque estos bien lo merecen.

Dígameles que se sosieguen, comandante, que es bueno ser generoso algunas veces.

Y en su sonrisa de tigre se conocia la íntima satisfaccion que experimentaba.

—Qué quiere S. E., exclamaba Cuitiño, que le conocia el flaco.

Los muchachos son buenos, pero tratándose de defender la causa de la federacion, ni el diablo los contiene!

Son capaces de desconocer al padre y la madre.

—Bueno, coronel, felicítelos de mi parte, pero dígales que no usen tanto rigor.

Ahí tiene eso para que los haga refrescar un poco porque los calores son apretadores.

Y alargaba á Cuitiño una cantidad de dinero, que este por especulacion rechazaba.

—Tome no más, coronel, que como no es para usted, no tiene porque tener recato.

Cuitiño *embolsicaba* los pesos, y se retiraba, despues de recibir una indicacion como esta, por ejemplo:

—Me parece que el doctor Zorrilla ha hecho causa comun con los unitarios para asesinar-me.

Averígüe que hay sobre esto, porque si lo saben los muchachos van á hacer con él una de las suyas, sin que yo pueda evitarlo.

Dos dias despues el doctor Zorrilla era cosido á puñaladas, en su estudio de la Plaza Victoria, de la manera que referiremos á su tiempo.

Porque Cuitiño interpretaba el pensamiento de Rosas y lo ponía en práctica sobre tablas, recibiendo la nueva suma destinada al refresco de los muchachos.

De lo de Salomon, pues, salían las turbas de asesinos blandiendo las dagas con ademan feroz.

De puro compadres, se cubrían media cara con pañuelos de seda ó algodón, colorados siempre.

Y muchos llegaban á pintársela de rojo con pimenton ó agua de remolachas, para espresar mejor su pasion por la santa causa federal.

Así iban recorriendo las calles, golpeando las puertas con el cabo de las dagas y amenazando de muerte al incauto federal que hallaban al paso, si no los acompañaba unas cuabras, cntregándose á las mismas escenas.

Bastaba entonces la broma de un borracho ó la indicacion de un pulpero amigo, para que la turba que la escuchaba procediese como por orden del mismo Rosas.

—Los que viven allí enfrente, habia dicho el borracho, deben ser unitarios.

Esta tarde he visto una moza muy de mi flor, con un trapo celeste en la cabeza.

No era necesario más.

La turba que tal oía, se detenía delante de la puerta indicada, y empezaba á golpearla ferozmente, mandándole abrir en nombre de la federacion y á los gritos de mueran los salvajes unitarios!

Estos golpes y mueran eran siempre seguidos de llantos y gritos de desesperacion, lanzados por la familia amenazada, que presentia ya las escenas más bárbaras.

Pero los gritos y llantos no conseguian otra cosa que enardecer la ferocidad de los mazorqueros, que ya no pensaban sinó en echar la puerta abajo.

Muchas veces la puerta resistia los primeros asaltos y los degolladores, distraidos con alguna otra escena de horror y de sangre, abandonaban el propósito.

Pero otras, la pistola de algun comedido se encargaba de hacer saltar la cerradura, y la mazorca penetraba en la casa, como indios en noche de malon, entregándose cada cual al que hacer que le caia á mano.

Los que encontraban un hombre, lo degollaban sin más trámite y sin hacer la menor averiguacion.

Los que tropezaban con mujeres, las azotaban y les cortaban las trenzas, porque no tenian moño colorado.

El resto de la pandilla, aumentado con algunos curiosos federales y borrachos, se entregaba al saqueo y á la destruccion de todo lo que era loza y cristales, en medio de un estruendo infernal.

Los muebles, buscando alhajas ó dinero, eran depezados á hacha ó simple daga, en medio de satánicas vociferaciones, cuando no hallaban cosas de valor.

De estos asaltos fueron ejemplos la casa de Rosa Régules, que ya hemos narrado y de la familia de Delgado, que referimos en nuestro romance *Juan Cuello*.

Cuando las cabezas de los hombres habian sido cortadas y cuando las mujeres quedaban en el suelo tendidas por los golpes de verga, la mazorca se retiraba con el botin del saqueo y la cabeza de sus víctimas, que era necesario exhibir en las rejas de la pirámide ó el puesto del tremendo don Ramon, en el mercado, adornadas de perejil y otros legumbres.

Entonces se podia ver algo de curioso y esplicable solo en el terror de aquellos momentos terribles.

Los mismos amigos de la familia inmolada, vecinos y aliados de causa, se asomaban á la azotea ó los balcones, á vivir á la federacion y al gran Restaurador de las leyes.

Es que éstas personas querian pasar por federales, á todo trance, para salvar, no sus vidas, que poco les importaba, sinó la vida de sus hijos, de sus mujeres ó de sus madres.

Estos gefes de familia adulaban al pulpero, al compadron que en la esquina se estacionaba y al mismo sereno que rondava la cuadra.

Porque era esa clase de gente la mejor garantia que un sospechado podia invocar.

Quando un pulpero ó un borrachon de estos decía:

—A esa familia no hay que tocarla porque es de los nuestros en cuerpo y alma, ya podia aquella dormir tranquila, aún con la puerta abierta.

El sereno se entraba hasta la cocina á tomar mate con la mulatilla de la casa, donde el patron le mandaba un frasco de caña para matar la noche.

¿Quién podia sospechar de semejante familia?

Muchos salvaron así sus hijos del rebenque de la mazorca, valiéndose de cuanto buen medio puede inspirar el amor á los hijos.

Quando tenia lugar una de aquellas farsas que solia hacer Rosas, de que habia escapado á una tentativa de asesinato, farsas que no tenian otro objeto que incitar más á la matanza, aquellos unitarios hacian cosas como la siguiente, que puso en práctica la familia de Saenz.

La mulatilla de la casa atravesaba al almacen de la esquina, con un billete de doscientos pesos, y el siguiente recado, dirigido á don Andrés.

—Dice la señora que aquí le manda estos doscientos pesos, para que invite á los amigos con un buen trago, en felicitacion de haber escapado el ilustre gobierno de esta nueva tentativa.

Otras veces el recado era alterado así en su última parte..... para que beban una copa en este cumple-años del Restaurador, y en deseo de que Dios le conserve la vida para felicidad de la patria y de la federacion.

¿Qué degollador se hubiera atrevido á tocar el pelo de la ropa á una familia que daba tan grandes y federales pruebas de patriotismo?

Don Andrés se habria puesto furioso y hubiera sido capaz de pelear al mismo Cuitiño.

Y como don Andrés era una gran influencia en el barrio, no habia más remedio que atacar su fianza sagrada.

Porque las influencias de valer en aquellos tiempos, eran las de los almaceneros, que estaban más al corriente del barrio y la de los puesteros del mercado que eran una potencia.

Las señoras que querian alejar todo peligro de la cabeza de sus hijos, compraban en el puesto de don Ramon, ó en el de don Nicolás, que eran los cabecillas de la mazorca de los corrales.

Y habia unitarias tan guapas en su roble mision de salvar sus hijos, que al acercarse á los referidos puestos, lanzaban sus sátiras contra las cabezas lívidas que, adornadas de verdura, allí se exhibian.

Y al precio de esta suprema amargura, compraban la vida de sus hijos, con el título de buenos federales que les otorgaba don Ramon ó don Nicolás.

Otras damas, como la soberbia y brava doña Josefa Lavalle, madre de los Cavo, nobles y gallardos espíritus, llevaban su valor patriótico y su entusiasmo bravo hasta la exajeracion.

Aquella intrépida dama hacia abrir con sus sirvientes la puerta y ventanas de su casa, diciendo:

—Aquí vive la hermana de Juan Lavalle! quiero que cuando me azoten por unitaria no tengan el trabajo de forzar mi puerta.

Y con aquel valor magnífico y brillante, se imponía á los gefes de los degolladores, que nunca se atrevieron á levantar sobre su noble y bella cabeza, ni el pincel de brea, ni el rebenque federal que tantos cuerpos mórbidos y gentiles habia mutilado.

Porque las damas de Buenos Aires tuvieron también su parte en el terror y la matanza de aquellos años!

Los grupos de degolladores, provistos de enormes baldes de alquitran y una buena cantidad de moños rojos, se estacionaban en los átrios de los templos, único paraje que las señoras se atrevían á frecuentar y de donde también fueron corridas por las escenas de que nos vamos ocupando.

Cuando la concurrencia salía del templo, la mazorca se acercaba á las señoras para revisarles la cabeza, á cuyo efecto les bajaban con impia mano el tapado que las cubria.

La que no llevaba un moño colorado bien visible, era unitaria y por consiguiente sometida al siguiente tratamiento:

Un degollador se acercaba cuchillo en mano, y le cortaba los cabellos en medio de una algazara nauseabunda, mientras otro, con el gran pincel empapado en brea, pegaba sobre su cabeza el moño colorado de la federacion.

Aquello era conmovedor por más de un motivo.

Muchas señoras se entregaban á la manifestacion del dolor más desesperante, mientras la mazorca aplaudia de una manera frenética.

Otras, de organizacion y espíritu más fuerte se defendian, apostrofando á aquellos cobardes miserables.

Pero entonces la verga se encargaba de llamarlas al silencio dejándolas desmayadas en media calle, con general aplauso.

Muchas veces algun hermano ó marido, presente á la cobarde infamia, se lanzó al cuello de los asesinos, sabiendo que esto no era más que provocar la muerte.

Y el cuchillo mellado se encargó de separarle la cabeza, entre las mismas señoras que pretendian escudarlo con su cuerpo.

Porque entonces se usaban tres clases de degüellos.

El del cuchillo afilado, para la gente de poca monta, que no merecia los honores de un trabajo prolijo.

El del cuchillo mellado, que era destinado á los unitarios decentes, clasificados de *bota fuerte*, y el de la sierra desafilada, que se aplicaba á la gente decente, y de primer rango social.

Este martirio verdaderamente infernal, se aplicaba al compás de la siguiente copla, que se atribuía á la maldad bestial de Mariano Maza, tipo cobarde y ruin:

El que con salvajes
tenga relacion,
la verga y degüello
por esta traicion.

Que el santo sistemá
de Federacion
le dá á los salvajes
violin y violon.

Aquel martirio horrible se llamaba la *resbalosa*, y tenian una manera especial de practicarlo.

El grupo se apoderaba de la víctima, y uno ó dos de los degolladores les sujetaban los brazos á la espalda por medio de fajas fuertes que usaban al efecto.

En seguida, entre dos, le desnudaban la parte superior del cuerpo, con gran calma, puesto que se trataba de una diversion.

Hecho esto, uno de los degolladores, armado de una sierra de carnicero, cuyo filo habia sido mellado con una lima, se acercaba á la víctima, que dominada por el espanto más íntimo concluía por entregarse, ya con la razon vacilante.

Entonces el grupo de mazorqueros formaba círculo al rededor de la víctima, verdugos y ayudantes, miéntras el de la sierra la pasaba por el cuello de la la víctima, el círculo daba vuelta á su alrededor, siguiendo los compases de aquella cancion estúpida y malvada, que era repartida con profusion entre el populacho.

Las turbas estraviadas por el vértigo del crimen, iban aumentando el círculo y las voces del canto, hasta que la operacion satánica terminaba, en medio de los aplausos más frenéticos

Esta era la *resbalosa* que todos habrán oido hablar y que valió á un autor el apodo de *violin y violon*,

Y hay todavia quién defienda á Rosas y quienes pretendan seguir sus huellas!

¡Insensatos!

Solo demente, se puede disculpar á aquel miserable bandido!

Rosas llevaba hasta el escarnio la despiadada persecucion que sus hordas hacian á las familias, hasta el extremo de mandarlas burlar en su propio nombre.

Presentamos el siguiente ejemplo, que es una prueba concluida de la perversidad de su espíritu cobarde y ruin.

En las matanzas horribles de la revolucion del Sur, el año 39, cayeron como buenos, el señor Don Domingo Lastra y su hijo, los que fueron degollados y guardadas sus cabezas para salarse y remitirse despues á Palermo como trofeos de guerra.

Los jueces de Paz y autoridades de campaña, pasaban con frecuencia partes bombásticos de haber hecho degollar á Fulano ó Mengano, para que sus bienes fueran confiscados y tener ellos la mejor parte en el reparto.

Pero viendo que Fulano ó Mengano volvia á aparecer como Guayama, dejando con un palmo de narices á sus diferentes degolladores, Rosas que tenia toda la astucia del gaucho, comprendió el tiro y para evitar que en adelante lo engañaran con falsos partes de degüello, tomó la siguiente resolucion que se comunicó á todas las autoridades y gefes militares en campaña.

«No se recibe ningun parte dando cuenta de la ejecucion de salvajes unitarios, sin que estos partes vengan acompañados de las cabezas ó por lo ménos de las orejas de los referidos salvajes unitarios.»

Así la cabeza del doctor Lastra y su hijo, fueron saladas, para retardar la descomposicion, y remitidas á Palermo, con un parte en que se les hacia pasar por salvajes unitarios de la peor cria.

La muerte de estas dos personas, pertenecientes á la primera sociedad y estimadas de todos, produjo en el partido unitario una honda pena, retemplando al mismo tiempo la fibra de los que batallaban contra tan monstruosa tirania.

El blanco de la mazorca entonces, fué la casa de la respectable señora doña Clara Muñoz de Lastra, madre de don Domingo Lastra y tia del coronel don José Ignacio Garmendia.

Temple de alma soberbio, sintió como un golpe de muerte en el corazon, el degüello de su hijo y su nieto.

Pero pronto reaccionó, volviendo su dolor en ódio, ódio que derramó sin recato sobre la tirania.

—Si la muerte de los hijos ha sido tan aplaudida, pensaron los cabecillas de la mazorca, mayormente lo será un susto en regla dado á la madre.

Y sin más preámbulos empezaron á rondar la casa.

No era solamente el interés de quedar bien con el Restaurador, lo que guiaba á aquellos bandidos.

Habia una razon mucho más poderosa que todas las otras.

La señora de Lastra era muy rica y vivia con un gran lujo.

En su casa debian existir grandes valores y sumas de dinero importantes, pues era natural que un salvaje complicado en la revolucion del Sur, tuviese consigo cuanto poseia en dinero.

Este fué el móvil principal que llevó á la mazorca á casa de la noble dama.

La turba de degolladores penetró al zaguan, á los furiosos gritos de mueran los salvajes unitarios!

En aquellos momentos la noble dama lloraba la muerte de su hijo querido.

Al sentir los gritos de muerte y ruido de armas, se lanzó á la puerta á defender la entrada.

Pero qué resistencia podria oponer la pobre señora á treinta ó más bandidos dispuestos á todo y garantidos por la autoridad, sorda á aquellas infamias?

Sin hacer caso de la señora se desparramaron por la casa, invadiendo sus habitaciones donde creian hallar alhajas y dinero.

La señora los siguió sin dar la menor muestra de timidez.

El gran grupo de asesinos mandados por Parra, habia penetrado á los lujosos salones, miéntras los grupos pequeños destrozaban muebles, entregándose á la rapiña.

Parecia increíble que una mujer conservara su entereza, ante un peligro que hubiera hecho vacilar al hombre mejor templado.

—Asesinos cobardes! les gritó levantando una mano amenazadora.

Si hubiera un solo hombre en la casa, pronto los haría salir por la azotea!

Cobardes ladrones! asesinos de mi hijo! salgan ustedes de mi casa, porque me siento con fuerzas para hacerlos salir á silletazos!

Parra, el coronel Parra, soltó una carcajada, ante aquella amenaza.

—Salvaje unitaria! le dijo, puedes estimarte feliz con que no te degollemos!

—¿Y qué hacen que no me degüellan? ¿créen acaso que con la amenaza me van á asustar?

A la calle, cobardes! á la calle!

Y mientras Parra contenía á la señora, que pretendía hacer efectivas sus amenazas, la mazorca se entregaba á la destrucción más completa.

Las espléndidas colgaduras celestes y las lujosas cortinas, eran destrozadas á puñaladas y arrancadas de sus galerías.

Los grandes espejos eran destrozados á golpes de verga, con un estrépito espantoso, mientras los muebles, que no podían romperse por su solidez, eran tajeados en sus hermosos tapices y en sus bellas molduras.

—Mueran los salvajes unitarios con sus inmundas crias! aullaba la turba de asesinos.

La refalosa! la refalosa!

Y ya algunos tarareaban la infernal canción, preludio de aquel bárbaro tormento.

—Cobardes! cobardes! exclamaba la señora, debatiéndose con Parra.

Ya vendrá Lavallo y les dará resbalosa!

—Calle la hija de mala madre! exclamó por fin Parra, fatigado de aquella lucha.

Calle si no quiere que se le corte la lengua!

—Y qué haces que no la cortas, valiente? preguntó la señora.

Y saltando sobre la injuria, se prendió del cuello de Parra, logrando darle una cachetada.

Aquello era repugnante y feroz.

El coronel Parra dió primero un golpe terrible en la cabeza de la señora, arrojándola por el suelo.

En seguida la golpeó con los piés y la arrastró de los cabellos entre los asesinos, que reían como si les hicieran cosquillas y consultaban á Parra con la miraba si debían ó no degollarla.

La señora se defendía como una leona, sin cesar en sus calificativos injuriosos hasta lo terrible.

—Cobardes malditos! ladrones! exclamaba.

¿No te dá vergüenza, coronel Parra, de estropear así á una señora?

El día que Lavallo golpee las puertas de Buenos Aires, has de ser el primero en huir como un conejo!

Parra se sintió dominado por tanto valor y tanta grandeza.

Dejó de golpear y se retiró de la señora.

Si esto fuera posible en semejantes séres, diríamos que se habia sentido avergonzado.

—Sigue, cobarde, sigue tu obra, exclamó sonriendo aquella mujer escepcional.

¿Acaso por retroceder ahora vás á ser ménos cobarde y ménos ladron?

Estoy esperando que me degüelles tu mismo, porque serás el más práctico.

Dominado el gefe de los asesinos, se retiró á las otras piezas, haciendo una seña á los que habian quedado.

La destruccion en las otras piezas, si esto es posible, presentaba un aspecto más brutal que en el salon.

Los muebles habian sido hechos pedazos, y la ropa que contenian arrojada al suelo, en espantoso desórden, para huscar mejor el dinero y las alhajas.

Los espejos habian saltado en mil átomos, y hasta los papeles de la pared, gran lujo entonces, rotos á uña.

Las colgaduras y ropas de la cama, fueron cortadas á puñal en pequeños átomos.

Habia en ellas algunos moños celestes, de los cuales era preciso no dejar el más pequeño rastro.

La señora de Lastra habia intentado incorporarse para siquiera seguir ultrajando á los asesinos.

Pero el dolor de los golpes no la dejaron mover en el primer momento.

El comedor era entre tanto el teatro del escándalo más formidable.

En medio de palabras esencialmente federales y ternos de toda especie, los asesinos arrojaban al patio con infernal estruendo, todo lo que era porcelana y cristaleria.

Las filas de platos y fuentes, volaban de un extremo á otro, produciendo al caer, un ruido indescriptible, y del que solo puede tener idea el que haya visto desmoronarse un armazon de almacen en noche de incendio.

Las grandes piezas de cristal eran estrelladas contra los vidrios, miéntras algunos que habian hallado en la cocina hachas y otras herramientas, empezaban á destruir los pesados muebles de caoba macisa, que era el gran lujo de aquellos tiempos.

El barrio entero, no ya la cuadra, estaba aterrado por el estruendo de aquella destruccion salvaje.

El que ménos, pensaba que aquello terminaria con el degüello de la señora de Lastra y el incendio de la casa.

Varias familias unitarias que vivian en la cuadra, trancaban cautelosamente todas sus puertas, no dudando que sus casas serian tambien asaltadas.

Miéntras, los hombres, armados á todo evento, subian á la azotea preparándose á vivir á la federacion cuando la mazorca saliera de la casa de Lastra.

No era esto que la fibra del valor civil se hubiese apagado en el pecho de los unitarios de la ciudad.

Es que este era un medio de salvar la familia.

Y qué hombre vacila ante sus hijos é hijas amenazados de muerte y azotes?

Además, que toda manifestacion hostil hubiera sido una imprudencia criminal, puesto que comprometia la existencia de séres inocentes y queridos que un hombre tiene el sagrado é ineludible deber de proteger y conservar.

Muerto el padre, quién tenderia su mano á aquellos inocentes, marcados con el San Benito de la Federacion?

¿Quién los protegeria del puñal y del hambre?

Así pensaban los padres de familia, y dominando la indignacion y la ira que ardía en todos los corazones, se asomaban á la azotea á gritar viva la federacion!

Rosas habia logrado su objeto dominando por el terror, pues en su sistema de declaraciones habia sembrado el temor, hasta el extremo de que los hermanos desconfiaran entre sí y vacilaran para confiarse alguna idea, algun sentimiento contra la tiranía,

Es que el vértigo del crimen habia dominado de una manera espantosa entre el partido federal.

El hermano degollaba al hermano y el padre al hijo.

Y los que crean que exajeramos un átomo, ahí tienen el ejemplo de los hermanos Vera, que es una muerte clásica del delirio de sangre que se habia apoderado de aquellas masas feroces.

Calisto Vera era un comandante de la federacion, que con gruesas partidas recorría una parte de la campaña donde las partidas revolucionarias de salvajes unitarios, se apoderaban de todo género de elementos para seguir aquella santa guerra.

Mariano Vera hermano de padre y madre del comandante Calisto Vera referido, andaba entre los unitarios, capitaneando una partida volante de la revolucion.

Hombre bueno y puro, era estimado de todos sus compañeros de armas, que lo distinguian por el celo y actividad con que servia la causa de la libertad.

Un dia los dos hermanos, al frente de sus respectivas fuerzas, se encontraron frente á frente, cuando ménos lo esperaban.

Antes de separarse se tenian un verdadero cariño fraternal, que cultivaron, á pesar de la opinion politica que los separaba.

Así es que cuando Mariano supo que la fuerza que tenia al frente era la que mandaba su hermano Calisto, huyó el combate por primera vez de su vida, y emprendió la retirada.

Calisto, por el contrario, al saber que su hermano Mariano huía, comenzó una persecucion tenaz.

Alcanzado, y picado su retaguardia vigorosamente, tuvo que aceptar el combate, aunque con marcada repugnancia.

Recien empezado el tiroteo, Mariano envió á Calisto un parlamento, indicándole que aquello era monstruoso, que él iba á retirarse y que no lo persiguiera, obligándolo á un combate maldito.

Calisto Vera tomó al parlamento, y por toda respuesta lo hizo degollar á la vista de Mariano y sus soldados.

Era preciso entonces combatir, ó resignarse á correr la suerte del parlamento.

El combate empezó, pues, sangriento y empeñoso.

Calisto Vera se multiplicaba en todas partes haciendo lo posible para alcanzar una victoria.

Mariano, por el contrario, parecia haber perdido todo su entusiasmo y hasta su proverbial valor en la pelea.

Es que aquel sacrilegio lo horrorizaba.

Sus tropas se batieron con el denuedo de siempre, pero sin que su gefe tomara la menor medida para alcanzar una victoria maldecida.

En estas condiciones el triunfo tenia que ser de Calisto, como sucedió.

A la media hora de combate, los soldados de Mariano Vera, acuchillados, se desbandaban y huian en todas direcciones.

Mariano, agobiado por el dolor de aquel combate y la vergüenza de la derrota, ni siquiera intentó seguir á los suyos y fué hecho prisionero, en compañía de su ayudante José Pino, que no quiso abandonarlo.

Acto continuo y por orden verbal de Calisto, Mariano Vera y Pino eran lanceados por sus tropas, y degollados; despues. Parece increíble que tan sacrilega infamia se llevara á cabo.

Pero el mismo comandante Vera se encargó de dejar la prueba indeleble de su infamia, en el parte que sobre aquella accion elevó á Rosas.

Tomamos el principio de aquel documento infernal, publicado en el número 5,010 de la *Gaceta Mercantil* y que nuestros lectores pueden confrontar en la Biblioteca de la provincia.

Dice así, despues de los vivas y mueras de estilo:

« El infrascrito tiene LA GRATA SATISFACCION de participar á V. E. AGITADO DE LAS GRANDES SENSACIONES, que el infame caudillo Mariano Vera, CUYO NOMBRE PASARÁ MALDECIDO de generacion en generacion, quedó muerto en el campo de batalla, cubierto de lanzadas, igualmente que su ayudante José Pino.

Felicito á V. E. y á toda esa benemérita Provincia, é igualmente á toda la Confederacion Argentina por tan insigne triunfo, en que hemos recojido los laureles de la victoria tanto más frondosos, cuanto que HAN SIDO EMPAPADOS EN LA SANGRE DE UN SACRÍLEGO UNITARIO.

.....
Calisto Vera. »

Esto no podia ser ya sino el delirio del crimen y de la sangre, en su faz más monstruosa y exajerada.

¿Qué extraño es entonces que en las calles de la ciudad, la mazorca se entregara á escenas como el salteo á la casa de la señora de Lastra?

Cuando todo lo hubieron despedazado, ménos el servicio de

plata, que se llevaron, los mazorqueros abandonaron la casa, siempre bajo las más terribles injurias y maldiciones de la viril señora.

Todo se lo habían llevado: dinero, alhajas y lo que representaba valor.

Recien cuando la mazorca se hubo retirado, la señora de Lastra se entregó á todo el dolor de una situacion tan dramática y rompió á llorar amargamente.

Al fin la mujer predominaba!

Al dia siguiente de estos sucesos, el tremendo don Bernardo le mandó un recado con uno de sus ayudantes.

— El señor Gefe de Policía manda saludar á la señora de Lastra, dijo el enviado, para manifestarle el profundo pesar que ha tenido, al saber lo que ha pasado anoche en su casa.

Dice que bien quisiera haberlo evitado, pero que es imposible contener la santa indignacion del pueblo federal, exaltado justamente por los últimos desmanes que han cometido los salvajes unitarios.

El señor Victorica se pone á su disposicion y le ruega lo cuente en el número de sus más leales amigos.

Ante aquel sarcasmo la señora de Lastra se puso de pié, mostrando la puerta al jóven con ademan soberbio.

Aquella muda y elocuente respuesta mostraba la altura moral de la noble dama!

Sin embargo, los vejámenes no habían terminado para ella.

Esa misma noche, se presentaba en su casa un edecan del brigadier Rosas, llevándole el reloj de oro que tenia su hijo al ser degollado.

El edecan manifestó el supremo pesar que habia tenido S. E. al saber sus desgracias, añadiendo:

— Dice el señor Gobernador que para que mitigue en algo su dolor, le manda el reloj que se halló en el bolsillo de su hijo cuando fué degollado.

La señora de Lastra que ni siquiera habia hecho sentar al coronel, edecan de S. E., le contestó:

— Agradezco el recuerdo, pues será la única prenda que se ha arrancado á las uñas de la federacion.

Añada usted que los detesto con toda mi alma y los desprecio con todo mi corazon.

— Señora, yo no puedo decir eso!

— El que es capaz de insultar á una dama, por encargo, debe tener siquiera el valor de afrontar un puntapié de su amo.

Y le indicó que estaba despachado.

Esta era la situacion de Buenos Aires y toda la República al principiar el memorable año de 1840!

Las escenas que vamos á seguir narrando, mostrarán con toda verdad el horror que encierran aquellos doce meses.

No exajeramos nada.

Las escenas que vamos á narrar están apoyadas en documentos y pruebas que iremos exhibiendo poco á poco.

Revolvamos un poco aquel horror!

DOÑA MARÍA JOSEFA

Entre las sombras de la federacion y ocupando el puesto más repugnante, se movia, semejante á un reptil horrible, aquel demonio de la perversidad que se llamó doña María Josefa Ezcurra.

Aquel sér maldito y repelente se habia erijido en gefe de una policia secreta terrible.

La policia secreta de la servidumbre que vijilaba las casas de sus amos sospechosos, para delatar sus menores acciones y sus más recatados pasos.

Doña María Josefa era la confidente de todos los gefes de la mazorca, y era en su casa donde se reunian Cuitiño, Troncoso, Parra, Salomon, el tremendo Salvador Moreno y otros muchos, á recibir las delaciones del dia y proceder en consejo.

Era tal la perversidad de aquel espíritu infame, que Rosas mismo habia concluido por olvidar el ódio que le profesó siempre, para aceptar su contingente de ferocidad é infamia.

Doña María Josefa habia llegado á hacerse tan temida como el mismo Rosas.

Los federales le temblaban porque temian su ódio y su venganza, y las familias unitarias trataban de estar bien con ella, porque esto importaba alejar de ellas un peligro de muerte.

Unitarios y federales todos le regalaban, y los gefes de la mazorca partian con ella el saqueo hecho en las casas que delatara.

Su casa era un bazar donde se aglomeraban desde el género más rico hasta la alhaja más preciosa.

Unas cosas regaladas para conquistar su benevolencia, y otras robadas en las casas asaltadas por la mazorca.

Con una figura ridícula hasta la insolencia y una cara siniertramente antipática, aquella mujer era una especie de tarántula, cuyo vello negruzco y repelente, parecia verse brotar de entre su piel escarlata, á consecuencia de su vida desordenada.

La fealdad tenebrosa de aquella mujer malvada, estaba completada por dos ojillos de basilisco que giraban como en un círculo de sangre, con una espresion de ferocidad suprema.

Parecian aquellos ojos, dos estiletos revolviéndose en los lábios de una herida!

Doña María Josefa tenia organizado su inícuo servicio de policia secreta, de una manera diabólicamente admirable.

Para espiar de cerca á las familias y estar en sus secretos más íntimos, se valia de las negrillas y mulatas que constituian el servicio de las casas.

Para penetrar en el corazon de muchas de ellas é imponerse de aquello que tenia que escapar á la vigilancia de los sirvientes, se valia de un elemento más poderoso.

Este elemento eran los frailes, los franciscanos, sobre todo, que tenían hecha con ella una alianza ofensiva y defensiva.

Entre sus confidentes más importantes se contaba el padre guardian de aquel convento, un tal fray Aldazor, cuyos escándalos en aquella época fueron memorables.

Con semejantes elementos, el servicio organizado por aquel mónstruo, tenía que dar los más infernales resultados.

Esta era la causa, que nadie podía explicarse al principio, de que fueran sorprendidos en su punto de embarque muchas de las personas que emigraban, y degollados por las partidas de Cuitiño, Parra ó Moreno, á quienes ella había transmitido las delaciones de las sirvientas.

Cuando la sociedad perseguida se apercibió que estaba vendida por el servicio, era ya tarde por remediar el mal.

¿Quién se atrevía á despedir una sirvienta aunque tuviera la seguridad que esta lo vendía?

Hubiera sido esponerse á dos peligros en vez de conjurar uno.

La venganza de la sirvienta despedida, que podía llegar hasta la calumnía, y el despecho de doña María Josefa, que no toleraría así no más que un agente suyo fuera arrojado á la calle.

Así las familias tenían que vivir con un espia metido en el corazon del hogar, de quien no podrian ocultarse.

Y aquellas criadillas tan humildes antes, habian adquirido con su posicion de agentes secretos, una insolencia que habia que soportar á todo trance.

¿Cuál era la señora que se permitia reprender á sus sirvientes, aunque como sucedió á muchas, las vieran recibir á sus amigos en sus propios salones?

Una calumnia soplada á los oidos de doña María Josefa, hubiera sido el efecto inmediato de la reprension.

Y no hubieran pasado muchas horas sin que la mazorca golpeará con el cabo de sus puñales las puertas de la familia calumniada.

Así las familias se veian en verdaderas figurillas para ocultar al sirviente ciertas novedades significativas, como preparativos de viaje, etc.

Echar al sirviente de la pieza donde estos se hacian y á la que entraba cuando ménos era esperado, equivalia á decirle:

— No quiero que doña María Josefa sepa lo que yo hago, y esto equivalia á echarse encima la vigilancia de toda la mazorca.

Rosas, asombrado del génio diabólico de su cuñada, se valia de ella para sus más ocultas pesquisas, y la complacia atendiendo todas sus indicaciones.

Cuando alguno de sus adulones ó espías le llevaba alguna importante delacion, les decia:

— Hable con María Josefa y dígale que me comunique lo que haya al respecto.

Y doña María Josefa se manejaba de tal modo, que al dia siguiente á más tardar, Rosas sabia más de lo que necesitaba.

La casa de doña María Josefa era más concurrida que la misma casa de Gobierno.

Aquella harpia se levantaba muy temprano con su más brillante traje federal, para atender las delaciones que le llevaban sus agentes.

Era la hora de gran despacho, despacho que no podía eludirse bajo ningún pretexto.

A esa hora en que las sirvientas y cocineras van al mercado, las que tenían que hacer alguna revelación importante, hacían su escapada hasta lo de doña María Josefa, para aprovechar el tiempo de las compras, sin que los patronos pudieran desconfiar de la tardanza.

Hacerlo á otra hora hubiera sido poner á aquellos sobre aviso y perder un buen golpe!

Aquella mujer feroz recibía á las negrillas y mulatas en su propio salón y por turnos, para que la declaración no fuera escuchada por las otras.

Las hacía sentar á su lado, les hacía *hacer la mañana* porque no era concebible una buena federal que no supiera echar un trago, y les hacía soltar cuanto sabían y cuanto no sabían.

Porque aquellas infelices, dominado el espíritu por aquel ser perverso, por contentarla y merecer un elogio, aumentaban las noticias é inventaban frases sospechosas.

Cuando la noticia valía la pena, la harpia la recompensaba con un billete de valor, según la denuncia, y hacía toda clase de halagos á la delatora.

Así ese ser malvado hasta lo fantástico estaba en posesión de la vida íntima de las familias.

Sabía quiénes visitaban las casas de los unitarios, á que hora se habían retirado y la conversación que habían tenido.

De aquí ella deducía sus infernales consecuencias y se ponía de acuerdo con los jefes de la mazorca para obrar.

Porque para los casos apurados, como Rosas estaba en Palermo, doña María Josefa gozaba de ciertos privilegios y autoridad que ningún otro agente del tirano gozaba.

Porque doña María Josefa no podía cometer otro error que cargar un poco la mano y esto era conveniente para el sistema del terror.

El General Lavalle estaba en campaña; se temía se pusiese en combinación con los unitarios de la ciudad, y todo exceso de crueldad era pálido al lado de la que Rosas se proponía desplegar.

Por eso la mazorca no trepidaba en ejecutar las órdenes de doña María Josefa, en la seguridad que complacían al tirano, á la par que quedaba bien con ella.

Cuando terminaba el despacho, es decir, después que había oído todas las delaciones, doña María Josefa devoraba una enorme taza de chocolate con sus correspondientes tostadas y se acostaba á dormir la siesta, como todo Buenos Aires lo hacía, por hábito, por necesidad.

¿Quién era aquel que se atrevía á dormir de noche?

Los unitarios no lo hacían, temiendo que sus casas fueran asaltadas durante el sueño,

El pueblo federal, entregado á recorrer las pulperías y las calles, pasaba las noches de jarana.

La mazorca estaba entregada á su ocupación favorita: el degüello y el saqueo.

La alta sociedad federal se entregaba á sus grandes bailes y grandes fiestas, en festejo de tal ó cual tiempo imaginario, mientras la federación política pasaba sus noches en conciliábulos y alarmas, temiendo que de un momento á otro Lavalle se echase sobre la ciudad, secundado por los unitarios de adentro.

Las cárceles estaban llenas de presos, cuya mayor parte eran pasados por las armas durante la noche, para aterrorizar más á la población con las continuas descargas en medio del silencio de la noche.

Y la población vivía en medio de un terror continuo, pues cada una de esas descargas anunciaba que un miembro de la sociedad porteña había sido suprimido del número de los vivos.

Y todos temblaban ignorando cuáles serían las víctimas, porque rara era la familia unitaria que no tuviera un miembro querido en a cárcel.

Todos fusilaban por su cuenta, sin siquiera tomarse el trabajo de apuntar el nombre de la víctima.

El jefe de Policía fusilaba en los patios del Departamento; Cuitiño fusilaba en su cuartel; el comandante Maza en el suyo, y el jefe de los serenos degollaba en el suyo, para no alarmar al vecindario con descargas inútiles.

Así es que Buenos Aires dormía de día, porque era la hora en que los asesinos descansaban las fatigas de la noche y del vino.

A la madrugada, el espectáculo cambiaba, siendo más aterrador, si cabe en lo posible.

Los carros de la basura iban á la Policía y cuarteles unos, á recoger los cadáveres de los fusilados, mientras los otros alzaban de las calles los degollados de la noche anterior.

Estos cadáveres, cuyas cabezas estaban separadas del tronco, eran llevados al cementerio á las voces de duraznos blancos y amarillos que daban los carreros, exhibiendo las cabezas humanas en medio de carcajadas feroces.

Muchas personas que engañadas al principio salían á comprar duraznos, daban vuelta, horrorizadas al contemplar las cabezas ensangrentadas y lívidas que se anunciaban de aquella manera.

Si hay alguien que dude de la verdad de lo que decimos, todavía hay miles de personas vivas, que pueden apoyar nuestras palabras, pues fueron testigos de aquellas escenas, que parecen inventadas por una imaginación calenturienta y febril.

Doña María Josefa dormía pues una siesta de cinco ó seis horas, de cuya siesta se levantaba á comer. Su mesa siempre era concurrida por amigos de ambos sexos, que iban á rendirle pleno homenaje.

Las célebres damas que hemos presentado ya en escena tirando del carro donde se paseaba en triunfo el retrato del tirano, concurrían á sus salones, recibiendo con ello un alto honor, y haciendo sociedad á los miembros de la mazorca, infaltables al cuartel general de las libaciones.

Allí se hablaba de política, se criticaba de una manera sangrienta y amenazadora á las damas que no visitaban á doña María Josefa, y los nombres más respetables eran entregados á la difamacion.

Cuando aquel sér ridículo y malvado concluía de comer, entraba al salon con todos los aires de una reina y seguida de las parejas que la habian acompañado á la mesa.

La reunion tomaba entonces otro aspecto.

Los corrillos se formaban en todos los ángulos de las salas, mientras un regimiento de negritas y mulatillas servian el mate dulce y amargo.

Porque la harpia alojaba en su casa, mientras les encontraba *acomodo*, á todas las sirvientas que habian sido despedidas de sus amos.

Doña María Josefa se entregaba entonces á sus conciliábulos y confidencias con los jefes de la mazorca que habian concurrido.

Se cambiaban noticias y chismes, é indicaba ella las casas que se debian asaltar, para castigar las familias cuyos hermanos, padres ó hijos habian llegado emigrar á Montevideo.

A las once ó doce de la noche, la reunion volvía á tomar un nuevo aspecto.

Las damas copetudas se habian retirado entre nueve y diez de la noche, protegidas por sus enormes moños punzóes y largas divisas, ó acompañadas por algun federal de campanillas.

Quedaban solo las más calaveras, muchas de las que permanecian allí hasta la madrugada, y los federales que no tenian que hacer.

Los miembros de la mazorca se iban retirando á la hora del golpe preparado, para volver más tarde á dar cuenta de su cometido.

Y referian cuántos chicotazos habia recibido tal ó cual dama qué nueva herejia habian hecho en aquella otra, y cómo habian cumplido ciertas órdenes especiales de doña María Josefa, órdenes que eran más ó ménos estas:

— A Fulana hay que castigarla hasta sacarle las brujas, porque ha tenido la insolencia de hablar de mí y del Restaurador.

A Mengana hay que entregarla á los muchachos para que se diviertan con ella y le bajen el copete y ese aire de querer valer más que uno.

Yo les he de enseñar á esas salvajonas á tener á ménos á los federales!

Y eran estas las referencias que hacian los bandidos en medio de los aplausos de aquella sociedad espantosa.

El resto de la noche era empleado en cenar y en todo género de excesos.

Se bebía hasta la embriaguez más completa y se hablaba un lenguaje esencialmente federal.

Mientras en el comedor y los salones tenían lugar aquellas escenas, los patios eran teatro de otras más pintorescas.

Los grupos de mazorqueros que habían ejecutado los actos cobardes que se referían en la sala, llenaban los patios á participar del festín y de la sociedad de las negrillas y mulatas que llenaban la casa.

Cumpliendo las órdenes de su patrona, estas les alcanzaban frascos de bebida y avios de tomar mate, pues era preciso recompensar los desvelos de aquellos leales servidores.

Esta era la razón por que aquellos aclamaban á doña María Josefa, mirándola como su jefe más importante.

Con bebida y mate á discreción y muchachas con quienes matar el rato, aquellos buenos mazorqueros se instalaban en la casa, de donde no se movían sino para cumplir alguna orden de la patrona.

Y como muchas veces se ofrecía alguna delación á deshoras, ó algun viajero que atajar, siempre había en los patios un buen grupo, dispuesto á bailar la *refalosa*.

Como todo entraba á la casa en grandes cantidades, sin que la María Josefa tuviese nunca que gastar ni un medio, se gastaba de una manera escandalosa.

Las mulatillas se trataban á cuerpo de rey, y los miembros de la mazorca se retiraban al amanecer con su abundante provision de cuanto podían necesitar.

El escándalo de los patios y departamento de servicio era tal á veces, que el rumor de la orgía y el beberaje llegaba hasta los salones.

Y si alguno preguntaba alarmado que era lo que aquello significaba, respondía con su risa más hedionda:

— Son los muchachos que se están divirtiendo un poco.

Demasiado trabajan y se desvelan los pobres, para que uno les niegue los pocos momentos de expansion que puedan gozar.

Y el beberaje y la chacota seguían como en pleno cuartel.

La jarana duraba hasta una hora muy avanzada de la noche, en que la concurrencia de las salas, y los patios empezaba á retirarse.

Solo quedaban algunos patriotas que se constituyeran guardia de honor de la casa, y los muchos borrachones á quienes Baco había agarrado de las piernas y no les permitía ni siquiera moverse.

Aquello parecía entonces un verdadero departamento del infierno.

Aquellas negras y mulatas envueltas en grandes rebozos de bayeta punzó y aquellos hombres de caras patibularias, de gran melena y cubiertos de trapos y divisas coloradas, borrachos sin poderse mover, parecían una legión de diablos en noche de puerta franca.

Entonces era que doña María Josefa se acostaba á dormir hasta las seis ó siete de la mañana, hora en que empezaban á caer sus agentes y espías,

La organizacion que esta mujer perversa habia dado á su sistema de espionaje, no se limitaba á los sirvientes y frailes.

Ella tenia sus agentes de segundo órden á donde se dirijian los espías delatores que, ya por la distancia, ó porque no convenia los fueran á ver entrar á su casa, no podian concurrir á la hora de la audiencia.

Por ejemplo, á inmediaciones de donde es hoy el cementerio Inglés, vivia en un *sitio* bastante cómodo, la famosa tia Joaquina, conocida por el apodo de Federacion.

Tia Joaquina era una negra vieja, fabricante y vendedora de chicha, á la que estaban subordinadas numerosas negrillas y mulatas, la mayor parte de ellas hijas, sobrinas y nietas de la tia Federacion.

Este escuadron de negrillas estaba desparramado en varias casas unitarias, como espías de doña María Josefa.

Cuando en cualquiera de las casas ocurría alguna novedad de importancia, la negrilla venia á ver á tia Joaquina, la ponía en autos de lo que sucedía.

Y la negra vieja corrijiendo y aumentando el suceso, lo iba á comunicar á doña María Josefa.

La negra Joaquina era una policia tal, que tenia entrada franca á cualquier hora, hasta donde la señora estaba, pues sabido es que nunca iba sino cuando tenia algo importante que comunicar.

Ademas de su mision de agente secundario, la negra Federacion tenia otro empleo importante.

Era el espia ambulante que tenia doña María Josefa.

Con el pretexto de vender chicha, se metia adentro de las casas unitarias, donde sorprendió más de un secreto, que valió á la familia la desolacion y la ruina.

Al romper el dia, *arrebozada* en un pedazo de bayeta punzó, con un cachimbo á media boca y la vasija de chicha en la cabeza, con un equilibrio perfecto, la negra Federacion salia de su sitio, y husmeándolo todo y entrándose á las casas, llegaba hasta el centro al compás de sus ancianas y amulegadas canillas.

Si husmeaba algo de importancia, se iba hasta lo de la María Josefa, para comunicarlo.

Si no, se venia hasta el mercado donde despachaba la chicha, y regresaba de vacio hasta su sitio.

La tia Federacion no era de mirarla así por sobre el hombro, pues tenia entrada á casa del Restaurador, que le solia regalar un billete de cincuenta y hacerle un par de encargos.

Ademas de la tia Joaquina, doña María Josefa tenia otros agentes colocados en otro centro de accion.

Estos eran entre otros, don Ramon y don Lorenzo, puesteros del mercado y dos de los federales más tremendos que se conocian.

Raro era el dia que, entre las tiras de asado que colgaban del puesto, no exhibieran algunas cabezas humanas, de personas degolladas la noche anterior ó aquella madrugada.

Estos dos puesteros eran una potencia tan terrible como la misma tía Joaquina.

Ellos observaban el traje y conducta de las señoras y sirvientas que iban á hacer sus compras.

Husmeaban si hacían sus compras á los puesteros más federales y si tenían asco á las cabezas puestas en exhibición, para sacar sus conjeturas, y comunicarlas á doña María Josefa.

Si alguna criadita no les compraba á ellos, daban por sentado que su patrona se lo había prohibido, porque era salvaje unitaria.

Ante semejante aserto, doña María Josefa hacía vijilar inmediatamente la casa, y pasaba aviso á sus confidentes favoritos, Salvador Moreno ó Ciriaco Cuitiño.

Estos eran los jefes de mazorca á quienes ella más distinguía, por su ferocidad proverbial, pues ninguno de ellos tenía inconveniente en bajarse del caballo y *tocar el violin* en plena calle, al primer salvaje unitario que les caía á mano.

Así entre los pulperos, lecheros y todo esos proveedores que entran por la mañana á las casas de familia, la harpia federal tenía admirablemente organizado su sistema de espionaje.

Cuando se trataba de algo muy grave, subía en su carruaje é iba á Palermo á conferenciar con D. Juan Manuel, que se quedaba sorprendido de los secretos que poseía su cuñada.

Muchas veces salía corrida de Palermo, porque Rosas que no podía dominar su espíritu malvado, aunque la miraba como uno de sus agentes más importantes, solía hacerla víctima de sus bromas groseras.

Mandaba á D. Eusebio de la Santa Federacion por ejemplo, que le echara un piropo de grueso calibre ó le hiciera alguna otra travesura análoga.

Y la harpia se retiraba furiosa y sin poder contener la rabia mientras don Juan Manuel quedaba riendo como si le hicieran cosquillas.

Cuando esto sucedía doña María Josefa, salía jurando no volver más á poner lo piés en Palermo,

Pero pocos días después su perversidad le hacía olvidar la ofensa, y volvía con algun plan infame, con alguna delación, ó con algun pedido de orden de confiscación.

Rosas entonces le hacía tirar piedras, quemándole la sangre con sus eternas bromas, pero no por esto la harpia se arredraba.

Esta es la harpia infernal que disponía de la policía secreta el año 40 y que hoy ponemos en escena.

Este mónstruo fué la autora de mil tragedias terribles que iremos narrando en el curso de este libro.

La siguiente es una de las más sombrías.

EL DRAMA DE LOS MANTEROLA

En la esquina de las calles de Cuyo y Maipú frente á la esquina de Caña, y en los altos conocidos por de Gutierrez, vivía la familia de Manterola.

Esta familia digna y honorable, era compuesta de doña Ana Berutti de Manterola, sus hijas Juana y Cármen, sus hijos Norberto y Tomás y dos nietas huérfanas, de quienes la señora Ana se había hecho cargo.

La señora tenía dos hijos más: don Lorenzo y don Luis Manterola.

El señor don Lorenzo Manterola se había casado y vivía con la familia que empezaba á formar.

Don Luis vivía en casa de don José Marzano, juez de paz de la Parroquia de San Nicolás, de cuyo juzgado era escribiente.

Veamos por qué coincidencias aquel hombre había descendido á tan humilde empleo.

Don Luis Manterola desde muy jóven había abrazado la carrera de las armas.

Siempre constante en el servicio y ambicionando labrarse un porvenir había ido ascendiendo, siempre por hechos distinguidos, hasta el empleo de teniente coronel, que conquistó con su espada en la memorable jornada de Ituzaingó, donde también fué actor su hermano Lorenzo, aunque en grado militar más inferior.

Inteligente y práctico en el arma de artillería, se había ganado el aprecio de los generales Lavalle y Paz, que lo miraban como una esperanza de la patria y del ejército, que carecía entonces de buenos jefes artilleros.

Hecha la paz con el Brasil, el teniente coronel Manterola regresó á Buenos Aires con el general Lavalle, y con él tomó parte activa en el motin militar del 1º de Diciembre, que terminó con la jornada del Puente de Márquez.

Caido en aquella accion el partido unitario por la traicion de Rosas que no quiso respetar el convenio de Abril, Manterola fué privado del mando activo y se le relegó á una plana mayor aunque con sueldo íntegro.

El militar pundonoroso y altivo no dijo una palabra ante aquel desconocimiento de sumérito y servicios, conformándose con su suerte, que él creía pasajera, hasta 1835.

Manterola amaba entrañablemente á su señora madre y hermanas, á quienes ayudaba con el sueldo de su clase, y era esta razon la que había influido en él para no protestar contra aquel olvido intencional, separándolo del ejército en cuyas filas hizo su lucida carrera.

Rosas, que quería contraer méritos con los federales dorreiguistas, no perdonaba ocasion de pasar por el vengador terrible del gobernador Dorrego.

Así, invocando las cenizas de aquel hombre desgraciado, borró de la lista militar á todos los jefes que habían tomado parte en el movimiento del 1º de Diciembre, y que no se habían plegado al partido de la federacion rosista.

Entre ellos cayó el teniente coronel don Luis Manterola, á quien se le privaba así de todos sus elementos de vida.

Aquel hombre fuerte y digno en la desgracia, devoró en silencio aquella desventura que le quitaba, al mismo tiempo que sus recursos de vida, el porvenir brillante que se había labrado.

No quiso pedir gracia á Rosas, como lo hicieron unos pocos, y desoyó los consejos que en este sentido le dieron los amigos que conocian su situacion.

—Prefiero la miseria en medio de mi pureza como patriota, les dijo, á la posicion y riqueza que sea necesario envolver entre los girones de mi honor.

El trabajo no me acobarda, añadió, y distraido en ganar lo necesario para mí y ayudar á los míos, podré esperar tiempos mejores.

Pobre Manterola!

Esperaba tiempos mejores, cuando la Federacion no habia mostrado aún el malvado cerebro de Rosas!

Resignado á su suerte, don Luis Manterola empezó á buscar trabajo y comprender que aquello no era tan fácil como lo habia pensado, tratándose de un salvaje unitario que habia peleado contra Dorrego y que debia estar en correspondencia con Lavalle.

La familia de Manterola, desde doña Ana abajo, era así clasificada y señalada como tal por los federales exaltados.

Por fin el benemérito teniente coronel de Ituzaingó halló una puerta abierta, y por cierto la que ménos esperaba.

Esta puerta fué la del señor Marzano, federal en toda regla quien en prueba de la confianza que merecia al gobierno, habia sido nombrado juez de paz de la Parroquia de San Nicolás.

Don José Marzano con quien lo ligaban vinculos de cariño, le ofreció aquello de que podia disponer.

El puesto de escribiente en el juzgado y su casa de familia lealmente abierta.

Como en el Juzgado de Paz habia mucho trabajo, el escribiente tendria que almorzar y comer en casa del juez, que vivir cerca y por consiguiente era mejor que viviese en ella, sin perjuicio de ir á pasar al lado de su familia todo el tiempo que le quedase libre.

Don Luis aceptó radiante aquella buena proposicion que le deparaba el cielo.

Siendo escribiente de un Juzgado de Paz en aquellos tiempos, tenia garantida su vida y la tranquilidad de su familia.

No era admisible que el escribiente de don José Marzano, federal á todas luces, fuese un salvaje unitario.

El sueldo era una miseria para un hombre de su rango social, que no le alcanzaria para cubrir sus más urgentes necesidades.

Pero ya era un sueldo con que poder aliviar á su familia, marcada ya por la Federacion: y una garantia para aquellos seres queridos.

Inmediatamente ocupó su puesto y se trasladó á la casa de Marzano.

Trabajó con un ardor y un interés tal, que se granjeó por completo toda la amistad de aquel hombre y el cariño de la familia á cuyo lado vivia.

Conocidos sus antecedentes y desgracias, el señor Marzano solia alentarle con un cambio de posicion, para lo cual él y

otros amigos podrian hacer trabajos, no pudiendo decirse que era un enemigo de la federacion, puesto que estaba sirviendo al gobierno, aunque en un puesto humilde.

—Mejor es no hacer nada por ahora, decia Manterola, para ocultar su modo de pensar.

Los que hemos servido á órdenes de Lavalle somos antipáticos al gobierno y yo temo perder hasta este puesto humilde.

Más tarde, cuando las pasiones políticas hayan pasado un poco, veremos lo que se puede tentar.

Es que Manterola tenia sus compromisos con el partido unitario, que empezaba á trabajar sordamente.

El asesinato de los Reynafé y la terrible sentencia recaida contra el doctor Gamboa, habia sublevado el espíritu.

La emigracion á Montevideo empezó á aumentar de una manera prodigiosa, asta que Rosas, alarmado, tomó terribles medidas de degüello contra los que huian á engrosar las filas de sus enemigos en Montevideo.

Así lo pasó hasta principios del año 39, en que las escenas de matanzas y mazorcadas vinieron á aterrar la poblacion, que se creyó perdida.

Ya no eran solo los unitarios los perseguidos por el puñal y la verga.

Lo eran tambien los llamados lomos negros y los federales que no estaban bien definidos, es decir, que no pertenecian á la mazorca, ó al círculo de la feroz María Josefa Ezcurra

Manterola, comprometido, como muchos otros, en la gran revolucion del Sud, esperaba tranquilamente el desenvolvimiento de los sucesos.

Su tiempo lo dividia entre el juzgado de paz, su buena madre y la familia de Marzano.

Todas las noches en cuanto se desocupaba, iba á visitar á doña Ana y á sus hermanas, á cuyo lado permanecia hasta las once de la noche, hora en que la familia del juez de paz cerraba la puerta.

A esa hora se retiraba y aunque era peligroso andar por la calle, él iba garantido por su larga divisa y los papeles del Juzgado, que por precaucion se echaba siempre al bolsillo.

Tanto él como su hermano Lorenzo y doña Ana, corazon patriota y noble, estaban al cabo de los sucesos que se desarrollaban en Montevideo, pero, con tal recato, que nadie tuvo nunca la menor sospecha.

Aunque la negrilla Luisa que los servia era sobrina de la terrible tia Federacion, jamás habia visto en la casa nada digno de ser trasmitido al teniente de doña María Josefa.

Lo que prueba que los Manterola obraban con gran recato y hablaban con suma cautela.

Era en casa de doña Ana que se veian los hermanos Luis y Lorenzo, para comunicarse las noticias de que tenian conocimiento.

El temor á los unitarios llegó á punto tal que el tirano se alarmó seriamente,

Quintuplicó la vijilancia en la costa para tomar y degollar á todos los que querian embarcarse, y puso á las familias unitarias bajo una activa vijilancia de observacion.

Sus agentes no tenian más encargo que imponerse de lo que pasaba en las casas y trasmitirlo sin pérdida de tiempo, cuando se tratara de algo referente á los unitarios.

Doña Maria Josefa se puso sobre tablas á su infame tarea, llamando á sí todos los elementos que le estaban subordinados. para instruirlos bien en lo que tenian que observar en adelante,

La harpia tomó una larga lista que guardó en su precioso escritorio de caoba, regalo de Victorica, y la recorrió prolijamente marcando con su lápiz varios nombres.

Bajo aquella marca terrible habia caido tambien el de doña Ana Berutti de Manterola.

Concluida esta prolija operacion, doña Maria Josefa tomó del mismo escritorio otra lista, donde tenia todos los datos sobre la reparticion de sus agentes, marcando tambien varios nombres.

Luisa, la sobrina ó hija de la negra Joaquina, fué tambien uno de los nombres señalados preferentemente en la segunda lista.

Maria Josefa contempló el prelude de su obra con ojos sombríos, y miró á Cuitiño y Moreno que estaban con ella, sonriendo llena de ferocidad.

Cualquiera que la hubiese visto la habria creido una mujer bajo la influencia de una felicidad inesperada.

Es que toda la felicidad de aquel sér monstruoso se reducía á hacer mal, pero un mal terrible que dejara rastros de sangre.

Se le proporcionaba la ocasion de hacer un mal tremendo, de hacer caer muchas víctimas bajo el puñal de la mazorca, y se sentia en la cúspide de la felicidad suprema.

Aquel corazon de reptil estaba en su elemento, agitado por la fruicion del crimen.

—Me parece, dijo á sus confidentes, que la Sociedad Popular Restauradora, va á entrar en su época de labor más fecunda.

Los inmundos salvajes unitarios se revuelven entre el fango, de sus crímenes é intentan otros nuevos.

Es necesario aplastarles ántes que alzen la cabeza y un nuevo crimen venga á enlutar la Confederacion Argentina.

Estos infames no se contentan con Dorrego, y el ilustre general Quiroga, y quieren aún más sangre.

La tendrán! voto al infierno! pero esta vez será sangre de salvajes unitarios.

Mueran las sabandijas y sus inmundas crias! concluyó con frenético entusiasmo.

Aquí, y golpeó las dos listas de que hemos hablado, tengo preparado ya un cementerio.

—La labor no nos asusta, dijo Cuitiño.

Nos multiplicaremos, si es necesario, para librar á la santa causa de la federacion de los peligros que la amenazan.

—Ya sabe el Restaurador y usted misma, agregó Moreno, que no tienen más que mostrarme ó indicarme con la palabra más leve donde es necesario golpear.

Caerán cuantos se me indiquen.

El estermínio de los salvajes y sus crias, no es para mí ningún trabajo; es un placer, una religion que todo pecho federal debe alentar hasta la muerte.

—Lo sé, lo sé mis leales amigos, contestó la harpia tendiéndoles su mano innoble y grasosa.

Esta mañana misma se lo decia al Restaurador.

Con hombres como ustedes, los salvajes unitarios no podrian ni siquiera intentar luchar con ventaja.

Pasen ahora á la sala, que yo voy á tomar unas pequeñas disposiciones para el mejor servicio.

Dentro de un momento estaré con ustedes.

Cuando la harpia quedó sola, llamó y mandó buscar un soldado de los muchos que en su casa pasaban la noche.

En el acto que éste se presentó, lo envié á casa de la tia Joaquina, con órden de traerla en ancas, pues se le necesitaba para un trabajo urgentísimo.

La familia de Manterola, pensó en cuanto hubo salido el soldado, es toda de salvajes unitarios de la peor especie, pues hay en ella hasta reincidentes.

La tal Ana es de aquellas intrépidas que creen que con llamarse patriotas han conquistado la gloria eterna.

Luis fué borrado de la lista militar porque tomó parte en la revolucion contra Dorrego, revolucion en que tambien andaba mezclado Lorenzo.

Hace tiempo que no vigilo á esta chusma y es preciso saber lo que hace y lo que piensa.

Me parece que de esta hecha ellos no escapan de una buena refalosa, y ellas de una azotaina en toda regla.

Es imposible que no anden mezclados en las trampas de los unitarios, sobre todo ese Luis, que deseará vengarse de Juan Manuel, por la borrada de la lista.

¡Cómo me he descuidado yo con esta gente!

Quiera Dios que no se hayan ido ya á Montevideo, porque esto seria un golpe de descredito para mi policia.

Y mientras llegaba el teniente que habia mandado buscar, pasó á la sala donde estaba reunida ya la flor de la mazorca y los unitarios que habian logrado pasar por tales, para servir á la causa y á sus amigos, trasmitiéndoles los peligros que los amenazaban.

Muchos unitarios habian logrado enganar el feroz olfato de aquel demonio é introducirse en su confianza.

Así pudieron prestar muchas veces inestimables servicios á la amistad, imponiéndose de las tramas y órdenes de doña Maria Josefa.

—Me parece, dijo la harpia tomando asiento en medio de la reunion, y dirijiéndose á Moreno, que dentro de dos ó tres días voy á darle una comision que se la envidiarán muchos.

Va á ser un golpe de burla para los unitarios, que no se lo esperan.

Se trata de..... pero no, ya conocerán el golpe despues de darlo.

Moreno agradeció servilmente aquella prueba de distincion y dijo que esperaba el dia fijado, deseando que volaran las horas.

En seguida se ocupó la reunion, como siempre, en echar pes-tes contra los unitarios que tenian trastornado el país con sus bravatas y deseando que el gran partido federal concluyese de una vez con aquella sabandija.

—Si el mulato Rivera no hubiera sido un trompeta traidor, hace mucho tiempo que el país estaria libre de enemigos, aulló la harpia.

Pero él se ha propuesto ser tan trompeta como mulato, dando refugio á los unitarios, y es necesario que el gran Oribe le dé una vuelta de azotes.

Pronto se acabarán las compadradas de ese mulato insolente!

La reunion aplaudió frenética aquel estúpido desahogo contra el noble caudillo oriental, manifestando su deseo de verlo morir como los hermanos Reynafé.

En este momento entró al patio el soldado que traia enan-cada á la negra Federacion, y doña María Josefa abandonó á á sus tertulianos, protestando un quehacer ineludible y de imperiosa necesidad.

En su aposento mismo, para hacer más sigilosa la entrevista, la esperaba la negra, envuelta en su eterno rebozo de bayeta y con su cachimbo á medio encender entre las encias, pues ya la tia Federacion apénas tenia muelas y unos tres colmillos.

—Siéntese tia, dijo el basilisco federal, que la he mandado buscar para algo grave.

La negra jurguneó el cachimbo con la punta del dedo índice y despues de dos pitadas que apestaron el cuarto, tomó asiento y repuso:

—Aquí me tiene su merced el ama para lo que guste mandar.

—Necesito saber si tu sobrina Luisa está siempre en casa de Manterola.

—Allá está, mi ama.

Hace dias que no la veo, pero si hubiera salido habria ve-nido á casa.

—Superior—yo necesito que mañana bien temprano me trai-gas á tu sobrina.

Puedes ir á la casa al amanecer y así en cuanto abra la puerta la hablas y me la traes.

Pero cuidado, mucho cuidado, porque es preciso que nadie se aperciba de esto.

—Pierde cuidado su merced, mañana en cuanto abra la puerta se vendrá conmigo.

—Bueno, por ahora no necesito nada más.

¿Sabe usted algo sobre los patrones de Luisa?

—Nada, mi ama, parece son muy buenos y que la tratan bien.

—Bueno, ahora váyase adentro á tomar un mate para estar lista á cumplir la comision.

La negra se fué á la cocina, echó en el cachimbo una brasa de fuego á dedo pelado y se le durmió á un frasco de ginebra que por encargo del ama le alcanzó una mulatilla.

En seguida se puso á echar panes, entre mate y mate, que le alcanzaban las criadas, que la trataban con el mayor respecto, en primer lugar por la banca que tenia con el ama, y en segundo porque la negra Joaquina era capaz de dormirse á garrotazos á la más pintada, con la misma flema que se le dormia á una media azumbre de caña.

Doña María Josefa despidió á sus visitas y se recogió.

Quería estar descansada para los perversos trabajos del día siguiente.

En cuanto empezó á amanecer, la negra Joaquina se embozó en su andrajo de bayeta, y se largó para la esquina de Caña, donde se puso en observacion.

Al poco tiempo de estar allí se abrió la puerta de lo de Manterola, y apareció la negrilla Luisa muy emperifollada y con su tipa al brazo para ir á hacer sus compras.

Grande fué la sorpresa que tuvo al encontrarse á aquella hora con que su tia hacia centinela en la esquina.

La negra vieja se acercó entonces á la jóven y le dijo:

—Vamos á prisa, que te necesito y no quiero que nos vean.

La negrilla entornó la puerta y siguió á la tia, que enfiló la calle á trote gatuno.

—¿Qué sucede? preguntó cuando la hubo alcanzado.

—No sé, el ama grande,—así llamaba á doña María Josefa,—me ha mandado llamar para que te lleve á su casa.

Algun panderero habrá con tus patrones.

La negrilla habia olido en esos dias que doña Ana trataba con sus hijos algun asunto muy reservado.

Varias veces habia sentido pronunciar el nombre del general Lavalle en aquellas conversaciones misteriosas, pero no se habia atrevido á decir nada á su tia.

Tenia mucho cariño por su señora y las niñas, que la trataban con suma bondad, y le habia repugnado profundamente la idea de delatarlas.

—Cristo padre! pensó la negrilla.

¡Si habrán olido algo y me irán á armar la gorda porque he llamado!

Pues con decir que nada he oido, estamos del otro lado.

Así se preparaba la buena negrilla á salvarse ya que no podia salvar á sus amos.

Las dos negras se entraron á lo de doña María Josefa y se hicieron anunciar.

La harpia las recibió en la cama, pues deseaba ardientemente sorprender los secretos de los Manterola, é inaugurar su nuevo servicio con algo ruidoso que hiciera crecer su prestigio á los ojos de su digno cuñado.

Las dos negras tomaron asiento porque así se lo mandó el ama grande, que empezó en seguida un minucioso interrogatorio.

—¿Quiénes viven con tu ama?

—Las niñas doña Cármen y doña Juana, el niño Tomás, el niño Norberto y las nietas del ama.

—¿Y don Lorenzo vive aparte desde que se casó.

Don Luis vive en casa del señor Marzano.

—¿Don José Marzano?

—Del señor don José.

—¡Olá! del juez de paz de San Nicolás, exclamó sorprendida la María Josefa.

¿Y no sabes por qué vive allí?

—Creo que porque es empleado del juez de paz y como hay mucho que trabajar vive con él.

—¿Con que Marzano es protector de unitarios? pensó en alta voz la infame jefe de espías.

Es preciso averiguar cómo anda jugando ese tal don José....

Y decime, ¿qué días vá Luis á visitar á la madre, ó está mal con ella?

—No señora, don Luis vá todas las noches á ver al ama y tomar mate con ella.

—¿Y Lorenzo?

—Tambien vá de noche, pero como él es casado suele faltar algunas.

—Bueno, ahora me vas á decir detenidamente lo que hablan cuando están juntos.

—Hablan de lo mal de dinero que andan....

—No, de Lavallo y del Restaurador.

—Yo nunca les he oido nada, señora.

—¿Cómo nó? y ¿quién les alcanza el mate?

—Yo, señora.

—Y ¿cómo te atreves á decir que no has oido nada? aulló doña María Josefa sentándose sobre la cama como movida por un resorte y mirando á la negrilla de una manera terrible.

La negrilla se echó á temblar, comprendiendo que no le quedaba otro recurso que vender á su ama, ó esponerse á las iras terribles de doña María Josefa.

—No ocultes nada, no seas tonta que si el ama grande se disgusta, puede costarte muy caro.

Además que si yo sé que has sabido y no lo has dicho, te corto la lengua y te mato á garrotazos.

La negrilla tenia un *terror pánico* á doña María Josefa, pero era aún mayor el que sentia por la negra Federacion, que la conocia y sabia que era muy capaz de cumplir aquella amenaza.

Confundida la negrilla ante la mirada espantosa de aquel sér deforme, sin darse cuenta de lo que hacia, vendió el secreto que importaba la cabeza de sus amos.

—Ola, ola! exclamó la harpia triunfante.

Parece que se te vá desatando la lengua!

Esto es lo que te conviene, que yo sabré recompensartelo.

De otro modo ya sabes que en mi mano hay poderosos medios de castigo contra las que tratan de engañarme.

—¿Así es, señora, replicó la negrilla aturdida y sin saber lo que decia.

—No me parece mal.

¿Y don Luis y don Lorenzo hablan de irse á Montevideo cuando la cosa aprete?

—Sí señora, replicó la negrilla, sin calcular el mal enorme que con aquellas respuestas estaba causando.

—¿Y quiénes más visitan la casa? preguntó la harpia.

—El administrador del Hospital de Mujeres, y el yerno de la señora, don Alejandro Romero.

También va don Pepe Gomez, pero este con ménos frecuencia.

—Oh! con que don Juan Rosales abandona el Hospital para visitar unitarios.

No me parece mal! ya veremos eso.

¿Nadie más vá?

—Nadie más, al ménos de gente que yo conozca.

—Bueno, ahora es el momento de estar alerta y andar viva, porque si te duermes te vá á llevar el diablo!

Es necesario que te fijes en todo lo que dicen y lo que hacen, para que me lo vengas á contar en el acto.

Ahora, si oyes algo de que alguno de ellos se vá á ir ó de que Lavalle viene pronto, tienes que andar como un viento.

Para no perder tiempo, te vas al almacén de don Salvador Moreno, que te queda más cerca, y le dices cuanto sepas, que yo hablaré con él para que no pierda tiempo.

Yo te pagaré á peso de oro cada noticia de importancia que me traigas.

Pero cuida mucho de no engañarme! no te digo más.

La harpia regaló un billete de doscientos pesos á la negrilla, suma fabulosa en aquellos tiempos, y uno de cincuenta á la tia vieja, haciéndoles de nuevo mil recomendaciones y las despidió.

En cuanto salieron á la calle, la negra vieja quitó á la sobrina los doscientos pesos, y como por via de preámbulos le pegó dos pescozones.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, bribona, le dijo.

En la primer ocasion buena, te largas á lo de Moreno, que yo te prometo no quitarte el otro regalo que te hagan.

Y cuidado con que tus amos vayan á maliciar que los espías, porque entonces soy yo y no el ama grande quien va á hacer picadillo con tus entrañas.

La negrilla, sin haber podido dominar su aturdimiento, hizo sus compras en el mercado y se fué á su conchavo.

La tia Joaquina se metió á una pulperia donde se chupó una buena azumbre de caña y se costeó sola á su tio, con su eterno cachimbo á medio encender y su rebozo contemporáneo.

Doña María Josefa, en cuánto las negras se salieron se levantó, se engulló su enorme taza de chocolate y saboreando el placer del crimen que meditaba se fué á casa de Rosas, casa hoy de Rocha.

Como cuando la llevaba algo urgente, entró á las piezas de Rosas.

—Qué milagro, tan temprano? dijo don Juan Manuel que adivinó en la mirada de su digna cuñada, que le llevaba algun proyecto infernal.

—Nunca es temprano para la santa causa de la federacion,

La Mazorca.

esclamó doña María, fingiendo gran fatiga para encarecer la premura con que había andado.

He descubierto un nido de vivoras unitarias que trabajan en combinacion con el asesino Juan Lavalle.

Delante de Rosas ninguno se atrevia á nombrar á Lavalle por su titulo de general.

—Pues no hay más que aplastarlas, repuso Rosas empezando á ponerse sério.

Y aplastarlas de una vez porque los tiempos no dan espera.

Vamos á ver, ¿de quién se trata?

—Se trata de la familia de Manterola, unitaria toda, que, lo sé de buena tinta, anda en manejos con los espías del asesino Lavalle.

Luis Manterola, que fué borrado de la lista militar, por unitario, va á emigrar con su hermano Lorenzo, llevando correspondencia para el asesino Lavalle.

—Pues los haremos prender ahora mismo.

—Mejor es cuando se vayan para tomarles la correspondencia.

Yo los tengo vijilados muy de cerca y respondo que el aviso será dado en oportunidad.

—Entonces se puede esperar todavia.

—En la casa tienen divisas celestes, la porcelana tiene pintas celestes y me dicen que el dormitorio de la vieja todo es de ese color.

—Se le dan estos datos al coronel Cuitiño, que él arreglará el asunto.

—Bueno, hasta mañana ó pasado, que ya tendré todos los hilos.

—Sí, pero que no se cometa una torpeza, porque entonces los hago arder á todos.

—No hay cuidado—mis desvelos por la causa son mi mejor garantia.

Rosas sonrió y estrechó la mano de su digna cuñada, que se alejó más inflada que velas de barco en noche de viento.

Rosas, en el fondo, odiaba á muerte á su cuñada, como la había odiado desde sus amores con doña Encarnacion, pero aquel basilisco se multiplicaba en servicio del crimen, y Rosas no solo la tol-raba, sino que la agasajaba, salvo alguna broma que le hacia dar con el mulato Viguá ó el loco Eusebio.

Aquellos dos séres maldidos se separaron, y entre su apretón de manos quedó sellado el estermínio de la familia de Manterola, que no iba á tardar en conocer todo lo horrible de su desventuaa.

—

Dos dias despues de lo que hemos narrado, todos los íntimos de doña Maria Josefa, sabian que se trataba de dar una mazorcada en casa de la señora de Manterola, y degollar á don Luis y don Lorenzo.

Estos, inocentes de lo que sucedia, seguian el sistema de vida que hasta entonces habian llevado.

Don Luis trabajaba en el juzgado sin descanso para ser útil á su protector y amigo.

A la noche, venia como siempre á casa de su buena madre, donde se veia con su hermano Lorenzo y se comunicaban las noticias que cada uno de ellos sabia.

Asi es que fué grande el espanto de Manterola cuando recibió en el juzgado de Paz, con el mayor sigilo y muy temprano, la inesperada visita de su mejor amigo y correligionario, don Santiago Gomez.

—Querido compañero, le dijo al oido, en cuanto se hubo cerciorado que estaban solos.

Estamos vigilados y amenazados de degüello.

Es preciso que no te descuides ni vayas á comprometer á tu familia.

A mí, sé de buena tinta que mañana ó pasado piensan darme el golpe, por lo que he resuelto salir esta misma noche para Montevideo.

Un italiano lanchero, á quien he contratado ya, me espera luego á las nueve frente al bajo del Retiro.

Conmigo, añadió, viene otro amigo político.

Si quieres correr nuestra suerte, puedes ir á esa hora al paraje indicado, á la izquierda de la barranca.

Allí te esperaremos hasta las nueve y dos minutos.

—Y ¿cómo abandono yo á mi madre en esta emergencia? preguntó Manterola palideciendo.

Se vengarian con ella.

—No lo creas.

Quedándote empeoras tu situacion y la de ella, pues marcado como estás, te degollarian en su propios brazos, lo que es peor.

Me voy, concluyó, porque si nos ven juntos nos perdemos.

En caso que te resuelvas, ya sabes la hora y las señas.

No olvides tus pistolas.

Y Gomez se alejó precipitadamente.

Don Luis Manterola quedó aterrado.

Muerto él y perseguidos sus hermanos, ¿quién velaria por su familia?

Era preciso huir y además en aquella época—Junio del 39—el partido unitario esperaba el rápido triunfo del general Lavalle, ya en campaña.

Don Luis Manterola resolvió correr la suerte de sus amigos y se decidió á fugar.

A las 7 de la noche entraba á casa de doña Ana, quien se sorprendió al ver la agitacion de aquel semblante tan sereno siempre.

La negrilla olió algo y disimulando cuanto pudo se puso en acecho.

—¿Qué es eso hijo mio, por qué vienes tan sobresaltado?

—No es casi nada, mamá, es que me voy á Montevideo, porque dicen que me van a fusilar.

Me lo ha prevenido un amigo con quien me voy.

—¡Hijo de mi alma!

¡Dios te proteja! exclamó sollozando la pobre señora.

La negrilla que oyó llanto, pegó la oreja á la puerta.

Ya habia andado mucho para retroceder.

—¿Y cuándo te vas?

—Esta noche, madre mia, si á usted le parece bien.

—¡Qué si me parece! pronto hijo mio, pronto, ya sabes que si te matan, muero yo en seguida.

Todavía tengo tiempo de estar á tu lado.

La separacion no será muy larga, madre mia.

Pronto entraremos otra vez, pero será al lado de Lavalle que habrá derrocado esta tiranía infame.

La negrilla deseaba que don Luis se fuera cuanto antes para volar á casa de Moreno.

Estaba por irse sin esperar la partida del jóven pero temia ser repreñida por no haber oido la conversacion hasta el fin.

—Lorenzo vendrá más tarde, avísale de lo que se trata, porque yo no tengo tiempo y aconséjale que se vaya tambien.

Ah! es probable que Marzano, viendo que no voy, mande preguntar por mí.

Díganle que no me ven desde ayer.

La negrilla devorada por el deseo de salir, no esperaba más que don Luis dijera la hora y el sitio por donde debia embarcarse.

Y como si la casualidad tratara de ayudarla, en ese momento preguntó doña Ana.

—¿Y es seguro el sitio del embarque?

¿Por dónde se ván?

—Por el bajo del Retiro—Gomez lo ha elegido y debe ser bueno.

—Dios los ayude y premie la accion de tu buen amigo.

Don Luis Manterola permaneció al lado de doña Ana, hasta las 8 y 1½.

Habia tenido la precaucion de arreglar su reloj por el de su amigo y estaba seguro del tiempo.

La casualidad quiso que ni doña Ana le preguntara, ni él dijera la hora á que debia partir.

Cuando don Luis hubo salido, despues de examinar prolijamente sus pistolas, la negrilla, media confusa por ignorar la hora, se dirigió al almacen de Salvador Moreno.

La suerte esta vez protejia á Manterola.

El mazorquero no estaba y los dependientes del almacen le dijeron que dentro de un rato volveria.

La negrilla esperó hasta que la señora le mandara cerrar la puerta y recojerse, operacion que, no estando don Luis, se hacia infaliblemente á las diez de la noche.

Así fué efectivamente.

A esa hora, más ó ménos, doña Ana mandó cerrar la puerta y dijo á Luisa que podia acostarse.

La negrilla apretó apénas la puerta. y en un segundo estuvo en el almacen de Moreno.

Pero este no habia vuelto.

La negrilla se resolvió á ir hasta lo de doña María Josefa,

pues estaba aterrada de que fueran á cumplirse las amenazas que le habian hecho, tanto doña María Josefa, como su tia Federacion.

En cuanto entró á la casa se hizo anunciar y doña María Josefa, que esperaba noticias de un momento á otro, la hizo entrar a su aposento.

—¿Qué es lo que hay? habla pronto.

—Lo que hay es que el niño don Luis se va á Montevideo.

—¿Cuándo? aulló la harpia.

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

Y refirió en seguida todo lo que habia oido, explicando, para evitar un golpe que adivinaba en la mirada furiosa de la Josefa, que no habia avisado antes, por no haber hallado en el almacén á don Salvador.

—¿Y cuánto tiempo hace que ha salido de su casa don Luis? preguntó oprimiendo el brazo de la negrilla hasta hacerla llorar.

—Un momentito, señora, el tiempo necesario para ir á lo de don Salvador y venir aquí.

—Entonces nada hay perdido.

Vete ligero, y si sucede algo nuevo ó va alguno te vienes en seguida.

Si saben tu salida, dices que te corrió de la puerta un grupo de la Sociedad Popular.

La negrilla toda temblorosa y asustada, regresó á casa de su ama, que no se habia apercebido de su salida.

Doña María Josefa se asomó á la sala, é hizo una seña á Salvador Moreno y á Parra que estaban allí.

—El unitario Manterola se va esta noche por el bajo del Retiro.

No hay que perder tiempo porque no sé la hora.

Moreno puede ir á atajarlo al bajo, mientras usted hace vijilar la esquina de Caña y la casa de don Pepe Marzano, donde vive Manterola.

Es necesario tomarlo á toda costa, porque lleva pliegos importantes para Lavalle.

Moreno y Parra salieron inmediatamente, montando en el caballo que tenian á la puerta.

El primero se fué á lo de Salomon en busca de un buen grupo, mientras el segundo se hizo seguir de algunos soldados que habia en el patio de la casa.

Moreno se dirigió á gran galope al bajo del Retiro, por el paraje que se le habia indicado.

Pero en vano recorrió de un lado á otro, no halló el menor rasgo de sabandija.

Decididamente no han llegado aún, pero no han de tardar, pues son ya las diez y media.

Y Moreno que queria quedar bien con la harpia, por muchos motivos de que hablaremos más adelante, se emboscó entre los sauces y se puso en la más atenta observacion,

Su partida permanecía con el caballo de la rienda, pronta para moverse á la primera indicacion.

Pero no aparecia persona alguna.

Moreno escuchó atentamente si algun ruido le indicaba la proximidad de alguna embarcacion, pero inútilmente.

No se oía más rumor que el que producian las ramas de los sauces, agitadas por las brisas húmedas del rio.

El impávido degollador empezaba á perder la paciencia.

Un planton á la orilla del rio en aquel paraje, y en pleno mes de Junio, era como para hacer perder la paciencia al más constante federal.

A eso de las dos de la mañana y cuando Salvador Moreno empezaba á tiritar de frio y á echar pestes contra doña María Josefa, se sintió un leve rumor de pasos.

Todos estuvieron atentos y un par de minutos más tarde se aproximó un bulto que cayó en la emboscada.

Al sentir el grupo y verlo despues entre la escasa claridad de la noche, el bulto aquel se echó atrás y dejo oír el ruido de sus pistolas al montarse.

Indudablemente era aquel un hombre que iba á embarcarse y que estaba dispuesto á defender el pellejo.

—A él y que no se escape! gritó Moreno.

Firme muchachos que es un cabecilla unitario.

Y al mismo tiempo que sonaba la doble detonacion de las pistolas, el grupo, armado de sables unos y de puñales otros, cargaba furioso capitaneado por Moreno.

El desventurado, descargadas sus pistolas, huyó entre los árboles, para confundirse con ellos, pero pronto fué alcanzado.

—Ríndase don Luis, le gritó Moreno, que no le vamos á hacer mal.

Solo queremos sus papeles y nada más.

El individuo, comprendiendo que aquella gente estaba engañada y que podía aún salvarse, exclamó:

—Yo no me llamo Luis ni llevo papeles.

Ustedes están sin duda equivocados.

—Usted es Luis Manterola y lleva correspondencia para La valle! insistió Moreno.

—Aseguro que no.

—Pues dése preso entonces.

—No porque me van á matar!

—Pues á él muchachos y duro, concluyó Moreno.

Y fué el primero en cargar, pues sabia que aquel hombre habia disparado sus pistolas.

La lucha fué terrible y encarnizada.

Aquel infeliz sabia que combatia por la vida y luchó desesperadamente, con un pequeño puñal, única arma que le quedaba.

Pero no tardó en caer á los golpes de sus numerosos enemigos.

Y sucumbió con el cráneo despedazado por los sables y el pecho destrozado por el puñal de la mazorca.

Moreno, dando por compensado el planton y el frio de la noche, puesto que quedaba bien con doña María Josefa, hizo cargar aquel cuerpo mutilado en ancas de uno de los suyos y entró á la ciudad por las calles más escusadas.

Todavía el degüello y la matanza se hacia de una manera oculta hasta cierto punto, sin adquirir el terrible carácter que asumió despues del asesinato de Maza, ocurrido poco despues.

Moreno entró triunfante á casa de su confidente.

Su chusma quedaba á corta distancia.

—¿Y qué tal? preguntó la diabólica mujer—¿cómo ha ido eso?

—Muy bien, ahí lo traigo.

—¿Vivo?

—No, muerto.

Fué preciso matarlo porque el maldito se defendia como un tigre.

Nos disparó sus pistolas y se nos vino encima como un desesperado, armado de un puñal.

—¿Y los papeles?

—No se le han tocado—voy á hacerlo registrar.

Moreno salió á registrar el cadáver y doña María Josefa se entregó á saborear su infame triunfo con terrible fruicion.

Poco tiempo habia de durar su alegria,

Salvador Moreno no habia hallado sobre el cadáver más papel que algunos billetes de Banco.

—Es imposible! aulló doña Josefa

Los tendrá cosidos en la ropa.

Pero en vano se buscó por todo, no se halló el menor vestigio de correspondencia.

De pronto doña María Josefa quedó helada, y Salvador Moreno se puso más lívido que aquel cadáver.

Uno de los de la reunion que fué á curiosear el registro, volvió con este cruel desengaño.

—Ese cadáver, dijo, no es el de Luis Mantérola.

No conozco quien sea, pero aseguro con mi pescuezo que no es Manterola, á quien conozco como á mi manos.

La harpia miró á Moreno de una manera sombría, y el degollador dominado se quedó atónito.

—¿Y qué cuento estúpido es el que se me viene haciendo?

Han dejado escapar á Manterola miéntras se han entretenido en algun imbécil.

—Es el único hombre que ha ido á embarcarse por ese punto esta noche, balbuceó el degollador.

Si no es Manterola, aseguro con mi cabeza que ese no se ha embarcado esta noche por aquel punto.

Doña María Josefa estaba trasfigurada por la ira.

Sus ojos rodaban entre un circulo de sangre y su boca contraida por el despecho, daba á su fisonomia feroz un tinte fuertemente repugnante.

Miraba á Moreno de arriba á abajo y parecia quererlo aplastar con su odio.

— Veremos qué dice Parra cuando vuelva!

Si Manterola se ha ido esta noche, mal parado queda don Salvador.

Este estaba anonadado; comprendía lo grave que era echarse encima el ódio de aquella mujer terrible, é insistió aunque débilmente, en su primer disculpa.

—Si Manterola se ha ido, ó ha sido por otra parte, ó lo ha hecho mucho antes de llegar nosotros.

Esta disculpa sirvió para hacer alimentar alguna esperanza á la harpia Josefa.

—Parra nos sacará de dudas, dijo, pero ¡ay! del bruto que lo haya dejado ir.

Parra volvió á la madrugada, hora en que ya nadie se hubiera atrevido á embarcarse, pues hubiera sido descubierto en el acto.

—Ni en lo de Marzano, dijo, ni en lo de Manterola se ha movido una paja.

Si el pájaro no ha volado antes de ir nosotros, aún debe estar en la ciudad, y esta noche será el viaje.

—Hoy lo sabremos, rugió la terrible mazorquera.

Doña María Josefa quedó sola, pensando un plan de venganza terrible si habia sido burlada.

—Lo que es don Pepe Marzano se va á ver en figurillas si se le ha ido el escribiente.

Así aprenderá á proteger unitarios.

¿Qué habia sido entre tanto de don Luis Manterola?

Al salir de casa de doña Ana, se dirigió rápidamente y ocultándose en las aceras.

Bajó por la barranca de la calle de Artes, y una vez en el bajo, empezó á caminar en direccion á la barranca del Retiro.

Era esta la mejor manera de dar con sus amigos.

A la cuadra de camino, más ó ménos, sintió el ruido de varias pistolas que se montaban, y se detuvo conteniendo hasta la respiracion.

Militar bravo hasta el exceso, no sintió el menor temor, pero montó tambien sus pistolas, dispuesto á sacar la mejor ventaja posible.

Aquellos podian ser, por otra parte, sus amigos que lo esperaban, y que al sentirlo, por un exceso de precaucion preparaban sus armas.

Manterola quedó en observacion.

De pronto sintió el sonido de una voz tan leve, que dudó un momento entre si aquella voz habia pronunciado su nombre, ó si seria el ruido de la helada brisa.

Reflexionó un momento, y despues de haber pronunciado el nombre de Santiago, tan levemente como pudo, avanzó de una manera resuelta.

Pocos pasos más y bajaba sonriendo sus pistolas.

Acababa de reconocer entre las sombras á su amigo Gomez.

—Te resolviste, por fin! exclamó este tendiéndole una mano cariñosa.

Cuánto me alegro, por tí y por tu familia.

Ahora no hay un momento que perder, porque un segundo puede ser la muerte.

A la lancha pues, que allí tendremos tiempo de hablar.

Los tres jóvenes, con increíble rapidez se quitaron el calzado y se arremangaron la ropa.

En seguida y siempre con las pistolas amartilladas, empezaron á caminar en el agua, guiados por Perez con una serenidad que indicaba conocia el camino.

Cuando el agua empezaba á mojarles la ropa, Perez se detuvo y silvó cuatro veces de una manera tan sigilosa como habia nombrado á Manterola.

Al momento se sintió un silvido corto y enérgico á poca distancia de ellos.

Segundos despues oian claramente el rumor de los remos al moverse sobre la borda.

Por el lado de la ciudad no se apercibia ningun sonido que les indicara que hubieran sido sentidos.

Minutos más y estamos en salvo,

¡Cuántas emociones experimentaron aquellos tres hombres en tan corto tiempo!

Recien cuando estuvieron sobre la lancha y en marcha, respiraron con libertad y se estrecharon con un fuerte abrazo.

—Ya no tenemos nada que temer! dijo Manterola á Juarez.

Mi cabeza, gracias á usted, no será de la mazorca, de quien pronto tomaremos revancha.

No olvido que esto se lo debo á usted, amigo mio.

Gracias en mi nombre y en el de mi buena madre!

—No se hable más de eso, contestó Juarez.

Ahora solo pensemos en dedicar á la causa de la libertad, la vida que hemos salvado,

Muera el tirano Rosas!

Y aquel muera Rosas, á que se mezcló la voz protesta del noble italiano flotó sobre las ondas y vino á morir sobre las playas de Buenos Aires.

Dos dias despues los tres amigos engrosaban en las entusiastas filas del ejército libertador.

Manterola era buscado entretanto por Buenos Aires, con un empeño febril.

No podian convencerse que hubiera huido aquella noche.

Don Pedro Marzano se alarmó tambien con la ausencia del jóven, y dió parte á la policia de su desaparicion, para salvar toda responsabilidad.

Con este motivo, tuvo un fuerte altercado con doña Maria Josefa.

—Usted tiene la culpa, le habia dicho ésta, usted que alberga y encubre á esos inmundos unitarios!

—Manterola era un mozo tranquilo, que servia al gobierno con toda dedicacion, replicó el juez de paz.

Lo que hay es que ustedes se habian metido á perseguirlo, no ha faltado quien le avisara y el mozo ha tratado de huir, no para conspirar, sino para salvar su cabeza,

—¿Quiere decir que yo soy una bandida?

—Yo no clasifico á nadie, pero no tolero que se me clasifique á mi tampoco.

—¡Yo estoy bien definida!

—Tambien lo estoy yo, y la prueba es el empleo que tengo.

—¡Cuidado con no perderlo!

Difícil me parece, pero si usted quiere puede hacer la prueba.

Seguro y bien seguro debía estar Marzano, cuando así provocaba las iras de aquella feroz harpia.

El se retiró á su juzgado, miéntras ella quedaba meditando la mejor manera de perderlo.

La policia, convencida de que toda pesquisa era inútil, renunció á buscarlo más.

Se habia ido hasta entrar á la casa de don Lorenzo, creyendo que allí estaria escondido, pero con gran desesperacion, supo la harpia que el mismo don Lorenzo habia logrado fugar.

La única esperanza que les quedaba era que ambos estuvieran escondidos en casa de doña Ana.

Pero esta misma esperanza era muy vaga, aunque la negrilla Luisa, por recuperar la benevolencia de la harpia, decia que tal vez allí estuviese escondido don Luis, pues de don Lorenzo nada sabia.

Para averiguarlo, no habia más remedio que dar un golpe de mazorca y registrar la casa de doña Ana con toda proligidad.

Doña María Josefa, que no se detenia ante nada, en cuanto pensó aquella infamia, trató de ponerla en ejecucion.

Le sobaban elementos, pues el mismo Salvador Moreno, por componer el barro hecho, se encargaria de consumir la nueva iniquidad.

Bien meditado su plan, llamó una noche aparte al terrible degollador, y se lo insinuó de la manera siguiente:

—Tengo una buena oportunidad para que se desquite del chasco de la otra noche, amigo Moreno.

—Se lo agradeceré con el alma!

Usted sabe lo mortificado que estoy desde aquella noche, y no deseo otra cosa que demostrarle todo mi celo por la santa causa y todo lo que por ella me siento capaz de hacer.

—Yo deseo que usted contraiga nuevos méritos para que aquello se olvide, pues Juan Manuel se ha disgustado mucho y ha dicha que usted no sirve para nada.

Yo que lo conozco, sé que lo que le ha pasado no es más que una desgracia, pero quiero poner en sus manos los medios de remediarla para que se acredite de nuevo.

—Dios la bendiga señora, exclamó el degollador.

Vd. sí que es el alma de la federacion!

Dígame lo que hay que hacer y esta vez no quedo mal, ni aunque el diablo me salga á la cruzada!

—¡Así me gusta verlo! decidido siempre y animoso.

Este es el modo de hacerse ver y de que luzca el trabajo.

—Vamos á ver pues, que es preciso que haga, preguntó Moreno verdaderamente entusiasmado.

—Tengo sospechas, que importan casi una seguridad, de que Manterola está escondido en Buenos Aires por no haber podido salir.

—Vé usted como no me la habian pegado! exclamo gozoso Moreno.

—Tengo solo sospechas de que está escondido, dijo la harpia. Ahora á usted toca averiguarlo, para lo cual yo le proporcionaré los medios.

—No tiene usted más que hablar, y me encargo de probar al Restaurador, que todavia sirvo para algo, y que lo demas son cuentos de envidiosos.

Diga, diga qué hay que hacer, y verá si me tardo un segundo!

—Pues hé aquí una co-a, dijo doña Maria Josefa, revistiéndose de toda su ferocidad.

Segun mis datos, don Luis no ha salido de casa de su madre, donde está escondido.

La conversacion que yo les hice sorprender, debe haber sido preparada para ocultar la verdadera intencion.

Así lo cree el mismo Parra, que como usted sabe, vigiló las casas aquella misma noche.

—Entonces no hay más que registrar la casa y todo queda concluido.

—Pero eso no se puede hacer sin asaltar la casa!

—Pero se entiende que hay que asaltarla!

En el aposento de doña Ana, hay colgaduras y otros trofeos celestes.

En el comedor hay tambien porcelana pintada de celeste, lo que les servirá de pretexto para una visita de la Sociedad Popular Restauradora.

—Ahora mismo me pongo en campaña, de acuerdo con Salomon, dijo Moreno levantándose, y verá usted si encuentro á don Luis, esté oculto donde esté.

—Mucha cautela, amigo mio.

Mire que si llega á saberse esto, cuando usted vaya, los pájaros habrán volado.

—Entonces juro á Dios que me la pagan los que estén en la casa, sean quienes fueren.

—Eso es lo que es preciso! desquitarse siquiera con la familia, por los trabajos y malos ratos que le han dado.

—Eso corre de mi cuenta! corre de mi cuenta! gritó el degollador, saliendo de la casa de doña Maria Josefa, en direccion al cuartel general de la mazorca.

Pero no habia á aquella hora más que unas cuantas mujeres, ocupadas en tomarse los últimos vestigios de vino, y otros tantos curas de los que no faltaban, en lamentable y completo estado de embriaguez.

—¿No hay aquí ningun muchacho? preguntó con impaciencia.

—Ninguno replicó la más serena de las odaliscas.

Andan en campaña, dando músicas no sé á quienes.

—Y Salomon?

—Salió temprano con el coronel.

Ya volverán esperálos.

Salvador Moreno se dió vuelta ofendido por la confianza con que la bebedora lo trataba y se retiró en direccion á su casa.

—No será extraño, pensó, que allí se esten mamando unos ocho ó diez de esos perdidos, con los que tendré suficiente para el golpe.

Don Luis se defenderá duro, porque dicen que es guapo y firme, así es que miéntras más vamos será mejor, para que miéntras lo atendemos á él, haya quien entretenga á las mujeres que vendrán en su defensa.

Don Salvador Moreno llegó á su almacén, donde apénas halló unos cuantos bandidos, pero tan borrachos, que á pesar de sus fachas infernales no se atrevió á hacerle la menor indicacion.

No tuvo más remedio que resolverse á esperar hasta el siguiente día, en que juntaria la gente de que se habia de servir á la noche.

En todo el día no se movió del almacén, sino para ir á lo de la tia Federacion, que debia decirle de qué manera estaban distribuidas las habitaciones.

Cuanto miembro de accion de la Sociedad Popular Restauradora cayó á beber á su boliche, lo apalabró para una asonada que debian dar á unos unitarios, sin decirles el nombre.

—¿Y qué tal casa? preguntaron estos, que solo el interés los movia.

—Gran casa y mucha riqueza, respondió Moreno.

Será uno de los mejores golpes.

Pero prevengo que hay que portarse en toda regla, porque el encargue viene de doña María Josefa.

—Pues que nos echen la copa, que no faltaremos.

—¿A qué hora?

—De ocho á nueve, aquí en mi casa, de donde saldremos juntos.

Vamos á quedar como gobierno con mi amiga doña María Josefa.

Salvador Moreno, aunque era conocido como un desalmado, no tenia gran prestigio entre los mazorqueros, que tenian sus jefes en toda regla.

Así es que para arrastrar grupos de mazorqueros en sus escursiones, tenia que valerse de todos aquellos recursos y mostrarse íntimo amigo de doña María Josefa, que tenia verdadero prestigio entre aquella canalla.

Cuando Moreno tuvo apalabrados unos veinte de aquellos bandidos, recién se consideró seguro.

Así se puso á esperar tranquilamente las nueve de la noche, hora que él les habia señalado.

Si sospecharia la pobre señora de Manterola el golpe tremendo que le estaba reservado?

Por ella, poco le suponía toda la mazorca junta, pero temblaba á la idea de que sus niñas cayeran algun día en sus manos!

Desde que don Luis y don Lorenzo salieron de Buenos Aires,

la pobre señora no había vuelto á saber de ellos, lo que la tenia en una ansiedad desesperante.

¿Se habian salvado sus hijos?

¿Habrian caido en poder de la mazorca que vijilaba la costa?

Terrible situacion para el corazon de una madre amorosa como aquella.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por salir de aquella ansiedad fatal aunque despues pensaba que era mejor la incertidumbre, por cruel que fuera, á la certeza de una desgracia horrible.

Pronto iba á salir de dudas, pero de qué manera!

¡Cuán cara iba á pagar la seguridad de saber que sus hijos habian escapado ilesos!

A eso de la oracion, Salvador Moreno envió á una criada que tenia, para que, con cualquier pretesto, hablara á la negrilla de doña Maria Josefa:

—Si la señora doña Ana manda cerrar la puerta ántes de las nueve, la cierra en falso, de manera que pueda entrar Moreno sin ser sentido.

Si no, esperas en la cocina, que va á entrar él sigilosamente para observar lo que pasa en el interior de la familia.

La negrilla contestó que cumpliria al pié de la letra la órden recibida, creyendo realmente que venia del ama grande.

Así dispuesto todo, Salvador Moreno salió de su almacen, seguido da unos veinte bandidos, armados de cuchillo y de la histórica verga.

Un grupo de la Sociedad Popular Restauradora, era cosa respetable en aquella época.

Los hombres más animosos saludaban sonriendo á sus jefes agitando las divisas, para librarse de cualquier atropello.

Los más tímidos ó sospechados se iban metiendo en los zaguanes de las casas, cuyas puertas cerraban hasta que el grupo habia pasado.

Las pocas mujeres que á esa hora andaban por las calles, disparaban en todas direcciones, llorosas y aterradas.

Solo los compañeros de infamia cruzaban por entre ellos, respondiendole con grandes carcajadas á sus gritos de vivas y mueras.

El grupo capitaneado por Moreno se detuvo unas tres cuerdas ántes de llegar á la esquina de Caña,

—Es preciso suspender los gritos, dijole el jefe, porque si nos sienten de léjos van á trancar las puertas y quién sabe si las podremos forzar sin hacer un gran escándalo.

Ademas, se trata de pescar dos unitarios que están allí ocultos y presentándonos de sorpresa no es difícil que los agarrremos fuera del escondite.

El grupo guardó silencio en vista de estas consideraciones, y siguió avanzando por la calle de Cuyo.

Como ya dijimos, lo que hacia que el grupo podia entrar sin ser notado hasta el interior de la casa.

La puerta de la calle estaba apénas, apretada, lo que pro-

baba que la señora la habia mandado cerrar y que la familia se habia acostado ya, ó se estaba acostando.

Moreno y los suyos subieron lo más levemente que les fué posible, despues de haber cerrado la puerta y quedado allí dos de ellos, para el caso que don Luis lograra escapar y pretendiese salir á la calle.

Los mazorqueros no habian sido sentidos.

La familia estaba recogién dose.

De pronto un grito terrible hizo estremecer las galerias, llevando el terror más desesperante al corazon de aquellos seres desdichados.

—¡Mueran los salvajes unitarios y sus inmundas crias!

¡Muera el asesino salvaje unitarios Laval! repitieron aquellos energúmenos empezando á sacudir las puertas de las habitaciones.

Doña Ana, á pesar de todo su valor, se sintió morir de espanto.

¡Qué iba á ser de sus hijas y sus nietas!

Dominando el miedo cuanto le fué posible y á medio vestir, corrió á las piezas de las niñas, sobre cuyas puertas empezó a arrojar toda clase de estorbos.

Los vidrios saltaban hechos pedazos, y en las galerias resonaba siempre, con un acento de reconcentrada ira, el grito de ¡mueran los salvajes unitarios!

Las niñas parecian estátuas de mármol, pues el terror habia interrumpido la circulacion de la sangre.

Unas en la cama ya, miraban á doña Ana con la mirada dilatada y cargada de lágrimas.

Otras, á medio vestir, habian cuedado en la misma posicion que las sorprendió el primer grito y no atinaban con lo que debian hacer.

Aquel era un cuadro de lo más patético, de lo más trájico que pueda ofrecer una familia.

—Pronto, pronto por Dios! exclamaba la animosa señora, ayudando á sus hijas á vestirse.

¡Pronto que los momentos vuelan.

Dios nos tendrá de su mano.

Y el rumor del llanto y del rezo desesperado, llegó hasta los bandidos.

Las desventuradas mujeres solo de Dios esperaban la salvacion.

Sin un hombre en la casa, pues Tomás y Norberto eran muy jóvenes y ni armas tenian, ¿qué podrian esperar?

Todas se agruparon en un rincon del aposento, y la animosa señora abrió los brazos cubriendo aquel grupo que encerraba toda su felicidad en la vida.

En aquel momento las puertas de la sala y del aposento de la señora cedian á los repetidos golpes, y la mazorca se desbordaba por las habitaciones, siempre al grito terrible de ¡mueran los salvajes unitarios!

La vista de las colgaduras celestes los irritó desde el primer momento, empezando á destrozarlas á tajos y puñaladas.

Las mujeres se pusieron entonces á rezar á gritos y de una manera desesperante.

Era aquella la única defensa que podían oponer al cuchillo de los asesinos.

¡Pobre doña Ana! ¡qué tormento horrible cruzaría por su razón de madre, en aquel momento excepcional!

¿Cómo escapar sus hijas, no ya á los golpes, sino á las profanaciones de la mazorca?

Al ver el grupo, el malvado Salvador Moreno avanzó hasta él, y mirando fijamente á doña Ana le preguntó:

—¿Dónde están don Luis y don Lorenzo, sus hijos?

Un rayo de luz consoladora hirió el espíritu de la pobre mujer, en medio de su desventura.

En el primer momento había pensado que, degollados Luis y Lorenzo, venían á consumir la obra.

Ahora veía que solo se trataba de buscar á sus hijos, lo que quería decir claramente para su corazón de madre, que sus hijos habían realizado la fuga.

Así es que su primer palabra fué para agradecer al cielo el inmenso beneficio.

—Gracias Dios mio!—esclamó—están salvos.

—Se dejará usted de comedias, repitió Moreno ferozmente, empezando á temer que la fuga fuera un hecho.

Diga usted donde están sus hijos, porque si no vamos á revolver la casa y ¡ay! de ustedes si los hallamos!

—Registren no más, registren no más, exclamó la señora animándose, puesto que el peligro parecía alejarse de sobre sus hijas.

Yo les juro que mis hijos no están aquí y que si no los han hallado en Buenos Aires, es porque no están en la ciudad.

Entre tanto la destruccion de la casa seguía, siempre al grito terrible de ¡mueran los salvajes unitarios!

—No estando mis hijos aquí, dijo la señora á Moreno—¿por qué me destruyen así lo poco que tenemos?

¿Por qué aterran á mis niñas inútilmente, ellas que ninguna culpa tienen de lo que pasa?

Yo le ruego á usted señor que haga retirar esa gente y registre si quiere toda la casa entera.

—¿Retirarnos? exclamó Moreno.

Ah grandísima bribona! nos vás á decir donde están tus hijos, ó á todas ustedes les voy á sacar el cuero á azotes!

Ante aquella amenaza, doña Ana se irguió como una leona, y retrocedió á cubrir el grupo de sus hijas.

Sin embargo, todavía pudo dominarse y pedir misericordia á aquel miserable.

—Pero señor, ¿qué va usted á sacar con maltratarnos? le decía.

Un hombre noble y bueno como usted, tendrá compasión de estas pobres é inocentes niñas.

Tenga lástima de nosotras que estamos sin apoyo en el mundo.

Mis hijos no están en mi casa y hace ya muchos días que no los veo!

Las pobres niñas unieron sus ruegos á los de la madre y se arrojaron á los piés del miserable.

—¡Mienten! mienten las salvajonas! gritó el degollador.

Digan donde están esos inmundos unitarios, si no las voy á desollar vivas.

—¡Pero señor! exclamó doña Ana echando mano de su último recurso.

Todos saben que el comandante Manterola es un valiente.

¿Cómo cree usted que si estuviese aquí no hubiera ya venido en socorro de su madre y sus hermanos?

Tal vez Moreno por sí, hubiera cedido despues de registrar la casa y destrozarlo todo.

Pero la silueta terrible de doña María Josefa cruzaba por su espíritu, apagando en él toda buena inspiracion.

—Ea, ea, exclamó, que no hemos venido aquí ni á perder tiempo ni á oír lloriqueos.

O nos dicen donde están escondidos los que buscamos, ó la pagan ustedes por ellos.

Pronto, he dicho! aulló aquel maldito, á quien á la sazón rodeaban seis ú ocho foragidos.

—No están aquí, lo juro sobre sus vidas! exclamó doña Ana.

—Pues si no quieren cantar á buenas, cantarán á vergazos, gritó Moreno.

Doña Ana recibió el primer golpe.

—Ah! miserable, gritó.

Ahora si siento que Luis y Lorenzo no estén aquí, para hacerle pagar tu cobardía.

Pero estoy yo madre mia! gritó Tomás y se lanzó sobre Moreno.

Pobre jóven! un golpe de verga en la cabeza, lo volteó sin sentido.

—Atento, atento á ese pegote que ya llevará su merecido, gritó Moreno, forcejeando con doña Ana que trataba de clavarle las uñas en los ojos.

Bajo los golpes cobardes y brutales, las pobres niñas corrian en todas direcciones lanzando gritos de dolor inmenso.

Y sus cuerpos mutilados y sus caras ensangrentadas no movian á compasion á los verdugos!

Así fueron llevadas á golpes hasta el comedor, donde el resto de los mazorqueros despedazaba muebles, lozas y cristales.

Allí la escena tomó un tinte indescriptible.

Cansados de correr de aquí para allá, castigando siempre, los bandidos cesaron de golpear,

Entonces fué que Moreno tuvo una idea infernal.

Como si doña María Josefa Ezcurra hubiera hablado en su espíritu, quiso profanar el cuerpo lacerado de sus víctimas.

Estas, reuniendo todas las fuerzas que podían quedarles, se armaron de pedazos de loza, de cuchillos de mesa y de cuanto podia causar un herida.

Y con la resolucion más sagrada pintada en el rostro ensangrentado, se prepararon á la defensa.

Parecian leonas batiéndose en su último atrincheramiento.

Habia algo de magnífico y grandioso en aquellas fisonomias heroicas y juveniles, desfiguradas por las heridas y golpes.

El primero que llegó á ellas, retrocedió llevando al rostro una mano, al mismo tiempo que lanzaba una blasfemia.

La señora doña Ana, armada de medio plato, le habia inferido un tajo que le dividió el carrillo.

Los bandidos, cobardes siempre, retrocedieron ante aquella actitud y aquel hecho.

Las pobres mujeres se habian salvado, cuando empezaban á desfallecer, á consecuencia de aquel último esfuerzo moral.

Los degolladores, á la voz de Salvador Moreno, recorrieron toda la casa, haciendo pedazos todo y creyendo encontrar á los hermanos Luis y Lorenzo.

Solo cuando se convencieron de que no estaban en la casa, trataron de retirase, llevando, como siempre, las alhajas, el dinero y todo aquello que representaba valor.

Ademas, llevaban un trofeo vivo, en quien podian desquitarse con usura.

Este trofeo era el jóven Tomás Manterola, de cuya cabeza dividida por el golpe que lo postró, brotaba la sangre en abundancia.

La señora doña Ana vió cuando le llevaban á su hijo.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y se lanzó á disputarlo.

Pero á los dos ó tres pasos lanzó un grito de dolor terrible, y rodó nuevamente por el suelo, postrada por los golpes y el cansancio.

Los asesinos descendieron la escalera en tropel, gritando siempre ¡mueran los salvajes unitarios!

Y mientras se dirigian á las pulperias amigas, á convertir en dinero lo que habian robado, Salvador Moreno se dirigió rápidamente á lo de doña María Josefa, seguido por los mazorqueros que llevaban el cuerpo de Tomás.

El miserable ardía en deseos de referir su hazaña y entregar á la harpia dos estuches de alhajas, parte del botin.

—¿Y cómo les ha ido? preguntó esta en cuanto le vió entrar y recibiendo con una mirada cariñosa los estuches.

—Bien y mal, respondió Moreno frotándose las manos.

Mal, porque los salvajes unitarios que buscamos no están en la casa; y bien, porque los que estaban en la casa han recibido una como no se ha dado hasta hoy.

—A ver, á ver, chilló aquel basilisco, cuénte como ha sido eso.

Ya sabe lo que me gustan estas cosas, así es que no le quite nada.

Salvador Moreno refirió toda la mazorcada, hasta la escena final.

Doña María Josefa, despues de hacerle una burla federal por no haber consumado la obra por miedo á un pedazo de plato, preguntó quien era aquel que habian traído entre dos.

—Es el hermano de Luis y Lorenzo—Tomás Manterola, respondió Moreno tragando saliva y corrido por la burla de la harpia.

—Que lo entreguen en la Policía, gritó la infame, hasta ver que dispone Juan Manuel.

Y el jóven, que con el fresco de la noche habia recobrado el sentido, fué conducido hasta la Policía, donde se entregó con este terrible calificativo.

—*Por salvaje unitario*; lo que equivalia á decir: para ser fusilado.

Salvador Moreno se retiró mortificadísimo, bajo las sátiras y burlas de la feroz Josefa, que no le perdonaba el no haber consumado la obra diabólica.

Pocos dia despues, el jóven Tomás Manterola era destinado al batallon de Maza, como soldado, por vago.

Aún falta el último toque á esta tragedia.

El teniente coronel Manterola, como todos los emigrados 'argentinos, habia engrosado en las filas del ejército libertador que organizó el heróico Juan Lavalle, para dar en tierra con aquella tiranía ignominiosa.

Prescindimos de narrar aquí aquella campaña histórica, porque ella tendrá sus capítulos especiales en esta obra.

Uno de los episodios más drámaticos de aquella campaña, fué el combate del Quebrado, en el que el feroz Oribe se mostró á la altura de Rosas.

Despues de combatir como un héroe, don Luis Manterola fué rodeado por tropas del batallon *Libertad* que mandaba el coronel Mariano Maza.

Manterola hizo un esfuerzo heróico, se incorporó sobre su brazo derecho y empuñando la espada se preparó á vender de una manera airosa el resto de vida que le quedaba.

Se habia batido como un leon durante toda la batalla, y habia caído cubierto de heridas.

—¡Ríndase el salvaje! gritó el oficial que mandaba la tropa, en cuya espada, á usanza de dragona, se veía una divisa federal.

—No soy tan tonto, respondió sonriendo Manterola.

Para cortarme la cabeza hay que concluir conmigo, amiguito: ántes no.

La tengo mucho cariño para dejar que me la corten sin defenderla.

Viéndolo postrado en el suelo y convencido que no podia oponer gran resistencia, el oficial avanzó, amenazador y decidido.

Ambos levantaron la espada, esperando Manterola, sin poder levantarse, el ataque del oficial.

En este momento llegó un jefe y se interpuso entre el vencedor y el vencido, desviando un golpe de muerte que dirigia aquel.

—Ese prisionero es mio, señor oficial, dijo, vaya usted á las filas.

Y tendió una mano al herido.

Aquel jefe no era otro que el coronel Mariano Maza, amigo de Manterola desde hacia más de veinte años.

Maza era un espíritu mezquino, educado en el servilismo y la maldad.

No podía abrigar entonces el menor sentimiento leal y noble, aun tratándose de su amigo más querido.

— Yo no quiero entregarme como prisionero repuso Manterola á su amigo Maza.

Prefiero morir aquí, que al fin poco me falta, á entregarme para que me fusilen en Buenos Aires y me cuelguen de una horca como á los Reynafé.

Deje, amigo mio, que concluyan de una vez — me hacen un servicio, pues me evitan el dolor de esta derrota.

— Comandante Manterola, contestó el coronel Maza al parecer conmovido.

Yo le garanto con mi palabra de honor y mi antigua amistad, que su vida será respetada.

Entréguese su espada y será usted, no mi prisionero, sino mi amigo de otro tiempo.

— Creo en su palabra, necesito creerla para no renegar de la humanidad, pero usted no puede garantirme sino de su proceder únicamente.

Oribe no dirá lo mismo y Rosas ordenará todo lo contrario.

Concluyamos de una vez y no hablemos de imposibles.

— Comandante Manterola, así como le prometo que no será mi prisionero sino mi amigo, le garanto bajo mi palabra que tendrá usted un indulto del general Rosas.

— Es mucho prometer, amigo mio.

— Mucho ó poco, cuando lo hago es porque lo puedo.

Si le prometo un indulto, esté seguro de tenerlo.

— Estoy resuelto á morir, coronel.

Aún con el indulto de Rosas en el bolsillo, no dormiría tranquilo.

Calcule por ahí la fé que tendré!

Concluyamos de una vez, que le aseguro que muero agradeciendo sus buenas intenciones.

El coronel Maza tenia un gran interés en salvar á Manterola no se sabe por qué.

Viendo que era difícil rendirlo, recurrió á un golpe bien calculado, por el efecto visible que produjo en el vencido.

— Si usted no quiere salvarse por sí, dijo, hágalo por su buena madre.

Calcule el golpe terrible que puede causarle su muerte.

— Sea entonces por mi buena madre, todo por ella á quien todo lo debo, replicó Manterola con acento agonizante.

Coronel Maza! recuerde usted sus promesas y que tengo su palabra de honor!

Que no tenga que invocar yo más tarde el santo nombre de mi madre, que ha rendido mis armas.

Soy pues, su prisionero.

Y sin fuerza para entregarla, dejó escapar la espada de las manos.

Maza le tendió los brazos y le ayudó á levantarse.

Cuando terminaron los últimos quehaceres de la batalla, y los cuerpos se dirijieron á los campamentos á reparar los destrozos causados por los soldados de Lavalle, el comandante Manterola fué conducido al alojamiento de Maza, que lo trató con paternal cariño, llenándolo de consideraciones.

— Ya las persecuciones no tienen objeto, decia Maza, porque ustedes no se reorganizan ni en diez años.

Por eso es que obtener un indulto del gobierno, no es tan difícil como Vd. cree.

Yo se lo proporcionaré dentro de poco, por más que dude y usted podrá pasar á Montevideo y regresar al seno de su familia.

Entre tanto usted estará aquí conmigo como mi propio hermano.

Así fué en efecto.

En el alojamiento de Maza vivian los dos gefes como dos hermanos.

— Un nuevo servicio, amigo, tengo que pedirle, dijo un dia Manterola, único, que si es posible, vale tanto como los que me ha hecho hasta hoy.

— Ya sabe que soy su amigo, y que pudiendo no hay inconveniente.

— Se trata de algo íntimo para mí.

Desde el dia que salí de Buenos Aires, ignoro lo que habrá sido de mi familia.

Usted que sabe cuanto quiero á mi madre, comprenderá mi ansiedad.

¿No puede valerse de algun medio para obtener alguna noticia?

— Cómo no! si no es más que eso, en el acto voy á mandar un asistente á Buenos Aires.

En el batallon de Maza estaba el soldado Tomás Manterola, á quien gracia al gefe, se habia permitido siempre acercarse á su hermano Luis.

Los dos hermanos habian conversado siempre, pero Tomás no le habia querido referir lo sucedido á su madre y hermanos para ahorrarle un dolor inútil.

— Me destinaron ya que no pudieron tomarte á tí, dijo.

Pero en casa todos quedaron buenos y olvidados, puesto que al fin en mí habian encontrado una victima, que era lo que buscaban.

Así es que cuando Luis le dijo que pronto tendria noticias de la familia, el pobre Tomás tembló todo, pero aún tuvo la fuerza de callar.

Cenaban alegremente una noche Maza y los dos Manterola, pues aquel hacia estensiva su amistad hasta el soldado Tomás, cuando se anunció un chasque de Buenos Aires.

— Tal vez le traiga noticias de su familia, dijo el coronel, recibiendo los pliegos que le alcanzaban.

Los hermanos dejaron el cubierto, Luis lleno de ansiedad porque al fin iba á tener noticias de los suyos, y Tomás sobrecojido de espanto al pensar el efecto que podria hacer en su hermano la verdad, que él tan cuidadosamente habia ocultado.

Observaba atentamente la mirada de Maza, pues abria y leia los pliegos, para hacerle una señal de inteligencia, cuando lo vió palidecer de pronto y estremecerse de piés á cabeza.

Tomás creyó que doña Ana habia muerto á consecuencia de los golpes recibidos y bajó la cabeza para ocultar una lágrima.

Luis, que observaba desde un principio la fisonomia de Maza, se puso de pié en un movimiento violento, y preguntó.

—¿Qué es eso? ¿Ha sucedido algo á mi madre? ¿Han muerto á Lorenzo?

—Tranquilícese á ese respecto, replicó Maza con voz conmovida; se trata de otra cosa.

—Entónces poco me importa.

¿Se refiere á mí acaso ese pliego?

—Sí, desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente? entónces no puede ser otra cosa que una orden de fusilarme.

¿Qué le dije yo á usted?

Sin embargo poco me supone: ahora, como el dia de la batalla, estoy dispuesto á morir.

Maza, sin valor para pronunciar una palabra, tendió á Manterola la nota que tan mal efecto le habia producido.

Y el valiente patriota, con una voz perfectamente serena, leyó el siguiente párrafo:

« En el acto de recibir la presente, pondrá usted en la capilla al salvaje unitario Luis Manterola, á quien debe usted fusilar á las veinte y cuatro horas.

« El gobierno ha visto con profundo disgusto las gestiones que usted hace en favor de aquel reo reincidente, y le notifica no vaya á proceder de tal y sospechosa manera en adelante.

« Le hace á usted directamente responsable del cumplimiento de esta orden

Juan M. de Rosas.»

— No hay inconveniente — estoy dispuesto, dijo Manterola devolviendo la carta con toda tranquilidad.

Pero aseguro que esto no me quita el apetito.

¿Qué le decia yo?

¿No hubiera sido mejor dejarme morir peleando?

Maza bajó la cabeza.

No tenia qué responder.

Tomás, conteniendo á duras penas sus sollozos, se levantó de la mesa y se retiró.

Necesitaba desahogar su corazon, oprimido tan violentamente por aquella noticia inesperada.

Luis, comprendiendo su dolor, lo dejó salir sin decirle una palabra.

Maza habia quedado aterrado.

Ya de una manera calculada, ya porque realmente habia tomado cariño á su prisionero, se mostró desalentado.

— Es horrible, dijo, ¡y quién contradice á este hombre!

— No se preocupe de ello, amigo mio, y dé cumplimiento á la órden.

Ningun reproche tengo que hacerle, pues veo la pureza de sus intenciones.

Concluyamos de comer, pues supongo que no estará muy apurado.

Don Luis quiso seguir comiendo, pero el bocado se le atravesó en la garganta.

Pensaba en su querida madre, en el dolor que esta tendria al tener noticias de su muerte, y esto le quitaba parte del valor que le era tan necesario.

El momento no podia ser más amargo!

El coronel Maza se puso á pasear de una manera agitada, saliendo poco despues de su alojamiento, donde quedó solo el sentenciado á muerte.

¡Cuánto pensamiento doloroso cruzaria por aquella cabeza juvenil y noble!

Cuando no se deja nada detrás de sí, la muerte se recibe con la resignacion del que comprende aquel trance inevitable de la vida.

Nacemos para morir, más tarde, más temprano, pero el hecho se produce inevitablemente.

Esto, y el cariño leal de la madre, son las dos solas verdades de la vida!

Pero cuando se dejan en el mundo seres queridos, á quienes no se puede ver por última vez, bajo la sombra de cuya mirada no se puede recojer el espíritu entristecido, la noticia de la muerte suena al oido como una maldicion.

No hay conformidad para sobrellevarla, más cuando uno la ve venir paso á paso, y acercarse minuto por minuto!

Oh! la muerte así, debe ser el tormento mayor á que pueda sujetarse el espíritu humano!

El cráneo estalla, la razon vacila y el corazon se pára en el pecho produciendo el frio de la muerte.

No se puede apreciar en toda su horrible verdad una situacion así, sino estando en ella, pasando por uno solo de los segundos de aquella inmensa agonía!

Manterola se levantó á su vez de la mesa y se paseó por la pieza con aquella vaguedad del que no está en el goce de su razon.

Miró los cubiertos de la mesa como acariciando la idea del suicidio.

Pero su espíritu elevado debió rechazarla bien pronto, pues se le vió salir á la puerta y absorber una gran cantidad de aire.

Acercó en seguida una silla y se sentó esperando que fueran á buscarlo.

Poco despues una compañía, al mando de un capitan, venia en su busca y le pedia la siguiera de órden del coronel.

Manterola demostró desde el primer momento su entera conformidad.

Tomó entre los soldados la posicion que se le designó y siguió hasta el cuerpo de guardia, donde fué puesto en capilla.

El coronel Maza no volvió ni siquiera á saludarlo.

¿Era esto efecto del sentimiento, ó acaso el instrumento de Rosas no habia hecho otra cosa que representar una comedia infame?

Dificil, si no imposible, era averiguar la verdad de ello.

Desconfiando que Manterola pudiera escaparse ó intentar quitarse la vida, se le dejó bajo la vigilancia de cuatro centinelas de vista.

En este mismo acto se habia hecho alarde de la mayor crueldad.

No se sabe si por órden de Maza ó del capitan que mandaba el piquete, uno de aquellos cuatro centinelas era el soldado Tomás Manterola.

Mudo y reconcentrado, insensible á todo por la fuerza del dolor, el jóven estaba de pié, apoyado en su fusil para no caer.

Luis, comprendiendo aquel dolor, para no aumentarlo, habia dado vuelta la espalda y permanecia embargado en sus tristes pensamientos.

Cuando el primer cuarto fué relevado, Tomás pidió al capitan le permitiera hablar al coronel para hacerle una revelacion de suma importancia.

Conducido á la presenza de Maza, el jóven Manterola se empeñó para ser relevado en su odioso servicio.

— Por lo que más ame usted en el mundo, le dijo, hágame relevar de esta tortura.

Prefiero un sitio al lado del banquillo de mi hermano, que ser su centinela de vista!

Maza, ignorando el hecho, ó fingiendo ignorarlo, dió órden para que el jóven Manterola fuera reemplazado por otro en el servicio.

— No basta esto, señor, exclamó el soldado, yo quiero que no se me obligue á formar el dia de mañana, ¡seria mil veces peor que condenarme á muerte!

El coronel Maza concedió aquella nueva gracia, añadiendo:

— Pida usted ahora todo lo que quiera, porque no quiero se me hable más de esto.

Por desesperado que usted esté jóven, no está más desesperado que yo mismo.

— Gracias, señor, es cuanto tenia que pedir.

Y el jóven se retiró á la cuadra, donde se escuchó gemir de una manera sofocante todo el resto de la noche.

Esta fué terrible para el pobre don Luis, á quien sus centinelas no le oyeron pronunciar la menor palabra ni le sorprendieron el menor movimiento,

Toda la noche la pasó sentado en un banquito, con la frente abatida entre las manos.

Varias veces el oficial de guardia se le acercó á preguntarle si queria alguna cosa, pero no pudo obtener la menor respuesta.

Alarmado con aquella inmovilidad, tan semejante á la muerte, el oficial se le acercó á la madrugada y lo sacudió levemente.

Entonces Manterola alzó su semblante altivo, donde estaba pintado todo el dolor que sentia, y con voz suave, y perfectamente firme, dijo:

— Creo que tengo el derecho de no ser molestado en el último instante de mi vida.

El respeto á este derecho es lo único que pido á ustedes.

Y conservó la misma actitud hasta que llegó la hora fatal, señalada para la lista de la tarde.

Frente al cuartel se habia formado un gran cuadro, compuesto del batallon Libertad y cuatro escuadrones de caballería.

Manterola fué sacado del cuerpo de guardia y escoltado hasta el centro del cuadro, donde llegó tranquilo y sereno.

— Ha llegado el momento, comandante, dijo irónicamente el oficial que mandaba los tiradores.

Permítame que le haga vendar los ojos.

— Es inútil, amigo mio, respondió más irónicamente aún.

Los unitarios gozamos con la muerte cuando la recibimos luchando por la patria y por la libertad.

Hoy me toca á mi y mañana le tocará á ustedes.

Es ley ineludible.

— Entonces puede usted arrodillarse.

— Un momento, dijo Manterola, y agregó con voz potente, dirijiéndose á los que formaban el cuadro:

Oficiales y soldados! si alguno de ustedes llega á ver algun día á mi madre, dígame que mi último pensamiento y mi última bendicion han sido para ella.

¡Viva la causa de la libertad!

Y cayó de rodillas, cruzando los brazos sobre su pecho y alzando su noble mirada hácia el espacio infinito.

Una descarga compacta puso fin á aquella noble existencia que se habia consagrado á la patria y á la familia.

Pocos momentos despues y conducido en un cuero, el teniente coronel Manterola, fué sepultado en un pozo que se habia mandado cavar, desde por la mañana, á muy corta distancia.

Ninguno se tomó el trabajo de poner una cruz sobre aquel montoncito de tierra que guardaba tan nobles despojos.

Como á la hora de haberse tocado silencio se vió salir un soldado de la cuadra donde todos dormian y dirigirse fuera del campamento.

El soldado iba sin armas, y por su manera de marchar se conocia su gran interés por no ser sentido.

En su mano derecha se veian dos palos planos, cuyo objeto era dificil prever.

— Ese no puede ser sino un soldado que deserta, pensó el oficial de servicio, que lo habia visto.

Y se puso en su seguimiento recatadamente y con una pistola amartillada, dispuesto á hacer fuego en cuanto adquiriese la certeza de que era realmente un desertor.

¿A qué podía salir del campamento, á aquella hora, un soldado solo, sin armas y con dos pedazos de palo en la mano?

Al salir, el oficial hizo una seña al cabo de cuarto que marchó en su proteccion acompañado de otro soldado.

El soldado salió del campamento y se dirigió rápidamente á un punto dado.

El oficial apretó el paso disponiéndose á dar la voz de alto y hacer fuego si no era obedecido.

El soldado se detuvo en un sitio de todos bien conocido.

Era el monton de tierra que cubria el cuerpo de don Luis Manterola.

— Este debe venir á pilchar el cadáver, pensó el oficial.

Lindo chasco se lleva, pues á estas horas no tendrá ya ni una hebra de ropa.

El soldado aquel debía estar muy preocupado, ó muy seguro de no haber sido visto, pues ni siquiera se tomó el trabajo de dar vuelta á ver si era seguido.

Tomó los dos palos que llevaba y los ligó en forma de cruz, con alguna sogá ó guasca que llevaba esprofeso, y cuando la humilde cruz estuvo concluida, la clavó sobre la tierra que besó con religioso cariño.

En seguida el soldado se descubrió, cayó de rodillas y se le sintió orar con voz entrecortada por los sollozos.

Ante aquel acto que hubiera respetado el ser más impio, el oficial sintió hervir su más federal indignacion y desnudando su espada se acercó al soldado que oraba.

Era tal el dolor de aquel desventurado, que no sintió la presencia del oficial, que levantando la espada la dejó caer sobre su cabeza en un golpe formidable, al mismo tiempo que decia.

— Miserable! sobre la tumba de un salvaje unitario no se reza.

Y miéntras le descargaba un segundo golpe, hizo rodar de una patada la miserable cruz.

El soldado se incorporó, levantado, más por la indignacion que por el dolor de los golpes, y se lanzó al cuello del oficial.

Aquel soldado era Tomás Manterola, que habia ido á llevar una cruz y una lágrima sobre la tumba de su desventurado hermano.

Cara hubiera costado al oficial aquella impiedad á no haber sido la presencia del cabo y el soldado que iban en su auxilio.

Estos se lanzaron sobre el pobre jóven y lo condujeron preso al campamento sin perjuicio de los golpes que le aplicaron.

Cuando el oficial llevó al coronel Maza el parte de lo sucedido, como si se tratara de una hazaña, éste no tuvo coraje de aprobar tal conducta, á pesar de su conocida dureza de corazon.

— Usted se ha metido á lo que no debe, dijo.

Ponga usted en libertad á ese soldado y cuidado con castigarlo ni faltarle al respeto.

Manterola era un salvaje unitario, pero no hay que olvidar que este es su hermano y que es natural llore su muerte.

Este fué el final de aquella tragedia, la más terrible y conmovedora de todas las que se desarrollaron en los años 1839 y 1840.

Su recuerdo ha quedado tan vivo entre los contemporáneos, que con todos esos preciosos detalles nos ha sido referida por alguien que fué actor en ella, socorriendo y consolando á la familia de Manterola.

Y ella es debida casi en su totalidad á aquel demonio de infernal ferocidad que se llamó doña María Josefa Ezcurra.

¡No le reservó el cielo mejor suerte que á sus víctimas!

Ella, como el fraile Aldao y otros tantos tigres de la tiranía, saborearon en la copa de amargo veneno los últimos momentos de su perversa vida.

Son muertes tremendas que iremos narrando á su debido tiempo.

Ellas son una lección formidable!

EL SERENO MOREIRA

Entre los asesinos de segundo orden que servían á Rosas, el sereno Moreira sobresalía por su ferocidad excepcional y los hechos con que se hizo conocer.

Este tipo del degollador más sombrío merece un capítulo especial en nuestra obra, por el crimen cobarde con que hizo mérito á los ojos del tirano.

Era Moreira un hombre corpulento y de talla elevada, padre del noble paisano Juan Moreira, tan conocido ya de nuestro público.

Con todos los vicios posibles, Moreira no tenía las nobles condiciones del gaucho, ni uno solo de los rasgos de nuestro compatriota.

Vestía sin embargo el traje del gaucho y había tomado todas las apariencias del compadre.

En el cuerpo de serenos, Moreira había adquirido fama de malo, merced á un par de puñaladas que dió á un pulpero, y á una muerte alevosa, que á la sombra de su empleo llevó á cabo en la persona de un español que se ocupaba en vender pescado.

Su fama de malo estaba encerrada en el cuartel de serenos, lo que lo mortificaba mucho, pues él aspiraba á ser persona tan notable como el coronel Cuitiño ó Parra, que rovistaban en la Policía como comisarios y con el morrudo sueldo de cuatrocientos pesos, fuertes, se entiende.

Moreira fué enviado por el jefe de serenos, Marin, á cuidar la manzana de la casa de Rosas, donde hoy está el gobierno de la Provincia.

Allí debía recibir órdenes directas de Rosas, á quien previno que le mandaba el hombre más guapo de Buenos Aires.

Rosas estaba ocupado entonces en forjar planes de asesinato contra su persona, para tener el pretexto de fusilar y atentar así á los que realmente fuesen á tener la idea de matarlo.

Era el año de 1839, antes de la muerte de los dos Maza, á quienes Rosas pagó con el puñal y el plomo los inícuos servicios que le habían prestado.

La consigna que recibió el sereno Moreira al hacerse cargo de su puesto, fué la de tener una severa vigilancia y prender á cualquier persona que pasase dos veces por la casa, en una misma noche, ó rondase la manzana.

Aunque fuese la hora más avanzada de la noche, Moreira debía dar cuenta al edecan de servicio, y si este no estaba, esperar al día siguiente para dar cuenta al mismo Rosas.

Moreira desde aquella noche anduvo sin sombra por poder encontrar una víctima con que quedar bien.

Si llegaba á aprehender un individuo sospechado de querer asesinar á Rosas ¡cuál no sería su celebridad y recompensa!

¡Era preciso encontrar un rondador, á toda costa!

Ya el hecho de pasar su parte sin novedad, todas las mañanas, se le hacia insoportable.

Quería por fin presentar un preso!

El diablo vino al cabo en su ayuda, inspirándole el crimen más inícuo y cobarde.

Para aparentar más el temor de ser asesinado, Rosas no tenía un punto fijo para dormir.

Ninguna persona sabia donde habia dormido; pues unas veces lo hacia en su casa, otras en el Fuerte, otras en Palermo y otras donde nadie podia sospecharlo.

Su hija Manuela era la única que lo sabia pues era ella quien le velaba el sueño.

Sus mismos servidores, que lo creian durmiendo en su casa, por ejemplo, eran llamados al otro día á Palermo, donde S. E. habia pasado la noche.

Como desconfiando que lo envenenaran, no permitia que le cebara el mate otra persona que el mulato Miguel Rosas, sargento de su escolta.

Su cocinero era Pedro Gallegos, titulado sargento de la escolta de la niña; y no probaba bocado que fuese hecho por otras manos.

Ultimamente llevó la farsa del temor al asesinato, al extremo que se hacia cebar el mate por la misma Manuela y no tomaba más alimento que huevos que esta misma le cocia.

Sus enemigos eran muchos, decia, y queria estar prevenido contra un envenenamiento.

Vengamos ahora á Moreira.

En aquellas noches en que Moreira fué colocado para cuidar la manzana de la casa de Rosas, este observó que un hombre daba vuelta por la calle de Moreno y Perú y caminaba por esta última, se detenía ántes de llegar á Belgrano y pasaba un par de horas pegado á una reja.

Moreira se puso en acecho, espíó al nocturno visitante, y aga-

zapado en un portal pudo sorprender una noche toda la conversacion.

Moreira se retiró de su escondite, plenamente satisfecho.

Aquel hombre, de lo que ménos podia ocuparse era de asenar á Rosas, pues harta preocupacion tenia con los amores que allí lo llevaban.

Se trataba solamente de un amante desgraciado.

¿Quién era aquel jóven así clasificado por el sereno Moreira?

Aquel no era otro que Manuel Cienfuegos, brillante oficial del ejército, borrado de la lista militar y clasificado de salvaje unitario, como Manterola, el año 35, por el crimen de haber servido bajo las órdenes del noble Juan Lavalle.

Manuel Cienfuegos tenia sus amores en el punto que hemos indicado ya.

Quería contraer matrimonio con una joven que lo amaba inmensamente, pero cuyos padres se oponian tenazmente á aquella union.

¿Qué padre podía dar la mano de su hija á un hombre clasificado de salvaje unitario?

Era lo mismo que prepararla á la viudedad, esponiendo á una desgracia á ella y toda su familia.

Así el padre de la jóven concluyó por rogar á Cienfuegos que no volviera más á la casa.

Desesperados los jóvenes, pronto ingeniaron el medio de verse para prodigarse sus más tiernas caricias y combinar para el porvenir sus más bellos proyectos de felicidad.

Todas las noches, despues de la una, la joven abria la ventana de la sala, y con una pequeña endija, esperaba la llegada de Cienfuegos que ya esperaba su presencia para acercarse.

Y allí pasaban una ó dos horas embebidos en sus amores, y narrándose las mil contrariedades que tocaban para lograr un par de horas de aquella felicidad suprema.

Al retirarse Cienfuegos solia encontrar al sereno Moreira que miraba como á un amigo.

Siempre el enamorado profesa un cariño íntimo á todo aquello que está cerca ó rodea á la mujer querida.

La parece que tiene algo de su perfume.

Tan convencido estaba Moreira de lo que se trataba, que jamás se le ocurrió detener al jóven para interrogarlo.

Una noche, y cuando el sereno estaba más dado á los diablos por no encontrar un sospechado que prender, la jóven no habia abierto la ventana, sin embargo de haber pasado la hora habitual.

¿Estaria enferma? ¿habria sido sorprendida por su padre?

Solo una causa muy grave podia haberle impedido concurrir á la cita.

Entristecido con estas dudas y creyendo que por momentos se abriria la ventana, el joven se paró en la esquina de Perú y Moreno.

Desde allí miraba la casa de su amada, como si quisiera penetrar, á través de las paredes, la causa de aquella ausencia inmotivada.

Fué entonces que por quinta vez cruzó la imaginacion de Moreira una idea infernal.

El demonio de la perversidad acababa de despertar en él la necesidad de un crimen horrible.

Se acercó resueltamente al joven, como si temiera que este huyese, y golpeándole en el hombro le dijo:

—¿Qué hace aquí, amigo, tan torde?

Cienfuegos que se habia habituado á mirar á aquel sereno como á un amigo, porque todas las noches los veía hablar con su novia, respondió sonriendo:

—Espero que me abran la ventana para conversar un momento.

Ya sabe usted lo que son estas cosas, amigo, y no hay por qué tener el menor recelo.

—Sí, pero perdone la pregunta, añadió Moreira, ¿qué diablos viene á hacer usted á aquella ventana?

Se lo pregunto porque yo tengo mis órdenes que cumplir.

—No serán referentes á mi, pero sin embargo, voy á desvanecer cualquier sospecha que pudiera haberle inspirado

Y en seguida el jóven narró, hasta donde se lo permitió su discrecion, la historia de sus desgraciados amores.

—Me gusta el hombre por gaucho, respondió el sereno sonriendo al jóven, y por eso voy á hacerle una prevencion al mismo tiempo que un servicio.

—Diga no más, amigo, sin el menor recelo.

—Es el caso que yo tengo orden de no permitir que se páre nadie por aquí, y en cumplimiento de ella, hago retirar á cuantos se detienen.

—Es una broma, porque precisamente esta noche desearia estar aquí mucho tiempo.

—Para ver si abren la ventana ¿no es eso?

—Lo adivinó—y si me echa usted de aquí, no voy á poder saber cuándo esto suceda.

—No se aflija, amigo, por tan poco.

Le he tomado cariño de verlo no más tan buen gaucho, y lo voy á servir, pero no dejándolo aquí parado, porque me espordria á que hicieran alguna heregia.

Véngase conmigo, que yo lo voy á poner donde pueda esperarme y le avisaré al momento que abran la ventana, para que pueda pelar su pava.

Cienfuegos no tenia por qué dudar de la buena fé con que el sereno procedia, y lo siguió, prometiéndose en su interior recompensar al dia siguiente aquel señaladísimo favor.

Moreira lo llevó hasta el patio de la casa de Rosas, donde le dijo que esperara.

—Pero esta es la casa del gobernador, exclamó Cienfuegos sorprendido, y si me toman aquí puede no parecerles bien mi visita.

—No tenga usted cuidado, que yo estoy de servicio dentro y fuera de la casa, contestó Moreira, y nadie más que yo inspecciona la gente que entra ó sale.

Como no habia por allí ningun edecan ni persona que le inspirara desconfianza, el jóven armó un cigarillo y se agazapó en un rincon del patio.

Habia una razon, ó mejor dicho una necesidad poderosa, que le hubiera hecho desafiar cualquier peligro.

La necesidad de ver á su novia y saber si le habia sucedido alguna desgracia.

Moreira se retiró á rondar la manzana y observar si abria ó no la novia, segun dijo.

Pero en realidad se retiró á meditar un momento el diabólico plan que acababa de poner en práctica.

Cienfuegos pasaria allí el resto de la noche, y cuando á la madrugada quisiera salir, él se lo impediria entonces por la fuerza.

Si acaso el gobernador habia dormido allí, lo entregaria al Jefe de Policía, en calidad de preso mientras él iba á llevar su parte, pues queria darlo personalmente.

Como á la hora de andar rondando de un lado á otro, para estar prevenido en caso que Cienfuegos quisiera salir, volvió á hablar con el jóven.

Este estaba ya impaciente y decidido á salir si el sereno no volvia en un momento más.

—Y, preguntó lleno de ansiedad;—ha abierto ya la ventana?

—Todavía no, pero se siente ruido adentro y tengo esperanzas que venga pronto.

—Entonces yo voy, tal vez por las voces pueda sacar en limpio lo que sucede.

—Eso es imposible, aunque yo desearia servirlo.

Ya sabe que tengo órden de no dejar que nadie se páre en la manzana, y con el gobernador no se puede jugar.

Si usted sale y se pára, ya se lo he dicho, no voy a tener más remedio que prenderlo y dar cuenta.

Tenga paciencia, qué diablo—ella ha de abrir y yo se lo avisaré en el acto.

—¿Pero si abre me dejará hablar con ella?

—Nada le pide el cuerpo! no le he dicho la órden que tengo? Lo único que puedo hacer por usted, y esto, porque lo veo tan apichonado, es llevarle á la moza el recado ó papel que usted quiera y traerle la respuesta.

Pero cuidado que lo sepa nadie, porque entonces se acabó la bolada.

Cienfuegos sonrió ante lo que él llamó la sencillez de aquel buen hombre y se puso á preparar un billetito para el caso en que su novia abriese la ventana.

No tuvo la menor sospecha de traicion, y aunque la hubiera tenido, jóven y bravo, se creia á cubierto de todo peligro con una pistola que llevaba en la cintura y un cuchillo de hoja corta y dura que tenia en el bolsillo y que era el fiel compañero de sus campañas y de sus parrandas.

¿Qué sucedia entre tanto en la casa de la novia de Cienfuegos?

Elena no había podido concurrir á la cita aquella noche, á consecuencia de una enfermedad repentina que había acometido á la madre.

Cuando el ataque pasó y la familia pudo retirarse á dormir, Elena tuvo aún que esperar un largo rato para dar tiempo á que los demás durmieran.

Cuando el silencio profundo de la casa le indicó que todos estaban entregados al reposo, vino á la sala y abrió sigilosamente la ventana.

No se veía un alma en la calle.

Moreira sintió el ruido leve que produjeron las hojas al abrirse, y se acercó presuroso.

—Es inútil que espere, jóven, le dijo respetuosamente, porque el niño no viene hoy.

Ha esperado aquí hasta hace poco, y al irse me he encargado que si usted abría la ventana, le dijera que no había podido esperarla más porque tenía un quehacer grave; que mañana á la hora de siempre estará aquí.

La jóven suspiró melancólicamente y exclamó:

—Pobre! tiene razon, pero no ha sido culpa mia.

Mire, sereno, agregó, si usted lo vé mañana ántes que yo, dígame que he venido y que siento el contratiempo que me ha privado de verlo.

—Y suspirando de nuevo, cerró la ventana, dando á Moreira un suave *buenas noches*.

—Buenas noches niña, respondió éste, y se alejó al compás de su grotesco canto:

«¡Viva la federacion!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Las cuatro han dado lloviendo.»

Se acababa de desencadenar un temporal de todos los diablos.

Moreira regresó á casa de Rosas y dijo á Cienfuegos:

—El ayudante me acaba de decir que cierre la puerta.

No salga usted porque vá á verlo y esto no me conviene.

Yo ya vuelvo.

En casa de Rosas había muchos soldados, que dormían desparramados en los patios y zaguanes.

La enorme huerta de la casa era un verdadero cuartel.

Algunos notaron que un desconocido estaba en el zaguan, pero como vieron que el sereno hablaba con él, se limitaron á una simple observacion.

Moreira había hecho además una significativa seña al sargento, que equivalía á decirle que no lo dejara salir porque era un preso.

La lluvia seguía arreciando y ya Cienfuegos empezaba á entrar en cuidado.

— En cuanto vuelva este diablo, pensó, me mando mudar, porque hoy es inútil esperar á Elena.

Sabe Dios lo que habrá sucedido á la pobre!

Pero el tiempo pasaba y el protector sereno no volvía.

El dia empezó á esparcir su luz vacilante y ténue, cuando Cienfuegos decidió no esperar más.

— Se habrá dormido este diablo, dijo, ó se habrá olvidado y á mí no me conviene que me encuentren aquí.

Y conforme lo habia pensado se dirigió á la puerta de la calle con el ánimo de abrirla.

Pero no bien habia andado dos pasos cuando el sargento estuvo encima de él.

— Eh! amiguito! ¿con qué permiso sale?

— Con el mio! vamos, y á quién tengo que pedirlo?

— Pues me gusta! — á mí!

¿Cómo está usted aquí?

— Porque el sereno de la manzana me lo ha permitido en razon de algo que él conoce.

— Pues hasta que no vuelva el sereno no sale usted.

¿Quién me asegura que usted no está preso?

— ¿Yo preso? hombre, seria curioso!

Déjeme salir, amigo, que tengo que hacer.

— No hay tu tia — hasta que no venga el sereno no sale.

Cienfuegos empezó recien á tener un vago temor.

¿Por qué no volvía el sereno?

Temiendo mayores consecuencias quiso salir violentamente, pero el sargento llamó en su auxillio y entre unos veinte hombres, soldados todos, que Cienfuegos no se dió cuenta de donde salian, lo tomaron, lo voltearon, y en un momento lo registraron prolijamente, quitándole la pistola y el puñal.

El jóven temia de la manera más séria las consecuencias de aquel escándalo sucedido nada ménos que en casa de don Juan Manuel.

— Pues si este maldito no viene y cuenta el porqué de estar yo aquí son capaces de tomarme por un asesino!

No bien concluía de decir estas palabras, cuando entró Moreira muy peinado y muy compuesto.

— Caramba! exclamó Cienfuegos, entre risueño y enojado.

Dios le bendiga la memoria, amigo! venga, sáqueme del apuro en que su tardanza me ha puesto!

Ya se habian levantado algunos edecanes y otra gente que allí dormia, quienes impuestos de lo sucedido miraban al jóven con mortificante curiosidad.

— Vamos á ver pues, amigo, si esplica á estos hombres lo que sucede para que me dejen ir de una vez!

— Primero tengo que esplicarlo á S. E., exclamó Moreira con un acento feroz que hizo temblar al jóven.

Acababa de desanmascararse.

— ¿Pero qué tiene que ver el gobernador con mi presencia aquí?

— Eso lo sabrá usted á su tiempo.

No va á tardar en venir, porque él es madrugador.

Rosas en efecto, se levantaba tempranísimo á tomar mate.

Aquella noche, por casualidad, habia dormido en su casa, de modo que, junto con el primer mate le llevaron la noticia de lo que sucedia.

— ¿Y todavia no ha dicho nada Moreira? preguntó.

— Nada, dice que no quiere decir nada antes que S. E. lo sepa.

— Algo grave debe ser — algun asesino sin duda, exclamó Rosas haciendo brillar en un relámpago siniestro sus hermosos y azules ojos.

A ver, llámame á Moreira!

El sereno vino inmediatamente.

— Vamos á ver ¿qué sucede? ¿por qué está ese hombre allí?

— S. E., dijo el bandido fingiendo gran humildad, anoche, desde la media noche, ese hombre rondaba la casa de S. E. con mucha insistencia.

Se paraba delante de la puerta y miraba al interior, como si quisiera reconocer la situacion de las piezas.

Yo que no me chupo el dedo, le pregunté qué andaba buscando y me salió con un cuento de amores más viejo que el andar á pié.

— Si me permites que entre á esperar al zaguan del gobernador, me dijo, yo te pagaré bien; así nadie me verá.

Yo consenti y el hombre imbécil no tardó en confesarme que á lo que él venia era á asesinar á V. E., con palabras que no se pueden repetir.

— Hola, conque esas tenemos?

— Sí, señor.

Yo hice entonces una seña al sargento para que lo vigilase y me fui á la calle.

No seria dificil que el hombre tuviera algun cómplice que lo esperara por aquí, pero no vi en la calle á ninguna persona sobre quien se pudiera abrigar la menor sospecha.

La fisonomia de Rosas adquirió entonces esa espresion tremenda que le era habitual cuando meditaba alguno de sus crímenes.

— Ya han registrado á ese pillo, ¿no?

— Si, V. E.

— ¿Y con qué armas pretendia asesinarme?

— Con este puñal y esta pistola, dijeron mostrándole las dos cosas.

— Llévelo al patio, que allá voy yo.

Rosas, seguido de la turba de aduiones y bandidos que lo rodeaban, salió al patio y mandó que se le acercara el que ya clasificó de asesino.

— ¿Cómo se llama? preguntó secamente.

— Manuel Cienfuegos, contestó el jóven sin poder esplicar lo que le pasaba y la amenaza que veia pintada en todas las fisonomias que lo rodeaban.

— Ah, ya comprendo! exclamó Rosas de pronto, á usted lo borré yo de lista militar.

— Es cierto, señor.

— Por salvaje unitario, ¿no?

— Ignoro los motivos, porque yo no di ninguno y ménos contra el gobierno.

La Mazorca.

— ¿Y es por esto que esta noche queria usted asesinarme, ó acaso trabaja usted por cuenta ajena?

— ¿Yo asesinar á V. E.? exclamó temblando el jóven — y quién puede decir semejante infamia?

— ¿Quién ha de ser sino yo? exclamó Moreira, con un cismo tremendo.

¿Para qué me confió usted su golpe?

Yo no puedo callar nada, y todo le he contado ya.

Conque es inútil negar ahora, y al avio!

Cienfuegos creyó al principio que aquello no seria sino una de las tantas farsas de Rosas, pero bien pronto se convenció de que no era más que una infamia brutal y cínica del sereno Moreira.

Comprendió el gran peligro que corria si aquella calumnia no era pronto destruida, y en el acto narró con todos sus detalles, lo que habia pasado la noche anterior entre él y el sereno Moreira.

— No está mal preparado, no está mal preparado! dijo el tirano.

Y diga usted, amigo, ¿con puñal y pistola hace usted el amor?

— No, señor, pero están sucediendo tantas cosas, que toda precaucion es poca para andar á deshoras de la noche.

— Por lo ménos hay que confesar que usted tiene talento, añadió Rosas, pero me parece que Moreira es más vivo que Vd.

— Señor, dijo el jóven, empezando á desesperarse por el giro que tomaba la aventura.

Juro por lo más sagrado que hay en el mundo, que lo que he dicho es la verdad.

Puede muy fácilmente averiguarse, por los hechos que he citado y la familia que menciono.

Tal vez Rosas desde el primer momento comprendió que aquella no era otra cosa que una infamia que Moreira cometia para contraer méritos.

Pero necesitaba pasar por víctima de los salvajes unitarios y autorizar por este medio las medidas de terror que iba á adoptar más tarde.

— Mala mano tenés para asesino, porque te falta corazon, le dijo.

No sé en qué piensan estos imbéciles de salvajes unitarios, que ni siquiera saben elegir un hombre capaz de matarme sin asustarse.

Estoy seguro que si hubieras podido llegar á mí, ántes de herirme se te hubiera caido el puñal de las manos!

El jóven perdió toda esperanza al oír aquellas palabras.

La calumnia habia sido creida.

El desgraciado pensó en su novia, en su buena madre, y sintió el corazon ahogado en llanto.

Hizo esfuerzos sobrehumanos para demostrar que aquello era una infame calumnia, pero todo fué inútil.

Rosas necesitaba una víctima que sacrificar y no hubiera

soltado, por nada de este mundo, la que habia caído entre sus manos.

—Anda, cobarde! exclamó golpeándolo furiosamente, con las manos primero, hasta que lo volteó, y en seguida con lo piés sobre el noble rostro.

Llévenlo á la Policía—que lo pongan incomunicado hasta que yo avise lo que ha de hacerse con él.

El sereno Moreira habia crecido media vara antes los ojos de los ádulones.

El desgraciado Cienfuegos fué conducido á la Policía y al sereno se le mandó regalar doscientos patacones, por el señalado servicio que habia hecho á la patria, librando al gran Rosas del puñal de los inmundos asquerosos salvajes unitarios.

Dos horas despues se celebraba en la Catedral un gran te-deum en accion de gracias al Todopoderoso por haber librado al Restaurador de las leyes del puñal alevé.

Las campanas fueron echadas á vuelo en todas las iglesias en señal de popular regocijo, y todos los curas que hemos nombrado, y otros más, invitaban al pueblo á diferentes novenas y rosarios, siempre en accion de gracias al Todopoderoso.

No quedó pueblejo de la campaña cuyo cura no convocara á igual funcion.

Hombres y mujeres se apresuraban á concurrir á las iglesias para hacer notar su ardor federal unos, y para pasar por tales, otros, por temor de ser clasificados de salvajes unitarios.

El cuerpo diplomático se presentó de los primeros en casa del ilustre Restaurador, para felicitarlo por la escapada que acababa de hacer.

Y Rosas, autor de la farsa, recibia aquellas felicitaciones dándose todos los humos del caso y asegurando que despues se habian de quejar los unitarios si tomaba justas represalias.

Todo aquel dia fué de regocijo y júbilo para el pueblo federal.

La canalla llenó las pulperias, de donde salió á mazorquear las familias; las músicas concurren á casa del héroe, y doña María Josefa, la terrible doña María Josefa Ezcurra, dió un baile en conmemoracion de aquel acontecimiento providencial.

El sereno Moreira fué ascendido á la categoria de ayudante de serenos, quedando de servicio permanente en la manzana de Rosas.

Durante una semana fué el niño mimado de los adulones de la época, que lo miraban como el salvador de la ilustre vida del gran Rosas.

Ensoberbecido Moreira con el ascendiente que acababa de adquirir, procedia ya por su sola cuenta y mataba á quien mejor se le ocurría.

Prescindiendo completamente de su jefe, él recibia directamente órdenes del Restaurador.

Así es que cuando degollaba á alguna persona y paseaba su cabeza atada á la cola de su caballo, sus superiores no se atrevian á decir la menor palabra.

Ignoraban si aquello habia sido hecho per órden del gobernador, ó de cuenta y riesgo de aquel bandido.

Esto le dió una gran superioridad sobre sus subalternos, que lo veian hablar con el mismo Rosas, y á quienes á su vez dictaba sus órdenes, sin que nadie se atreviera á desobedecerlo ó contradecirlo.

Así aquel bandido daba sus órdenes de degüello, que eran ejecutadas al pié de la letra por sus subordinados.

La farsa de las músicas, paseos del retrato de Rosas y novenas, duró algunos dias, siendo interrumpida por la tragedia que debia representarse con el desgraciado Cienfuegos.

Este habia sido encerrado en un calabozo de la Policía, en rigurosa incomunicacion y con una barra de grillos á los piés.

Se le trataba á palos y se le alimentaba arrojándole la comida de los presos, por un agujero que, con el pomposo titulo de ventanilla, habia en su calabozo, sobre la maciza puerta.

Así permaneció tres dias, sin que nadie fuera á tomarle declaracion, ni atinar cuál seria su suerte.

Rosas lo habia mandado poner preso, en calidad de privarle toda comunicacion, y haber hablado con él para levantar el sumario, sin órden del gobernador, hubiera sido esponerse á perder el empleo y la cabeza.

A los tres dias de estar preso sintió que muy de madrugada abrian la puerta de su calabozo.

El desgraciado se acurrucó en un rincon, creyendo que serian los que con tanta precaucion iban á apalearlo.

Pero grande fué su asombro al oir que le mandaban salir.

En la confianza de su inocencia, Cienfuegos creyó que se trataba de ponerlo en libertad, pues ya se habria averiguado lo sucedido.

Levantó su barra de grillos para andar más liviano, y siguió á los que habian ido á buscarlo.

Pronto iba el pobre á convencerse del triste fin que lo esperaba.

Como no se le habia levantado sumario ni tomado declaracion siquiera, jamás pudo figurarse que marchaba á la muerte.

Cienfuegos fué conducido al patio de la Policía, donde encontró un aparato que no pudo ménos de sorprenderlo.

Diez soldados, al mando de un oficial, se hallaban formados en el centro de aquel patio lúgubre, detrás de los que se apiñaba una multitud de presos, de todos pelajes.

En las ventanillas y puertas de los demás calabozos se veian los ojos ávidos de los presos, que miraban como si algun espectáculo extraordinario fuera á desarrollarse allí.

Cienfuegos se estremeció de tal manera, que los grillos sonaron en sus piés, como si hubieran obedecido al impulso de una sacudida violenta.

Los dramas de la Policia eran demasiado conocidos para que un preso no temblase ante semejante aparato.

Sin embargo como no vió banquillo ni ningun otro accesorio de ejecucion, se tranquilizó un momento interrogando con su tímida mirada á los que lo rodeaban.

Los agentes que lo habían sacado del calabozo, le dieron orden de pararse contra la pared, lo que algo lo sobresaltó.

Obedeció la orden, estrañando que nada más se le dijera, y temiendo más que nunca que fueran á cometer con él algún crimen.

Iba ya á preguntar qué era lo que pretendían hacer, cuando vió que á una señal del oficial, los soldados se le colocaban al frente y preparaban sus armas.

—¿Qué es eso? ¿qué es lo que van á hacer? pregunto perdiendo ya todo su aplomo.

Si tratan de fusilarme, al ménos díganme cuál es la causa y mándenme buscar un sacerdote, porque yo no quiero morir como un perro,

Una sonrisa de burla se dibujó sobre los lábios de aquel oficial habituado á su oficio.

—Quiero un sacerdote! quiero un sacerdote! gritó entonces Cienfuegos, pues vió que los soldados se echaban el fusil á la cara.

Fueron estas las últimas palabras que pudo pronunciar.

Los soldados hicieron fuego, y el desventurado rodó por el suelo, quejándose de una manera terrible.

Entonces empezó una escena estupenda.

Los soldados, para no perder tiempo en cargar sus lentos fusiles de aquella época, empezaron á ultimarlos á golpes.

Quién con la culata del fusil, quién con el cuchillo, y quién hasta con el taco de la bota, concluyeron de dar muerte al jóven, de la misma manera que se podía haber muerto á un perro rabioso.

Cienfuegos había sido muerto por una orden que mandó Rosas verbalmente, con uno de sus edecanos.

Media hora despues su cadáver hecho pedazos, era arrojado al carro de la basura, que lo condujo al cementerio.

Este fué el sangriento fin del *orrible asesinato* inventado por Moreira y puesto en práctica por Rosas.

Se enviaron circulares á todas las provincias, cuyos gobernadores echaron á vuelo las campanas y se desgajaron en notas de felicitacion á Rosas y la Patria, que lo conservaría al frente de sus destinos.

En su nueva posicion de ayudante de serenos, el asesino Moreira había echado unos humos de todos los diablos.

¿Quién se atrevía á decir la menor palabra descortés al individuo que había salvado la vida del Restaurador de las leyes?

¿Quién era el guapo que pisaría el poncho al ayudante de serenos que tenía á su solo cuidado la manzana de la casa de Rosas?

Los federales mismos tenían sus sospechas de que el fusilamiento de Cienfuegos no había sido más que una farsa.

Pero tenían muy buen cuidado de aparentar todo lo contrario y hacer grandes felicitaciones en público, sobre el feliz y providencial acontecimiento.

Así es que estos mismos miraban con gran respeto al sereno Moreira, que habia venido á ser una verdadera autoridad nocturna.

Moreira, pues, empezó á apuñalear por su cuenta y á robar á los que *despachaba* al otro mundo, el dinero y alhajas que llevaban consigo.

Con esta industria estableció una pulperia en la esquina de Venezuela y Chacabuco, donde hoy se está levantando un espléndido edificio.

En esta pulperia se reunian todos los dias y todas las noches *lo más distinguido* del batallon de serenios.

Si aquello no era una reunion *high life*, como se dice hoy dia, era por lo ménos una reunion de *blood life*.

Se jugaba al truco y al punto de la vasca, y se bebia miéntras habia dinero en los bolsillos.

Porque Moreira no fiaba *ni por un queso*.

Vendia al contado, y prévio pago, lo que prueba la confianza que tenia en sus mismos compañeros.

Cuando la ginebra y la caña se habian trepado en la cabeza de tales parroquianos, la pulperia de Moreira solia ser el teatro de escenas terribles.

Los borrachos salian á la puerta y empezaban á insultar á cuanta persona pasaba, con aspecto de salvaje.

El que podia y tenia motivos, se hacia conocer al momento como legítimo federal, temiendo una equivocacion funesta de aquella gente perdida.

Ya el vecindario conocia el terrible huésped que le habia caido en suerte, y trataba de evitar toda cuestion.

El que no tenia consigo elementos para hacerse conocer como tal federal, seguia silenciosamente su camino, soportando aquella lluvia de injurias y palabradas, y considerándose muy feliz de que las cosas quedaran ahí no más.

Algunas veces Moreira que estaba trás del mostrador, señalaba á algunos de los que habian pasado, con estas ó semejantes palabras.

—Ese hijo de mala madre no es federal.

Yo ya le he echado la vista encima, y á la primera mala pisada que haga, le corto el gañote de un solo tajo.

El así señalado era entonces agredido por los borrachos de la pulperia, á fuerza de golpes é insultos, para obligarlo á tomar una copa á la salud del gran Rosas.

Ninguno se resistia á invitacion semejante! bebian la copa y trataban de retirarse, agradeciendo aún el trato comedido.

Algunas veces la persona así introducida á la pulperia llevaba consigo alguna buena alhaja ó tenia aspecto de llevar dinero.

Entonces la escena cambiaba por completo.

—Háganlo pasar al despacho reservado, para que no 'esté entre tanto perdido, decia Moreira.

Y á empujones y á golpes, el infeliz era conducido á la pieza que habia indicado Moreira.

Este despacho reservado, no era otra cosa que un pequeño altillo que habia en el fondo del almacén.

Aquel era nada ménos que el sitio bautizado por aquella canalla de *despacho*, donde aquellos bandidos desalmados degollaban por la simple órden de Moreira.

Al día siguiente el cadáver era sacado de la pulperia y conducido á un terreno cercado que existia en la calle de Chacabuco, un poco más adelante.

En aquel terreno habia un pozo de balde, al lado de cuyo brocal se levantaba una higuera corpulenta al extremo de parecer un ombú.

Aquel pozo era el cementerio donde Moreira enterraba á las personas que hacia degollar en su altillo.

No hace mucho tiempo que se estrajo de allí una cantidad de huesos humanos, que la Policía no pudo nunca saber cómo estaban en aquel sitio.

Recordamos que, según las noticias de Policía que publican los diarios, la Policía habia constatado esta particularidad.

Se habian extraído huesos y parte de esqueletos, que se conocia eran de personas que habian caído de pié, que acusaban la presencia de más de seis cuerpos humanos.

Pero por más que se buscó y se limpió el pozo no se pudo hallar más que un solo cráneo.

¿Qué misterio era este?

¿Por qué faltaban aquellas cabezas?

La Policía no pudo nunca explicarse las causas de aquel lúgubre misterio, y no se ocupó más de ello, dándose por satisfecha con haber hecho enterrar los huesos, y la única cabeza que se halló.

La explicacion de aquel misterio la damos nosotros.

Moreira, como lo hemos narrado en otra parte, tenia el hábito de pasear atadas á la cola de su flete las cabezas de los que degollaba y cuando no habia degollado él, paseaba cualquiera de las que hallaba en el mercado, en el puesto de don Ramon ú otro cualquiera.

Este era el lujo sangriento que usaba aquel miserable.

Las personas clasificadas de salvajes unitarios, que vivian aquel barrio, si tenian fortuna, eran cuidadosamente vigiladas por el sereno Moreira.

Y si alguna de ellas tenia la desgracia de pasar por la pulperia, era metida adentro á tirones y golpes, subida hasta el altillo, donde Moreira solo ó acompañado, procedia á degollarla, despues de haberle dado de puñaladas.

Despojado el cadáver de todos los valores que llevaba encima, era conducido, sin cabeza, al pozo de la higuera, donde se enterraba.

La cabeza quedaba en el altillo, para que el bandido se diera un corte feroz, atándola á la cola de su caballo.

Esto sucedió entre otros con un señor Quesada que desapareció una noche sin que nadie supiera, hasta despues de la caída de Rosas, lo que habia sido de él.

Un tal Ortega, español, preso despues de la caida del tirano, hacia entre otras la siguiente terrible declaracion:

Que una noche, despues de la oracion, habia llegado Moreira á su pulperia, situada en la Boca.

Moreira entró con un atado en la mano, atado que colocó sobre el mostrador, pidiendo un vaso de caña.

Una vez que ésta le fué servida, pidió otro vaso, sin haber tocado el primero.

—¿Y para qué diablos pide dos vasos? le preguntó Ortega.

—Es que traigo aquí un amigo, respondió Moreira, que no le gusta la caña y quiero ver qué cara pone cuando le haga tomar este vaso á la fuerza.

Y diciendo esto desató el nudo del atado y dejó descubierta una cabeza humana, hermosa y distinguida, á pesar de esa expresion descompuesta y conmovedora que acusaba un largo sufrimiento en la victima.

Moreira la puso sobre el mostrador, y tomándola do los cabellos, introdujole en la boca el borde del vaso de caña, pretendiendo hacérselo tomar.

—No toma el hijo de mala madre! exclamó, volcándose encima la caña.

Pues en el infierno no vá á encontrar bebida igual!

Algunos cachafaces que estaban en la pulperia de Ortega, festejaron aquello con grandes carcajadas y felicitaciones á la ferocidad del asesino.

Este, entusiasmado, dijo que aquella era la cabeza del salvaje Quesada, que habia cortado la noche anterior porque era un pillo que no se le podia aguantar.

Y despues de tomar su caña ató la cabeza por el cabello á la cola de su caballo, y se alejó diciendo que la llevaba para mostrarla á algunos otros amigos, que tendrian sumo placer en verla haciéndole ascos á la caña.

Con estos hechos Moreira adquirió una fama terrible, que concluyó de conquistarle el aprecio del Restaurador y de los buenos federales.

El gran bandido necesitaba víctimas diarias para saciar su ferocidad.

Y llegó tiempo en que no se metia á averiguar si eran ó no federales ó salvajes unitarios.

Cuando no se presentaba un salvaje, degollaba á un federal, pues lo que él buscaba eran víctimas.

Si alguien lo veia cometer el asesinato, decia que era por haberle oido decir que Lavalle era el libertador de Buenos Aires.

Pero buen cuidado tenia él de que nadie lo viera, cuando el degollado era un federal.

Habia entonces en la Aduana un tal Martinez, carretillero, que era uno de los más tremendos federales de la época.

Martinez trabajaba con su tropa de carrillos, de dia, siendo á la noche capitán de un grupo de mazorqueros que recorria y aterraba el barrio de la Aduana.

Varios crímenes cometidos por el grupo de mazorqueros que

Martinez capitaneaba, hicieron célebre á éste, que fué recomendado á la consideracion del supremo gobierno por el capitán del puerto, don Pedro Gimeno.

Martinez y Moreira se tenían muy mala voluntad, desde un día en que el segundo arrebató al primero la dama de sus pensamientos—una hermosa parda que habia sido criada por la familia del referido señor Gimeno.

Los dos rivales se habian tenido ganas durante mucho tiempo.

Pero separados por sus diversas ocupaciones no habian tenido ocasion de encontrarse despues.

Este ódio se habia aumentado de un modo poderoso, á consecuencia de un degüello que habia hecho Moreira en la persona de un primo de Martinez.

Como buen federal, reconocido y probado, [Martinez podia haberse quejado al gobierno, reclamando que el ayudante de serenos fuera castigado, pero entonces la cosa tenia un sério peligro y es que su primo era conocido como salvaje unitario reincidente y amonestado por el señor coronel Cuitiño.

—Puede este reclamo sentar mal al gobierno, pensó, que concluiría por dar la razon á mi enemigo.

Martinez guardó entonces su venganza para mejor oportunidad.

Una noche, ante un numeroso grupo de mazorqueros, se encontraron los dos rivales en una pulperia del bajo.

Martinez, en el acto, habia empezado á chocar á Moreira groseramente, para provocar un lance.

Los mazorqueros estaban absortos de ver lo aguantador que estaba Moreira aquella noche.

—Es que Martinez es muñeca! exclamó uno. Cuando el hombre se calla, él sabrá por que lo hace.

—No hay nadie tan amargo como el compañero Moreira, replicó otro; y me parece que si el otro sigue aullando, le van á planchar los lomos.

—Será él quien salga planchado! añadió el primero.

Usted no sabe quién es Martinez.

—Pero si quién es Moreira, y esto me basta.

Entre tanto, los dos rivales seguian prodigándose cada galanteria que metia miedo.

—Ya me han dicho, exclamó Moreira, que anda jugando súcio á la federacion y relacionándose con salvajes unitarios.

Que no lo vuelva á saber yo, caramba! porque pongo sus huesos á contribucion de golpes!

—¿A mí? no sea tonto, contestó Martinez sonriendo con desprecio, y en prueba de ello, aquí me tiene—¿por qué no se sirve de ellos?

No sea sonzo, que conmigo la lleva perdida.

—Perdida ó ganada, lo haré como lo digo, y no me caliente los cascos porque lo dejo seco de una puñalada.

—Es muy poca cosa y muy maula para hacer esa hombrada!

¿Qué hace que no se sirve?

Y al decir esto sacó de la cintura un cuchillo largo y filoso. Moreira no pudo contenerse más.

Sacó á su vez el cuchillo de la cintura y acometió á Martinez. Martinez era bravo y lejos de temer un encuentro con Moreira, lo habia provocado en la seguridad de salir airoso.

La lucha fué corta y dura, como tenia que serlo entre combatientes de aquel temple y animados de iguales deseos.

No se cambiaron más que media docena de tiros que el más débil de los cuales hubiera causado la muerte del que lo recibiera.

A fin Martinez dejó caer el cuchillo y dando un gran grito fué á caer de costado azotando la cabeza contra el mostrador. La puñalada de Moreira le habia dividido el corazon.

Moreira se le fué al humo y con un facilidad que demostraba su larga práctica le separó la cabeza del cuerpo.

—Esto le sucede, exclamó, á todo el que se meta á compadre, sin saber si el cuero le dá para tanto.

¿Quiere alguno tomar la bolada?

Ninguno de los amigos de Martinez dijo la menor palabra.

Moreira se les habia revelado muy superior á Martinez y los habia dominado.

Moreira se llevó la cabeza de su rival y la Policía recojió su cuerpo de la calle, á donde fué sacado por el pulpero, sin averiguar á quién pertenecia.

Un cadáver en plena calle y con la cabeza cortada, era la cosa más natural de aquellos tiempos.

¿Quién iba á tomarse el trabajo de constatar á quién pertenecia el cuerpo?

Lo arrojaban al carro de la basura y negocio concluido.

Don Pedro Gimeno, que era el protector de Martinez, en cuanto supo su muerte, con todos lo detalles, pasó á Palermo á ver al Restaurador, á quien le dió la queja de lo sucedido.

—Se ha asesinado á un federal puro, dijo, por el gusto de matar no más.

El carretillero Martinez era un leal servidor de V. E.

Rosas, que trataba á Gimeno, como á todos sus empleados, con gran desprecio y haciéndolos juguete de sus locos, no hizo gran caso de lo que le decia Gimeno.

Sin embargo, mandó llamar á Moreira y le echó una peluca de primer orden.

—Al primero que me mate un federal, le dijo, lo hago yo fusilar sobre tablas.

Las armas y la muerte deben guardarse para los salvajes unitarios enemigos de Dios y de los hombres.

—No crea S. E. que ese carretillero era tan federal como se dice.

Era un pillito que jugaba á dos caras y nada más.

Y contó en seguida como habia sido provocado ofreciendo el testimonio de todos los buenos federales presentes.

—No será extraño que haya exajeracion en lo que se me ha contado, dijo Rosas, cuyas tendencias en potejer á la chusma eran bien conocidas, mucho más, cuando esta chusma se hacia notable como degolladora.

Pero no quiero que se me maten los federales entre sí: que no tenga que decirlo dos veces.

Moreira se retiró jurando entre sí que habia de degollar á todo el mundo, fueran ó no federales.

Temiendo la amenaza de Rosas, por algun tiempo anduvo tranquilo, es decir, degollando unitarios solamente.

Se lo pasaba siempre en su pulperia, ocupado en las faenas de su altillo y en las del pozo de la higuera.

Habia en aquellos tiempos un barbero sangrador, muy estimado de la gente federal.

El barbero este era un federalazo de los más formidables.

No degollaba por su mano porque era tan cobarde como federal, y tenia miedo de las armas, aún esgrimidas por él.

Pero era un delatador famoso, causante de degüellos, que habian sido consecuencia de sus delaciones.

Este barbero prestaba sus servicios de sangrador y aún de comadron de los hospitales de la ciudad.

Sus servicios, aplicados á gente federal, no los cobraba nunca: ni al gobierno por los que prestaba en los hospitales, ni á los particulares que lo llamaban.

Pero cuando se trataba de servir á un unitario, ya la cosa cambiaba de especie.

No solamente cobraba un desatino que era preciso pagarle por temor á una delacion, sino que le sacaba cuanta sangre podia, con la intencion de despacharlos así al otro mundo.

En el cuerpo de serenos gozaba de un gran prestigio.

El famoso Marin lo hacia comer á su mesa y todos los miembros del batallon lo miraban como á un padre.

Porque el sangrador, no solo atendia grátis, sino que daba dinero á sus enfermos más necesitados.

Este mismo cariño que se dispensaba al sangrador habia fastidiado enormemente al bandido Moreira, que no queria hubiera más influencia que la suya.

Cuando se encontraba con el sangrador, le hablaba con dureza, tratando de mortificarlo en cuanto podia.

Sus bromas hirientes llegaron al extremo que Marin reprendió duramente á Moreira, notificándole que cesara en sus impertinencias contra el sangrador.

Con esto solo se consiguió que aumentara el ódio de Moreira y jurara vengarse de él, por lo mismo que por él lo habian reprendido.

Una tarde que Moreira se dirigia á la Boca, segundo teatro de sus iniquidades, se encontró con el sangrador en la calle de Bolívar, donde hoy es el Mercado de Comercio.

El sangrador venia de prestar sus servicios en el hospital, donde habia sido llamado.

En cuanto lo vió, Moreira se dejó caer del caballo y le cerró el paso.

—Amigo barbero, le dijo, me viene usted como queso á los tallarines, porque tenia que pedirle un favor.

El sangrador, poco complacido de aquel encuentro, se metió bajo el brazo su paquete de ventosas y le tendió una mano.

Moreira se la estrechó hasta hacerle crujir los huesos.

—En qué puedo servirle, amigo, dijo — ya sabe que con los buenos federales soy franco y leal.

—Superior entonces—queria verlo hoy porque ando en un apuro de unos mil pesos y nadie mejor que usted puede sacarme del pantano.

—No sé si tendré tanto en casa, pero lo que tenga está á sus órdenes.

—A mí poco me importa que tenga ó no tenga.

Yo necesito los mil pesos y es preciso que me los dé.

La calle estaba sola, y como convidando para cometer una herejia.

Pero ¿cómo quiere que se los dé si no los tengo? exclamó el sangrador temblando de miedo ante la espresion feroz del sereno.

Le daré cuanto tenga ahora y el resto mañana ó pasado.

—Ahora mismo, rugió Moreira pelando su enorme daga.

Ante semejante instrumento de sangrias, el barbero se asustó, y en vez de prometer á Moreira lo que pedia, echó á correr con una velocidad de liebre, en direccion al hospital, arrojando tarros, ventosas y cuanto llevaba.

Moreira saltó sobre su caballo y disparó detrás de él.

Lo atropelló con el pingo pisoteándolo, y echándose al suelo en seguida, lo dejó *seco* de una puñalada, degollándolo acto continuo.

Como la escena pasó cerca 'ya del hospital, los gritos del sangrador fueron sentidos, acudiendo algunos empleados y soldados.

—No es nada! gritó Moreira para evitar que llegaran.

Es un salvaje á quien estoy dando un susto.

Pero ya los que acudian se habian apercebido de que el *asustado* no era otro que el barbero sangrador y el asustador el terrible Moreira.

El cadáver del sangrador fué recogido y llevado al hospital, miéntras el bandido, limpiando su daga, se alejaba al tranco de su caballo.

Dado el cariño y gran estima de que el sangrador gozaba entre la gente federal, su asesinato produjo una gran indignacion en el hospital, primero, y en el cuerpo de serenos, mas tarde, á cuyo gefe se mandó dar cuenta de lo sucedido.

Este, deseando verse libre de Moreira, y no atreviéndose á castigarlo por su sola cuenta, mandó un oficio al gobernador, refiriéndole el asesinato y agregando que el ayudante de serenos Moreira era ya intolerable.

Era ya el tercer ó cuarto federal que asesinaba, y á ese paso, concluiria por atentar á la vida de su mismo gefe.

Ya hasta se cree que Moreira puede obrar de acuerdo con los salvajes unitarios.

A Rosas se lo llevó el diablo cuando leyó esta comunicacion.

El mismo conocia al sangrador y comprendia que perdonar aquel hecho seria dar á las águilas á Moreira, que era capaz de todo.

Además hacia ya tiempo que Rosas sentía la necesidad de verse libre del sereno.

No dudando que lo de Cienfuegos había sido una farsa que él aceptó porque le convenía, temía que algún día Moreira fuese á descubrirle y ya varias veces había tratado de suprimir aquel testigo importuno.

Ninguna coyuntura podía ser mejor que la que se le ofrecía.

Así es que al pié de la misma nota escribió la sentencia de muerte del bandido.

« El jefe del cuerpo de serenos, decía, procederá á arrestar al ayudante Moreira, remitiéndole al cuartel del Retiro, donde será ejecutado á fusil, tan pronto como llegue. »

En seguida redactó otra orden para que la sentencia fuera cumplida tan pronto como llegase el reo al patio del cuartel.

Moreira fué preso así que se presentó al cuartel de los serenos, sin manifestarsele el motivo de su prision.

— Ha de ser para asustarme con posturas, dijo, pero para mí no vale un pito.

Y efectivamente Moreira creía que se le prendía para darle un susto, pues jamás se sospechó que Rosas fuera capaz de mandarlo fusilar.

Muy fresco se presentó en el cuartel del Retiro, saludando en el cuerpo de guardia con cierto aire de proteccion é importancia.

Pero apénas hubo llegado al patio un peloton que se hallaba formado frente á la puerta de entrada, apuntó é hizo fuego, sin que Moreira, tomado de sorpresa, pudiera hacer el menor movimiento.

El bandido rodó por el suelo, buscando su daga en la cintura, como si pretendiera defenderse.

Pero allí, en el suelo, fué ultimado de la misma manera bárbara que su víctima Cienfuegos.

La federacion quedó aterrada con el fusilamiento del bandido Moreira, pues se vió que, ni aun siendo federal, se tenía segura la vida.

Quando Rosas había hecho fusilar al sereno Moreira, el salvador de su vida, ¿qué no haría con aquellos que ninguna consideracion le merecian?

La turba de bandidos se moderó entonces un poco, teniendo buen cuidado de examinar á sus víctimas que tenían algun punto de contacto con la federacion.

No querían esponerse por un degüello más ó menos, á correr la suerte de Moreira, á quien todos suponían un gran amigo del gobernador, desde que le salvó la vida, y entregó á la justicia el asesino Cienfuegos.

Los crímenes cometidos por Rosas para aterrar á sus enemigos políticos y evitar así que tuvieran el coraje de pensar en movimientos contra su gobierno, empezó á darle malos resultados.

Los hombres de corazon empezaron á sentir levantar su espíritu y comprendieron que era preciso hacer algun esfuerzo para derrocar aquella tiranía sangrienta.

A ninguno se le escapaba que el menor descuido podía costarles la vida.

Pero con una fé resplandeciente en el corazon, empezaron á conspirar de una manera decidida, á mediados del año 1839.

La empresa era tremenda, pero no imposible para aquellos corazones esforzados que lo sacrificaron todo en honor de al patria.

Veamos cómo se perdió aquel movimiento grandioso.

LOS DOS MAZA

No es nuestra mente comenzar aquí la historia de la revolucion del Sur, ya narrada por el distinguido literato señor Lamas, Carranza y otros.

La tomamos como punto de partida para la muerte de los dos Maza, y narraremos de ella solamente algunos episodios desconocidos hasta ahora, como algunos crímenes que aquellos historiadores no han mencionado.

La revolucion del Sur está ya escrita, y ella no pertenece al dominio de nuestro libro, que aunque es la historia de Rosas, no abarca la historia de toda aquella época, tan llena de sangre, de mártires y verdugos!

Sigamos entonces con lo que hemos llamado *dramas del terror*, tomando de la revolucion del Sur, solamente aquellos que se desarrollaron en su vasto teatro.

El jóven teniente coronel don Ramon Maza, hijo del célebre doctor don Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes, era en la ciudad el alma de aquella conspiracion formidable.

Maza contaba con elementos de primer órden.

No solo estaba en combinacion con algunos gefes del ejército, como el coronel Granada, sino que los principaies caudillos de la campaña Norte se habian comprometido á secundar en toda ella el movimiento que estallara en la ciudad.

Entre las filas federales mismas habia enemigos irreconciliables de Rosas, que no titubearon un momento ante la invitacion de Maza.

Entre los hacendados del Sur, la revolucion á Rosas era un deber ineludible.

Allí, donde Rosas habia levantado el inmenso prestigio y el ejército que lo trajo al poder, echaba sus cimientos la revolucion que esperaba concluir con su poder inicuo.

Los gefes de aquella histórica cruzada, los iniciadores de aquel movimiento que se juzgaba imposible, porque el Sur era la cuna del poder de Rosas, fueron tan solo las siguientes personas, vivas aún muchas de ellas.

Don Marcelino Martinez Castro, el noble coronel don Matias Ramos Mejía, don Francisco y don Exequiel Ramos Mejía, el señor Madero y don Pedro Castelli, gefe de la revolucion, don

Apolinario Barragan, José Ferrari y Lionardo de la Gándara, que fueron vistos por los primeros, como Rico y tantos otros patriotas.

Estos ciudadanos, todos hacendados en el Sur y vecinos de los parajes donde más prestigio habia tenido don Juan Manuel, empezaron á trabajar con todo el ardor del entusiasmo más abnegado.

Don Marcelino Martinez habia venido á la ciudad á conversar con Maza, á nombre de todos sus compañeros, no solo para combinar los dos movimientos, sino para hacerse una manifestacion de los elementos con que cada cual contaba.

Don Marcelino Martinez vuelve al Sur entusiasmado, á poner en conocimiento de sus amigos que todo el poder de Rosas no bastaria á sofocar la revolucion que se preparaba, por los poderosos elementos de que disponia.

El gauchaje de las estancias, abandonado por Rosas á su suerte desde hacia mucho tiempo, se levantaba alegremente al llamado de sus patrones que nombramos más arriba.

El paisano, consumido por el servicio de las armas y el azote del Juez de Paz, habia abandonado á su primitivo caudillo, y ardiendo en entusiasmo se alistaba en las filas de la revolucion que se preparaba con todo recato, aunque sin el menor temor.

Los mismos pueblos por donde Rosas se habia paseado como un ídolo, como Dolores, Azul, etc., eran hoy revolucionarios, desde el mismo Juez de Paz, hasta el último paisano.

Los gauchos, siempre valientes y denodados, hablaban de la revolucion como de cosa hecha, en las pulperias y en sus reuniones, siendo necesario que sus gefes les recomendaran la mayor prudencia y reserva, por el gran riesgo que podian correr ellos y la revolucion, si la trama llegaba á descubrirse ántes de estallar.

Ya contaban con elementos de un poder incontrarrestable.

No tenian que temer otro peligro que el que representaba una division de línea, que al mando del coronel Nicolás Granada, se hallaba en Tapalqué.

Pero Ramon Maza habia asegurado que el coronel Granada estaba con él, y aunque este defecionara, no sucederia lo mismo con sus gefes subalternos, en quienes tenia confianza y que debian plegarse á la revolucion desde un principio.

Por consiguiente este peligro mismo habia desaparecido, siendo reemplazado por una esperanza más.

La revolucion, siguiendo el camino que pisaba, hubiera sido coronada por el éxito más brillante.

Pero no faltó el údas, que debia vender al noble jóven Ramon Maza, matando en él al gran nervio del movimiento é inutilizando todos los trabajos hechos en la ciudad.

Ramon Maza era el tipo opuesto á su primo el feroz Mariano Maza.

Corazon noble y abnegado, patriota por instinto, odiaba á muerte la tirania, que ensangrentaba el suelo de la patria.

Por eso lo vemos poniendo al servicio de la causa de la li-

bertad, su inteligencia, su corazon y todos los poderosos medios de que disponia su persona simpática y querida.

La célebre conjuracion que le costó la vida, nació en su propio cerebro, descubriéndola á algunos amigos, cuando sus trabajos estaban en buen pié de organizacion.

Nos detenemos en estos detalles, porque además de su interés dramático, no se han dado todavia á la publicidad.

Solo los conocen los hombres que vivieron en aquella época, y que se mezclaron á los acontecimientos de la revolucion.

Su amigo de confianza y su secretario, era el jóven Jacinto Peña, con quien consultaba todos sus pasos y medidas.

Ambos sabian concurrir á lo de don Avelino Balcarce, patriota á toda prueba, á quien referian lo avanzado de la grande obra y de quien recibian tambien uno que otro consejo saludable.

Este patriota tenia un verdadero cariño fraternal por Ramon Maza, cuyo valor y prudencia lo tenian admirado.

— No olvides, solia decirle, que en esta partida juegas tu cabeza y la de tus amigos.

Es necesario mucho ojo, porque todo exceso de prudencia seria poco.

Las precauciones de Maza éran tales, que de quien primero se habia guardado como su mayor peligro, era de su propio padre, el doctor don Manuel Vicente.

— Mi padre está entregado á Rosas en cuerpo y alma, decia.

Le pertenece como la sombra al cuerpo, al extremo de que, entre el tirano y yo, sabe Dios con cuál se quedaria.

Prefiero pegarme un tiro á hablar con mi padre una sola palabra de la conjuracion.

Creo que cometeria en ello un delito de traicion á la pátria.

La conjuracion estaba, pues, preparada con suma astucia y meditacion.

Todos los jefes de la ciudad estaban comprometidos de una manera seria, de modo que Maza podia contar con ellos como consigo mismo.

Respecto á la campaña, tenia tanta seguridad como en la ciudad misma.

No contaba con el coronel del Valle, ni con el coronel Granada, pero el primero estaba vencido por el prestigio de Maza, á quien seguiria toda la division, y el coronel Granada tendria que seguir el movimiento revolucionario, impulsado por sus jefes subalternos.

Granada era una insignificancia militar, sin valor y sin prestigio.

Era un elemento que, por su nulidad, convenia más bien hacerlo á un lado en el momento de obrar.

Arregladas así las cosas y en combinacion con los patriotas del Sur, Maza escribió á Lavalle, con quien estaba en correspondencia, señalando al movimiento un dia fijo, dia en que el general debia encontrarse en Buenos Aires á toda costa.

Una sola dificultad faltaba á Maza que vencer, dificultad que,

si bien no era un obstáculo á la revolucion, allanada, podria completar el movimiento, haciéndolo más grandioso y brillante.

Se trataba de apoderarse del batallon de marina, que mandaba el bandido Mariano Maza, primo hermano de Ramon, y con quien no era posible contar, ni este se atreveria á abordar, temiendo una traicion.

Pero si Mariano Maza no era abordable, no sucedia lo mismo con su segundo gefe el sargento mayor Martinez Fontes, quien disponia verdaderamente de la oficialidad y de la tropa.

Martinez Fontes era tan querido cómo odiado Maza, entre la tropa y oficialidad, de modo que, en caso de órdenes diversas, era seguro que el batallon obedeceria las de su segundo gefe.

El secreto estaba entonces en tocar al sargento mayor Martinez Fontes, por una persona de los conjurados que pudiera garantir su silencio en caso de no aceptar.

A ese dificil trabajo dedicó entonces Ramon Maza toda su poderosa actividad.

El punto valia la pena de consultarse para no partir de ligero y cometer alguna imprudencia fatal que echara á perder la labor de tanto tiempo.

Despues de consultarse largamente entre Peña y Maza, fueron á ver á su amigo Avelino Balcarce.

— Tenemos el hombre! exclamó este, despues de oir á los conjurados.

Ahora tocar al mayor Martinez Fontes, nadie puede ser más á propósito que su propio padre.

— Pero es que el viejo no está con nosotros, replicó Maza, y para ver nuevos afiliados hay que andar con piés de plomo.

— El viejo no está con ustedes, contestó Balcarce, porque no lo han visto.

En efecto, el viejo Martinez Fontes iba todas las noches al escritorio de Balcarce.

Alli se reunian varios patriotas á desahogarse contra la marcha infamante y criminal del gobierno.

Y era Martinez Fontes el que más indignado se mostraba y el que más predicaba la idea de un movimiento revolucionario que tumbase aquella tirania.

— ¿Cómo no creer que se afiliara á los conjurados y se prestara á trabajar el espíritu de su hijo, para traerlo al camino de la gloria?

Martinez Fontes no habia cometido jamás acto por el cual pudiera tachársele de verdadero federal.

Lo era, como todos, lo suficiente para salvar el pezquezo y nada más.

No habia entonces motivos para desconfiar de él, ni mucho ménos para creerlo capaz de cometer una traicion infame.

Estos fueron los antecedentes que dió Balcarce del viejo Martinez Fontes, antecedentes por los cuales los conjurados decidieron abordarlo.

— Me parece prudente, dijo entonces el precavido Maza, que

lo tantee usted primero, para ver como se halla dispuesto á la revolucion.

Dado el caso de que la acepte de una manera decidida, entonces podrá verse conmigo y arreglar el asunto.

Ante todo, ruego á usted la mayor reserva, no por mí, sino por los amigos que juegan la cabeza.

Yo solo debo aparecer por ahora, pues es lo que conviene. Hecho este arreglo, Maza y Peña se retiraron, quedando en verse la noche siguiente.

Esa misma noche, como todas las anteriores, cayó Martinez Fontes al escritorio de Balcarce.

Provocado por este, empezó á echar pestes contra la tiranía, en términos que no dejaron duda de sus sentimientos patrióticos.

Balcarce lo abordó entonces, aunque con cierta reserva.

—Me han visto, le dijo, para entrar en un movimiento contra Rosas, movimiento de rápidos y seguros resultados.

A mí no me gusta mezclarme en estas cosas, pero antes de contestar definitivamente he querido hablar con usted, á ver qué le parece.

—De mil amores! exclamó Martinez, dando á Balcarce un fuerte abrazo.

Conteste por usted y por mí, pues yo me ofrezco desde ya en lo poco que valgo y con toda la efusion de mi alma.

—Usted vale más de lo que se figura, respondió Balcarce, animado con aquella respuesta.

Olvida usted que su hijo dispone de un batallon?

—Que me he de olvidar!

Con hijo ó sin hijo, pertenezco desde ahora mismo á la revolucion.

El trabajo no podia haber dado resultados más brillantes.

Alegre Balcarce con la buena noticia que iba á dar á sus amigos, despidió á Martinez Fontes con estas palabras:

—Mañana á las siete han de volver á verme, para que les dé mi contestacion categórica.

Véngase usted á esa misma hora y yo lo pondré en contacto con la persona que me ha visto, porque yo, francamente, no estoy bien decidido.

Tengo miedo!

—Déjese de esas cosas, amigo mio.

Si el movimiento es sério y seguro, metámonos hasta el codo, que la patria necesita el esfuerzo de todos.

Martinez Fontes se retiró y Balcarce, despues que cerró su escritorio, se fué á casa de Maza.

Tenia prisa en llevarle la buena noticia, que tal vez importaba la conquista del batallon de marina.

Y con este cuerpo, todas las tropas que habia en la ciudad, sin escepcion de un sol soldado, pertenecian á la conjuracion.

Este era el bello ideal de Ramon Maza, pues la revolucion no costaria una sola gota de sangre patriota no habiendo quien hiciera fuego sobre ellos.

Ramon Maza vivia con su señora en la calle de Maipú, ocupando un solo departamento de la casa, que constaba de cuatro piezas.

En el otro departamento vivia el imbécil de Juan Rosas, casado tambien, con la hermana de la muger de Maza.

La vecindad de aquel crétino, mortificaba á Maza de una manera terrible, porque lo obligaba á obrar con estremo sigilo.

Pero no habia querido cambiar de domicilio, para aparecer más ligado aún á la familia de Rosas y á la causa de la federacion.

Recibia sus visitas en la pieza que tenia puerta al zaguan, usando de las mayores precauciones.

Su asistente, viejo veterano que le tenia una idolatria ciega, era el encargado de cuidar disimuladamente que nadie fuera á escuchar lo que pasaba en la habitacion.

Tenian una señal convenida para ser prevenidos, de manera que el espia no pudiera apercibirse que habia sido sentido.

Era en aquella piezita donde Maza se reunia noche á noche con Peña, y donde recibia a los conjurados de quienes nada podia temerse respecto á sigilo.

Los demás elementos los manejaba él por medio de cartas indescifrables para aquel que no estuviera en los secretos de aquel vasto y bien preparado movimiento.

Allí fué Balcarce, radiante de gozo, á dar cuenta de su mision.

—Contamos con el hombre en cuerpo y alma, dijo.

Y refirió en seguida el diálogo que habia tenido con Martinez Fontes.

—Su prudencia ha sido esquisita, dijo Maza estrechando fuertemente la mano de su amigo.

Con el batallon de marina, nuestro, agregó radiante de entusiasmo, la revolucion no costará una sola gota de sangre patriota.

Ya sabe usted que mi plan es atar á Rosas en su propio despacho, no haciéndole mal ninguno.

Que juzguen y castiguen sus delitos los tribunales que deban hacerlo, porque nuestra mision es salvar á la patria sin matar, solo que no se la pueda salvar si no matando.

Na sé por qué tengo fé en la realizacion de mi plan, tal cual lo he trazado.

Hay algo misterioso que así lo dice á mi corazon.

Sin el batallon de marina la revolucion será siempre un hecho triunfante, pero entonces será preciso someterle por las armas y la muerte de muchos inocentes; tendria que producirse de una manera fatal.

Despues de conversar un largo rato y repasar todos los poderosos elementos con que se contaba, Balcarce se retiró, conviniendo en que á la noche siguiente volveria con el viejo Martinez Fontes.

Era este un original cuyo traje llamaba fuertemente la atencion, haciéndose conocer desde largas distancias.

Padre de un gefe de toda la confianza de Rosas é intimo amigo de Mariano Maza, especie de verdugo de la tirania, el viejo Martinez Fontes pasaba por un federal cumplido y en toda regla, de los que más tarde habian de llamarse federales *netos* y *adivinos*.

En aquellos tiempos en que todos los habitantes de la ciudad, sin distincion de posicion y fortuna, andaban de poncho, porque era el traje federal, Martinez Fontes se permitia usar una capa ridicula por su forma y su largo, que apenas llegaba á teparle la rabadilla.

Con aquella capita y su aire rechoncho y desconfiado, el buen veje teña todo el aspecto de un judio cordobés.

Este traje era completado con la chaqueta obligatoria y el chaleco punzó, el sombrero alto, que no todos usaban, y la correspondiente exajerada coleccion de divisas de todos tamaños y de todas formas.

Con semejante uniforme de federal intransijente, el viejo Fontes teña todo el aspecto de aquellos rosistas furiosos de los que aún han quedado algunos ejemplares esquisitos.

A la noche siguiente de la entrevista que hemos narrado, se presentó á la hora exacta en casa de Balcarce, el viejo cuyo perfil original hemos trazado.

—No ha venido, dijo Balcarce en cuanto lo vió, pero me ha mandado decir que me espera.

Conforme á lo que usted me dijo anoche, he respondido que iria con un amigo más, por lo que en vez de decir me espera, he debido decir: nos espera.

—Pues andando, amigo, concluyó Fontes, y dando un cuarto de revuelo á su ridicula capa, salió con Balcarce en direccion á lo de Maza.

Este los esperaba con su inseparable Peña, el que fingió que se despedia y salia, para dejarlos en mayor libertad.

Balcarce, despues de estar un cuarto de hora hablando de la conveniencia de la revolucion, se retiró tambien, manifestando que lo hacia por tener que atender á su negocio.

—De todos modos, dijo al salir, ya sabe que quedo de acuerdo y acepto cuanto se haga.

Mañana me dárán noticias.

Quedaron solos Ramon Maza y Martinez Fontes.

—Desde que usted está aquí, traído por Balcarce, dijo el primero, sabe de lo que se trata y acepta en ello una parte.

— Ya lo creo! y de corazon, contestó el viejo.

Mi amigo Balcarce, dirá á usted cómo pienso á este respecto.

—Superior.

—Se trata entónces de una revolucion, preparada ya con poderosos elementos, en la que usted puede ser un elemento de primera fuerza.

—Poco valgo, pero ese poco estará al servicio de ustedes.

—No diga ustedes, pues por ahora soy yo único jefe y cabeza, lo que no quiere decir que mañana no sean mas.

El noble Maza, receloso todavia, hacia recaer sobre si úni-

camente toda la culpa, en prevision de que pudiera ser traicionado.

—Usted, añadió, puede prestar á la gran causa bajo cuya bandera se alista, un servicio de primera importancia.

—Escucho á usted con verdadera ansiedad.

—La revolucion necesita la cooperacion del Batallon de Marina.

Creo que mi primo estará siempre á favor de Rosas, por lo que conceptuo que es inútil verlo.

Pero tengo la seguridad de que el mayor Martinez Fontes dispone del cuerpo más que mi primo mismo.

Es necesario tocarlo, y nadie más que usted, porque podrá decidirlo á aceptar, y si acepta, él nunca delataria un movimiento en que está complicado su padre, y nada se habria perdido así.

—Mañana mismo veré á mi hijo y desde ya puedo anticiparle que aceptará.

Me prégio de conocer su corazon y los sentimientos de su espíritu.

Ahora, agregó, podré saber cuáles son los elementos con que contamos?

—Me es imposible decirlo á usted antes de saber si contamos, ó mejor dicho, si cuento con su hijo.

Decir más de lo dicho ya seria una imprudencia que me desconceptuaria ante sus propios ojos.

—Tiene usted razon, y ahora veo que se puede jugar francamente la cabeza, con un jefe de tal prudencia.

Mañana mismo hablo con mi hijo y á la noche traeré la contestacion aqui mismo—á qué hora?

—A las nueve lo esperaré.

Martinez Fontes se despidió, asegurando que era aquella la noche de más íntima alegria que habia pasado hasta entónces y estrechando efusivamente la mano leal de Maza.

Este no habia quedado enteramente satisfecho.

Sin poder esplicar la causa, aquel hombre le inspiraba una desconfianza invencible.

Su catadura, á mitad cubierta por aquella capita, y su fisionomia poco abierta, le hacian temer vagamente una traicion.

Pero ya no era posible retroceder.

Así lo manifestó á Peña y Balcarce; quienes combatieron sus temores infundados.

—Es un patriota decidido, dijo el último, y mañana tendrás la prueba.

—Quiera Dios que me equivoque, aunque con él, solo yo eré el comprometido.

• Sigamos nosotros á Martinez Fontes.

Cuando salió de lo de Maza, se detuvo un momento en la esquina para observar si erá seguido.

Viendo que nadie más salia de la casa, siguió adelante dobló la calle de Belgrano y dando un rodeo se entró á casa del Coronel Corvalán, edecan de toda confianza de Rosas.

Corvalán estaba solo en aquel momento, así es que pudo recibirlo en el acto.

—A qué debo il placer de verlo aquí á hora tan avanzada? preguntó el militar fijando en el vejete su penetrante mirada.

—Vengo nada menos que á salvar la vida del ilustre restaurador y la de usted mismo, respondió el vejete con aire agitado.

Hay una gran conspiracion encabezada por Ramon Maza, que debe estallar de un momento á otro.

Cuentan con poderosos elementos para dar el golpe y yo vengo á cumplir con el deber de dar el hilo de esta inicua trama.

—Demonios! exclamó Corvalán—está seguro, hombre, de lo que dice?

—Vaya si lo estoy! como que acabo de ser visto para formar parte en ella!

Corvalán, agitadoísimo, pidió á Fontes que le refiriera detalladamente lo que sabia.

Este entonces, dándose una importancia descomunal, refirió hasta en su menor incidente la conversacion que acababa de tener con el patriota Ramon Maza, á quien empezó por llamar el miserable salvaje unitario.

Para dar mayor importancia á la delacion, Fontes agregaba que la revolucion debia estallar de un momento á otro, pues lo único que se esperaba era la respuesta que él debia llevarles de su hijo.

Es preciso avisar inmediatamente al Gobierno, exclamó Corvalán sumamente agitado.

Espéreme usted aquí, que tal vez quiera hablar con usted el señor Gobernador.

Corvalán tomó su kepí y salió á paso de trote en direccion á casa de Rosas.

Ahora bien, qué se habia propuesto aquel hombre, al hacer aquella delacion cobarde é inesplicable?

El no era federal ni siquiera amigo particular de Rosas.

Lo hacia por obtener alguna recompensa ó era simplemente el deseo de hacer mal?

Esto es por ahora un misterio.

Se conoce la traicion cobarde de aquel hombre pero nó los móviles que lo impulsaron á cometerla.

Corvalán llegó hasta donde estaba Rosas, rodeado de adu-lones serviles, y le dijo al oido dos palabras.

En seguida el gobernador y un edecan salieron del salon encerrándose en el despacho.

Allí Corvalán, agitadoísimo, refirió cuanto acababa de decirle Martinez Fontes,

—Si V. E. quiere verlo á el mismo é interrogarle, lo iré á buscar pues me espera en casa.

El tirano se puso lívido y permaneció largo rato como embargado por su meditacion.

Rosas, aunque sumamente violento, era un hombre muy sagaz y muy hábil para la ejecucion de sus planes.

—Nada hago, exclamó de pronto, con la cabeza del traidor Ramon Maza y la de su padre, que será su cómplice.

Quiero las cabezas de todos y las tendré.

Y al decir esto dió un puñetazo sobre el escritorio y soltó una criollada que hizo estremecer á su edecan.

—Nada hacemos con un hilo, prosiguió, yo quiero el ovillo, todo entero, sin faltarme una sola hebra!

—Qué debo decir al señor Martinez Fontes? preguntó el edecan timidamente, al ver el creciente furor que iba dominando á Rosas.

Este hizo girar ferozmente en la órbita su azulada pupila y repuso:

—Dirá usted á ese traidor que conteste que sí — que su hijo se compromete y que pide dinero.

Digale que es preciso que me averigüe los nombres de todos, porque yo no quiero delaciones á medias y que se maneje de modo á desempeñar bien su papel, teniéndolo al corriente de lo que vaya averiguando.

En el desprecio con que lo trató el dictador, tuvo Fontes su primera recompensa.

Su accion habia dado asco al mismo que beneficiaba.

Corvalán volvió con aquella respuesta que dejó helado al traidor, mientras Rosas quedaba meditando un plan para apoderarse de todos los conjurados.

Astuto hasta la exajeracion, no tomó ninguna medida ni precaucion que pudiera alarmar á los revolucionarios haciéndoles ver que poseia su secreto.

—No me crée porque tiene sin duda mucha fé en Maza, dijo al oír la respuesta que le daba Corvalán.

Tendrá que creerlo á su pesar, concluyó, porque yo le daré las pruebas indudables.

Y se retiró quedando en volver á la siguiente noche, despues de haber hablado con Maza y sacádole cuanto pudiese.

—Qué lo moverá á este hombre á cometer esta traicion tan infame? pensó Corvalán al ver salir al viejo embozado á medias en su célebre capa.

Veremos en qué pára todo esto!

Pobre Maza! verdad ó mentira, esta delacion le va á costar la cabeza!

Martinez Fontes se retiró á su casa, de donde no salió hasta la noche siguiente á la hora indicada por Maza.

En lo que ménos habia pensado, por supuesto, habia sido en ver á su hijo.

Ramon Maza lo esperaba solo, como la noche anterior.

El viejo traitor le estrechó la mano con la mayor efusion que le fué posible.

—Tengo las mejores noticias que darle, dijo apénas hubo concluido de saludarlo.

Por eso vengo medio trasformado de alegría.

Maza lo hizo sentar, y con toda cortesia y miramiento le rogó le refiriera aquellas buenas noticias.

—Mi hijo, dijo Fontes, acepta la idea con entusiasmo extremo. Me ha encargado diga á usted que puede contar hasta con su última gota de sangre.

Fuera de la persona del jefe, responde del batallon hasta el último soldado.

Mas, hay un pero, que, me dijo, usted como hombre práctico comprenderá bien.

Dice que necesita dinero para concluir de decir á los que anden remolones, dinero que él supliría si lo tuviera en el momento.

— Diga usted al mayor Martinez Fontes, contestó el noble jóven, que á la revolucion le sobra dinero, como le sobran hombres.

Que mande decir tan pronto como le sea posible la suma que necesita, para remitírsela.

— Entónces no hay ningun obstáculo que se oponga á su deseo.

Puedo asegurar desde ya, que el batallon de marina pertenece á la revolucion.

Maza, que no había perdido su desconfianza, no dejó de extrañar que el hijo se hubiese entregado tan pronto, sin preguntar nada.

Y llamó tambien su atencion aquel pedido, porque conocia la delicadeza del jóven mayor, que disponiendo del batallon á su antojo, no necesitaba para decidirlo de un solo peso.

Y mayor fué aún su desconfianza cuando Martinez Fontes, despues de pintar exageradamente el entusiasmo de su hijo, hizo esta pregunta.

— ¿Y cuáles son los jefes que dirigirán el movimiento en la campaña?

No me supongo que la cosa sea aquí solamente en la ciudad.

— Yo, y siempre yo, replicó el noble jóven.

Si yo tengo el derecho de jugar con mi cabeza, no tengo el mismo derecho con la de mis amigos.

Si por casualidad la traicion llegara á vendernos, añadió fijando en el viejo su mirada hidalga y serena, será mi cabeza la única que rueda.

A los demas, si los hay, no podrá tocárseles un cabello.

Esto lo juro yo por el nombre que llevo.

No tengo miedo por ahora de que nadie me traicione — pero si sucede, caiga la traicion sobre mi sola cabeza.

Martinez Fontes, quedó medio descompuesto antes esta respuesta, pero no abandonó el puesto.

Es preciso llevar á Rosas nuevos datos y nuevos nombres, pensaba el pérfido, y no encuentro cómo salir del paso ni del atolladero en que me hallo, porque aquel bárbaro por lo ménos es capaz de mandarme azotar y destinarme á un cuerpo de línea.

— No creo que haya en nuestras filas quien nos traicione, contestó, y supongo que caro le habia de costar al que lo hiciera.

— Caro ó barato, no se remediaría el mal.

Prefiero entónces quedarme en mi habitual reserva y no esponer á ningun mal una causa que no es mia sinó de la patria.

— Por lo ménos, insistió Fontes, mi hijo quiere conocer qué jefes más toman parte con sus cuerpos en la revolucion.

Esto es natural.

Él no lo exige, pero cree que seria bueno ponerse de acuerdo con todos ellos.

— Los jefes que toman parte, respondió Maza observando la atencion con que lo escuchaba su interlocutor, hasta en el menor movimiento, son, yo y nadie más que yo.

Ya he dicho que no quiero exponer más cabeza que la mia.

Ahora, el día que vaya á estallar la revolucion, cada afiliado conocerá todos los demas compañeros.

Con aquella pregunta, Maza se afirmó más en la desconfianza que tenía sin saber por qué.

— Es original, pensaba, pero yo tengo algo ahí, en el corazon, que me hace desconfiar de este hombre, hasta creerlo un traidor.

Y si esto, por desgracia, resulta cierto, la revolucion queda perdida por el momento.

Fontes tuvo que retirarse aquella noche, sin haber obtenido nada de lo que se proponia.

— Se desconfia de mí, pensó.

Es preciso entónces cambiar de táctica, porque ahora no tengo más remedio que cumplir con aquellos.

Es preciso entónces borrar la desconfianza que he inspirado.

Martinez Fontes salió de lo de Maza y, como la noche anterior, se deuvo en la esquina para observar si era seguido, pero como la noche anterior, nadie salió en su observacion. El péfido viejo dobló la calle Rivadavia para dar un rodeo, y tomando la calle de Chacabuco, se metió en la casa del coronel Corvalán.

Pero fué ménos afortunado que la noche anterior.

El edecan estaba de servicio en la casa del gobernador, segun se lo manifestó el asistente, añadiendo que iria á buscarlo.

El coronel Corvalán tenia un hijo estudiante, doctor hoy que, como toda la juventud de aquel tiempo, era implacable enemigo de la tiranía.

Aun en silencio, conspiraba como conspiraban todos los jóvenes.

Corvalán estaba ligado con Ramon Maza, á cuya conjuracion pertenecia.

Cuando Martinez Fontes entró á la casa, el joven Corvalán estaba estudiando en su pieza, que tenia dos ventanas cuadrando el patio, una de las cuales venia á quedar frente con el zaguán.

Al ver un tipo que entraba al zaguán precipitadamente y hablaba al asistente de su padre con cierta agitacion, quiso por lo ménos filiar el tipo, por si acaso era necesario estar sobre aviso.

Con este fin apagó su vela, y se puso á observar aquel tipo, cuya capa y catadura llamaron su atencion desde el primer momento.

Un momento despues vino el asistente á avisarle que la casa quedaba sola, pues él iba á llamar al coronel.

Este llamado tan urgente y fuera de horas, puso más en cuidado al jóven, que quedó en su punto de acecho, puesto que el tipo no se movió del patio, evitando siempre ser visto de la calle.

Poco despues llegaba el coronel Corvalán mostrando en su agitacion que habia andado de prisa.

En cuanto entró Corvalán, se metió con el viejo á su escritorio, cerrando la puerta con pasador, cosa que nunca habia sucedido con nadie.

—Aquí hay perro, pensó el jóven: observemos.

Este viejo tan mal entrazado se me ha clavado en el corazon.

El jóven Corvalán tenia mucho respeto por su padre y pudiendo hacerlo con facilidad, no quiso espiar lo que hablaban.

No tenia más que una sospecha infundada y esto no era suficiente para autorizarlo á violar los secretos de una conversacion tenida con su señor padre.

Decidió, pues, esperar y estar á la pesca de lo que la casualidad pudiera hacerle conocer.

El viejo traidor, entre tanto, muy mohino y compungido, decia al edecan de Rosas :

—Me parece que me han sentido.

Ese diablo de Maza es más desconfiado que un zorro y no ha querido comunicarme nada de nuevo.

—Usted no habrá andado con prudencia.

—Con toda la que me ha sido posible, pero antes de decirme quienes son los demas, quiere ver comprometido á mi hijo.

—Es preciso entónces comprometerlo.

Digales que él no vá por no hacerse notable pero que acepta el movimiento.

En fin, mi amigo, usted es demasiado vivo para saber cómo debe manejarse.

No olvide que usted está ya comprometido y que es preciso que averigüe algo mas, por lo menos el nombre de los cabe-cillas.

Martinez Fontes empezaba á arrepentirse de su accion, no por lo miserable de ella, ni por las consecuencias que podia tener, sinó porque tropezaba con dificultades que no sospechó al delatar la conspiracion.

—Mañana volveré á tantear al hombre, dijo, y volveré á informarlo del resultado.

El coronel Corvalán abrió la puerta y acompañó al traidor hasta el zaguan, sin sospecharse que su hijo estaba en el pátio.

Eran ya las dos de la mañana.

—Conque, dijo Corvalán despidiéndolo, haga lo posible por descubrir aunque solo sea los principales.

—No omitiré esfuerzo—hasta mañana.

—Hasta mañana.

El jóven Corvalán, que escuchó este último dialogo, no tuvo duda ya de que se trataba de una delacion.

—Tal vez sea contra Maza, pensó, y es preciso no perder tiempo en referirle lo que ha pasado.

Fué á su cuarto, tomó el sombrero, y salió de la casa con gran sigilo.

El asistente, que dormía en el zaguan lo vió pasar, y sonrió bondadosamente ante estas palabras del jóven:

—Que nadie sepa que he salido, Gregorio, que ando en unos amores de patente.

Despues te contaré lo que hay porque estoy apunado.

Causa de ese maldito viejo, que ha entretenido á mi padre, me estoy haciendo esperar hace ya una hora.

—Vaya no más tranquilo, mi general—dijo el leal soldado, y dió media vuelta sobre su colchon.

¿Cuál es el asistente que no mira como cosa suya á los hijos de su jefe?

El jóven Corvalán en dos minutos estuvo á la puerta de Maza, que encontró cerrada.

Pero llamó sigilosamente á la ventana de aquella salita donde hemos visto entrar dos veces á Fontes, y no tardaron en responderle.

Ramon Maza trabaja aún con su amigo Peña.

Cuando Corvalán se hizo conocer, el mismo Maza salió á abrirle, haciéndolo entrar rápidamente.

—Qué milagro á estas horas! preguntó—qué te sucede?

—Á mí nada, pero creo que á usted sí.

Vengo á imponerlo de una cosa que he visto esta noche, y que me parece le toca muy de cerca.

—Vamos á ver qué es ello.

Se trata de un hombre que ha permanecido más de dos horas encerrado con mi padre.

Yo no sé por qué, pero se me ha puesto que la visita de aquel hombre se relaciona con usted.

Al despedirse han dicho esto, y el jóven refirió al corto dialogo que habia oido; y yo me he decidido á venir, porque entonces mi sospecha se ha convertido en certeza.

—Y quién es el tipo? preguntó Maza algo alarmado.

—No lo sé, pues es la primer vez que lo veo.

—Qué señas tenia ese hombre, puede ser que por ellas lo saquemos.

El jóven Corvalán hizo una exacta descripcion del hombre que ya conocemos.

Por estas señas y por la capa, sobre todo, no podia ser otro que Martinez Fontes.

—; Y á qué hora fué á tu casa?

—Serian las once, ó tal vez las once y media.

Mi padre no habia venido, pero lo fueron á buscar.

—Martinez Fontes! exclamó Maza golpeándose la frente con desesperacion.

Esa es más ó menos la hora en que salió de aquí.

Bien dije yo que ese hombre nos iba á vender, pues su cara acusaba al traidor, desde el primer momento.

Felizmente nada se le ha dicho y solo sabe que yo encabezo la conspiracion.

Acabas de prestarme un servicio que me importa más que la vida, dijo Maza al jóven Corvalán estrechándole la mano.

Gracias con toda mi alma.

Ahora, si es posible avisarme cada vez que vuelva allí, lo agradeceré doblemente.

El noble jóven se retiró con las mismas precauciones que habia tomado.

—Miserable traidor! exclamó Maza cuando el jóven hubo salido.

Es preciso apresurar el golpe, para darlo antes que se nos echen encima.

Felizmente solo yo soy el comprometido, y está todo tan bien arreglado, que cualquiera puede ponerse á la cabeza del movimiento, en caso que me inutilicen.

Razon tenia yo para desconfiar de aquel viejo.

No sé por qué su mirada vacilante y movable siempre, me habia hecho precaver desde un principio contra aquel hombre.

Ah, miserable! ni con la cabeza paga el crimen que comete.

Maza comprendió que era preciso parar el golpe.

Y para pararlo no encontró otro remedio que precipitar el movimiento.

Aquella misma noche escribió una carta al general Lavalle, que le fué remitida al siguiente dia.

En ella Maza le prevenia que estaban descubiertos, y que en consecuencia no había tiempo que perder.

Para hacer la revolucion y triunfar, sobran aquí elementos.

Garanto que no se necesita un solo hombre más.

Es preciso que usted venga inmediatamente aunque solo sea acompañado de dos ó tres oficiales.

Venga cuanto antes, para ponerse al frente de la gran revolucion.

En cuanto usted llegue, yo doy el grito y me apodero de la ciudad; no tenga duda, general.

Venga, pues, ganando horas porque descubierto, si la revolucion no se anticipa, habré caído en poder del que hoy tanto me aborrece.

En cuanto el general Lavalle recibió la carta de Maza y se hubo impuesto de su contenido, la pasó al patriota don Valentin Alsina, que la leyó llorando de entusiasmo.

—Siempre sostuve yo que ese jóven seria una gran cosa, dijo.

Ya lo verán más adelante.

Aquella carta debia ser fatal para Maza—de peores consecuencias, aún, que la misma delacion de Martinez Fontes.

La esposa de don Valentin Alsina era una señora tan patriota como su marido, aunque más entusiasta, si es posible.

En cuanto don Valentin la impuso de la carta refiriéndole

su contenido, la señora doña María Antonia tomó su tapado y se fué á la casa de sus amigas unitarias.

En el acto les dijo que pronto caería Rosas, debido á la conjuración de Ramon Maza.

Y en seguida dió el detalle de lo que decia la carta, añadiendo que, en cuanto Lavalle pisara á Buenos Aires, la revolucion seria un hecho consumado y un triunfo seguro, dados los elementos con que contaba Maza.

Siendo Montevideo el foco de las tramas contra su gobierno pues hasta un Comité unitario habia, Rosas tenia allí dos ó tres espías de su mayor confianza, que lo imponian de cuanto sucedia.

Gente bien colocada, se metia en todas partes imponiéndose de cuanta conversacion podia relacionarse con la tirania.

De unitaria en unitaria, el contenido de la carta de Ramon Maza corrió con la celeridad del rayo.

Ya en Montevideo no era un misterio la caida de Rosas, debido á la conjuración Maza.

El general Lavalle preparó su expedición anunciando al patriota su próximo desembarque.

Los agentes de la tirania conocieron el texto de la carta, se metieron entre las filas unitarias que, radiantes de entusiasmo, se preparaban al combate, y obtuvieron cuanto dato les era necesario.

Al dia siguiente Rosas recibia una cópia de la carta de Maza y todos los detalles de la conjuración.

Ya no era posible esperar más.

Era preciso prender á Maza sobre tablas, puesto que el movimiento podia estallar de un momento á otro.

Se preparó entonces la trampa donde se le debia hacer caer.

Maza era un hombre precavido y sagaz—no era posible entonces que tuviese en su casa ó consigo papeles que lo comprometieran.

Era necesario ponérselos, y Juancito Rosas, el imbécil fué el encargado de esta maldad.

El grito Argentino era el diario que los unitarios publicaban en Montevideo, diario que se enviaba á Buenos Aires con gran profusion.

Un atado de estos diarios fué colocado á la puerta de la salita de Maza, durante la noche, por el mismo Juancito.

A la madrugada, cuando su asistente fué á llevarle el mate, vió el paquete y lo llevó á su jefe.

—Este paquetito, señor, estaba á la puerta del cuarto.

—*Gritos!* exclamo el astuto Maza—ya sé lo que es.

Y empezó á levantarse á prisa, pues era precisamente el dia que habia fijado para ponerse en campaña.

Mandó con el asistente un caballo á casa de Peña, y le ordenó que llevase el otro á Flores y lo esperara allí donde pensaba llegar á medio dia.

El asistente salió á cumplir la orden, y Maza, vestido ya, salió con el atado de *Gritos* bajo el brazo.

Quando estuvo en la calle notó que dos vigilantes y un sereno se ponían en su seguimiento.

—Es necesario despistar á estos, pensó, y la mejor manera de hacerlo es meterse al foco enemigo.

Tomó la calle de Chacabuco, que dobló á la altura de Potosí, y se metió á casa de doña María Josefa, la terrible doña María Josefa de sangrienta memoria.

Allí estuvo un largo rato hablando de las infamias que cometían los salvajes unitarios contra el paternal gobierno de Rosas.

—¿No tiene nada que encargarme? preguntó.

Yo me voy esta tarde á Flores, para regresar mañana temprano.

Doña María Josefa hizo algunos enargos y Maza se despidió.

Quando salió á la calle, observó con sumo cuidado en todas direcciones.

Los vigilantes que lo seguían no estaban ya allí.

O los había despistado ó habían ido á dar cuenta.

Tomó apresuradamente el camino de la casa de Peña, siempre con el atado de *Gritos* bajo el brazo.

—Todavía aquí? preguntó Peña — ah! Ramon! tú estás jugando con tu cabeza.

El joven refirió entónces el encuentro de los diarios y la vijilancia de que había sido objeto, por cuya causa tuvo que entrarse á lo de doña María Josefa.

— Pronto á caballo, le dijo Peña, no te quedes un minuto más aquí, porque un segundo más, tal vez puede costarte la vida.

— Me voy ahora mismo, repuso, pero antes tengo que ir á la Policía á llevar estos *Gritos*.

— No seas loco, te van á poner preso.

— Qué esperanza! no sabes lo bruto que es esta gente!

Con la entrega de los diarios, borro cualquier desconfianza que pueden tener, y me voy en el acto.

Peña hizo lo posible por disuadir á Maza, pero todo fué inútil.

El joven creía que con aquel paso iba á desconcertar todas las sospechas que contra él se abrigaban, las que no debían ser muy vehementes, cuando no habían tratado de prenderlo ya.

Maza se dirigió á la Policía y fué introducido á los altos, donde es hoy la Municipalidad, y donde se hallaba el Jefe de Policía, quien tenía instrucciones al respecto, pues ellos esperaban que Maza se presentaría á entregar los *Gritos*, como todo buen federal.

— Adelante, Ramoncito, le dijo el Gefe así que lo vió— qué novedad te trae por aquí?

Maza se sentó y espuso el objeto de su visita, entregando el paquete de diarios.

El Gefe de Policía había hecho ya una señal convenida, cuando entró Maza, y dos empleados habían venido poco despues.

— Siento mucho decírtelo, Ramoncito, exclamó el Gefe, pero tengo que cumplir una orden contra tí.

—Y esa orden, preguntó Maza, arrepentido ya de su visita, la puedo conocer?

—En el acto, puesto que hay que cumplirla.

A ver, añadió, que entre ese.

En el acto se presentó un herrero, que sin duda esperaba en la pieza de al lado, armado de una enorme barra de grillos y acompañado de cuatro vigilantes.

No habia resistencia posible, y así lo comprendió Maza, con su fatal destino.

Media hora despues se hallaba en el calabozo de la cárcel.

—No se ha tocado la campaña Sur? preguntó Rosas con visible temor cuando se le llevó esa noticia.

—No debe haberse tocado porque lo sabria yo, respondió Corvalán refiriéndose á los informes de Fontes.

—Ah! mis leales del Sur me habrian avisado! exclamó.

Allí es donde está el verdadero partido, los hombres que me quieren y que me son adictos hasta el mayor sacrificio.

Si hubieran hecho trabajos por allí, no seria usted indudablemente quien me diera el primer aviso!

Y el doctor Maza, qué parte tiene en el movimiento?

¿Cuál es la razon que alega para querer hacerme caer del poder y entregarme inerme á la saña feroz de los salvajes unitarios?

—El doctor Maza, replicó Corvalán, refiriéndose siempre á la delacion de Martinez Fontes, ignora todo lo que ha hecho y lo que proyecta Ramon.

Este ha tenido miedo de la lealdad de su padre y se lo ha ocultado todo.

—Imposible es que el hijo esté mezclado en un crimen semejante sin que lo sepa el padre.

Ah! viboras! no llegareis á morderme el corazon.

—Puedo asegurar á V. E. que el doctor Maza está completamente ageno á esta traicion.

Ramon ha sabido ocultárselo todo.

Yo he venido aquí á poner en conocimiento del gobierno, me dijo Martinez Fontes, el crimen que se trata de ejecutar, sin la idea de salvar uno solo de los cómplices.

Ellos son reos de un crimen horroroso; pues que reciban el castigo que han merecido!

—Está bien, dijo Rosas.

Tenga usted entendido que seré inexorable si me engañan.

Fué desde entónces que Rosas se enfureció de una manera terrible.

Dió de patadas á sus escribientes de secretaría, que tenia ocupados en ese momento, y desmayó de un puñetazo al padre Viguá, que al verlo furioso, habia venido á hacerle una bufonada.

El tirano recorria á grandes pasos la habitacion, despidiendo fuego por aquellos ojos celestes, que en ese momento daban á su hermosa fisionomía una expresion de fiera hambrienta.

—Los Maza! exclamaba arrojando su gorra de pastel.

Los Maza! que me lo deben todo y en cuya lealtad cometia la estupidez de creer!

Ah! pero el castigo va á ser tal, que no creo que nadie se atreva á conspirar en adelante.

Entre tanto, la prision de Ramon Maza habia levantado una verdadera tormenta.

Los federales no sabian qué pensar y comentaban el suceso sin poderse lo explicar, mientras los cómplices del movimiento buscaban su salvacion saliendo á la campaña para buscar la incorporacion de los conjurados alli, los unos, y embarcándose los que podian hacerlo.

Era seguro para ellos que, desde que Maza estaba preso, era porque todo estaba descubierto, siendo lógico suponer que ellos no tardarian en serlo; pues Rosas debia estar al corriente de todo el plan.

Era preciso entonces ganar tiempo para salvar la cabeza.

Si el tirano no se hubiera dejado enseguecer por la ira, probablemente ninguno de ellos escapa.

Pero mientras él meditaba su venganza, les dió más tiempo del necesario para ponerse en salvo.

Pasados los primeros momentos de ira, Rosas envió á buscar al padre de Maza, para ponerlo al corriente de lo que sucedia y tratar de sorprender en su cara el secreto de si era ó no ajeno á la conspiracion.

El doctor Maza acudió instantáneamente, como acostumbraba, sin tener la idea más remota de lo que sucedia.

Cuando Rosas se lo hubo revelado todo, Maza se puso de pié y protestó con toda energía.

—Conozco á mi hijo, señor, y se que no es capaz de semejante crimen.

Esta es una calumnia como otras muchas por el estilo, y me duele que se tome á Ramon como victima, para inventar una tentativa de asesinato.

—Desgraciadamente todo es cierto, replicó Rosas de una manera terrible.

Tengo en mi mano pruebas irrecusables ante las que he tenido que convencerme á mi pesar, porque yo ni podia ni queria creer lo que me decian.

—Si mi hijo es culpable, yo no intercederé por él, pero espero que no se procederá sinó con mucha calma y sin atropello.

Aunque á mí me lo juren por lo más sagrado, declaro que no creo en la culpabilidad de mi hijo.

—Tambien si ella no fuera cierta, hubiera hecho con los delatores un escarmiento terrible.

Pero desgraciadamente es cierta y voy á tener que proceder con igual energía, si no quiero que mañana se limpien en mí las manos los salvajes unitarios.

Maza se retiró completamente desconcertado, y temiendo una terrible desgracia.

Conocia á fondo á Rosas y sabia que nunca volvia atrás en sus resoluciones.

— Si tiene la idea de matarlo, lo matará no más, sea ó no culpable.

Y los Reynafé de quienes él mismo había sido Juez, acudieron á su memoria haciéndolo estremecer de piés á cabeza.

Tal vez aquello no era más que un castigo del cielo.

Si Rosas había sacrificado ya á otros para fraguar un asesinato y encontrar pretexto para matar enemigos políticos, quién le impediría ahora hacer lo mismo?

En una situación del espíritu terrible, el doctor Maza se dirigió á la Cámara de que era Presidente y desde allí le escribió una carta, pidiéndole hablar con Ramon.

Pero aquello era enteramente imposible.

Para evitar peticiones y empeños enojosos y para aterrar bien pronto y eficazmente á los que estuvieran metidos en la revolucion, Rosas había mandado orden á la Policia para que, sin pérdida de tiempo fuera pasado por las armas el pérfido traidor y asesino Ramon Maza.

La noticia oficial del descubrimiento de la conjuracion y el fusilamiento del cabecilla Maza, cayó como una bomba en la poblacion.

Por el número de personas que habían fugado, se veía que aquello no era una farsa como las anteriores.

Los federales se asustaron, temiendo que Rosas, por pura desconfianza, hiciera alguna atrocidad con los que creyera complicados.

Los unitarios sintieron el golpe en el corazon.

La revolucion más completa y de más positivos resultados, venía á fracasar por completo con la muerte de su jóven jefe.

Los jefes comprometidos se echarian atrás, aterrizados, y la revolucion quedaria concretada á la campaña y obligada á batirse con las fuerzas de Rosas.

Con la ayuda del general Lavalle, que se movia ya del estado Oriental, podia esperarse mucho.

Pero estaba de Dios que la suerte de las armas protegiera al tirano, por la clase de caudillos que mandaban sus divisiones por alguno que otro error cometido por el noble Juan Lavalle.

Los amigos de la ciudad habían enviado chasques para prevenir á don Marcelino Martinez y á don Matias Ramos Mejia de la gran desgracia sucedida.

— Es necesario abandonar la empresa por ahora, les decian, hasta que se combine algo seguro.

Rosas debe tener todos los datos del movimiento y ustedes van á ser perseguidos y degollados donde los tomen.

Y como único medio de salvacion, les aconsejaban embarcarse inmediatamente por el Tuyú ó sus inmediaciones y emigrar hasta mejores tiempos.

Aquellos hombres, lejos de intimidarse con las noticias que les daban, sintieron, por el contrario, más brío y decision que nunca.

El Sur entero nos pertenece, dijeron, y la ciudad se levantará con nosotros en cuanto se aproxime el General Lavalle.

Así, el fusilamiento de Maza, lejos del aplazar la revolución del Sur, precipitó su poderoso estallido.

Aquellos patriotas se lanzaron á la labor con más pasión que nunca.

El Coronel don Matias Ramos Mejia y don Marcelino Martínez, nervios vitales de todos los trabajos, se multiplicaron.

Ellos vieron á don Pedro Castelli, ellos trabajaron á Rico y en fin pudieron ver realizada la gran obra, bajo el comando de Pedro Castelli.

Rosas recibía continuos avisos de lo que pasaba en el Sur, pero ó no quería ó no se atrevía á creerlo.

Conocía que los Ramos Mejia, viejos patriotas, harían lo posible por levantar un ejército.

Conocía la actividad eléctrica de don Marcelino Martínez.

No dudaba que Castelli y Rico podían hacerle un mal enorme.

Pero se resistía á creer que el paisanaje del Sur viniera en su contra.

Allí se había criado, como saben nuestros lectores allí había hecho todas sus proezas, y allí había dejado un recuerdo de cariño que el gaucho no podía olvidar.

Es que el tirano olvidaba que, después de subir al gobierno por segunda vez solo había acordado de esquilmar al gaucho en el servicio de las fronteras y en el numeroso ejército que tenía sobre las armas.

Olvidaba que el paisano había sido abandonado á la arbitrariedad del Juez de Paz y al sable del comandante militar y que no podía abrigar para su gobierno sino un odio profundo.

Todavía hablaba de sus leales del Sur, creyendo que eran los tiempos del año 20 y 28, en que sus colorados eran el orgullo de aquellos paisanos nobles y sencillos.

Pero los tiempos habían cambiado completamente.

El corazón noble de aquellos paisanos que habían dado en otro tiempo toda su sangre por Rosas, se había estremecido ante la palabra viril y patriótica de Castelli y sus compañeros.

Habían comprendido lo tremendo de aquella tiranía monstruosa, y al grito de ¡viva la patria! se habían agrupado al rededor de sus patrones, jurando morir por la de la libertad.

En la cocina de todas aquellas grandes estancias se reunían las peonadas á la noche, y el patron les leía los diarios que se habían recibido de Montevideo, donde se narraban todas las iniquidades cometidas en Buenos Aires por la mazorca.

Y los paisanos se conmovían hasta las lágrimas, y juraban no desmayar en la penosa empresa.

Toda la campaña Sur fué levantada así en masa por aquella santa y bien dirigida propaganda.

Esto era lo que Rosas no podía creer por más que trataran de demostrárselo de una manera indudable.

En el pueblo de Dolores, sobre todo, era donde más entusiasmo había levantado la cruzada libertadora.

Allí la propaganda se hacía en alta voz y el paisanaje se reunía en las pulperías, donde sin temor alguno hablaban de la revolución y de los crímenes cometidos por la mazorca.

El Juez de Paz del partido veía todo esto y callaba, con gran escándalo de los pocos rosistas que aún quedaban y que lo eran porque, caído Rosas, concluirían los robos de hacienda y otros negocios que estaban haciendo descaradamente.

Fueron estos los que mandaron prevenir al Gobierno, de lo que sucedía en Dolores, y advirtiéndole que era preciso acudir prontamente en sostén de la federación, porque la revolución del Sur era un hecho incuestionable, siendo el pueblo de Dolores su cuartel general, puesto que hasta el Juez de Paz estaba mezclado en ella y traicionaba al gobierno.

Fué en vista de estas denuncias que Rosas se decidió á proceder de una manera enérgica, aunque sin salirse de su sistema del terror, que creía era el que mejores resultados daba.

El Juez de Paz de Dolores, don Manuel Sanches recibió cuando menos lo esperaba una nota que lo hizo temblar de piés á cabeza.

El Coronel Corvalán, invocando el nombre del Restaurador, y hablando por *comision*, le prevenía que el gobierno tenía conocimiento de que en Dolores se conspiraba contra el ilustre Restaurador, hasta el extremo de arrojar contra su persona pasquines injuriosos.

«El gobernador ordena á usted decía Canota, que proceda en el acto á remitir á esta cárcel, los cuatro vecinos más conocidos como salvajes unitarios, bajo segura custodia.

«Dado el caso de que se resistan ó dén trabajo, los hará fusilar usted dando cuenta inmediatamente»

Asustado el Juez de Paz, mandó llamar á los cabecillas de todo aquello, para consultar lo que debía hacer.

Estos conferenciaron largamente mandando llamar á Rico y á Castell, por que la situación era apurada.

Como lo principal era ganar tiempo, se decidió que el Juez de Paz diera una respuesta que hiciese necesaria una orden nueva.

— Creo, decía en su nota al coronel Corvalán, que de allí sería mejor nombraran los cuatro individuos que debía remitir, porque en Dolores no había salvajes unitarios ni gente que conspirara.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

El gobierno mandaba prevenir al Juez de Paz diera cumplimiento en el acto á lo ordenado en la nota anterior.

Y agregaba que, cada vez que apareciese un nuevo pasquin, remitiese otros cuatro hasta concluir con las inmundas sabandijas de salvajes.

Esta orden era más peluda para el Juez de Paz que se plegó de hecho á la revolución, aunque disimuladamente por el momento.

La respuesta de Rico no se hizo esperar mucho.

— Es necesario, decía, que si el Juez de Paz no tiene sufi-

ciente carácter para resistir la órden de Rosas, ustedes se opongan, aún á riesgo de comprometer una lucha, á que salga de Dolores una sola victima.

Yo estaré allí pronto, pues salgo con buenos caballos y no pararé un minuto.

Rico llegó á Dolores al dia siguiente de estos sucesos y cuando ya el comandante habia encapillado cuatro de los más respetables vecinos para mandarlos á Buenos Aires, pues segun parece habia recibido una órden igual á la que se le mandó al Juez de Paz.

En cuanto llegó Rico, la poblacion adquirió un aspecto que jamás habia tenido.

Dos tambores recorrieron el pueblo tocando generala y media-hora despues se reunia en la plaza un crecido número de paisanos y puebleros armados como mejor habian podido.

Fué entonces que Rico penetró á la plaza y les echó su histórica proclama cuyo texto era más ó ménos el siguiente:

« Compañeros:

« Estamos aquí reunidos, un nuevo Comandante Militar y un nuevo Juez de Paz que apoyan el levantamiento de la campaña Sur contra Juan Manuel Rosas que nos afronta y provoca con sus crímenes de todos modos

« Para qué queremos, paisanos, un gobierno absoluto que nos pegará mañana cuatro tiros, porque así se le ocurra?

« Este pueblo heróico, cansado de humillaciones y amenazado en su vida y la de sus hijos, se pone hoy en armas.

« Juremos todos no dejarlas hasta no haber dado en tierra con el amo y el último de sus esclavos.

« Patriotas del Sur!

« ¡Viva la libertad!

« ¡Abajo el tirano de Rosas! »

Los vivos más entusiastas atronaron los aires.

De allí se desprendió una comision que fué á lo del comisario, de donde se sacaron 70 lanzas, únicas que habia, para armar á los que no tenian más que su cuchillo y sus boleadoras.

Otra comision, compuesta de don Severo Pizarro y cuatro ciudadanos, fué al Juzgado de Paz, de donde sacó el retrato de Rosas, que fué traído al centro de la plaza.

Era este un magnifico retrato al óleo, de más de un par de varas de alto, representando al Restaurador de gran uniforme.

Aquel retrato fué conducido hasta donde estaba Rico, en medio de tremendas maldiciones y gritos de indignacion.

— Ya que por el momento no podemos destruir aquella fiera maldecida, exclamó Rico, destruyamos por lo ménos su retrato, mientras llega el dia de hacer lo mismo con él.

Y arrojando al suelo el lujoso cuadro, lo despedazó entre las espuelas de sus botas.

Esta fué la señal de la batalla.

Todos se lanzaron sobre el lienzo; cubriéndolo de golpes, cortándolo con el cuchillo é insultando el retrato de todos modos.

Media hora despues, el pedazo más grande que quedaba del retrato, no alcanzaba al tamaño de un papel de cigarrillo.

Concluida aquella operacion, y á iniciativa de Rico, cada cual se arrancó el luto que llevaba por el fallecimiento de don Leon Ortiz de Rosas, padre del tirano, luto público que Rosas habia impuesto á los habitantes de la Provincia, y la divisa federal.

Estas prendas federales fueron pateadas y rotas en pequeños pedazos que fueron arrojados en todas direcciones.

Igual cosa se hizo con todo lo colorado que habia en el pueblo, color que se veia en todas partes, pero más abundantemente en todo lo público.

La fiebre de destruir todo lo colorado llegó al extremo de que hubo paisano que se quedó en cueros por destruir su chiripá colorado.

Era necesario embanderar al pueblo, pero no habia en todo él un solo pedazo de género celeste.

Ya saben nuestros lectores que este color, como el verde, era perseguido á muerte.

Pero bien pronto las damas patriotas se encargaron de subsanar la falta, tiñendo el bramañte con azul de la ropa y fabricando así banderas de la patria de un celeste clarísimo.

Con ellas amaneció la ciudad al día siguiente alegremente embanderada.

El pueblo procedió á nombrar Juez de Paz á don Tiburcio Leus, y comandante general de sus milicias al mismo Rico.

Este salió inmediatamente fuera del pueblo, acompañado de los Civicos al mando del capitán Ortiz, y algunas tropas improvisadas.

Rico fijó su cuartel general por las inmediaciones del cementerio, en un gran descampado que podia servir como campo de maniobras y de instruccion á sus tropas bisoñas.

Desde allí se puso en comunicacion con Castelli, los Ramos Mejía, Martínez y demás autores de aquella revolucion tan grandiosa y tan desgraciada desde antes de su estallido.

Vengamos al efecto que este inesperado movimiento produjo en la ciudad, entregada todavia á festejar el nuevo asesinato á que milagrosamente habia escapado el ilustre Restaurador de las leyes.

OJO POR OJO

Nuca la federacion habia hecho fiestas más solemnes que las que se celebraron con motivo de aquel acontecimiento.

Por decreto del mismo Rosas se habia mandado colocar luminarias en todas las casas, decreto que todo el mundo se apresuró á cumplir, porque en ello le iba la cabeza.

No habia casa federal de *copete*, que no hubiera dado un gran baile en celebracion de haberse descubierto el plan inicuo.

El cuerpo diplomático se había apresurado á concurrir, como siempre, á casa del ilustre bandido, á darle tambien su más cumplida y espresiva felicitacion.

La ilustre mazorca habia tenido diez dias de orgia perpétua y de beberaje, de donde salió á cometer todo género de crímenes y atentados, que consternaron á la poblacion nacional y extranjera, pues el extranjero clasificado de salvaje unitario, era tratado con todo el rigor de la *resbalosa*.

Las prisiones de ciudadanos, se efectuaban á cada momento, al extremo de que ya los presos no cabian materialmente en los cuarteles, cárcel, Policía y Cuna, que fué habilitada como prision.

Estos ciudadanos eran condenados á rescatar su libertad por medio de personeros; desde uno, hasta el número que queria imponérsele, segun al más ó menos color unitario con que se le habia clasificado.

Hubo ciudadano que tuvo que aflojar cuarenta personeros y darse por muy bien servido con salir en libertad con su pescezo intacto.

En esta volteada cayeron tambien el señor Mones Ruiz y su hijo Mamerto, asesinado más tarde el primero, de cuyo crimen nos ocuparemos con más detencion á su debido tiempo.

Este fué uno de los tantos medios de que se valió Rosas para remontar su ejército á la exajerada cifra que llegó á tener.

La casa de la tremenda doña Maria Josefa, era un baile y bochinche perpétuo, en festejo tambien de la escapada de su cuñado.

Mientras el *blood life* concurría á los salones á rendir pleno homenaje á aquel demonio, para tenerlo á su favor, la chusma mazorquera, en union del regimiento de negrillas y mulatas que formaban la policia secreta de la arpia, destripaba en los pá-tios, alegremente y con federal regocijo, los barriles de vino y frascos de ginebra llevados exprefeso.

El cadáver del desgraciado Ramon Maza habia sido paseado por las calles, en medio de los más groseros insultos de la chusma, y lleno de trapos y cintas celestes, en señal de la más horrible degradacion.

Sus orejas fueron cortadas y saladas por Badia, segun se dijo, y remitidas por Cuitiño al ilustre Restaurador para que las exhibiera en sus salones como muda prevencion á todos los traidores.

Toda la federacion estaba de fiesta, menos el más malvado de todos los federales de alto copete.

El doctor Manuel Vicente Maza que estaba ocupado, segun decia, en llorar la muerte de su hijo desgraciado, en cuya culpabilidad no creía aún.

Habia pedido permiso para hablarlo, y no solo no se le habia contestado, sinó que lo habia hecho fusilar Rosas, sin permitirle recoger su última palabra.

Y como si esto nó bastara, se mandaba exhibir su cadáver como simbolo de vergüenza, entre las injurias de la plebe.

Ah! la maldicion de los Reynafé empezaba á cumplirse de una manera terrible.

— Quién sabe, pensaba, si á pesar de mi posicion y mi lealtad tengo la cabeza segura sobre los hombros!

Y como cualquier hijo de vecino, habia tenido que poner luminarias en su casa, para no provocar la cólera del tirano.

Fué en medio de estas fiestas y regocijos que recibió Rosas la noticia de los terribles sucesos de Dolores.

Un violento golpe de ira fué la primera manifestacion de aquel hombre soberbio.

Inmediatamente se apoderó de él un gran pánico que trató de ocultar todo lo que fué posible.

Ya no podia dudar que sus leales del Sur, se le habian dado vuelta, porque una insurreccion como aquella en el pueblo de Dolores, tenia forzosamente que responder á un movimiento general en la campaña.

Rosas se aterró más por la clase de personas que encabezaban aquel movimiento, y en su pánico no atinó más que á tomar medidas de terror en la ciudad.

Fué el doctor Maza, presidente de la Sala de Representantes, la primera víctima que señaló su dedo fatídico al puñal de la mazorca que cruzaba las calles, ébria de sangre y de vino.

El doctor Maza habia concluido por ser un verdadero estorbo para el tirano.

Aquel hombre, dueño, del secreto del asesinato de los Reynafé, era un testigo importuno que lo mortificaba y una amenaza para su vida, si la suerte llegaba á darle la espalda.

Maza debia tener en su poder una carta que con aquel motivo le habia escrito y se hacia ahora más que nunca necesaria la supresion de persona tan peligrosa.

Qué oportunidad mejor que la que le ofrecian los acontecimientos?

Fusilado el hijo por traidor, quién dudaria que el padre estaba afiliado al movimiento revolucionario?

Era necesario no dejar escapar la coyuntura.

Rosas decidió entónces suprimirlo, mientras preparaba sus elementos para contrarestar el movimiento del Sur, vencer la revolucion.

Maza, por su parte, comprendió que todo su prestigio habia concluido, desde el fusilamiento de su hijo y paseo de su cadáver por las calles de la ciudad.

Rosas lo suprimiria en el primer momento oportuno, como habia suprimido á su hijo.

El doctor Maza, sin atreverse á afrontar la situacion se resignó á su suerte, aceptándola como una expiacion á sus muchos delitos.

La sombra de los Reynafé, lo perseguia sin dejarle un momento de reposo.

En vez de abordar á Rosas, convencerlo de su lealtad y de que aún le era necesario, Maza se retiró y se asiló en su casa ó la Sala de Representantes, que habia sido el primero en ul-

trajar, prestando su palabra y su voto á cuanta infamia quiso Rosas convertir en ley.

Uno de aquellos dias en que el desborde de la mazorca habia subido de punto, pudo comprender Maza que su suerte estaba echada y que no tardaria mucho en caer bajo un puñal despiadado.

Salia de su casa, cuando halló al paso un grupo de mazorqueros capitaneado por el pulpero Salvador Moreno, á quien hemos hecho conocer ya de nuestros lectores.

Moreno, como todos los miembros de la mazorca, conocia perfectamente al doctor Maza y lo respetaba por la espectable posicion que ocupaba y por saberlo el primer consejer del gobernador.

Siempre que se habia encontrado en situacion análoga, la mazorca se habia apresurado á darle la vereda, saludándolo con el respeto debido.

Aquel dia no sucedió lo mismo.

Al ver á Maza, la mazorca prorumpió en gritos terribles de ¡mueran los salvajes unitarios! y Salvador Moreno le quitó la vereda al mismo tiempo que le gritaba al oido:

¡Mueran los traidores asesinos!

¡Mueran los vendidos á los salvajes unitarios!

¿Qué más esperaba Maza para comprender que estaba perdido?

Temió ser asesinado allí mismo y bajando la cabeza y disimulando el miedo que lo dominaba, siguió su camino adelante en direccion á la sala de Representantes.

Allí estaba trabajando el oficial mayor de la Cámara, don Domingo Cabello.

Maza le refirió lo que acababa de sucederle, añadiendo que tenia sérios temores de ser asesinado, tal vez aquel dia mismo.

El oficial Cabello, trató de calmarlo con mil reflexiones atendibles.

—Tenga usted presente, le observaba que la mazorca ha llegado ya al colmo del desborde y la insolencia.

Esos hombres irian borrachos y no lo han conocido.

Por eso le han faltado al respeto y han proferido á su lado gritos de muerte.

Si se tratara de asesinarlo, ya lo hubieran hecho, pues no es seguramente Salvador Moreno quien se detiene un momento para cumplir tales encargos.

—Estos son los primeros truenos de la tormenta, contestó Maza.

Si no se trata de matarme, ni Salvador Moreno ni ninguno de los bandidos que capitanean la mazorca se habria atrevido á un atentado semejante.

Me han tratado como á cualquier salvaje unitario, porque se me ha querido significar que estoy fuera de la ley federal.

Ahora mismo voy á escribir mi renuncia de Presidente y miembro de esta sala y en seguida haré lo posible por ponerme fuera de tiro, si es que aún es tiempo.

Y tomando papel y la pluma con que trabajaba Cabello, se puso á escribir su renuncia, con mano temblorosa.

Maza no se habia equivocado al pensar que la mazorcada de aquel dia era precursora de su muerte.

Rosas lo habia mostrado á sus asesinos favoritos y un grupo de estos, capitaneados por el célebre y feroz Gaetan, acechaba sus pasos desde por la mañana, para asesinarlo en cumplimiento de la orden recibida.

Gaetan lo vió entrar á la Sala y se enboscó en la esquina, donde estuvo despues la confiteria del Gallo.

Segun las instrucciones recibidas, debian esperar la noche para que el asesinato fuese menos visible, y pudiese pasar como una venganza personal, ó un nuevo atentado de los salvajes unitarios.

Pero el tal Gaetan era hombre de poca paciencia y creia que con dar muerte á Maza habia cumplido su comision.

Si Maza estaba solo en la Cámara, le daba muerte sin que nadie lo viera, como se le habia encargado, y si habia alguien con él, con dar muerte á ese alguien, se suprimian testigos importunos.

Gaetan entró con su grupo á la Sala de Representantes, con el mayor sigilo.

Maza y Cabello estaban en la oficina de la derecha—el primero dando la espalda á la puerta y el segundo engolfado en los más fúnebres pensamientos.

En aquel momento el doctor Maza soltaba la pluma y leia á Cabello la renuncia que acababa de escribir.

Como si el asesino Gaetan hubiera querido dejar concluir la lectura, apenas Maza leyó la frase «Dios guarde á usted muchos años, etc.», el asesino se acercó con cautela, le echó hácia atrás la cabeza con la mano izquierda, y con la derecha le sepultó en el pecho hasta la S., su larga daga.

Maza se echó más atrás aún, y mirando á la cara de Gaetan, le dijo :

—Basta—creo que este golpe es todo lo que se necesita: no me atormenten más.

Pero Gaetan le arrancó la daga de la herida, por donde brotó un largo chorro de sangre y la clavó más á la izquierda, buscando el corazon.

Cabello habia quedado atónito en el primer momento sin saber qué partido tomar.

Cuando vió que la tarea con Maza iba á terminar, comprendió que con él harian lo mismo y fué entónces que trató de salvarse.

Amargo y apurado trance!

Al ver Gaetan que Cabello fugaba, abandonó á Maza á medio degollar y corrió á detenerlo.

Pero el miedo y la conciencia del peligro habian dado á éste alas, y corria con un ligereza asombrosa.

Cabello, en su afan de salvar la vida, logró saltar la pared, cuando ya sentia á la espalda la daga de Gaetan.

—No tardarás en caer en mis manos! gritó el asesino—que te aprovechen las horas que te quedan de vida.

Pero Cabello no escuchaba nada.

Aterrado con el asesinato de Maza, pasaba de casa en casa, saltando las paredes, hasta que salió á la calle.

Allí disimuló un poco la prisa que llevaba, y se dirigió á la barraca Bosch, de quien era amigo, donde se escondió refiriendo lo que acababa de ver.

Maza, entre tanto, era degollado y apuñaleado de una manera brutal.

Su cabeza, entregada á las furias de la mazorca, fué arras-trada aquella noche como una de tantas otras, sin que los mismos que con ella jugaban supiesen á quien pertenecía.

Cabello seguía escondido en la barraca de Bosch mientras sus amigos averiguaban qué especie de órdenes ó disposiciones se habian dictado contra él.

En realidad, el gobierno no habia mandado adoptar ninguna medida contra el oficial de la Cámara, pues hasta ignoraba que hubiera presenciado la muerte de Maza.

El único verdaderamente empeñado en suprimirlo era Gaetan, porque le habia visto cometer el crimen y quería librarse de un testigo terrible.

Ya no podria decirse que el crimen habia sido cometido por los salvajes unitarios, puesto que el asesino habia sido visto cometiéndolo.

Los amigos de Cabello, viendo que nada se decia contra este, le aconsejaron saliera y se mostrara para evitar asi cualquier sospecha peligrosa.

—Si te escondes, le dijeron, pueden creerte reo de algun delito y hacerte perseguir entónces.

El gobierno está hoy desconfiando de todo el mundo, y procediendo de una manera terrible, como te lo prueba la muerte del doctor Maza.

Conque á la calle entónces y guárdate de Gaetan, que es el único que puede tener interés en suprimirte por la cuenta que le tiene.

Cabello aceptó el consejo y aquel mismo dia se presentó en la Sala, asegurando que habia estado tan enfermo que tuvo que faltar aquellos tres dias.

Como nadie sospechaba nada de él su disculpa pasó como la cosa más natural de este mundo.

Preocupados todos además con la muerte trágica del doctor Maza, poca atencion podian prestar á las faltas del oficial Cabello.

Solo Gaetan espiaba sus pasos, pues necesitaba deshacerse de él á toda costa.

A los pocos dias de andar en la calle, hallóse con Gaetan á inmediaciones del mercado, pero huyó el bulto y se volvió á la Cámara, en momentos que este se le venia encima.

El asesino estaba ya sobre la pista y no habia que descuidarse.

Pocas noches despues, Cabello salia de su casa en direccion á la Sala.

Desde el asesinato de Maza no salia nunca despues de oscurecer, pero aquella noche habia trabajo extraordinario y era imposible faltar.

Apenas habia llegado á la esquina de la Patria, que así llamaban á la de Tacuári y Belgrano, cuando fué detenido por cuatro emponchados, entre los que reconoció, sin gran trabajo, á Gaetan, asesino de Maza.

Cabello se consideró perdido.

A aquellas horas y en poder de semejante gente, no era difícil suponer lo que debia sucederle.

Los cuatro emponchados lo empujaron por la calle de Belgrano, en direccion á la plaza de Monserrat, direccion terrible pues allí estaba el callejón del Pecado, que aun existe, teatro de las más sombrías iniquidades.

Cabello se resistió, comprendiendo que lo llevaban á degollar.

No llevaba arma ninguna, y aun que las hubiera llevado poco podia haber hecho contra cuatro bandidos semejantes.

No encontrando otra salvacion por el momento, se desprendió de las manos de Gaetan, que lo sujetaba fuertemente, y se metió en la esquina de la Patria, creyendo encontrar algun refugio, como federal y oficial de la Sala de Representantes.

La esquina de la Patria estaba llena de emponchados, que bebian alegremente, preparándose sin duda á las mazorcadas de aquella noche.

Uno de ellos, que vió que Cabello entraba huyendo de Gaetan y sus tres compañeros, lo detuvo fuertemente diciéndole:

—Parece que el salvaje anda con miedo.

Venga no más que por más que le hagan no ha de ser tanto como merece.

Yo no soy salvaje, gritó Cabello tratando de desprenderse de aquel hombre.

Soy un federal bastante conocido, por lo cual se me ha dado el empleo, hace años, de oficial de la Sala de Representantes.

—Lindo pasaporte! exclamó Gaetan, cuando el mismo Presidente de la tal Sala se habia metido á salvaje unitario!

Si así era el Presidente, cómo serán los oficiales!

Una estrepitosa carcajada acogió aquella federal salida.

Cabello estaba perdido, pues el mismo título que él invocaba como una salvacion, se convertia en un motivo de desprestigio.

—Qué tome la copa y marche! gritó el que lo habia detenido, alargándole su vaso de caña.

¿A dónde lo llevas, Gaetan?

—A la calle del Pecado! respondió el bandido sonriendo de una manera feroz.

Aquello no significaba otra cosa que: *á degollarlo.*

—Entonces que tome la copa y marche, agregó el bandido, metiéndole en la boca el borde del vaso y haciéndole tragar por fuerza una buena parte del contenido.

Bien vale la pena de echar un trago cuando uno va á divertirse.

Todos los presentes, que estaban en el secreto de lo queria decir llevar á un hombre á la calle del Pecado, soltaron una estruendosa carcajada.

—Qué beba! qué beba! gritaron todos, para que pueda divertirse más y esté más alegre.

—Conque amigo, marchando! exclamó Gaetan, y le dió un empellon que lo hizo salir á la calle

Los tres emponchados lo rodearon al momento haciéndole seguir para la plaza de Monserrat.

—Memorias á Maza! gritaron los concurrentes, despidiendo á Cabello.

Este, aturdido con lo terrible de su situacion, caminó unos pasos como una máquina.

Vuelto en si y convencido del peligro que corria, intentó resistirse nuevamente.

Pero entonces Gaetan sacó su cuchillo y pinchando con él á Cabello, le intimó que siguiera.

—No se te va á hacer nada, le dijo, sino una simple prevencion referente al negocio que sabes.

Pero si te resistes, si te pones á dar gritos, te corto el gañote aquí mismo.

Ya sabes de lo que yo soy capaz y que no admito resistencias en lo que quiero hacer.

Cabello comprendió que querian degollarlo en un paraje más escusado y decidió defenderse allí, pues tal vez á sus gritos, si querian matarlo, acudiese algun socorro.

Pero en aquel momento supremo acudió á su memoria un recuerdo salvador.

Para llegar á la plaza de Monserrat, por la acera que caminaban, tenian que pasar forzosamente por el Juzgado de Paz, del que solo distaban media cuadra.

El Juez de Paz, Casal, era íntimo amigo de Cabello, á quien apreciaba y tenia gran cariño.

Además Casal sabia que él no se metia en política, ni tenia con los unitarios ningun género de afinidades.

Con tales antecedentes, era indudable que Casal lo salvaria.

Solo le quedaba la duda de que estuviera en el Juzgado.

—Está, bien, dijo entónces á Gaetan, aparentando la mayor conformidad.

Ya que no es para hacerme mal, vamos á donde ustedes gusten.

Y siguió tranquilamente el camino que le indicaban.

¡Cómo latiria de ansiedad el corazon de aquel pobre mozo, cuya vida pendia de la casualidad de hallarse ó no el Juez de Paz en su despacho!

Viendo los asesinos que caminaba voluntariamente, lo dejaron ir adelante, tomándole Gaetan, por exceso de precaucion, el lado de la calle.

No podian imaginarse que en casa de la autoridad encon-

trara refugio una víctima acusada de unitaria y perseguida por él, Gaetan, conocido como mazorquero federal á toda prueba, Por esto es que solo trató de ganarle el lado de la calle, temiendo que intentara fugar y produjese escándalo.

Porque al fin y al cabo aquella muerte la hacia por su cuenta y solo para ocultar al gobernador que fué visto cuando asesinó á Maza.

La situacion de Cabello era lo más desesperante.

Si Casal estaba en el Juzgado, no dudaba que este impediria lo matasen.

Pero si Casal se hallaba ausente, su muerte era segura.

Los mismos empleados del Juzgado prestarian su auxilio para consumarla, á Gaetan y los suyos.

Al llegar á la puerta del Juzgado la ansiedad de Cabello fué tal, que sintió faltarle la seguridad en las piernas, como si estuviera ébrio, y casi cayó sobre la vereda.

Hizo un esfuerzo sobre si mismo, el instinto de la propia conservacion le prestó el valor que necesitaba, y como flecha se metió al Juzgado.

Tal fué la sorpresa de Gaetan que quedó en la puerta un momento sin intentar perseguirlo.

—Ah! hijo de mala madre! exclamó por fin metiéndose al Juzgado—Ya verás lo que te espera!

Y se dirigió rápido al despacho del Juez de Paz.

Allí estaba Cabello narrando al Juez lo que le pasaba.

Al ver que su amigo estaba allí y que no corria ya peligro alguno, el pobre jóven se habia desvanecido, al extremo que Casal no le entendió lo que le decia.

Trataba de hacérselo esplicar con mayor claridad, cuando entró Gaetan á la pieza y tomó á Cabello de un brazo, sin siquiera dar las buenas noches.

—¿Qué modo de entrar aquí es ese? preguntó Casal poniéndose de pié.

¿Qué es lo que á usted se le ofrece?

Sacar á este salvaje unitario que se metió aquí respondió el degollador con insolencia.

Si no le gusta el modo de sacarlo, entréguemelo, que será lo mismo.

¿Y para qué lo quiere usted llevar?

—Porque es un salvaje unitario, de los de la conjuracion, lo llevo preso para entregarlo á la Policía.

—No es cierto, baluceó Cabello, pálido como un cadáver. Me llevan á la plaza para matarme.

—Pues si es para llevarlo preso, no se moleste el amigo, añadió Casal, porque yo mismo lo llevaré más tarde.—Este hombre queda aquí bajo mi responsabilidad.

—Ultimamente, lo llevo para matarlo, gritó Gaetan, porque tengo orden para ello, y usted no puede impedirme que la cumpla, porque quien me lo ha mandado puede más que usted y que todos.

—Pues yo quiero ver esa orden, terminó Casal; si no, este hombre no sale de aquí.

Es un federal de los buenos á quien yo conozco y de quien me constituyo en garantía.

—Es que la órden no se la puedo mostrar porque usted no tiene derecho á pedírmela.

Si usted no me lo entrega, añadió enfureciéndose, yo voy á dar cuenta y veremos cómo se las compone.

—Pues si no me muestra la órden no saca de aquí á este hombre, repuso terminantemente Casal.

Mándese mudar no más, y dé todas las cuentas que quiera, que ya sabe el gobierno quién soy yo.

—Lo que no sabe, dijo Gaetan haciendo brillar sus ojos de víbora, es que usted es un salvaje unitario, tapadera de los de la revolución.

Pero yo lo voy á hacer conocer para que le ajusten las cuentas.

—Fuera de aquí el degollador cobarde! exclamó Casal, perdiendo ya toda prudencia—fuera de aquí antes de que lo haga sacar á palos por venir á faltar al respeto á la autoridad.

Gaetan salió prurumpiendo en un rosario de amenazas tremendas.

Llama degolladores á los agentes del gobierno! veremos cómo se las compone cuándo yo hable con quien debo!

Y ganó la calle como un verdarero energúmeno.

—De todos modos, gritó en el saguan, si no es hoy será mañana, y al fin y á la postre ese salvaje ha de morir á mis manos.

Cuando salió Gaetan, Cabello se echó en los brazos de Casal, prurumpiendo en las más espresivas palabras de agradecimiento.

—Ya sabia yo que estando usted aquí, decia, mi vida no corria peligro.

—¿Pero qué diablo ha podido usted hacer para que lo perigan con tanto encono?

Cabello refirió el incidente del asesinato de Maza.

—Me han asegurado que ninguna órden hay contra mí y no solo he salido á la calle sino que he asistido á mi oficina.

Supongo que el único motivo que tiene ese hombre para quererme matar, es el haberlo yo visto herir al doctor Maza.

—No hay duda ninguna, contestó Casal—y la prueba es que so ha podido mostrarme la supuesta órden que ha invocado.

Sin embargo, ahora mismo voy yo á averigar lo que haya, para saber lo que tenemos que hacer.

Gaetan obra por su cuenta y es preciso impedir que el dia ménos pensado lo halle á su paso y entonces no se pueda evitar un crimen.

Casal se preparó á salir, pero Cabello lo detuvo, recelando justamente un nuevo atentado.

—¿Y miéntras usted esté ausente, preguntó, no volverá ese bandido á hacer una nueva tentativa?

—No tenga el menor cuidado.

Su vida, miéntras esté aquí, queda tan segura como la mia propia.

Ahora verá usted.

Casal llamó á su segundo y demas empleados del Juzgado.

—Ustedes me responden con su cabeza, les dijo, no ya de la vida, sino hasta de la tranquilidad de este caballero.

El es un leal servidor del gobierno, perseguido por la venganza de un cobarde que no debe ser federal, cuando así persigue á los hombres conocidos como tales.

Yo voy á la Policía á dar cuenta de lo que sucede, y vuelvo.

Si en mi ausencia vuelve Gaetan ó cualquier otro, que me espere en la calle, y si persiste en entrar, que se le eche á empujones, por orden mia.

El señor Casal era un hombre respetado y temido, como que poseia la confianza del gobierno.

Cuando él obraba de aquella manera sus razones debia tener, y bastante poderosas.

Puede usted ir tan tranquilo como si usted mismo estuviera aquí, respondieron todos los empleados.

Este caballero no será molestado por nadie bajo ningun pretesto.

Casal salió á la calle inmediatamente, y no descansó hasta no hablar con Cuitiño, Parra, Salomon, Marin y demás gefes de degolladores.

A todos ellos habia preguntado si tenian alguna orden contra Domingo Cabello, oficial de la Sala de Representantes, y todos habian dado la misma respuesta con diferentes palabras;

—No sé que se persiga, ni siquiera que se sospeche nada del oficial de la Sala, á quien conozco como un buen federal.

Sumamente alegre con estas noticias que confirmaban sus sospechas de que Gaetan obraba por cuenta propia, Casal se dirigió á la Policía á hacer la misma averiguacion.

Ninguna orden se habia recibido en el departamento, ni la habia recibido privada el jefe.

Casal regresó al Juzgado donde pudo dar á su amigo la plena seguridad de que nada existia en contra, no ya de su vida, pero ni aun de su libertad.

—Sin embargo, le dijo, es preciso precaverse mucho y andar con cien ojos.

Gaetan es tal vez el más malo y cobarde de toda esa gente.

El día menos pensado lo encuentra por la calle, y sin que nadie lo vea, lo deja seco de una puñalada.

Usted mismo ha visto lo que sucedido al doctor Maza.

Quién habria dicho que Rosas habia de hacerlo matar!

La autoridad se habia empeñado en convencer al pueblo que el asesinato del Presidente de la Cámara era obra de los unitarios.

Pero demasiado sabia el pueblo á qué atenerse!

Y la prueba de esta falsa inculpacion, es que ninguna medida se tomó para perseguir á los asesinos, siendo la víctima persona tan allegada al tirano y de tanta utilidad para él, como que era tal vez su único hombre de consejo.

—Yo pienso irme del país, dijo Cabello, porque quedándome aquí no podria vivir tranquilo, como que no tendria seguridad de la vida.

—Es que una tentativa de fuga es difícil y más peligrosa que la persecucion de Gaetan.

Ya sabe lo rigurosa que es la vigilancia de las costas, y más de la mitad de los que intentan fugar caen en manos de la autoridad,

Con ese echo y la menor delacion de Gaetan, puede tener por seguro que lo fusilarian sobre tablas.

No andan los tiempos para hacerse sospechoso, querido amigo. El gobierno está justamente alarmado, y será exageradamente severo con los que crea sus enemigos.

—Usted puede contar seguramente conmigo, en esta emergencia que es puramente personal.

Pero perseguido por la autoridad, mi proteccion no servirá para otra cosa que para perderme á mi mismo.

Yo tengo mucha amistad con el cónsul francés, replicó Cabello.

Puedo guarecerme en su consulado, miéntras él halla oportunidad de embarcarme en uno de los buques de su bandera.

—Entonces nada digo, replicó Casal, y mañana mismo yo lo acompañaré al consulado, para evitar que Gaetan ande rondando por aquí y cometa alguna iniquidad, precisamente en el último momento.

Al otro dia, poco despues de amanecer, el señor Casal acompañaba á su amigo hasta su casa, donde se despedia éste de su jóven esposa.

En seguida se trasladaba al consulado francés, desde donde salió á embarcarse entre un grupo de marineros, vistiendo su mismo traje, pues el cónsul para evitar todo contratiempo, le habia proporcionado un uniforme.

De esta manera fué burlada la venganza de Gaetan, que para tapar una mentira sobre asesinato, necesitaba cometer otro.

¡SANGRE!

A la conjuracion descubierta se habian seguido numerosas prisiones.

Martinez Fontes no se habia contentado con entregar la cabeza de Maza.

Avelino Balcarce, Jacinto Peña y su hermano, Barros Pazos, Perez y otros muchos complicados, habian sido vendidos por el traidor Martinez Fontes y presos por la terrible policia de Rosas.

El único que habia salvado de nna manera milagrosa fué el eminente patriota Miguel Esteves Seguí.

Complicado en la revolucion, Esteves Seguí asistia á las reuniones de amigos, ya en casa de Avelino Balcarce, ya en la de Barros Pazos.

Dos noches antes de la traicion de Martinez Fontes, el doctor Esteves Seguí se dirigia á la casa de Peña, donde iban á

reunirse media docena de amigos para comunicarse las últimas disposiciones de la conjuración.

La pieza donde se reunieron no tenía más que una sola puerta, y ésta era de una sola hoja.

Esteves Seguí abrió aquella puerta y fué á entrar, pero vió entonces que en el círculo de amigos había personas desconocidas y se echó atrás.

Martinez Fontes, que formaba parte de la reunión, llevado por Balcarce vino á quedar detrás de la hoja de la puerta cuando esta fué abierta, de manera que no pudo ver al que así había retrocedido.

Al verlo salir é irse, Balcarce y Peña salieron de la pieza, para preguntarle el motivo de aquel acto.

—No comprendo la imprudencia de ustedes! exclamó el jóven, manifestando todo su asombro.

En momentos tan solemnes y tan próximos al movimiento traen ustedes gente desconocida, que al salir de aquí puede venderlos!

—No temas, todos son amigos y comprometidos al movimiento: entra sin cuidado; te los presentaremos.

—No temo, pero tomo mis precauciones.

Nosotros todos, en este momento, estamos jugando la cabeza —es necesario ver entonces cómo se juega.

Perderla en el movimiento ó por una fatalidad, será la gloria suprema.

Perderla por falta de precaucion y por confiarse al primer venido, no tendria disculpa ni perdon.

Luego, cuando ustedes quedan solos, vendré y hablaremos, ó nos veremos en otra parte.

Entre tanto, les aconsejo reserva y que no se entreguen tan inocentemente al primer espía ó al primer traidor que venga.

El doctor Esteves Seguí no participaba de la ligereza de sus amigos.

Hombre inteligente y observador profundo, sabia detener muchas veces los impulsos de su corazon noble y patriota, para no pisar un terreno que consideraba falso, no por temor personal, porque ningun hombre de su altura moral puede abrigarlo, sino por miedo de que la santa causa á que habia dedicado todo el vigor de su esfuerzo viril, pudiera peligrar un minuto.

—Nuestra cabeza poco importa, puesto que á jugarla hemos venido, concluyó saliendo.

Es que una traicion, en estos momentos, puede costar una cabeza más preciosa y causar la muerte de la revolucion.

Los amigos no pudieron ménos que convenir en la razon que asistia al jóven pero ya era tarde para volver atrás.

Si entre los nuevos afiliados habia un traidor, la revolucion estaba muerta, por lo ménos en la ciudad.

La reunión terminó, pero los amigos no pudieron volverse á ver.

Lo primero que hizo el traidor Fontes, al salir de allí, fué

dirigirse á casa del Coronel Corvalán, y entregarle un lista de todos los que en ella babian tomado parte.

Y no tardaron en ser presos todos ellos, ménos Messon, Lynch y Salvadores, que pudieron ocultarse, y el doctor Miguel Esteves Seguí, que no habia sido visto por Martinez Fontes.

A Albarracin, Ladines y Cárlos Tejedor, se les remitió á la cárcel, clasificados de reos parricidas de lesa América, con una barra de grillos.

Para mortificarlos en vida todo lo posible, el gobernador dispuso se le pusiera á cada uno otra barra de grillos bien pesada, y con las dos á los tobillos se les obligara á pasear por el pátio de la cárcel.

Y como á todos ellos sus familias les enviaban comida buena y abundante, dispuso que no se recibiera en adelante ésta, y fueran los presos obligados á comer la tumba miserable del presidio.

Para todos ellos era un hecho positivo que serian fusilados.

La clasificacion que se les habia hecho no era para ménos.

Rosas se habia enfurecido de una manera tremenda.

El saber que sus leales del Sur se le habian dado vuelta, al extremo de patear su retrato en Dolores, lo habia puesto de un humor verdaderamente feroz, porque, para un hombre tan sagaz como él, aquello era una prueba latente de que toda la provincia estaba en su contra.

Los revolucionarios del Sur se agitaban con un ardor creciente.

El descubrimiento de la revolucion en la ciudad y la pérdida de Maza y sus amigos, les habia dado nuevos bríos en vez de hacerles perder los que ya tenian.

El insigne patriota don Marcelino Martinez Castro no reposaba un momento.

Aquel hombre infatigable acudia á todos los puntos, buscando nuevos aliados y comunicando valor á los que empezaban á descorazonarse.

Don Gervasio Rosas, que en resumidas cuentas era un desgraciado, en comparacion á sus hermanos, fué tambien tocado por los revolucionarios.

Pero don Gervasio se escusó, manifestando que al fin y al cabo el Gobernador era su hermano y que no podia tomar parte en el movimiento.

—Lo qué yo haré será callarme y no serles hostil, pero no puedo dar la cara, aunque la campaña me es simpática.

Escamados con la traicion de Martinez Fontes, los revolucionarios del Sur fueron más prudentes é hicieron su prisionero á don Gervasio, obligándolo á permanecer entre ellos y no permitiéndole se comunicara con la ciudad.

Asi hacian creer que don Gervasio, estaba en la revolucion y los elementos de aquel se plegarian á ella, viendo que su jefe formaba parte.

Todo esto hacia que la gran revolucion fuera enteramente espontánea en el Sur.

Al saber Rosas que su hermano estaba en la revolucion, se enfureció al extremo de parecer una fiera.

— Ese miserable no puede negar que no es mi hermano, decía, y pateaba á cuanto empleado y tinterillo se le ponía al alcance de su mano.

Don Gervasio era perfectamente hermano de don Juan Manuel, pero este desparramó aquella voz, no solo para vengarse, como para que no estrañasen verlo en las filas de sus enemigos.

El escárnio llegó al punto de que dió orden á la mazorca y demás gente federal, de que en sus manifestaciones públicas, al grito de ¡muera los salvajes unitarios! añadieran el de ¡muera el traidor Gervasio Cardo! lo que equivalía á asegurar que no era su hermano, sinó un advenezido introducido á la familia.

Doña Agustina, tan altiva y soberbia, mandó llamar á su hijo, al lecho donde se hallaba postrada, y cuando acudió lo apostrofó de una manera terrible.

— Es usted un infame! le habia dicho la enérgica señora.

A los crímenes de que es Vd. autor diariamente, solo le faltaba añadir un escarnio á la memoria de su padre, y un puñado de lodo sobre mis canas.

— Madre y señora, repuso el tirano, que temia á su señora madre cuando estaba bajo un grado de ira tremendo.

Aseguro á su merced que yo no me he metido en ello.

El pueblo ha visto que Gervasio se mete en una revolucion que quiere mi cabeza; como esta no es accion de un hermano, lo ha supuesto así, y grita lo que le parece.

— Si usted tuviera vergüenza, concluyó la señora, habria castigado á los miserables que tal gritan, pero es usted un móns truo igual á ellos.

Rosas salió del aposento de su señora madre, dado á todos los infiernos.

Ese dia los locos se chuparon palizas brutales, y sus escribientes y empleados fueron tratados á punta-piés y garrotazos, como acostumbra, sin que se escaparan sus edecanes mismos.

Sus órdenes al general don Prudencio Rosas que se hallaba en el Sur al mando de fuerzas, fueron violentísimas.

Le ordenaba la persecucion y esterminio de los grupos revolucionarios que alcanzase, y la remision de la cabeza de los mismos.

Su desesperacion era tremenda, porque convulsionado el Sur, tendria que distraer numerosas tropas para batir la revolucion.

El bloqueo de los franceses lo obligaba á distraer grandes elementos para contrarestar un desembarco probable, y además, el general Lavalle de un momento á otro podia penetrar en Buenos Aires, y tal vez entónces tendria que perecer, por no poder luchar contra aquellos elementos juntos!

Su poder vacilaba.

A un hombre de su astucia no podia ocultársele que la ciudad era una mina bien cargada, y que á la aproximacion de cualquier tropa unitaria, los salvajes de la ciudad trabarian un combate rudo en las mismas calles.

Así es que las órdenes espedidas á don Prudencio eran tremendas y apremiantes.

— Con toda la fuerza á tus órdenes y la que puedas reunir, le decia, deshace la revolucion á todo trance.

El coronel Granada te ayudará con su tropa veterana.

Don Prudencio Rosas, general hecho á dedo por don Juan Manuel, era un hombre malo y déspota como su hermano.

Y á esta recomendacion famosa, unia las de ser un ignorante calificado de bruto, y aún bastante lljero de piernas en los momentos de peligro, como lijero de manos tambien, cuando el peligro desaparecia.

Contra el único enemigo que el general don Prudencio se batía denodadamente, segun todos sus contemporáneos, era contra las vacas y majadas de los salvajes unitarios, suprimidos por el asesino de su hermano, ó por su propia cuenta.

El enemigo que se echaba encima era pues poco temible para los revolucionarios, aunque mucho para sus haciendas y propiedades.

Así, miéntras don Prudencio se aprestaba á cumplir las órdenes de su ilustre hermano, Castelli, Rico y demás gefes de la revolucion, preparaban sus elementos para el primer encuentro.

Las tropas con que aquellos jefes denodados contaban, eran paisanos patriotas, con mucho valor, pero con muy poca organizacion militar.

Se habia tratado de tocar al coronel Granada, que al frente de tropas de línea, se hallaba en Tapalqué.

Pero el encargado de cumplir esta comision no pudo llevarla al efecto, pues ya Granada habia recibido pliegos de Rosas y se preparaba á cumplir lo que en ellos se le ordenaba.

Las fuerzas revolucionarias se encontraron por fin, con las que mandaba el general don Prudencio.

El triunfo hubiera sido brillante, pero á la primer carga firme de los bravos del Sur, vacilaron y anté el sable de los milicianos de Rico y Castelli, las hordas de don Prudencio se permitieron dar vuelta, y con este á la cabeza no sujetaron los mancarrones hasta Barracas.

La revolucion hizo muchos prisioneros y tomó una buena cantidad de armas.

Pudo concluir con toda aquella tropa pero fué tan rápida la huida, que al fin les fué preciso renunciar á toda persecucion.

La revolucion no podia haberse estrenado con mejores auspicios.

No solo eran dueños del primer triunfo, sino que aquella derrota iba á ser de un efecto moral de primera fuerza.

La llegada de don Prudencio á Barracas, cayó en la ciudad como una bomba.

Porque era tal el cerote que traia aquel gran general, que apenas mandó á su hermano el parte de su llegada trató de meterse en la ciudad.

Aun pareciale oír sonar á su espalda, el sable vengador de los patriotas.

Los unitarios estaban de supremo regocijo.

No se atrevían á manifestarlo ni en una sola mirada, pero el que en aquellos momentos hubiera penetrado á sus hogares, habria visto á las damas orar fervorosamente en acción de gracias, mientras los hombres se abrazaban en silencio, dispuestos al gran momento.

Porque para ellos era seguro que, despues de aquel ruidoso triunfo, los revolucionarios se vendrían sobre la ciudad.

Bien diverso fué el efecto que entre los federales produjo la inesperada aparicion de don Prudencio.

Todos los elementos de que Rosas disponia, fueron inmediatamente puestos sobre las armas y preparados para un próximo combate.

Entre tanto, el Gobernador, con el mismo ayudantè que le habia traído el parte, mandaba ordenar á su hermano que, léjos de entrar á la ciudad á sembrar el espanto, retrocediera inmediatamente y contramarchara en direccion á Dolores.

El general don Prudencio, más prudente que general, contestó que si se alejaba de allí, se esponia á caer con sus tropas en poder de la revolucion.

—Que salga de la ciudad, repitió don Juan Manuel, que estaba indignado contra su hermano, ó serán ellos el primer blanco de mi ejército.

La revolucion no podia haber seguido adelante, porque batido Granada, ya se tendrían noticias por los dispersos.

Entonces los temores de don Prudencio no podían obedecer más que al miedo.

Conociendo de lo que Juan Manuel era capaz, don Prudencio se retiró de Barracas y emprendió su marcha hácia Chascomús, con asombrosa cautela.

Parecia que marchase por el centro de un enemigo numerosísimo.

Llevaba dos compañías de caballería desplegadas en guerrilla, como una legua á vanguardia, y un escuadron de flanqueadores.

La ciudad, entre tanto, tenia el aspecto de un sepulcro.

Los unitarios no se atrevían á salir á la calle, por temor de ser muertos por la mazorca—y los federales no tenían aliento para nada.

Las fuerzas de este jefe se hallaron con las de la revolucion, en la laguna de Betel, y la batalla de Chascomús tuvo lugar sangrienta y reñida.

Granada llevaba tropas veteranas y numerosas de las que eran vanguardia las indias de Catriel, en número de más de trescientos.

La revolucion traía menos fuerza, bisoña y mal armada.

No era difícil asegurar de quien seria el triunfo.

Sin embargo, la revolucion con un denuedo á toda prueba y reforzada con algunos milicianos que se le presentaron en Chascomús, aceptó la batalla.

¡Cuánto entusiasmo y cuánto brio, se desplegó en aquella acción!

A los gritos de ¡viva Lavallo! ¡vivan los patriotas! los paisanos cargaban, no ya á sable, sino cuchillo en mano.

Y los choques se producian cada vez más sangrientos.

Varias veces los regimientos de Granada dieron vuelta, arrollados por los patriotas, á pesar de su inferioridad en armas y tropas.

Pero tropas regulares, se rehacian en cuanto encontraban alguna proteccion, y volvian á la lucha, para tener que dar nuevamente la espalda.

Los indios de Catriel se batian como fieras, impidiendo muchas veces á las tropas de Rico llegar hasta las de Granada.

El triunfo de la revolucion se hacia cada vez más dificil.

Mientras más se prolongara la batalla, más estaban las probabilidades á favor de la tropa de línea, habituada á las fatigas del combate, que al de los paisanos armados, que habian luchado sin descanso, por más de los horas con aquellos malditos indios empecinados en el combate.

Pero los revolucionarios se batian cada vez con más denuedo, causando numerosas bajas al enemigo, principalmente entre los indios que eran los más que se entusiasmaban en las cargas.

Por fin los revolucionarios, convencidos de que disputar por más tiempo el triunfo, era destrozarse sin provecho alguno, emprendieron la retirada, teniendo que abandonar algunos heridos que no pudieron salvar.

Fué entre aquellos heridos que las tropas de Granada empezaron á cometer todo género de horrores.

A los mismos cadáveres que habian quedado sobre el campo de la sangrienta batalla, se le amputaban algunos miembros, como brazos, orejas y cabezas mismas, para mandarlas de regalo como muestra de lo que sucederia á todo aquel que se levantara contra el poder del muy ilustre Restaurador de las leyes.

No hay colores suficientemente fuertes para pintar las escenas tremendas y las monstruosidades que allí tuvieron lugar.

Los soldados y algunos oficiales, sino todos, para mejor expresar su santo amor federal, llegaban hasta cuerear los cadáveres—y viendo que no podian, se contentaban con sacarles lonjas de cuero para hacer trenzados.

Los cadáveres fueron saqueados, por supuesto que de amigos y enemigos.

Don Prudencio al saber la feliz noticia, se dirigió á Chasco-mús, donde arrasó, no solo las estancias, sino también los negocios de los complicados en la revolucion, desorganizada y en retirada completa.

Podia entregarse cómodamente al aparte de lo ageno, sin temor de que el enemigo viniera á molestarlo en tan piadosa tarea.

Granada, con su servilismo y una aduloneria esencialmente federal, daba cuenta de su triunfo al supremo gobernador, en una nota llena de frases aduladoras y nada más.

« Era imposible, concluía aquella nota, contener el ardor de

la indiada de Catriel, en la carga que llevaron á las columnas de los insurrectos salvajes unitarios.

« El regimiento numero 3, de mi mando, cargando por escalones, era una avalancha *incapaz* de ser detenida.

« Al grito de ¡viva Rosas! repetido por toda la division, la carga se hizo general y vigorosa, dando un triunfo espléndido y decisivo.

« Puedo decir, señor, que el solo nombre de V. E. sirvió para alcanzar la victoria.»

Nada más servil y más descalabrado en su construccion.

Pero ambas cosas le valieron el grado de general.

Y decimos que el grado fué debido á la nota, porque al referirse Rosas más tarde á aquel combate, decia :

—Aquellas tropas de primer órden triunfaron en Chascomús.

El pobre Granada habia mirado y nada más.

El parte aquel, publicado en la *Gaceta Mercantil*, vino á cambiar por completo el aspecto de la ciudad.

Tocó ahora á los patriotas llevar luto en en corazon, ya que no podian manifestar su pesar desesperante.

Las campanas de los templos fueron echadas á vuelo en celebracion del triunfo, no escuchándose otro ruido que el de los cohetes quemados con profusion.

Las músicas recorrian las calles, metiéndose al zaguan de las familias clasificadas de unitarias, donde armaban toda clase de escándalos.

La mazorca habia salido de madre, paseando por las calles con el puñal en la mano y cometiendo toda clase de escesos y crímenes.

Al que encontraban por la calle con la barba entera y sin bigote, lo detenian, porque aquella barba significaba una U y la U queria decir unitario.

El detenido era sujetado por el grupo, y afeitado de una manera feroz, que la mazorca llamaba afeitar en seco.

Y afeitar en seco queria decir afeitar sin jabon y con el cuchillo, aunque la barba saliera con los pedazos de la cara.

Y para los que duden de estas monstruosidades, reproduciremos el siguiente extracto que hallamos en el indice de Policia del año 1839 bajo el número 12 :

« Ordena el gobierno la libertad del preso Zacarias Puyol, que fué aprehendido por sospechas de ser enemigo de la santa causa de la Federacion, por habérsele visto parado varias noches en un poste inmediato al cuartel del comisario Cuitiño, y usar la patilla de U, la misma que le fué afeitada en seco por el sargento que estaba de guardia en dicho cuartel cuando se verificó su captura. »

Nuestros lectores pueden imaginarse la clase de tormentos que encerraba una afeitada en seco.

No habia una sentencia de muerte más segura, que salir á la calle con una barba como la que usa hoy don Ladislao Martinez.

Porque á muchos de los afeitadores en seco se les iba la mano y solian afeitar el pescuezo tambien,

El *camino* en la cabeza, era considerado también como signo unitario, y desgraciado del que se atreviera á llevarlo!

Le cortaban el pelo en seco, al principio, pero al año siguiente, por creerlo sin duda más fácil le cortaban la cabeza, y todo quedaba así arreglado.

Para hacerse de recursos y poder sostener un ejército, empezaron los embargos y las ventas en público remate.

Tan pronto se remataba el teatro de la Victoria y la casa de enfrente, propiedad de la señora de Montes, como los bienes de don Lucas Gonzales, reservándose solo las estancias para premiar con el ganado á los leales partidarios de la federación.

Aquellos remates eran curiosos!

A ellos asistían los grandes bandidos como Parra y Cuitiño, ascendidos á coroneles y comisarios de policía, Moreno, Troncoso, Badía y toda la hez de aquella canalla degolladora.

Por una casa que valía doscientos mil pesos, suma enorme en aquellos tiempos, ofrecía Troncoso cinco mil pesos, por ejemplo.

Y mientras el rematador, que lo era por entonces Arriola, pedía mejora de la oferta, Troncoso paseaba una mirada terrible por toda la concurrencia.

¿Quién se atrevía á disputarle la finca?

¿Quién provocaba la cólera del bandido, mejorando la oferta?

Ninguno, seguramente.

Los únicos que se hubieran atrevido á hacerlo, eran los bandidos iguales al postor, como Parra, Badía, etc.

Pero estos no lo hacían porque tenían sus convenios particulares.

Hoy compraba Troncoso, Parra ó Cuitiño, sin que los demás mejoraran la oferta, para que mañana estos pudieran comprar á su vez sin oposición de aquellos.

El rematador repetía dos ó tres veces la frase sacramental de ¿no hay quién dé más?

El grupo repetía «adjudíquese lo que es buen federal,» y la venta quedaba hecha.

Así aquellos bandidos habían establecido una sociedad para comprar barato, sin que hubiese quien se atreviera á hacerles la indicación más insignificante.

Así se repartía aquella turba de facinerosos, la fortuna de los titulados salvajes unitarios, ó de los que realmente lo eran.

Las consecuencias de este imperio de los asesinos, tenían que ser funestas.

Para ser clasificado de salvaje unitario no era preciso serlo, usar la barba de U, andar sin divisa ó pretender fugar.

El que poseía alguna propiedad codiciada por algún jefe de la mazorca ó el que uno de estos le debiera dinero, eran también causas suficientes para ser degollado por salvaje unitario.

El que deseaba apoderarse de la finca lo delataba como tal, y obtenía una orden de degüello cuando no lo hacía simplemente por cuenta propia.

Sus bienes se remataban, y el delator y degollador acudía á hacer oferta, en la seguridad de no tener competencia.

Si esto sucedía en el corazón de la ciudad, podrá calcularse fácilmente lo que hacían los federales en la parte de la campaña que no había dominado la revolución.

Allí los crímenes eran positivamente bestiales y se cometían con un verdadero lujo de ferocidad.

Los rosistas parecían empeñados en sobresalir como crueles y asesinos.

Uno de los episodios que puede servir como muestra de lo que pasaba en la campaña en aquellas épocas, es el asesinato terrible del teniente coronel Zelarrayan.

La traición de Martínez Fontes había sido fecunda en víctimas.

Poco á poco habían ido descubriéndose los complicados en la conspiración de Maza, y degollados después de someterlos á tormentos espantosos.

El teniente coronel Juan Zalarrayan, al mando de fuerzas federales, se había lanzado ardientemente á preparar un movimiento revolucionario que pudiera servir de poderoso punto de apoyo á la conjuración Maza.

Valiente y prestigioso, el comandante Zelarrayan no ometía sacrificio para hacer triunfar su idea patriótica.

Él personalmente, hacía los trabajos de tocar á este ó aquel amigo, como de llegar á los ranchos y proclamar á los paisanos con lenguaje sencillo y entusiasta.

Y había concluido por convencerse de la gran facilidad con que podía llevarse á cabo un movimiento revolucionario en el Sur de Buenos Aires.

Rosas no solo había perdido su prestigio allí donde antes fuera un ídolo, sino que había levantado sobre sí una tormenta de odios y rencores.

El paisano, perseguido y martirizado de todos modos por la autoridad militar y la misma justicia de paz, estaba dispuesto á tomar parte en cualquier movimiento que tuviera por objeto la caída de aquel poder omnívoto y feroz.

Los estancieros acaudalados estaban en las mismas disposiciones, aunque estos se recataban algo, pues á la menor sospecha concebida por el gobierno, sabían que perdían la cabeza.

No querían tomar parte abiertamente, sino en un movimiento serio y bien preparado, como el que echó por tierra la infame traición de Martínez Fontes.

Zelarrayan veía todas estas disposiciones, desde el más rico hacendado hasta el peon más humilde, y se lanzó de lleno en la prosecución de la gran obra.

Zelarrayan, cuando empezó sus trabajos, no contaba con más contingente leal y seguro que sus amigos el sargento mayor Manuel German Céspedes y el capitán José Ríos.

Estos dos hombres, tan bravos y resueltos como Zelarrayan, se habían comprometido á ayudarlo hasta el fin de la noble jornada, fuera feliz ó adversa.

Entre los tres partían como buenos hermanos la peligrosa tarea de buscar prosélitos para el movimiento.

Se separaban muchas voces por la mañana, y no volvian á verse hasta el otro día, para comunicarse la larga lista de nuevos afiliados.

Zelarrayan era un carácter noble y franco, pero sério y hombre de pocas palabras.

Era muy competente para dirigir el movimiento que tramaba, pero poco á propósito para seducir afiliados, por su palabra breve é imperativa.

El capitán Rios, por el contrario, persona jovial é inmensamente comunicativa, apenas hablaba cinco minutos con un paisano, ya lo tenia conquistado.

Rios recorría todos los bailes, jugadas y pulperías donde habia reunion de paisanos.

Se apoderaba de una guitarra, que manejaba como el mejor; y al poco tiempo habia armado un jaleo de todos los diablos.

Cuando se retiraba de la reunion, habia cautivado á los paisanos que lo miraban como cosa suya y de *la familia*.

Era entónces que el capitán Rios les hacia una *tanteada*, y segun respondian á ella, les proponia la revuelta, mostrándoles en un lenguaje sencillito, la necesidad que habia de voltear un gobierno como aquel, al que el paisanaje no debia más que martirios y privaciones.

Su lenguaje sencillo y elocuente, llegaba al corazon de los paisanos, decidiéndolos por la revolucion, sobre todo cuando la propuesta venia de tan *lindo mozo*.

Así trabajaron éstos tres hombres infatigables sembrando una semilla que vinieron á cosechar en gran parte Martínez, Ramos Mejía y demas héroes de la revolucion del Sur.

La traicion abatió sus alas sobre aquellas tres nobles cabezas y Zelarrayan fué sentido cuando tenia preparados todos sus elementos para pegar el grito de libertad en la primer oportunidad propicia.

Zelarrayan y sus dos amigos empezaron á ser espíados de cerca, hasta que se apoderaron de su trama con los principales hilos.

Completamente ignorantes de lo que pasaba y del terrible peligro que corrian, no tomaban la mas minima precaucion, prosiguiendo en su noble tarea como si tuvieran la mayor seguridad en el éxito.

Una noche, cuando menos se lo esperaban, los tres amigos fueron sorprendidos por fuerzas del coronel Vicente Gonzalez.

No tenian cerca de ellos mas que una compañía que mandaba el capitán Rios.

El combate fué rudo y prolongado.

Los tres amigos sabian que defendian la cabeza, y hacian prodigios de valor.

La compañía de Rios se batió de una manera memorable, pero tuvo que ceder el campo al número y rendirse, no habiendo ya nada que hacer.

Zelarrayan y sus dos compañeros, aprovechando la oscuridad y la última escena de la sangrienta pelea, lograron retirarse sin ser vistos y tomaron rumbo á Bahía Blanca,

Allí contaban con numerosas relaciones y quedaban mas inmediatos á un punto de embarco.

Porque descubiertos por Rosas, no les quedaba mas salvacion que la pronta huida al extranjero.

Cuatro ó cinco partidas de Gonzales salieron en varias direcciones, al notar la ausencia de las personas que con tanta avidéz buscaron al dia siguiente.

Rosas les habia dado órden terminante de tomarlos vivos, y un pliego de instrucciones que no debia ser abierto hasta que aquellos no hubieran sido tomados.

Una de aquellas partidas tomó el camino de Bahía Blanca, mas ó menos sobre la huella que marcaba el paso de Zelarrayan, Céspedes y el capitan Rios.

Estos no habian podido mudar caballos durante la noche, lo que daba á sus perseguidores una gran ventaja, pues antes de partir aquellos pequeños destacamentos, habian tomado los mejores caballos, como que habia un gran interés en alcanzar á los fugitivos.

Los tres amigos trotaron todo el resto de la noche, pues galopar solo habria servido para que sus caballos hubieran concluido de postrarse.

Pero por la mañana tuvieron que hacer un alto, para conservar sus caballos, siquiera hasta la primera poblacion, poco distante de allí.

En todo el resto de la noche apenas habian podido andar seis leguas que el enemigo andaria, montado como iba, en un par de horas.

Los tres jóvenes se daban al diablo, sin poder atinar cómo podian haber sido descubiertos.

—Es natural, asegura Rios, hemos obrado con demasiado desembozo, para no ser pillados.

Nuestra gran chambonada ha sido esperar, en vez de haber dado el golpe cuando todo estuvo dispuesto, y convulsionar todo el Sur, desde Barracas á la frontera.

—No es tiempo ahora de pensar en lo que debimos hacer, repuso tristemente Zelarrayan, sino en lo que debemos hacer para salvar la cabeza.

Es indudable que ahora nos andan persiguiendo y que tal vez vengan sobre nuestra pista.

La cuestion es entónces ganar tiempo, todo el tiempo que se pueda.

Una vez en Bahía Blanca estamos salvos—yo lo garanto.

—Puedo decir delante de ustedes que me conocen, agregó el capitan Rios, que no tengo el menor temor á la muerte, ni el más insignificante cariño á la vida.

Una y otra me eran indiferentes, desde que me metí á hombre de espada.

Pero debo confesar con la misma franqueza que una muerte tan sin provecho me escuece la conciencia, y que la idea que una daga mellada me ha de cortar el cogote como á un animal de carneada, no me es nada simpática,

Prefiero la muerte como yo la he deseado para mí.

Al frente de mi compañía y postrando el mayor número de enemigos que me sea posible.

—Comprendo tu descontento porque á mi me pasa otro tanto, añadió Céspedes.

La muerte que nos puede dar el gran Rosas, francamente no estaba en mis libros—y francamente yo protesto ante la profanacion de mi honesto pescuezo.

—Mal regalo te espera—terminió Rios.

Sigamos el consejo del comandante y tratemos de llegar ilesos á Bahia Blanca, que es nuestra salvacion.

Siento mas nuestra situacion por él, que es hombre de familia y de obligaciones.

En cuanto á mi, vuelvo á declarar que no es la muerte lo que me preocupa sino la forma en que esta nos puede ser ofrecida.

Si el desgraciado Rios hubiera conocido el fin tremendo que le esperaba, no se hubiera espresado de otra manera, pues es su muerte, fuera de duda, la mas tremenda de todas las ordenadas por Rosas.

Despues de estrecharse la mano el comandante y el capitán con espresivo cariño, montaron á caballo y siguieron los tres el camino interrumpido.

Rios tenia por Zelarrayan un cariño intimo é invariable.

Zelarrayan lo habia hecho soldado enseñándole el camino de la gloria, y lo habian tratado siempre, no como á un subalterno, sino como á un hermano á quien se quiere y se distingue.

Cuando concibió la idea de la revolucion, quiso apartarlo de ella, pero Rios le alzó el gallo por primera vez, y le declaró terminantemente que queria correr con él aquella aventura.

—Hay gran peligro de pagar la tentativa con la cabeza, y basta con la mia.

—Si hay peligro, razon demás para compartirlo, contestó Rios, y no se hable más.

Yo no soy oficial del ejército para andar huyendo al peligro y jamás ninguno tan bien venido como el que se corre al lado de un hombre leal y de un patriota.

Vengán, pues, esos cinco.

Zelarrayan tuvo que ceder y Rios corrió la tormenta cuyo fin sintió tan próximo.

A las dos leguas de camino tuvieron como mudar caballo, aunque no ganaron en el cambio.

Sin embargo, miraron como una salvacion á aquellos pobres mancarrones, á los que *bajaron la mano* para marchar con toda la rapidez que les fuera posible.

A las tres leguas de marcha hicieron otro altito para dar un resuello á los caballos, cuando Zelarrayan mostró á sus compañeros un polvo que se veia detras.

—Que me desuellen vivo, dijo, si aquellos no me vienen buscando!

—Pues á no perder tiempo, respondió Rios.

Todavía no nos han echado el guante y espero en Dios que no llegará el caso.

Y los tres montaron á caballo poniéndose á media rienda.

A los cinco minutos más ó menos, dió vuelta Rios y vió que los polvos se habian convertido en un numeroso grupo de ginetes.

—Por todos los diablös! dijo, no solo han apurado la marcha, sino que apesar de nuestra prisa, parece que nos aventajan.

Y estos flacuchos que no pueden con su alma!

—A este paso. observó Céspedes, sospecho que dentro de muy poco tiempo vamos á ser alcanzados.

Opino entónces que, si el resultado á de ser el mismo, que nos alcancen, no nos fatiguemos más.

Bajémonos y esperemos, que tres hombres resueltos pueden mucho y siempre nos quedará el consuelo de haberles hecho todo el mal posible.

—La idea no es mala, contestó Zelarrayan, pero aun hay tiempo de ponerla en práctica.

Apuremos los matungos á ver cómo se portan.

Los mancarrones fueron apurados en toda regla, pero no se logró hacerlos adelantar lo más minimo.

Y la partida avanzaba visiblemente, pudiendo contar ya los veinte y seis soldados que la componian.

Apenas los separaba una legua de distancia.

Los tres amigos revisaron sus pistolas y siguieron castigando sus matungos.

A la media hora de camino, no habia ya esperanza que abrigar.

Estaban muy lejos del punto de salvacion y la partida habia adelantado mucho.

No podia haber duda de que en media hora más, serian alcanzados sin remedio.

—Ahora si me parece inútil fatigarnos más, dijo Zelarrayan, pues pronto vamos á tenerlos encima.

Si ustedes quieren nos detendremos aquí.

Por toda respuesta los dos compañeros pararon el caballo y echaron pié á tierra.

Los tres se sentaron en el pasto, con las pistolas al lado y la espada en la mano.

En aquella actitud, parecian más bien hombres que esperaban la incorporacion de aquella partida.

Y tan era así, que la misma partida detuvo la marcha creyendo haberse equivocado, porque los perseguidos no podian esperarlos en aquella actitud tranquila, aunque se veian sus armas en la mano.

Un sargento mayor que la mandaba, se adelantó pues, sin duda los conocia.

Al cerciorarse de que eran ellos, hizo una seña á los soldados que siguieran avanzando.

Pocos minutos despues los tres amigos se ponian de pié, rodeados por la partida, que tambien habia desmontado.

—No hay que hacer resistencia, gritó el mayor, pues solo tenemos orden de prenderlos y llevarlos al Azul.

De orden del señor gobernador entreguen las armas.

—Después de habérselas roto en la cabeza, repuso Zellarayan.

No pierda su tiempo inútilmente y proceda como le parezca.

—Señor, mayor... de edad! gritó entonces Rios, que no había perdido su buen humor, no se seque la lengua y véngase el primero.

A que no se vienen?

—Peor para ustedes, salvajones, si no se entregan, porque los ataré á la fuerza.

Y dió orden á los soldados de reducirlos á prision.

Sin duda estos habían recibido orden terminante de no matarlos, pues no cargaron como para herir.

En cambio los tres amigos hicieron uso de las pistolas, el mejor uso posible, y sable en mano se prepararon á la defensa.

No hubo lucha posible.

La partida era numerosa, ellos estaban á pié y por fuerza tenían que ser tomados.

El primero que cayó fué Zelarrayan, envuelto en un hábil tiro de lazo, y á este siguió Céspedes, envuelto en las patas de su caballo.

Quedaba Rios solamente, que con una agilidad prodigiosa había evitado tiros de lazo, bolas y pechadas.

Pero qué podía hacer solo, saltando entre aquel estrecho círculo de soldados.

—Vamos por partes! gritó entonces, convencido de que la prision no tenía remedio.

Yo voy á entregarme, pero no hay que atropellar.

A una señal del mayor los soldados se detuvieron y el capitán Rios se entregó después de haber roto su espada.

El hubiera podido matarse, como fué su intencion, para no caer vivo en semejantes manos.

Pero pensó en el desgraciado Zelarrayan y quiso partir su suerte.

Los tres amigos fueron bien amarrados, como si se tratara de criminales feroces, y echados por delante.

Entonces recién, cuando estuvieron inermes, empezaron los insultos y los golpes.

—Miren qué basuras para habernos hecho correr un día entero! gritó el mayor, atropellándolos con el caballo.

Si no valen siquiera la pena de la degollada!

—Amigo mio, observó Zelarrayan, el vernos prisioneros no le da el derecho de faltarnos al respeto debido.

Si hemos cometido algun delito, ya se nos juzgará.

—No es mala la juzgada que vas á tener, salvaje revolucionario.

El tal mayor era un paisano de larga melena y elevada talla.

Su fisonomía innoble inspiraba muy poca confianza.

Sin embargo, él debía tener órdenes de no hacerles mal, cuando ya no los había degollado.

— Calle el compadron, gritó Rios, y no olvide que está hablando con un superior.

El mayor se puso furioso ante aquella salida que hizo reir á la tropa, y dió al capitán un talerazo.

— Esta es la primera reprimenda — le dijo — á la segunda te meto el cuchillo hasta el remache.

Los tres amigos se miraron y guardaron silencio, comprendiendo que por aquel camino solo iban á conseguir hacerse estropear inútilmente.

Aquel viaje de regreso fué espantoso.

Los prisioneros fueron privados del alimento y del descanso, pues durante la noche se les obligaba á estar de pié.

Cuando llegaron á donde estaba el coronel Gonzalez, á pesar del triste estado de miseria y hambre en que venian, aquel les hizo poner una barra de grillos y pasar al cuartel, mientras leia las órdenes que tenia y que habia llegado el momento de abrir.

Aquella orden era de tal especie, que el mismo que la leia se estremeci6, sintiendo profundamente que aquellos hombres hubieran caido en su poder.

A Zelarrayan se le condenaba á muerte.

A Céspedes y Rios se les perdonaba la vida, pero con condiciones terribles.

A Zelarrayan se le mandaba fusilar y cortar la cabeza, para ser remitida á Palermo despues de dejar cumplida la sentencia en sus otras partes.

El mayor Céspedes y el capitán Rios debian presenciar el fusilamiento y degüello.

Esa cabeza debía ser clavada en un paraje público por espacio de cinco dias.

Durante aquellos cinco dias, dos horas cada dia, Céspedes y Rios debian ser colocados á una vara de la cabeza á la que debian mirar fijamente, sin hacer el menor gesto de disgusto ó pesar bajo la pena de doscientos azotes.

Cuando se les comunicó semejante brutalidad monstruosa, tanto Rios como Céspedes declararon que preferian morir.

— Imposible! repuso Gonzalez, enseñando el último párrafo de la orden.

No habia remedio — aquella orden maldecida debia cumplirse al pié de la letra.

Rios era el más apesadumbrado de los tres.

Ya hemos dicho que amaba con pasion á Zelarrayan, que era indudablemente el más favorecido, pues al fin iba á morir y verse libre de todo sufrimiento.

Minutos despues de leida la sentencia, sin proporcionarle el auxilio que pidi6, de un sacerdote, el comandante Zelarrayan fué fusilado en presencia de la poca tropa reunida y de sus dos compañeros.

Zelarrayan murió como un bravo.

En aquel momento supremo, cuando avanzaban los soldados, dió un ¡muera el tirano! escupió á la cara al oficial que mandaba la ejecucion, y recibió la descarga, sin apagar de sus labios la glacial sonrisa de desprecio.

Acto continuo avanzó sobre el cadáver, daga en mano, el mismo mayor que les habia hecho prisioneros, y que habia pedido el *barato* de aquella *bolada*.

Tomó del cabello la cabeza del noble jóven, y la separó del tronco con una facilidad que acusaba su larga práctica en aquella operacion.

— No les dije que nos ibámos á divertir? preguntó á Céspedes y á Rios.

Lástima que no pueda hacerles lo mismo.

— Harto lo siento! respondió el último concibiendo la esperanza de enfurecer al mayor y hacerse degollar tambien, para librarse de la parte de la orden á ellos referente.

Harto lo siento, pero eres demasiado cobarde para degollarme á mí.

Lo que es por su voluntad el mayor habria hecho el gusto al prisionero, pero no habia autorizacion.

Era preciso que se cumpliera tambien la segunda parte de la orden.

Esta empezó á ejecutarse el mismo dia.

La cabeza del comandante Zelarrayan fue clavada como se habia mandado, y los dos presos colocados á una vara de distancia, desde donde se les hizo contemplar por las dos horas mandadas.

Si la orden de no dejar de mirar la cabeza, sin hacer el menor gesto de disgusto, hubiera sido bajo pena de ser tambien sacrificado, el capitán Rios hubiera hecho lo posible por merecerla.

Pero se trataba de una pena terrible é infamante como la de azotes, y no queria aumen ar la desesperacion del dolor, con la vergüenza pública.

Ambos fijaron su vista en la sangrienta cabeza del amigo, y permanecieron inmóviles el tiempo ordenado.

Al otro dia el espectáculo era más repulsivo y lúgubre.

La cabeza, puesta al sol durante el dia, habia empezado á descomponerse desfigurando las nobles facciones.

Estas se habian hinchado y aparecian manchadas por la gangrena.

Rios necesitó emplear toda la fuerza de su terrible voluntad, para no apartar de ella la vista y no hacer, no ya un gesto de disgusto sino de terrible indignacion.

Los federales, durante la noche, habian escarnecido la noble cabeza, adornándola de cintas y moños celestes en cada faccion saliente.

Al rededor de ella habian celebrado una orgía terrible, rogando á Dios les proporcionara igual espectáculo todos los dias.

Los pobres presos eran tratados en sus calabozos con todo el rigor posible.

Se les daba de comer alimentos de la peor condicion que podian hallar.

Y como no satisfechos con estos, les daban de beber solamente por la mañana, para hacerles aparecer los tormentos de la sed.

Rios se habia enfermado, no por los malos tratos materiales, sino por la muerte desgraciada que cupo á su amigo.

La cabeza de Zelarrayan no se apartaba un momento de su vista, pues cuando se cumplia el tiempo de mirarla, la veia en el calabozo, sobre los hombros de sus centinelas, en cualquier parte en fin donde fijara la vista.

Y estaba tan impregnado del fuerte olor que despedia la cabeza, que lo tomaba hasta en los alimentos, de que se privó voluntariamente, pues no podia ya tragar un solo bocado.

Le parecia que comia de la cabeza de su amigo.

Al tercer dia cuando sacaron del cabalozo para conducirlo ante la cabeza, el capitan Rios no podia dar un paso.

Se sentia débil, febril y atacado de un raro delirio.

Se le figuraba que lo obligaban á besar á aquella cabeza fétida y desfigurada.

Su estado no lo salvó del espectáculo diario, pues fué sentado en un banquito, á una vara del terrible despojo.

Ya el olor no se podia tolerar á seis varas de distancia.

Rios fijó en la cabeza su vista débil y enfermiza que acusaba toda la amargura que experimentaba.

Asi permaneció más de media hora, sin hacer el más pequeño movimiento.

Al cabo de este tiempo, los sentinelas que observaban en los presos el cumplimiento de la órden se estremecian ante el nuevo cuadro que se les ofrecia.

El capitan Rios habia caido del banquito donde se hallaba sentado, prorumpiendo en una carcajada estruendosa.

Cuando se acercaron á levantarlo los rechazó con un ademán enérgico diciéndoles:

—He dicho que no quiero besarla!

Aunque me maten, no quiero besarla, y reía como si le hicieran cosquillas.

Rios no habia podido resistir á la prueba y se habia enloquecido.

Era demasiado el cariño que profesaba á su amigo para resistir semejante espectáculo.

Céspedes, aunque conservaba su juicio, parecia que empezaba á idiotizarse.

Parecia un ser indiferente al que nada lo movia, ni la cabeza de Zelarrayan ni la locura de Rios.

Al principio creyeron que esta era finjida y para evitar el cumplimiento de la órden.

Y trataron de sacarlo al cuarto dia.

Pero tuvieron entónces que convencerse de la verdad de la locura: tales cosas dijo y tales cosas hizo.

El delirio habia aumentado de una manera terrible, y la lo-

cura, bajo la forma del delirio de las persecuciones, habia tomado un aspecto terrible é imponente.

Rios agredia á los centinelas tratando de morderlos, y no pudiendo llegar á ellos, se mordía él mismo, haciéndose en los brazos y manos heridas terribles.

Fué preciso enlazarlo, porque ninguno queria acercársele y atarle los brazos á la espalda.

Al quinto dia por la mañana, el capitan Rios fué presa de un ataque más violento que todos los demás.

No pudiendo morder otra cosa, clavó los dientes en la hoja de la puerta, y se tiró al suelo dando alaridos terribles.

Una hora despues el capitan José Rios moria de una manera desesperante.

Lloraba de una manera conmovedora, y rogaba por todos los santos que le sacaron de sobre los labios aquella cabeza podrida.

Los soldados que pocos momentos antes reían de la desesperacion de aquel desventurado, no pudieron contener un movimiento de piedad ante aquel cadáver.

Céspedes pareció que aquel nuevo golpe completara su idiotismo.

Miró á su compañero y amigo tirado en el suelo sin vida, y ni siquiera se inmutó ni cambió la espresion glacial de su semblante.

—Feliz de él! exclamó y se fué á contemplar la cabeza con la mayor indiferencia.

Era que Céspedes estaba tambien loco, sin que lo supieran, pues la suya era una locura suave y apacible, llena de cariñosa melancolía.

Las únicas palabras que se le oian, eran para lamentar la muerte de Zelarrayan.

De su compañero parecia no acordarse, y cuando le hablaban de él se encojia de hombros como si no supiera de qué le hablaban.

El capitan Rios fué arrojado á campo, en una zanja, porque á los salvajes unitario que habian atentado á la vida y seguridad del supremo gobierno, no se les daba sepultura.

A los seis dias de la ejecucion del comandante Zelarrayan, su cabeza fué retobada en un cuero.

Cada dos ó tres puntadas, los milicos que en ello se ocupaban tenian que disparar á respirar más lejos, pues la cabeza habia empezado ya su segundo periodo de descomposicion, adelantado por aquellos cinco dias de sol.

Y así fué remitida á Palermo junto con el mayor Céspedes, acompañado de una nota en que se narraba lo sucedido á Rios.

Y aquella cabeza se exhibió en Palermo durante tres dias más, para escarmiento de salvajes unitarios.

Los federales se acercaban á ella, dominando el horror y la repugnancia que les inspiraba!

Quién se atrevia á decir que tenia asco de un espectáculo que el mismo Rosas habia preparado?

Si este hubiera mandado que besaran aquella boca llena de gusanos, lo habrían hecho también demostrando el placer más íntimo.

Y Rosas, que conocía la repulsión que aquella cabeza inspiraba á los más tímidos, se complacía en mandarlos á cada momento á que la miraran y que le avisaran cuando hubieran desaparecido las partes blandas.

El mayor Céspedes fué obligado todavía á contemplar la fatal cabeza durante aquellos tres días, lo que poca impresión le hizo, pues estaba ya completamente idiota.

La miraba como lo hubiera hecho con cualquier otro objeto indiferente.

En uno de aquellos días se fué del lugar donde lo ponían á su horrible contemplación, y nadie lo detuvo.

Rosas había dicho lo dejaran en completa libertad de acción.

No volvió á saberse más lo que había sido del sargento mayor Céspedes.

El partido unitario, lejos de amedrentarse con estos hechos verdaderamente terribles, estrechó sus filas, por el contrario, y se preparó á la lucha para arrancar al tirano, de cualquier manera, su libertad arrebatada.

FIN.

INDICE

El congreso de la muerte	<i>Págs.</i>	3
La casa maldita	»	15
La Mazorca	»	28
Las saturnales	»	41
El puñal y la cruz	»	48
El despertar del tigre	»	53
El terror	»	59
La massacre	»	69
Crece el terror	»	81
Los Reynafé	»	88
Una liga de asesinos	»	94
El proceso de Pilatos	»	100
Los mártires	»	109
Un noble espíritu	»	118
El Doctor Gamboa	»	131
Los tres verdugos	»	139
La sentencia de Muerte	»	145
Preliminares	»	157
La última esperanza	»	168
La matanza	»	176
Los degüellos y los degolladores	»	195
Doña María Josefa	»	209
El drama de los Manterola	»	216
El sereno Moreira	»	250
Los dos Maza	»	270
Ojo por ojo	»	293
Sangre	»	304

Obras de exclusiva propiedad de los editores M. Tommasi y C.^a

Eduardo Gutierrez.	Los hermanos Barrientos	Un vol.
»	El Chacho	»
»	El Jorobado	»
»	Santos Vega	»
»	Juan sin patria	»
»	Pastor Luna	»
»	Dominga Rivadavia	»
»	Juan Cuello	»
»	Los montoneros	»
»	Carlo Lanza	»
»	Juan Moreira	»
»	Los grandes ladrones	»
»	Ignacio Monges	»
»	La muerte de Buenos Aires	»
»	Antonio Larrea	»
»	Juan Manuel de Rosas	»
»	La Mazorca	»
»	El puñal del tirano	»
»	El Tigre del Quequen	»
»	Hormiga Negra	»
<hr/>		
Gabino Ezeiza.	Cantares Criollos	»
»	Payador Argentino	»
»	Ultimo Payador Argentino	»
Faustino Diaz.	Payador Porteño	»

Obras de fondo ilustradas y tapa cromo.

Las mil y una noches	Un vol.
La Hija del Cardenal	»
El tio de su sobrina	»
Caramelo.—Las virgenes desnudas	»
Coralina.—Acusacion de impotencia	»
Cosquillas al paladar	»
Maridos del siglo.—El conde del picoverde	»
Un hombre desnudo	»
Cuadros al natural	»